

TERMINAL

BRIAN KEENE

¿Hasta dónde serías
capaz de llegar
si solo te quedara
un mes de vida?

Lectulandia

Tommy O'Brien tenía intención de abandonar su hogar, pero hasta ahora no ha podido. Todavía hoy sigue trabajando en un puesto que ni siquiera le proporciona dinero para pagar las facturas... Hasta que se entera de que está a punto de morir. Después de tomar un par de cervezas con sus mejores amigos, John y Sherm, Tommy urde un plan para asegurar el futuro de su familia. Ya no tiene nada que perder.

Lectulandia

Brian Keene

Terminal

ePub r1.0

j666 28.10.13

Título original: *Terminal*

Brian Keene, 2004

Traducción: María Jesús Sandín Sainz-Ezquerro

Retoque de portada: j666

Editor digital: j666

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para muchos hombres la vida es un fracaso, un gusano venenoso que les roe el
corazón.

Dejémosles ver entonces que su muerte es un éxito aún mayor.

—Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Regocijaos, jóvenes, en vuestra juventud, pero sabed que Dios os juzgará.

—Eclesiastés II, 9

¡Voy a matar a ese hijo de puta!

—«Cara de Niño» Nelson a John Dillinger

¡Olvídalo y pillla la pasta!

—John Dillinger a «Cara de Niño» Nelson

Adiós, campos felices de eterno gozo.

Salud, horrores, salud.

—John Milton, *Paraíso perdido*

Agradecimientos

Gracias a Cassandra; a Sam, que llegó en el momento adecuado; a Anne Groell, por el *sushi* francés; a Josh Pasternak; a Rich SanFilippo, por el murciélago y las baladas sobre asesinatos; a Ed Gorman; a Larry Roberts; a Alan M. Clark; a Duane Swierczynski, mi socio en el crimen; a Cullen Bunn; a Juid Rohrig; al oficial Tom O'Brien (que no tiene nada que ver con el personaje principal de esta novela); a Maria Cotto, por las lecciones que me dio sobre decir tacos; a Carl, por su ayuda en el tema de las drogas; a Matt Warner (dame 1.000); a Gina Mitchell; a Mark Lancaster, por ser de nuevo mis ojos y oídos; a Adam Pepper, que leyó el borrador de la novela; a John Urbancik, por leer esto durante el carnaval en lugar de ir al cielo tras responder tres preguntas fáciles; y por último, no podía dejar de mencionar al sabio de la forja, Robert Fitro, cuya sabiduría no ha sido olvidada.

Nota del autor: aunque Hanover, York y muchas de las localizaciones de esta novela son reales, me he tomado la libertad de añadir detalles ficticios. Si vives allí, no busques el banco. No lo encontrarás.

La vida es una mierda y luego te mueres. Esa, en esencia, es mi filosofía, y esta mañana se vio confirmada.

—Señor O'Brien, es mejor que tome asiento.

Aquello no sonaba bien. Tampoco era un buen indicativo que estuviéramos en su oficina en lugar de en la consulta.

Me encogí de hombros.

—No importa. Me quedaré de pie.

Su título de Medicina colgaba de la pared, encuadrado en un marco de aspecto caro. Me concentré en él y me pregunté cuánto costaría asistir a la facultad de Medicina. ¿Cuánto dinero ganaría? Imagino que más de lo que yo conseguía en la fundición.

Se aclaró la garganta y miró hacia la mesa, y luego me volvió a mirar a mí.

—Señor O'Brien...

Aquí viene. Tengo el colesterol por las nubes. Tengo que dejar de fumar, de beber y de comer filetes con patatas cocidas cubiertas de mantequilla y bechamel, o moriré antes de los treinta.

—... tiene cáncer.

No dije nada. No podía decir nada, aunque hubiera querido. Se me hizo un enorme nudo en la garganta, que empeoraba según el médico continuaba hablando. Las orejas se me incendiaron y los oídos comenzaron a pitarme. Algo se me revolvió en lo más profundo del estómago, algo que me provocó náuseas y un miedo atroz al mismo tiempo. El doctor pareció encoger y agrandarse ante mis ojos, y su voz retumbó por toda la oficina. Todo empezó a girar y me mareé, como si me hubiera levantado muy rápido.

—He estado hablando con varios compañeros, todos especializados en la materia. Coinciden en el diagnóstico. El cáncer se está extendiendo por toda la garganta, en particular por su esófago, además de por la mandíbula, el pecho y los pulmones. Ha invadido también los nodos linfáticos. Por eso muestra esos bultos bajo las axilas. Peor aún, la enfermedad se está desarrollando a una velocidad alarmante. Es lo que llamamos un «grado cuatro»: muy grave y extremadamente agresivo.

Lo miré y luego decidí sentarme. Si no lo hubiera hecho, me habría derrumbado. Las piernas se me antojaban espagueti. Fuera, escuché el sonido de teclas que hacía la recepcionista al trabajar en el ordenador. Sonaban muy fuerte en aquel silencio.

—Cáncer. Menuda mierda.

—Sí.

—No es nada bueno.

—No.

Se agarró una mano con la otra, suspiró y esperó a que yo hablara.

Me estaba costando horrores. El miedo daba patadas en mi interior, hacía que las tripas retumbaran como un refuerzo de graves.

—Así que... ¿me van a hacer uno de esos agujeros en el cuello? ¿Como los que hacen en las traqueotomías esas? ¿Necesitaré un cacharro como el de Ned en *South Park*?

—Señor O'Brien... Tommy. Entiendo que esté conmocionado, pero tengo que asegurarme de que me comprende.

Se quitó las gafas, se frotó la frente y suspiró una vez más. Luego volvió a ponérselas, colocó las manos sobre el escritorio y me miró. Conocía esa mirada. Era algo así como «no estoy de coña».

—Su cáncer se encuentra en una fase muy avanzada. A estas alturas, la quimioterapia y el tratamiento de las lesiones de garganta serían inefectivos, como también lo sería la extirpación de los tumores y la terapia de esteroides. Para ser francos, incluso dudaría si proceder a la exploración de los brotes. Como le he dicho, un tumor de grado cuatro es muy agresivo, y usted ha desarrollado varios. Decenas, de hecho. Para ser honesto, nunca antes había visto una cosa igual. Me temo que su cáncer es terminal. Lo siento, Tommy, lo siento mucho. Tiene mis más profundas condolencias. De haberlo detectado antes... —Se encogió de hombros y su mirada se perdió sobre el papel de la mesa.

—Mierda —repetí—. Terminal. Jo. —De nuevo sentí como si alguien me hubiera atizado en el estómago.

Tras un momento, el doctor volvió a la vida.

—Lo que no entiendo es por qué no vino a la consulta al advertir los primeros síntomas.

—No tengo seguro médico, doctor. La fundición nos contrata por menos de treinta y cinco horas a la semana para no verse obligada a pagarlo. Eso es lo que dice la ley. Y mi esposa trabaja a tiempo parcial en el Minit-Mart de Eisenhower con la calle Carlisle. Tampoco tiene seguro.

El doctor asintió y volvió a guardar silencio.

—¿No puede sajarlos? Digo los tumores.

—Sería inútil, Tommy. Las posibilidades de éxito son muy bajas, y la cirugía muy agresiva. El cáncer se ha extendido con mucha rapidez por el resto de su cuerpo. Su esófago... no está en las mejores condiciones. Los tumores de su mandíbula han extendido zarcillos por el cerebro, como raíces, para que me entienda mejor. Esa es la explicación de los dolores de cabeza. Varios de los brotes se han fundido con la columna vertebral. No hay manera de eliminarlos todos, y aunque lo consiguiéramos, acabaría terriblemente desfigurado. Tendríamos que quitarle tanto la mandíbula como la nariz. Sí, se podría hacer uso de prótesis, pero son muy caras. —Seguía con la

mirada fija en el papel, mientras jugaba con un bolígrafo.

Me dijo más cosas, pero no las escuché. El doctor me mostró folletos que pretendió que yo comprendiera. Aunque él ya sabía de antemano las respuestas, me volvió a preguntar si fumaba (sí lo hacía), si bebía (solo unos pocos días durante la semana: el viernes por la noche después del trabajo y en los fines de semana), si trabajaba cerca de un foco de radiación (no, solo cerca de desechos de la fundición y de acero fundido), el historial médico familiar (mi madre tuvo cáncer de pecho) o si mi padre había sido expuesto al agente naranja en Vietnam (mi padre estuvo en Vietnam, pero volvió a casa convertido en un alcohólico). Asintió mientras le confirmaba cada cuestión.

El doctor me prescribió un par de medicamentos para evitar las náuseas y mitigar el dolor, garabateó algo en un papel (aunque no le prestaba atención y lo cierto es que no comprendí para qué era) y me pidió que volviera en unos días para que pudiéramos discutir algunas cosas.

—¿Qué clase de cosas? ¿Qué hay que discutir?

Me explicó la diferencia entre la estancia en una clínica privada y un hospital público, y me aseguró que tendría que tomar decisiones complicadas. El me ayudaría con ello.

—¿La cita me va a costar dinero? Porque hasta dentro de dos semanas no me pagan.

—Bueno... —aquello pareció desconcertarlo—. Estoy seguro de que lograremos arreglarlo, señor O'Brien.

En cuanto se enteró de que no iba a sacar otros treinta pavos por otra visita, volvía a ser el señor O'Brien.

—Claro que conozco las diferencias entre los hospitales y las clínicas, doctor. Los hospitales te dan por el culo. Los hospicios tratan de que te sientas cómodo, y luego te dan por el culo.

—Señor O'Brien...

—Solo dígame cuánto tiempo me queda.

—Tommy...

—Maldita sea, ¿cuánto tiempo?

Fuera, la recepcionista dejó de teclear. La oficina quedó sumida en el silencio, hasta tal punto que fui capaz de escuchar el latido de mi corazón, que resonaba como el bajo en mi canción favorita de *Snoop Dog*.

—Bueno, es difícil saberlo con exactitud, señor O'Brien, pero diría que, de manera aproximada, le queda un mes de vida. Tres, como mucho.

Eso era lo que quería saber. Me acompañó hasta la puerta.

En la calle el sol brillaba, y agradecí la tibieza contra mi rostro. Olía la madreSelva que crecía sobre el edificio. Un pájaro revoloteó por el aparcamiento que

había enfrente. Otros piaban y se cantaban los unos a los otros entre los árboles. Un mosquito, el primero que veía esta primavera, me zumbó al lado del oído. Resistí el impulso de aplastarlo, así se marcharía a molestar a otro.

El invierno había llegado y se había ido, y ahora era el tiempo de la primavera. La estación de la renovación. Ese tiempo mágico del año en el que la madre naturaleza se quita la ropa, se pone un tanga y grita: «¡fiesta!».

Todo volvía a la vida mientras que yo estaba muriendo.

Terminal.

Entonces las rodillas cedieron, y todo se volvió oscuro.

No sé cuánto estuve allí tirado. Tal vez un minuto, pero me dio la impresión de que fue más. Nadie se dio cuenta, así que tampoco pudo ser tanto. Pasé la mano por el pavimento y limpié la sangre de mis vaqueros anchos.

El camión no quería arrancar. Se limitó a toser, justo como yo lo había estado haciendo. Acabé por abrir el capó y golpear el motor de arranque con un martillo. Por fin se encendió. El botón de encendido de mi radio estaba roto, así que le había metido un palillo de dientes a modo de cuña y lo había sujetado con cinta aislante para evitar que se apagara. Cuando el motor exhaló y resopló, la radio volvió a la vida. Howard Stern entrevistaba a un enano. Pensé en todos los tipos a los que había escuchado llamar a Stern durante el curso de los años, tipos que estaban muriéndose a causa del cáncer y querían que él cumpliera sus últimos deseos..., que solían reducirse a acostarse con alguna estrella del porno.

Mi deseo era que esto no fuera más que un sueño. No era real, ¿verdad? Tal vez el doctor se equivocara.

Mis manos empezaron a temblar y todo comenzó a girar a mi alrededor. La voz de Howard se fue amortiguando, como si se alejara por un túnel muy largo. Cerré los ojos e inspiré profundamente un par de veces, hasta que se me pasó.

No tenía muchas ganas de reírme, así que quité a Howard y puse *The Eminem Show*, de Eminem. El bajo, muy fuerte, empeoró el dolor de cabeza. Eminem *rapeaba* preguntándose si, en caso de morir mañana, la gente que quedara atrás se sentiría compungida o si le importaría siquiera.

Apagué la radio y conduje en silencio.

No iba a volver al trabajo, pero tampoco podría ir a casa. Las manos no dejaban de temblarme. Me paré en una gasolinera, compré un paquete de cigarrillos y encendí uno. Aspiré y saboreé el humo. La nicotina me recorrió las venas y todo volvió a ir bien. Las manos dejaron de temblar. El dolor de cabeza remitió. Estaba despierto y alerta. Me sentí vivo. Vivo. Al menos por ahora.

Así fue como todo empezó. Lo que vino después (John y Sherm, Murphy's Place, el plan, Wallace y su gente, el robo, la toma de rehenes, el maldito baño de sangre) comenzó con ese viaje hasta la consulta. Ni siquiera quería ir. Michelle me obligó cuando los dolores de cabeza empeoraron. Quizá si no hubiera ido, nada de esto hubiera pasado.

Pero lo hizo. Todo: el banco, los rehenes, Sheila y Benjy.

Sobre todo Benjy. Sobre todo él...

Así fue como empezó.

Dame otro cigarrillo y te contaré lo que ocurrió después.

Como acabo de decir, no podía volver al trabajo, pero tampoco a casa. Michelle salía del Minit-Mart a las dos, y a esta hora ya habría recogido a T. J. de la guardería. Me estarían esperando y me haría preguntas. Preguntas que no estaba seguro de cómo responder.

En lugar de volver a nuestra chabola, conduje por la ciudad en modo piloto automático: vagando sin rumbo por las calles y callejones. Había crecido y vivido aquí, y por lo que parecía, también iba a morir aquí, y me conocía todo al dedillo.

Tras un rato, volví a probar suerte con la radio. Pink estaba a punto de empezar la fiesta. La apagué de nuevo. La radio era una mierda últimamente, solo se salvaba Howard Stern. Tarde o temprano se largaría, y entonces no sé qué cojones iba a escuchar la gente. Busqué *The Chronic*, del Dr. Dre. Música ambiental perfecta. Mantuve bajo el volumen y reduje los bajos para evitar que el dolor de cabeza se resintiera.

Terminé por llegar al campo de caravanas donde había crecido. La vieja carraca en la que había vivido con mis padres no se encontraba en su mejor momento. El dueño se la estaba alquilando a un grupo de inmigrantes de México que se dedicaban a recoger manzanas en el campo de Fawn Crove. Debía de haber unos veinte viviendo allí, ni siquiera era capaz de imaginarme cómo vivían todos bajo el mismo techo. A mí ya me parecía lleno cuando vivíamos tres, antes de que papá se marchara.

Mi nombre es Thomas William O'Brien, pero todo el mundo me llama Tommy. Todo el mundo menos mi viejo, que no me llama en absoluto, y mi madre, que me llama «gilipollas», «pequeño chupapollas» y «mierda descerebrada». Era basura blanca, y lo admito. Por aquí no es que haya muchas más opciones. Todo el mundo en la ciudad es basura, y todo el mundo es pobre. La única diferencia es el color de la piel, lo que conducen y si escuchan *metal*, *rap*, o música *country*. Si vives en los suburbios, entonces tienes alguna posibilidad, pero aquí en la ciudad siempre es la misma historia.

Antes Hanover era un lugar agradable. Pero cuando el trabajo comenzó a escasear, cambió. Primero perdimos la fábrica de tabaco, luego la planta de empaquetado y, por último, hasta el centro de reciclaje. La fábrica de zapatos se marchó a México y la de papel se reubicó en Carolina del Norte. Luego el centro comercial, después de que las grandes cadenas de tiendas plegaran velas. Por último, nos quedamos solo con la fundición y no mucho más. Si eras bueno con la llave inglesa podías pillar trabajo en uno de los garajes o talleres. Si querías ser teleoperador, tampoco tendrías problema. Pero la mayoría de la gente tenía que elegir entre salir de la ciudad o quedarse para trabajar en la fundición o en otro trabajo con un sueldo de mierda. Incluso largarte no te aseguraba nada. Parecía que el resto del

país comenzaba a estar tan jodido como aquí.

Antes, la ciudad bullía de vida. Ahora, fantasmas industriales acechaban en cada calle y esquina. Los esqueletos de las fábricas muertas se deterioraban a cada día que pasaba, y solo servían para proporcionar refugio a los sin techo y a las ratas. Los edificios abandonados resultaban deprimentes y hedían a desesperanza y desaliento.

Me recordaban a mi padre. Él hedía a lo mismo.

Mi viejo fue un padre horrible. Un borracho. Trabajaba en el turno de noche de la fundición y luego se recorría los bares con borrachos del tercer turno como él. Bebía todas las mañanas desde las seis hasta el mediodía, luego volvía a casa y nos golpeaba a mi madre y a mí hasta que se iba a dormir. Entonces se levantaba y volvía a comenzar el ciclo. Odiaba a ese hijo de puta. Uno de mis recuerdos más antiguos de él es cuando le mordí la pierna para llamar su atención y él me pateó por todo el suelo de la cocina. Eso resume bastante bien el talante de nuestra relación.

Murió cuando yo tenía siete años. Se largó de la ciudad con una camarera del VFW y, dos días después, a su coche lo arrolló el tren en Westminster. Murieron los dos en el acto. Recuerdo que me sentí mal por no entristecerme lo más mínimo. No hubo lágrimas, aunque la gente que salía en las telenovelas que veía mi madre siempre lloraba cuando alguien moría. Pero no lloré por él, ni entonces ni nunca.

Mamá no trabajaba, así que sobrevivíamos con los vales de la beneficencia, el queso del gobierno (con el que se hacen los mejores sándwiches de queso del mundo) y los cheques que le daba el puñado de novios que tenía. Camioneros, en su mayoría. Algunos eran gilipollas. Otros no. Me caía bien uno en concreto; lo llamábamos Pete el Cenagoso porque era de Misisipí. Solía traerme tebeos tras sus largos trayectos por todo el país, y me enseñó a jugar al béisbol y a pescar. Me molesté mucho cuando mamá le dio boleto y se lió con un transportista de cemento al que le faltaban los piños de delante. Estuve sin hablarle durante una semana, y para vengarme, rompí la ventana grande de la caravana con un bate de béisbol. Me calentó el culo por ello.

Cuando cumplí los dieciséis, mamá desarrolló cáncer de pecho. Murió a mitad del tratamiento. Pero no fueron ni el cáncer ni los tratamientos los que acabaron con ella. Fue uno de sus novios. El tipo la pilló bailando en el bar con otro hombre. La esperó a la salida, y cuando ella y su nuevo amigo volvían tambaleándose, borrachos como cubas y riéndose a mandíbula batiente, disparó a ambos. A mamá la alcanzó en el estómago y no murió de inmediato, por eso le disparó de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo. Luego se pegó un tiro él mismo. Se metió en la boca aquella polla metálica y se voló los sesos cuando los polis lo tenían rodeado.

Aquella vez sí lloré. Lloré un montón. Después del funeral, me fui a vivir con mi amigo John y sus padres hasta que nos graduamos, ya que mis abuelos llevaban mucho tiempo muertos y no tenía ni tías ni tíos.

Mientras estaba perdido en mis pensamientos, el palillo de dientes se cayó al suelo. Me incliné y lo busqué, palpando con la mano; estuve a punto de estamparme contra una cabina de teléfono. Hubiera sido irónico morir así. En cierta forma, habría sido parecido a lo que le sucedió a mi madre. Pero me desvié a tiempo, encontré el palillo y lo coloqué una vez más en su lugar.

Conduje hasta mi antiguo instituto y me detuve un momento por detrás del gimnasio. Me vi a mí mismo, con dieciséis años y ganduleando por allí, haciendo pellas, fumando cigarrillos y vendiendo costo a los deportistas y los chavales de la National Honor Society. John solía estar allí conmigo. Nos conocíamos desde el primer curso, habíamos crecido juntos y nos habíamos metido en líos juntos. Ahora ambos, junto con nuestro amigo Sherm, trabajábamos en el mismo sitio y nos emborrachábamos en el mismo sitio, Murphy's Place, los viernes por la noche.

Cáncer. Cáncer terminal. Desarrollándose a una velocidad alarmante. Un mes de vida, lo más seguro...

Tenía que decírselo a John. Debía cuidar de Michelle y T. J. por mí.

Eché otro vistazo a la escuela. Ahí fue donde conocí a Michelle. Donde comenzamos a salir. ¿Cómo iba a decírselo? No podía. No había forma. La destruiría.

Sustituí al Dr. Dre por Tupac y continué por la carretera.

Aplasté un cigarro contra el cenicero, tosi, advertí que algo se desprendía en mi garganta, lo escupí en la mano y miré. Mi palma chorreaba con sangre y saliva. Nada nuevo: llevaba pasando desde hacía unas cuantas semanas. Pero ahora sabía la razón. Antes había pensado que se trataba de una infección nasal. Mucha gente de la fundición la contraía a causa del polvo desprendido en el trabajo.

Me limpié la mano en los pantalones mientras pasaba al lado del restaurante italiano Génova. Hacían los mejores sándwiches italianos de todo el puto mundo: panecillos frescos con carne, queso y verdura. Lo echaría de menos. Iba a echar de menos muchas cosas.

De vuelta a la ciudad, me fijé en la gran colina por la que John y yo solíamos deslizarnos ladera abajo todos los inviernos cuando éramos niños. Pasé por el quiosco donde había trabajado por vez primera durante el verano, repartiendo los periódicos semanales (los tiraba todos al vertedero de detrás de la lavandería y luego iba a que el dueño del quiosco me pagara. Tardó tres semanas en pillarme). Pasé por la bolera del callejón, donde Michelle y yo íbamos a veces, cuando lográbamos que una niñera se ocupara de Tommy Junior (todavía no te he hablado mucho de T. J., pero lo haré. Es solo que me duele hacerlo, ¿vale?). Pasé por el Fire Hall, donde celebramos nuestro banquete de bodas. Pasé por el cine donde aún echaban *The Rocky Horror Picture Show* la medianoche de los sábados. Pasé el centro comercial y los restaurantes de comida rápida.

Pasé por mi mundo entero. Mi existencia al completo. El lugar que había

conocido durante veinticinco años.

No era mucho, pero me gustaba. No me había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que me gustaba. Quiero decir que odiaba esta ciudad de mierda; el olor de la fundición flotaba sobre todo, y la suciedad que venía de la misma fábrica impregnaba los coches. La gente parecía derrotada. Como si estuvieran cansados y acabados del todo. No deseaban una vida mejor porque desconocían que fuera posible. Solo sabían de impuestos, intereses de demora, avisos de suspensión de servicios por impago y subsidios por los niños. La ciudad estaba llena de capillas y templos. Elige el que más te guste: católico, episcopaliano, judío, metodista, luterano, presbiteriano, baptista, hasta mormón. Pero a pesar de todas estas posibilidades de culto, la ciudad carecía de fe. No creía en nada. La única cosa en que sí creía era en que, sin importar lo mal que fueran las cosas, siempre había algo mucho peor acechando a la vuelta de la esquina. Tengo que admitir que yo pensaba lo mismo. Lo llamaba mi «teoría de la gravedad»: por mucho que te esfuerces en huir, la gravedad está ahí para traer tu culo de vuelta y reducirte a pedazos.

Todo iba cuesta abajo: los edificios, la gente, los coches. Todo. Pero, aun así, lo amaba. Amaba aquello.

Salí de la ciudad, tomé la carretera de Dogtown y conduje a través de los bosques hasta la cima de la Colina. La llamábamos así porque desde allí podías ver la ciudad entera. Aparqué, apagué el motor de la camioneta y me senté sin más a observar. Siempre había querido conocer más mundo, pero nunca había tenido la oportunidad. Ahora ya nunca lo haría. Este era mi mundo, esta ciudad, estos bosques y campos. Eran mi mundo, y no por mucho más tiempo.

Michelle y yo siempre hablábamos de irnos de vacaciones; algún sitio a un día de camino; tal vez un viaje a Washington para ver la Casa Blanca y que T. J. se quedara flipado con los huesos de dinosaurio del Smithsonian, o tal vez pasarnos por Baltimore para visitar el Inner Harbor y llevar a T. J. al National Aquarium. Nunca tuvimos el dinero suficiente para hacerlo, y aunque lo tuviéramos, la fundición me pagaba al final del año los días de vacaciones que no hubiera disfrutado..., y ese dinero venía muy bien. Deseé haber ido, haber visitado los museos y espectáculos. Me imaginé levantando a T. J. para que viera los tiburones del acuario, o tomando por la cintura a Michelle mientras contemplábamos el Capitolio de la nación por la noche, desde el balcón del hotel, con las luces como únicas compañeras. A ella le gustaban las mierdas esas románticas, y si soy sincero, a mí también (aunque nunca lo admitiría delante de John o Sherm. Sobre todo de Sherm).

Otro dolor de cabeza me atenazó, tan fuerte que me dolieron hasta los dientes. Hice crujir las articulaciones del cuello y con los dedos masajee las sienes, pero el dolor se negó a marcharse. Resignado, salí de la camioneta y me erguí en la cresta de la colina; luego di un par de pasos hasta quedarme justo al borde, y observé en

silencio el mundo que se extendía bajo mí. Una brisa acarició las hojas que pendían sobre mi cabeza y luego el aire frío me recorrió la piel. Me sentía bien. Me sentía de puta madre. No quería que terminara... Anhelaba que el viento soplara así para siempre. Echaría de menos la brisa. No podía describirlo. Era como una de esas cosas que todos damos por hecho, ¿sabes? Nunca pensamos en el aire que respiramos ni en cómo lo respiramos. Nuestros pulmones curran las veinticuatro horas de los siete días de la semana sin que los obliguemos de forma consciente.

Pero la brisa nunca muere, ¿verdad? Sigue moviéndose y moviéndose, no como nosotros. Tarde o temprano, nosotros nos dejamos de mover.

Miré las copas de los árboles mecerse al compás del viento. Las hojas eran nuevas y verdes. Pocos meses atrás, el paisaje se limitaba al blanco y marrón, y todo estaba seco. Ahora la nieve se había marchado y el campo había despertado. Un diente de león crecía a mis pies; la cosa más bonita que jamás había visto. Sin pensar, lo arranqué del suelo y me lo acerqué a la nariz. Lo maté. Durante un segundo, me sentí culpable. No era capaz de oler su fragancia, así que lo dejé escurrir entre los dedos.

Cuando era un niño, uno de los novios de mi madre era fan de los Iron Maiden. Los escuchaba a todas horas mientras trabajaba en su coche, o los ponía en casa sin parar. Siendo yo como era un fan del *hip-hop*, nunca me gustó el *heavy metal* pero en ese momento recordé un fragmento: «tan pronto como naces empiezas a morir». No había entendido aquello en su momento, y él me explicó que desde el mismo instante en que nacemos, nuestras células empiezan a deteriorarse, con lo que se iniciaba nuestra muerte. El proceso continuaría durante toda nuestra vida. De hecho, seguía su curso mientras yo estaba allí de pie en la colina, aunque en mi caso las células buenas estaban muriendo y las células malas se reproducían; se reproducían a una velocidad alarmante, si hacíamos caso al doctor.

Eché un vistazo al suelo. Michelle y yo habíamos hecho el amor en aquel mismo sitio cuando íbamos al instituto. Habíamos dejado de ir a la Colina después de casarnos, pero a veces bromeábamos sobre pasarnos por aquí, solo para recordar los viejos tiempos. Ahora ya no podríamos.

Aquella revelación me golpeó con la fuerza de un avión que se estrella contra el suelo. Caí de rodillas.

En breve no volvería a sentir el viento entre mi pelo ni ver las hojas verdes brotar ni florecer el diente de león. Dejaría de sentir el sol y dejaría de ver las nubes flotar sobre mi cabeza. Nunca iría de nuevo a las reuniones de antiguos alumnos ni volvería a reírme de los cabezas huecas de la National Honor Society a quienes había vendido hierba, los mismos que ahora curran en restaurantes de comida rápida, o vendían coches de segunda mano. Michelle y yo nunca nos iríamos de vacaciones, ni tampoco a la bolera, y John y Sherm irían sin mí a Murphy's Place los viernes por las noches, y

mi jefe tendría que encontrar a alguien más que se encargara de la máquina de vaciado número dos en la fundición, porque yo no iba a poder hacerlo mucho más tiempo. Tampoco estaría allí entre ocho y diez horas diarias, sobresaltándome cada vez que una pieza caliente de metal aterrizaba en mi brazo, ni me limpiaría nunca más el polvo de la fundición que se adhería a los dientes y a las orejas, ni volvería a frotarme los talones porque me dolían por pasar tanto tiempo de pie; y hasta eso echaría de menos, porque significaría que seguía vivo.

Ya podía olvidarme de ver la nueva peli de los *X-Men* o a los Orioles llegar a las World Series o a los Steelers llegar a la Super Bowl y patear unos cuantos culos. Me iba a quedar sin saber lo que pasaría en la siguiente temporada de 24 y sin oír el nuevo disco de los Wu Tang Clan. Nunca llevaría a T. J. a la misma colina por la que John y yo nos habíamos lanzado como cohetes. Nunca sabría lo que Michelle me iba a comprar por mi cumpleaños este año, porque ya no habría más cumpleaños, ni aniversarios ni navidades, porque no, Virginia, no hay ningún puto Santa Claus, y si lo hubiera, la única cosa que ese gordo cabrón dejaría en mi calcetín sería una tonelada de carbón, con la forma de un tumor que no dejaría de crecer a una velocidad alarmante.

Tosí más sangre y me levanté. Estaba asustado, y las manos me temblaban tanto que a duras penas logré encender un cigarrillo. Pero al final lo conseguí. La nicotina invadió mi cuerpo, dándome la misma energía que si hubiera sido carburante para cohetes.

Ya nunca podría quedarme en la puerta del dormitorio de T. J. para ver cómo dormía, emocionado por la intensidad del amor que sentía por él. No agarraría a mi esposa mientras dormía a mi lado, ni volvería a sentir su pelo acariciarme, ni olería su aliento ni sentiría su calor bajo las sábanas. Nunca los oiría de nuevo decir lo mucho que me querían, y yo tampoco se lo diría a ellos. En ese momento, deseé decírselo.

Volví a la camioneta, conduje hasta el cementerio y visité la tumba de mi madre al otro lado de la ciudad. Habían pasado años desde la última vez que estuve aquí, y me llevó su tiempo encontrar la tumba porque no recordaba con exactitud dónde estaba. No había flores ni chorradas de esas; solo maleza marrón que cubría la piedra.

—Hola, mamá.

Advertí que el viento había dejado de soplar.

Me quedé allí de pie durante mucho tiempo, fumando y pensando, y muriendo. Le hablé a mamá, pero ella no me respondió. Igual que cuando estaba viva.

Después de un rato, volví a la camioneta y marché a casa.

Había anochecido para cuando regresé a casa y la caravana brillaba a causa de las luces, con un tenue fulgor dorado que relumbraba sobre nuestro descuidado patio de cizaña y dientes de león. Nuestro hogar no era muy allá: una parcela doble rodeada por una lona de color marrón mierda, y una vieja cubierta de madera que estaba empezando a combarse por las inclemencias del tiempo, ya que los listones sin tratar se iban pudriendo. La caravana se aposentaba sobre un cuarto de acre, con la única compañía de un árbol anorético y un cobertizo prefabricado para las herramientas que John y Sherm me habían ayudado a montar hará dos veranos. Siempre me había repetido que cuando fuera mayor no viviría en una caravana..., pero, por supuesto, estaba equivocado.

Me senté allí, en la oscuridad, y fumé el cigarrillo hasta el mismo filtro con la esperanza de mantener controladas las emociones. Fue una intensa lucha. Al fin, terminé por entrar.

Cuando crucé el umbral, Michelle acababa de dar un baño a T. J. Estaba sentada en el sofá, leyendo una novela de Erica Spindler, y el niño estaba embobado delante de la televisión, viendo *Bob Esponja* y echándose migas de galletas Goldfish por todo el pijama.

—Hola, cariño. —Levantó la mirada del libro—. ¿Qué tal fue el día? Llegas un poco tarde. Empezaba a preocuparme.

Me deshice de la chaqueta y me dejé caer a su lado.

—Volví al trabajo después de la cita con el doctor. Curré algo para compensar las horas perdidas.

—¡Papi! —T. J. cruzó la habitación a toda prisa y saltó sobre mi regazo, para luego acribillarme a besos húmedos con sabor a galletas Goldfish.

—¿Qué tal, hombrecito? —Le agité el pelo con la mano y lo abracé con fuerza. Cuando ahora echo la vista atrás, creo que ese momento con T. J. en mi regazo fue el más duro de todos. El que casi consigue destruirme.

Tragué saliva y forcé una sonrisa.

—¿Has sido un buen chico hoy?

Asintió.

—¿Sabes qué? En la guardería la señorita Harper dijo que le gustaba, y yo le dije que podía ser mi novia, aunque María también es mi novia. —Se metió otro puñado de galletas en la boca. Sus mejillas refulgían como las de una ardilla rayada.

—T. J., no te metas tanto en la boca de golpe —lo regañó Michelle—. ¿Tu novia no era Anna López?

—Sí —convine yo—. ¿Y qué pasa con esa chica rubia, Kimberly? ¿No le gustabas también?

—Todas son mis novias. —Sonrió de oreja a oreja, con la boca aún repleta de comida, y luego saltó de mis piernas.

—Mi pequeño Mack Daddy es todo un conquistador —me reí—. De tal palo, tal astilla, ¿eh, hijo?

Michelle me golpeó en el hombro y T. J. se rió.

—¿Y qué te ha dicho el doctor?

Abrí la boca pero no dije nada. Quería decírselo. En serio, quería decírselo más que nada en el mundo. Estaba asustado hasta las trancas, y sin duda Michelle me iba a ayudar a tranquilizarme. No era solo la mujer a la que amaba. Era mi mejor amiga. Pero no pude. No podía hacerle tanto daño. No podía dejar que su mundo se derrumbara. Tal vez solo fuera que yo necesitaba algo de tiempo para procesar todo esto, pero por el momento no me veía con fuerzas para decírselo a Michelle.

A menudo me he preguntado si, de haberlo hecho, las cosas hubieran resultado diferentes.

—Que todo marcha bien —mentí. Las palabras me escocieron en la garganta—. Un bicho. Debió de picarme en el trabajo.

—¿Un bicho? Llevas enfermo un par de semanas, Tommy. Y has perdido peso. No tienes buen aspecto.

—Lo sé, lo sé. Pero dijo que no era nada de lo que preocuparse. Además, necesitaba perder un par de kilos. Los pantalones holgados ya no lo eran tanto.

Uno de los novios de mi madre solía decir: «si vas a mentir, Tommy, entonces hazlo a lo grande». Y eso fue lo que hice. Mentí como un maldito bellaco. Terminó por ser un avance de lo que vendría en los días siguientes.

—¿Te recetó algo?

—Claro. —Pensé con detenimiento—. Pero no fui a comprarlo. No tenemos dinero ahora mismo. Iré la semana que viene.

—Mierda.

Parpadeé. Ambos teníamos la mala costumbre de soltar tacos delante de T. J., pero Michelle me superaba en frecuencia. Miré al chaval, pero estaba absorto, inmerso en los dibujos.

—Nada de mierda, Michelle —bajé la voz—. Mañana cobro, pero hasta dentro de dos semanas no veré ni un centavo. Y el cheque de mañana tendrá que servir para pagar la revisión de la camioneta, la compra y la guardería. Y tendremos que dejar lo de la tarjeta de crédito para más adelante.

—Y la luz. Vino hoy.

—Mierda.

Frunció el ceño, pero luego se le iluminó la cara.

—Tenemos el dinero del bingo. Con eso tendrás suficiente para tus medicinas.

Todas las noches de los viernes, mientras yo bebía en Murphy's Place con John y

Sherm, Michelle dejaba a T. J. con sus abuelos durante un par de horas y jugaba al bingo en el Fire Hall con sus amigas. En la mayoría de las ocasiones perdía, pero a veces ganaba un pellizco y guardaba el dinero en una lata de café bajo la cama. Estaba ahorrando para llevar a su madre en autobús a Nueva York, en uno de esos viajes de un día para ver un musical o ir de compras. Llevaba ahorrando dos años.

—De ninguna manera, cariño. Es tu dinero. Puedo pasar sin la medicina. Tomaré aspirina.

—Ya estás tomando aspirinas, y no sirven de mucho.

—La aspirina es buena para el corazón. Lo dicen en los anuncios.

—Tommy...

—¡Hostia, Michelle, he dicho que no!

Silencio. No había sido mi intención saltar así, y creo que estaba tan impresionado como ella. Me disgustaba sobremanera aquel aspecto herido que delataban sus ojos. De inmediato me sentí como un gilipollas. Las sienes comenzaron a palpitarme, el aviso de un nuevo dolor de cabeza. Me dolían los dientes y reprimí a duras penas la tos, puesto que sabía que me saldría sangre. La estaba saboreando al final de la garganta.

T. J. se sobresaltó y dejó de prestar atención a los dibujos. Michelle parecía dolida.

—Lo siento. ¿Vale? Lo siento...

Ella se encogió de hombros.

Me levanté del sofá, agarré a T. J. y le di otro apretón.

—Papá no quería gritar —le dije—. Solo he tenido un mal día y estoy un poco gruñón. Solo eso.

—No pasa nada, papi —dijo, y luego pegó un brinco hasta el suelo.

—Yo también lo siento —reconoció ella—. Es un detalle por tu parte que pienses en mí y en el viaje de mamá, pero tienes que cuidarte, Tommy. Tienes que pensar en T. J. y en mí. ¿Qué haríamos si te pusieras enfermo de verdad?

Abrí la boca, pero no dije nada. En su lugar, sacudí la cabeza. El dolor explotó tras los ojos y luché con denuedo para evitar que se me notara. El sabor metálico a sangre me sobrevino en la boca. Me desplomé de nuevo en el sofá.

—Vale —croé—. Cogeré algo mañana. Pero no vamos a usar el dinero del bingo, y esa es mi última palabra. Veré si consigo evitar la revisión. Pondré barro sobre la pegatina para que los polis no la vean.

—¿Funcionará?

—Lo he hecho antes. No habrá ningún problema, siempre y cuando no llueva y se quite el barro.

Me levanté y caminé hacia la cocina, sin dejar de notar los ojos de Michelle clavados en mí. Sabía que no estaba bien, pero también sabía que era mejor dejar de

hablar del tema.

Dejó su libro a un lado.

—T. J., es hora de irse a la cama.

Él se dio la vuelta para mirarla.

—Mierda —exclamó.

Hubo una breve pausa. Luego ambos empezamos a reírnos, y la poca tensión acumulada en la habitación se disipó por completo.

—¿Qué acabas de decir?

—No quiero irme a la cama. —T. J. comenzó a hacer pucheros—. Quiero ver *Bob Esponja*.

—La has visto un millón de veces —le dijo Michelle con firmeza—. Es hora de dormir. Y no vuelvas a usar esa palabra nunca más.

—¿Qué palabra?

—La palabra fea que acabas de decir.

—¿Qué palabra fea? —Sonreía con malicia—. Tú y papi la decís.

—Tal vez, pero sigue siendo una palabra fea.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Por eso.

—¿Pero por qué?

Michelle miró hacia arriba, exasperada.

—Déjalo.

Lo levantó del suelo y lo llevó hasta mí.

—Dile buenas noches a tu padre.

Alzó los brazos.

—Buenas noches, papi.

Lo cogí y lo abracé con energía contra mí. Me besó en la mejilla y yo le arrugué la nariz.

—¿Te molesta la barba? —pregunté.

—No —replicó—, pero tienes la cara mojada, papi.

Entonces me di cuenta de que estaba llorando. No me había dado cuenta.

—Papi está sudando. He trabajado mucho hoy. Venga, tienes que irte ya a dormir.

Lo besé y él me besó otra vez, con cuidado para evitar mojarse. Entonces procedimos con el ritual de todas las noches.

—¿Quiénes son los más machotes? —pregunté con una sonrisa.

—¡Nosotros, nosotros somos los más machotes!

—Buenas noches, campeón.

—Buenas noches —sonrió.

Le devolví la sonrisa y lo volví a besar.

—Felices sueños. Te quiero, papi.

—Yo también, hombrecito. Duerme mucho y no dejes que te muerdan las chinches.

Michelle lo cargó por el pasillo, y yo me quedé solo en la cocina. Abrí la puerta de la nevera y me quedé quieto, dejando que la bocanada de aire frío me envolviera. Saqué una lata de cerveza y cerré la puerta. El ruido al abrir la lata sonó como un disparo en medio del silencio. Me pitaban los oídos y la cabeza; escuché a Michelle preguntarme de nuevo qué es lo que harían ella y T. J. si yo me ponía malo de verdad. El latir de mis sienes empeoró. Me puse la lata fría en la frente hasta que me sentí mejor, y luego la vacié de un trago. La cerveza barata nunca había sabido tan buena.

Agarré el bote de aspirina de encima del frigorífico, me eché cuatro en la palma y las tragué con otra lata de cerveza. Al final del pasillo. Michelle leía un cuento a T. J.: *The Lorax*, del doctor Seuss. Había sido mi favorito desde siempre, y ahora también lo era de T. J. La única diferencia es que él tenía una madre que se lo leía. Yo lo había leído por mi cuenta, bajo las sábanas y con una linterna.

Michelle era una buena madre, y una buena esposa también. La amaba con todas mis fuerzas, y cuando veía lo mucho que la quería T. J., la amaba más aún. Nunca la había engañado, ni una sola vez. Sé que no es demasiado. Se supone que no has de engañar a tu mujer. Pero créeme: en esta ciudad todo el mundo, y quiero decir todo el mundo, se acuesta con alguien más. A pesar de las circunstancias, nunca la he engañado, y ella tampoco me ha puesto los cuernos.

Supe que me iba a casar con ella desde la primera vez que la vi, a medio camino entre el aula de profesores y la clase de inglés de undécimo curso del señor Shue. Tenía el pelo rubio y largo, ojos azules y un cuerpo que era una bomba..., además de una sonrisa que parecía brillar con luz propia. Suena trillado, pero joder, no soy un poeta. Solo sé que fue amor a primera vista, porque así lo sentí. Era la prueba viviente.

Bueno, la prueba agonizante, para ser exactos.

Claro que, al principio, ella me odiaba. Pensaba que era un gilipollas inmaduro, y la verdad es que estaba en lo cierto. Pero persistí. Me llevó dos meses conseguir tener una cita con ella. Fuimos al cine y luego a cenar. Después condujimos hasta la Colina en mi Toyota (el mismo coche que me embargaron hace unos pocos años por impagos diversos). Fue la primera vez que hice el amor. No hablo de follar. Había tenido sexo con montones de chicas para entonces. No, esto era diferente. Ninguno de nosotros era virgen (en esta ciudad, si no pierdes la virginidad a los catorce, o eres sacerdote o monja), pero estábamos nerviosos. Quería que ella se lo pasara bien... muy bien. Pero no llegó al orgasmo. Supongo que por los nervios. Creí que aquello la dejaría tocada, pero me dijo que no importaba y a la noche siguiente fuimos de nuevo allí. Y a la noche siguiente. Y a la siguiente. Y a la otra. Y nunca paramos.

A diferencia de la mayoría de nuestros compañeros de clase, no nos casamos

después de terminar el instituto. Para cuando nos graduamos, yo había decidido que quería hacerme militar; la universidad no era lugar para mí. En mi caso hubiera sido como si alguien me dijera: «hey, Tommy, ¿quieres irte a Marte?». Así que ser militar era la única opción. Fui hasta York y hablé con los reclutadores; decidí alistarme con los Marines, pero dos pruebas de orina que me hice dieron positivo con marihuana, y me vi en la calle buscando curro.

De joven siempre había jurado que nunca sería como mi padre, que no sería un esclavo en esa sucia fundición toda mi vida. Incluso si mi viejo no hubiera sido un auténtico capullo, la fundición nos jodió la vida. El padre de John era un tipo genial, y aun así, la fundición había afectado a su familia. Su padre trabajaba los siete días de la semana y nunca estaba en casa, ni siquiera en Navidad. Se dejó el culo por su familia, una familia a la que nunca podía dedicarle algo de tiempo. Murió de un ataque de corazón, ahora hace tres años, a siete de la jubilación.

Yo no pensaba seguir el mismo camino. Me prometí que nunca lo haría. Me iría de allí, a York, Harrisburg o tal vez Baltimore, y encontraría un trabajo de verdad. Dejaría esta ciudad y nunca volvería la vista atrás. Pero Michelle estaba allí, y también John, y todo lo que conocía. Como el resto de la gente, al final, me quedé. Supongo que nunca tuve opción. Me pregunto si alguien de la ciudad la tiene.

¿Hubiera acabado de la misma forma si me hubiera marchado? Me refiero al robo del banco y lo que ocurrió con Benjy y los demás. Pero supongo que no importa. Si empezara desde el principio seguiría quedándome, incluso si supiera lo que sé ahora. Michelle valía la pena. Por ella y T. J. haría cualquier cosa. Eran las dos únicas cosas que importaban.

Después de ser rechazado por los Marines me dediqué a ser repartidor de supermercados, pero no duró mucho. Al final, y aunque no me gustara, acepté un trabajo en la fundición, porque o era eso o trabajar a tiempo parcial en la bolera o en uno de los restaurantes de comida rápida..., o vivir del paro. Michelle y yo nos fuimos a vivir juntos. Nos mudamos a un apartamento diminuto sobre la tienda de informática. Seis meses después nos casamos. Sus padres nos prestaron dinero para el anticipo de la caravana, y John y Sherm nos ayudaron en la mudanza. Compramos una televisión de pantalla enorme que no nos podíamos permitir, Michelle consiguió trabajo en un Minit-Mart y yo pasé a hacer turnos extra en la fundición. T. J. vino al poco, nos endeudamos hasta las cejas, la caravana perdió valor como todas las caravanas, y el mundo siguió su curso.

Luego pillé cáncer. Fin de la historia. Fundido en negro...

Me pregunté qué habría sido de la vida de Michelle si no nos hubiéramos liado. ¿Tal vez se habría ido a Nueva York para convertirse en editora de una importante editorial? ¿O se hubiera ido a Filadelfia para abrir una tienda de esas en plan cafetería y biblioteca? Le encantaba leer, y sé que se le habría dado bien algo así. En vez de

eso, se había quedado allí por mí y por T. J.; y había alquilado aquella caravana en lugar de un apartamento de lujo con vistas a Times Square. Nos había elegido a nosotros y a esta ciudad, y yo la amaba por eso.

La oí leer en el dormitorio. Había llegado a la parte interesante.

—«Y en ese mismo momento, oímos un estruendoso ruido. Fuera, en el campo, retumbaba el enfermizo golpeteo de un hacha sobre el árbol. Luego oímos caer el árbol».

Caer el árbol...

El dolor volvió a asaltarme, se abrió paso a empujones hasta mi cabeza con tanta rapidez que casi grito. Se me revolvió el estómago. Corrí al baño, aunque casi estuve a punto de no conseguirlo antes de que empezaran las convulsiones. Encendí el ventilador para que Michelle no me oyera y caí redondo enfrente de la taza.

Me estaba ahogando. Me era imposible respirar y la visión se me emborronaba. No era como los demás ataques. Algo rosa, negro y sólido, trepó por mi interior hasta que lo regurgité en la taza.

¿Qué cojones?

Había echado una parte de mí.

Me arrodillé delante del inodoro durante un buen rato y me quedé allí, contemplando aquellos despojos.

Nunca había estado más asustado en toda mi vida que en aquel momento.

Cuando salí del baño, después de haberme enjuagado la garganta con media botella de colutorio, Michelle estaba sentada en el sofá, concentrada en su libro.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí, estoy bien. Solo es otro dolor de cabeza. Ya se irá.

—Te has tirado ahí mucho tiempo.

—He cagado como un titán. Mejor será que no entres ahí hasta que pasen unas horas. ¡Y no se te ocurra encender un cigarrillo!

—Tommy —boqueó, sonriendo—, ¡eres horrible!

—Hey —le devolví la sonrisa—, tú eres quien ha preguntado.

Nos sentamos allí durante un rato y ella me contó qué tal le había ido el día. Clientes molestos que compraban boletos de lotería y que pagaban los paquetes de cigarros con calderilla, la última crisis personal del encargado, el chiste del día que el chico de las patatas le había contado. La mierda más aburrida del mundo. Quería escuchar, quería prestar atención. Quería conocer todos y cada uno de los detalles. Quería que ella supiera que la amaba y que me interesaba lo que tenía que decirme.

El teléfono sonó, lo que interrumpió la historia de lo que había ocurrido cuando la máquina de boletos de lotería se rompió. Ambos lo miramos.

—Seguro que es mi madre —gruñó.

Cogí el teléfono.

—Va a despertar a T. J.

—Lo sé. Le diré que no llame a estas horas.

Descolgué al tercer tono.

—¿Hola?

Hubo una pausa seguida por un zumbido electrónico, y luego apareció una voz femenina, nasal, que no fui capaz de reconocer.

—¿Hola? —dije de nuevo.

—Hola, ¿podría hablar con el señor Thomas O'Brien?

—Sea lo que sea lo que vende, no me interesa. Pónganos en la lista de «no volver a llamar».

—No vendo nada, señor.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—¿Es usted el señor Thomas O'Brien?

Suspiré, exasperado.

—Sí. ¿Y quién demonios es usted?

—Señor O'Brien, le llamo de Servicios financieros de crédito Gulf, en referencia a su cuenta Visa.

—No tengo ninguna tarjeta de ustedes.

—Sí, ya lo sabemos, señor. Somos una agencia de cobros, y nos ocupamos de este asunto en nombre de Visa. ¿Sabe que su cuenta ha excedido el límite de crédito y que no ha abonado el pago correspondiente?

—¿En serio, Sherlock? Justo por eso es por lo que no la usamos.

—¿Cuándo piensa pagar, señor O'Brien?

—¿Cuándo piensas buscarte un trabajo de verdad? —repliqué—. ¡No vuelvas a llamar, puta!

Colgué el teléfono con un golpetazo y de inmediato me sentí mejor. Putos teleoperadores. ¡No hay nada en el mundo peor que eso!

—¿Quién era? —preguntó Michelle.

—Una agencia de cobros.

—¿De qué?

—Por la tarjeta de crédito. —Suspiré—. Imagino que querrán su pasta, igual que la compañía de seguros y la de teléfono.

—Bueno, pues tendrán que esperar. Tenemos que pagar la luz con tu próxima paga. Ya nos han avisado de que la cortarán si no les damos su dinero. Y tampoco te olvides de la hipoteca; también nos hemos retrasado.

—Pero tenemos que pagar el teléfono. Creo que al final habrá que olvidarse de las medicinas..., ¡y no empieces otra vez a darme el coñazo!

—Pero has de tomarlas.

—¿Por? ¡Jesús, ojalá nos tocara la lotó!

—Tranquilo, Tommy —me apaciguó—. Saldremos adelante. Ya se nos ocurrirá algo. Siempre se nos ocurre. T. J. y yo contamos contigo.

Se levantó y me envolvió en un abrazo. Cuando me apretó contra ella, estuve a muy poco de sollozar. Pero la abracé y me mordí el labio, en un intento por mantener a raya las emociones.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —le susurré al oído—. En serio, Michelle. Quiero que lo sepas.

Se echó atrás y me dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Qué pasa, Tommy?

Me encogí de hombros, sin dejar de luchar para contener las lágrimas.

—No lo sé. Un día de mierda, eso es todo. Un día largo, muy largo...

—Estás rendido. Vete a dormir, cariño.

Asentí. Tenía la cara enterrada en su pelo, y olía estupendamente. Inhalé con todas mis fuerzas y degusté el aroma.

Unidos por las manos anduvimos por el pasillo, nos desvestimos y nos deslizamos entre las sábanas. El tacto de las sábanas frías me calmó. Nos acurrucamos al brillo del televisor. En unos minutos, Michelle respiraba con suavidad, dormida. Siempre me había sorprendido la facilidad con la que se dormía. La contemplé durante largo tiempo: el subir y bajar de sus pechos, la forma en que la frente se arrugaba mientras soñaba. En estos momentos era en los que estaba más guapa que nunca.

Sonreí, alegre.

Entonces recordé que me estaba muriendo. Aquella verdad brotó en mi cabeza como salida de ninguna parte. La mayoría de la gente no piensa en su muerte, sobre todo si tiene veinticinco años. El poli que está patrullando no piensa en ello, aunque sabe que existe la posibilidad cada noche que sale a la calle. El conductor borracho no pondera las consecuencias de sus actos hasta antes de salir volando por el parabrisas y convertirse en una sangrienta marca de neumáticos sobre la carretera. Para la gente así, la muerte ocurre con rapidez. Puede que la idea esté en el fondo de su cabeza, puesto que saben que cabe la posibilidad de que ocurra, pero no están pensando en ello durante cada segundo.

¿Y qué pasa con los demás capullos? ¿Piensan en morir cuando se levantan por la mañana, se duchan y toman una taza de café? ¿Dan vueltas al asunto mientras el jefe les echa la charla? Ni de coña. Por supuesto que no. Los seres humanos no piensan en la muerte porque no creen que vaya a ocurrir. Claro que saben que tarde o temprano sucederá. Tal vez, a veces nos detengamos por un momento y pensemos que igual pudiera ocurrir hoy mismo. Pero no lo sabemos con certeza. Nunca estamos seguros

al cien por cien.

Te voy a decir algo: cuando sabes que va a ocurrir con certeza, y que lo hará pronto, eres incapaz de pensar en otra cosa. Lo intenté. Intenté olvidarlo. Pensé en nuestras deudas, en lo mucho que debíamos, y me pregunté cómo demonios íbamos a salir de esta. Me pregunté cómo sobrevivirían Michelle y T. J. cuando yo estuviera muerto. ¿Se quedarían sin un centavo y tendrían que vivir en la calle? La miré otra vez y pensé en T. J. y el Lorax, y el sonido del hacha que derribaba el último árbol de Truffula. El último. Y después de que cayera, el bosque del Lorax se había convertido en una puta mierda.

Sabía que tenía que hacer algo, pero a esas alturas no sabía muy bien el qué.

El volumen de la televisión estaba muy bajo, para no despertar a T. J. Era un programa de polis; tres tipos robaban un banco.

Entonces se me iluminó la bombilla. En la tele parecía muy sencillo.

Me pregunté si sería tan fácil en la vida real.

—A ver si me entero. ¿Tienes pelo en la polla? No estoy hablando de las pelotas, ¿eh? Estoy hablando de la polla. ¿Tienes pelo en el manubrio?

—Sí. —John dio otro mordisco a su sándwich de mortadela—. Como todos, ¿no? ¿Vosotros no tenéis?

Sherm y yo enarcamos las cejas y nos miramos el uno al otro, para después de un segundo empezar a partirnos de risa. Me reí tanto que acabé echando el refresco por toda la mesa.

—John... —limpié la soda con una servilleta—, ¿cuántos tíos has visto en pelis porno con pelo en la polla?

Se encogió de hombros.

—Pensaba que se lo afeitaban, capullo. Ya sabes que muchos de esos tíos se afeitan las bolas.

Sin dejar de reírse, Sherm se volvió hacia la mesa de detrás.

—Hey, Louis, atento a esta mierda: ¡John tiene pelo en la polla!

Louis, el encargado de la cadena de montaje cuatro, parecía perplejo.

—¿Quieres decir por las pelotas? ¿Donde todos?

Sherm asintió hacia John.

—Cuéntaselo.

John frunció el ceño y las orejas se le tiñeron de escarlata.

—Me crece el pelo por la polla. Hasta la mitad. No sé a qué viene tanto escándalo.

El comedor al completo estalló en carcajadas. Las orejas de John se volvieron rojas del todo.

—Te voy a empezar a llamar «polla felpudo» —rió entre dientes Sherm.

Así es como eran todos los días. Íbamos al comedor sobre las doce, salíamos veinticinco minutos después... Lo justo para echar una meada o llamar a casa antes de que la campana sonara y tuviéramos que volver al curro. A veces charlábamos sobre deportes; de la mierda que hacían los Orioles, los Ravens y los Steelers, o escuchábamos a los seguidores de la NASCAR discutir sobre los conductores: quién había echado a quién de la pista o si Ford era mejor que Chevy. Otras veces giraba en torno a modelos de trajes de baño, estrellas del porno, música, caza, la última peli o lo que había ocurrido en el local de *striptease* a las afueras de la ciudad. Y en todas estas conversaciones nos metíamos los unos con los otros, porque eso es lo que los tíos hacemos.

Cuento esto no porque sea relevante el que mi mejor amigo sea un mutante con una polla peluda, sino porque fue el último buen momento que recuerdo antes de que todo se fuera a la mierda.

En las últimas veinticuatro horas me han diagnosticado cáncer, me han dicho que me estoy muriendo y que no hay nada que pueda hacer al respecto, he echado un grande y desagradable trozo de mí mismo en el lavabo, he mentido a mi esposa, he averiguado que los de la tarjeta me reclaman el pago de lo que les debo, que están a punto de cortarme la luz y que no podemos pagar a ninguno de los dos.

Pero las cosas fueron a peor. Peor de cojones.

El día entero había empeorado por momentos. Primero me quedé dormido y llegué tarde a trabajar. Estaba hecho una mierda. En parte por depresión. No todas las mañanas te despiertas y recuerdas que la estás palmando. Pero eso es lo que hice. Me levanté, miré el reloj despertador, maldije, fui al váter, meé y, mientras me sacudía la minga, me vino a la cabeza.

Pero no solo era por eso. La cabeza me estaba matando. Me tragué cuatro aspirinas junto a mi primer café, aunque no tuvieron efecto. Paré de camino al curro, compré otra taza de café y algunos cigarros y vomité el otro café que me había tomado antes. Los cigarrillos sabían a mierda de perro seca, pero me los fumé de todas formas. Me daban ataques de tos, y con cada uno la cabeza me dolía más. Durante toda la mañana vomité gargajos sanguinolentos, que echaba sobre los desechos de la fundición y que cubría luego con la bota para que nadie los viera.

El calor no ayudaba mucho. A las nueve de la mañana, la temperatura de la fundición solía elevarse por encima de los treinta y cinco. Y esa mañana no fue la excepción, sobre todo por las zonas del horno y las ollas, donde era mucho mayor. Yo trabajaba en la cadena de montaje dos, situada a unos quince metros del horno. Hacía un calor abrasador. La empresa nos daba bebidas isotónicas gratis que conservaba en enormes frigoríficos en diferentes zonas de la planta. Bebí y bebí, pero seguía recubierto de sudor. Me sentía como si tuviera fiebre. La boca me sabía rara..., una mezcla de refrescos, tabaco y saliva con sangre. El sudor se colaba por las gafas de protección hasta meterse en los ojos, y me picaba la piel.

No solo hacía calor en la fundición; además había mucho ruido y mierda por todas partes. Durante todo el día las carretillas elevadoras iban de un lado a otro, vaciando contenedores llenos de desechos metálicos en los hornos. Cada vez que iban marcha atrás se sucedía un ensordecedor *biiip biiip biiip biiip* que hacía que me palpitara las sienes. La gente se gritaba rato sí y rato también por el intercomunicador. Al respirar metía más polvo en los pulmones. Cuando volvía a casa al final del día, la ducha se volvía negra al quitarme toda esa suciedad y partículas de acero de los poros. Aunque hasta el fin de semana no me quedaba limpio del todo, puesto que entonces disponía de dos días extra para quitarme la mierda de encima. Tenía los brazos cubiertos por lo que parecían cicatrices de viruela, debido a las esquirlas de metal ardiendo que habían caído sobre ellos durante cinco años. Solía mirar a los veteranos y me preguntaba si habían comenzado como

yo. La mayoría de ellos hacía gala de unas quemaduras tan horribles que avergonzaban a mis pequeñas cicatrices. Todos tenían una tos renqueante y terrible, a la que nos referíamos como «pulmón negro». Recuerdo que mi viejo la sufría, antes de que se largara con la camarera y nos hiciera el favor de morirse.

Aquella mañana, mientras estaba de pie sudando y doliéndome, me pregunté si la fundición había sido la causante de mi cáncer. Tal vez Michelle y yo pudiéramos demandarlos. Entonces encendí un cigarro y decidí que no importaba la forma en que lo hubiera contraído.

La máquina de la cadena número dos (una monstruosidad hidráulica de acero de tres metros de alto por cinco de ancho) recibía el nombre de Cazadora, porque ese era el nombre de la compañía que la fabricaba y porque «moldeadora por compresión» resultaba un término complicado para algunos de nuestros compañeros más iletrados. Comprimía toneladas de arena negra en bloques de metro veinte por metro veinte. Estos bloques tenían un patrón en su interior. En mi caso, el patrón era un mecanismo de servodirección. Los moldes salían de la máquina y viajaban a través de una cinta hasta el departamento de vertido, donde se rellenaban con metal derretido y se enviaban al siguiente departamento vía cinta transportadora.

La arena se introducía en la máquina a través de un embudo localizado en su parte superior. Bajo este embudo había un pequeño espacio donde estaba el patrón. Cuando se vertía la arena en él, se comprimía el espacio y se creaba el molde.

A las diez de la mañana me metía dentro del molde con una llave de tubo en la mano. Tenía que cambiar los patrones porque la producción variaba después de comer. En ese momento se bloqueaba la máquina, un procedimiento de seguridad que implicaba que el operador la desactivara y pusiera una marca roja en el botón de encendido, para advertir a todo el mundo que activarla sería una muy mala idea.

A Juan no le pareció una mala idea porque Juan no sabía leer inglés, lo que incluía la advertencia en inglés de la señal.

Juan era un buen tipo. Jugaba a los dardos con sus colegas en Murphy's Place los viernes por la noche, siempre estaba dispuesto a intercambiar el almuerzo y me había enseñado unos cuantos tacos españoles. *Chocho, chingate, chinga a tu madre e hijo de la gran puta*. Ahora estaba aprendiendo a formar frases con ellos.

Esa mañana se detuvo a la altura de mi máquina, advirtió que el número de moldes de mi cadena empezaba a disminuir su velocidad, miró en derredor y no me vio dentro de la máquina. Se imaginó que yo estaría en el baño o en un descanso, y como es un buen tipo, decidió ayudarme y mantener el ritmo de producción. Quitó la marca de bloqueo y volvió a encender la máquina.

Yo estaba dentro cuando oí encenderse los pistones hidráulicos. El motor volvió a la vida un segundo después. Dejé caer la llave y salté hacia el embudo. Juan presionó el primer botón y oí un bronco susurro cuando toneladas de arena llenaron la tolva

por encima de mi cabeza. Grité, pero entre los tapones para los oídos y el ruido del horno, no me oyó.

Una vez vació el embudo, me agarré del ángulo de acero y me impulsé fuera. Me deslicé por la escalera y por fin reparó en mi existencia al verme insultándole en inglés y español.

—¡Juan! ¿Qué coño haces, tío? ¡Podías haberme matado!

—¡Lo siento, Tommy! —Levantó las manos—. No sabía que estabas ahí dentro. Creí que...

—¡Mierda! ¡Cago en Dios, capullo! ¿En qué mierda estabas pensando? ¿No sabes lo que es eso? —Señalé la marca.

—No sé leer inglés.

—¡Pues mejor que aprendas de una puta vez! —Lo agarré de la camisa, y los ojos se le abrieron como platos. Se vino hacia mí, y yo lo empujé hacia atrás, golpeándolo contra la máquina. Le rechinaron los dientes y vi que se estaba cabreando. Tanto como yo.

—¡Déjame en paz, *puto*! —me gritó.

—¡*Chinga* a tu madre, hijo de puta! ¡Tengo un puto niño y una puta esposa! —vociferé—. ¿Quieres que tengan un nuevo hombre en casa? ¿Eh, hijo puta? ¿Quieres darles un nuevo padre?

Trató de darme un rodillazo en la ingle, pero se lo paré. Lleno de ira, lo lancé al suelo. Juan aterrizó sobre un montón de harapos grasientos y rodó hasta ponerse en pie. Sin dejar de gruñir, dio vueltas a mi alrededor. Me acerqué agazapado, finté a la izquierda y lo enganché de nuevo con un derechazo. Cayó al suelo.

—Podría... haber... muerto. —Fueron tres palabras secas y recortadas, apuntaladas por mis puños.

—¡Deja de pegarme, Tommy! ¡Lo siento, tío!

Levantó las manos delante de la cara y entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Qué cojones me pasaba? ¡Si ya estaba muriendo de todas formas! ¿Por qué la tomaba con Juan? ¿Este era uno de los siete pasos para aceptar mi enfermedad terminal, golpear a mis compañeros de trabajo?

Dejé de atizarle y me levanté, casi sin resuello.

—Lo siento, tío. Me has asustado. Mierda, Juan. ¡A partir de ahora ten más cuidado!

Asintió, murmuró algo en español y luego lo ayudé a levantarse. Cojeó en dirección al baño, musitando algo para sí. Terminé de cambiar el patrón y luego me largué a comer, sin pensar, sin hablar. Igual que un autómata.

Después de pinchar a John con lo de su polla peluda, salimos del comedor. Estaba de camino al váter cuando Charlie me mandó llamar.

—Thomas O'Brien, preséntese en la oficina, por favor. Thomas O'Brien, preséntese en la oficina del señor Strauser, por favor. Gracias.

Charlie Strauser era el encargado de planta. No lo conocía mucho, pero parecía un tío decente. Tenía la sensación de que cuando nos echaba la mierda encima solo era porque primero le había caído a él un buen cubo desde arriba. Y ya sabes lo que se dice sobre la mierda, las colinas y la fuerza de gravedad.

Sabía el porqué de esto: la lucha con Juan. Tenía que serlo. Alguien nos vería y se lo contó, o puede que el pequeño hijo de puta hubiera decidido hacerlo él mismo. No es que me viniera muy bien esta jodienda, pero dudo mucho que me despidieran por algo así. El año pasado, Big Grez y Marty se pelearon por una discusión acerca de si Dale Earnhardt Junior había echado a otro conductor fuera de la pista, y Big Grez envió a Marty al hospital tres días. Pero no los echaron.

Aun así, en el mejor de los casos me suspenderían unos cuantos días..., y lo más probable es que sin paga. Y ese cheque era algo que Michelle y yo necesitábamos como el respirar.

Abrí la puerta de las oficinas y entré saboreando el frío del aire acondicionado. La puerta se cerró tras de mí y el silencio reinante se me hizo incómodo. Se habían ido el gimoteo de las máquinas, el zumbido de las trituradoras, el rugido de los hornos. Todo ello había sido reemplazado por los callados sonidos del teclear y el pitido de un teléfono que se escuchaba detrás de una de aquellas puertas cerradas.

Caminé por el pasillo y dejé un rastro de huellas negras tras de mí. Tras llegar a la oficina de Charlie, llamé a la puerta y esperé. No hubo respuesta pero oí una voz en el interior, así que abrí la puerta y eché un ojo.

Charlie estaba sentado en el escritorio, dándome la espalda mientras hablaba por teléfono. Sin mirarme, me indicó con la mano que pasara. Cerré la puerta y me quedé allí, de pie, sin saber qué hacer. Al final me senté en uno de los enormes sillones y traté de no escuchar.

—No, no creo que sea eso lo que haya que hacer. Por el amor de Dios, Steve, estás hablando de reducir la plantilla a la mitad. ¡A la mitad! Y esperas que no disminuya la producción. El turno nocturno lo tengo cubierto a duras penas, y el desgaste del turno diurno es mucho mayor en verano...

Dejé de prestarle atención y miré en derredor. En el escritorio había una foto familiar: Charlie, su esposa y dos de sus hijos. Ambos parecían de mi edad, tal vez un poco más jóvenes. Portalápices de uno de nuestros proveedores. Grapadora. Enorme ordenador en el que brillaba el logotipo de la compañía a modo de salvapantallas. Taza de café, también con el logotipo de la empresa. Un calendario *Far Side*. Una bandeja de documentos. Unos cuantos objetos más. Mucho más limpio que mi zona de trabajo.

Pero lo que en realidad me llamó la atención fue la placa de madera que rezaba:

«He salido para encontrarme a mí mismo. Si no estoy aquí cuando me necesites, aguarda hasta que regrese, por favor».

—De acuerdo —continuó Charlie—. De acuerdo. No, no es sarcasmo, Steve. Se hará como tú dices. Eres el jefe, ¿verdad? Y puesto que eres el jefe, te dejaré que te las entiendas con los medios de comunicación cuando vengan esta tarde.

Colgó el teléfono con un golpetazo y luego se volvió hacia mí para mirarme.

Me quedé impresionado, casi sin aliento. Su cara...

—Perdona, Tom. Era de la oficina principal.

—No pasa nada, señor Strauser.

Contemplé su rostro.

—¿Tom, Tommy o Thomas? ¿Qué prefieres?

—Tommy está bien, señor.

—Le dije a tu jefe que necesitaba verte, así que han puesto a alguien en tu puesto en la máquina número dos.

—Vale.

Era incapaz de retirar mis ojos de él. Parecía un personaje de un tebeo de Marvel. Tenía la piel pálida y la cara y el cuello estaban cubiertos de líneas azules y rojas, como si alguien hubiera pintado su piel con un rotulador. Me devolvió la mirada, y aunque me esforcé por apartar los ojos, no lo conseguí.

—Cáncer —explicó, y salté en mi asiento.

—¿Qué?

—Cáncer. Tengo cáncer, Tommy. Las líneas rojas y azules del cuello y cara. Las estás mirando. No te preocupes, todo el mundo lo hace. Es parte de mi tratamiento.

—Oh. —Estupefacto, me sentí como si estuviera de nuevo en la consulta del doctor—. Siento escuchar eso, señor Strauser.

—Charlie, Tommy. Todo el mundo me llama Charlie.

—Qué mala suerte, Charlie. Siento que estés enfermo.

—No pasa nada. Me pondré bien.

Se encogió de hombros y me sentí como si me hubieran golpeado en la cara. ¿Cómo podía comportarse de manera tan indiferente? ¡Tenía cáncer, hostia!

—El doctor me ha dado esperanzas. Después de los tratamientos lo sabrá con seguridad, pero creo que seguiré dando la tabarra por aquí durante un poco más. Alguien necesita encargarse de esto. Y tengo un nieto de camino... El primero. ¡No me lo quiero perder!

—Oh. Estupendo. —Pensé que iba a vomitar. Clavé los dedos en los brazos del sillón.

Se calló por un momento. Revolvió algunos papeles del escritorio, tomó un sorbo de café y metió un lápiz en el portalápices. Entonces suspiró, casi de la misma forma

que lo hizo el doctor antes de contarme las malas noticias.

—Tommy, me temo que tengo malas noticias.

Aquí viene...

—Escuche, señor Strauser, si se trata de lo que ha ocurrido con Juan, él fue quien...

—Tranquilo, Tommy. He escuchado lo que ha sucedido y creo que tu comportamiento estaba justificado. Aunque no se lo digas a nadie, porque lo negaré todo. A Juan se lo castigará con una falta por no seguir los procedimientos de seguridad. Pero no se trata de eso.

Volvió a dolerme la cabeza; esta vez comenzó en la sien izquierda y de ahí se extendió como si se tratase de un fuego.

—Tommy, seguro que sabes que tenemos problemas. La economía está de capa caída, y nuestra producción también. ¿Recuerdas que hace unos pocos meses despedimos a todos los que no superaban los tres años de antigüedad?

Asentí, sin que me gustara mucho el cariz que estaba tomando la conversación.

—Bueno, la dirección no está muy contenta con el resultado, no ha servido de mucho. A medida que empeora la economía, también lo hace nuestra rentabilidad. Así que ahora han decidido hacer otra tanda de despidos. Esta vez afectará a todos los que tengan de entre cuatro a seis años de antigüedad. Desgraciadamente, estás en ese grupo.

—¿Me... me está echando?

—Lo siento, Tommy. Me temo que sí.

—¡Mierda!

—No eres solo tú, Tommy. Me veo en la desagradable tarea de decir lo mismo a treinta y tres de tus compañeros esta tarde. Tendrá efecto al final del turno de hoy. Créeme cuando te digo que no es mi decisión. La dirección asegura que sus estudios dicen que, si despides a un empleado el viernes, hay menos posibilidades de que se desencadene un episodio violento en el trabajo. No es que tenga problemas con ninguno de vosotros, pero como ya te he dicho, no es mi decisión.

Me quedé allí, sin hablar.

—Tendrás que devolver la tarjeta de fichar, y cualquier equipo de seguridad o herramienta de la compañía que tengas en tu taquilla o en tu máquina.

—Vale.

Abrió un cajón, sacó un sobre y me alargó el cheque.

—Aquí está el pago de esta semana y la que viene, así como tu finiquito. Espero que ayude.

—Me he quedado sin trabajo. —No era una pregunta. Solo una afirmación en voz alta, como para empezar a acostumbrarme al sonido.

Él bajó la cabeza.

—Lo siento, hijo.

—Joder. Bueno, supongo que eso es todo.

Comencé a levantarme, pero me indicó con la mano que esperara.

—Tommy, aguarda un momento. ¿Te puedo decir algo?

Me volví a sentar y asentí.

—Llevo trabajando aquí mucho tiempo. De hecho, comencé en la cadena número dos, como tú. Entonces solo había tres cadenas, y dos hombres en cada una. Tu padre trabajó conmigo. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo que era un gilipollas.

Charlie sonrió.

—Exacto. Sí que lo era, sí. Era un borracho y le gustaba meterse en peleas. Nunca me cayó bien, ni a mí ni a nadie. De hecho, cuando solicitaste un puesto aquí, dudé si debía contratarte. De tal palo, tal astilla, ¿me entiendes? Eso es lo que dicen. Podías ser un gilipollas. Pero aun así te acepté, porque necesitábamos trabajadores. Me imaginé que solo durarías un mes hasta que te echáramos por ausencias repetidas. O tal vez insubordinación.

Seguí escuchando sin dejar de mirarlo.

—Pero no lo hicimos. Me sorprendiste, Tommy, y después de seis meses me di cuenta de lo injusto que había sido al prejuzgarte así. No eres como tu padre y quiero que lo sepas. Claro que te pareces a él. Dios, hay veces en las que estoy a punto de llamarte por su nombre. Pero no eres él. Eres un buen hombre y un buen empleado. Siéntete orgulloso. Me apena mucho perderte. Tengo que decir esto mismo a un montón de gente a lo largo del día, pero quería decírtelo a ti el primero. Creo que te debo eso.

—Te lo agradezco, Charlie. Gracias.

—Sé que ahora las cosas te parecerán muy negras. Pero no durará mucho. De eso puedes estar seguro. Eres joven y un buen trabajador. Encontrarás trabajo. Seguro. Y estaré encantado de dar buenas referencias de ti, les diré que fuiste un empleado modelo. Lo importante es que esto no te hunda. Demasiados tipos en esta ciudad, tipos como tu padre, se servirían de esto como una oportunidad para desahogarse con sus familias o arramplar en el bar. Eres mejor que ellos. No te rindas. Si hay algo que mi lucha contra el cáncer me ha enseñado es a no rendirme cuando las cosas van mal.

Me estaba agarrando tan fuerte a la silla que mis dedos comenzaban a dormirse.

—Eso es todo —dijo—. Quería que lo supieras.

Me levanté, le di la mano y caminé hacia la puerta.

—Gracias una vez más, Charlie. Gracias por ser sincero conmigo.

—Como te he dicho antes, Tommy, no te rindas. Todo irá bien. Eres joven y tienes la vida entera por delante.

Cerré la puerta al salir, luego corrí. Corrí por el pasillo hacia la fundición. Corrí al

baño y exploté en el umbral. Casi no lo logro. El vómito y la sangre se escurrieron entre los dedos a la vez que me tambaleaba hasta llegar al váter y caer de rodillas. Había de todo. La sopa que había tomado de comida, sangre, gargajos... y más de mí mismo. Esta vez era algo gris, como una salchicha cruda, cubierta con sangre y lo que parecía aceite de motor rebajado.

Tienes la vida entera por delante...

Vomité y lloré y vomité. Me quedé agazapado allí hasta que me sentí una cáscara vacía. Vi aquel trozo de mí flotar en el agua y grité. Las palabras de Charlie me retumbaron en la cabeza.

Todo irá bien. Eres joven y tienes la vida entera por delante.

Era joven, tenía veinticinco años. No llegaría a los veintiséis. La vida entera. Tenía la vida entera por delante.

Y eso no era mucho tiempo.

De vuelta a casa, me detuve en el banco para cobrar lo que sería mi último cheque. Quinientos dólares. Eso es lo que valía. El pago de una semana, el finiquito de cinco años y las vacaciones que no había disfrutado. Quinientos pavos. Y en cuanto pagara las facturas pendientes, me quedarían doscientos.

Había una buena cola en el banco. Era viernes y todo el mundo en la ciudad había recibido su paga. Por lo que parecía, al igual que yo, ninguno confiaba en ingresarlo a través del cajero. Estaba en medio de una mujer delgada y nerviosa con tres niños llorones, y un viejo jadeante que apestaba a crema para la artrosis. Así que tuve que esperar un rato, y mientras me tocaba, me dediqué a contar las cámaras de seguridad para pasar el rato.

Luego las conté otra vez, junto con los cajeros, las salidas, las ventanas y todo lo demás. Había cuatro cámaras no digitales; seis cajeros; una salida (aunque imaginé que habría una salida de incendios en algún otro lado); dos ventanas y el vestíbulo. Este banco, mi banco, estaba a menos de diez minutos de dos autopistas principales, además de decenas de carreteras.

—Joder.

La mujer delgaducha me obsequió con una mirada estúpida y achuchó a sus tres hijos contra sí.

Yo le sonreí hasta que apartó la vista.

—Que los jodan. Que los jodan a todos.

Avancé un puesto en la cola, y las cámaras me contemplaron en silencio.

No me importó. Con una sonrisa cínica les mostré el dedo.

Seguro que el tipo que dijo que el dinero no lo es todo era rico. El dinero lo es todo.

La fuente de la felicidad. Leí en una revista que la causa principal por la que las parejas discutían es el dinero. La gente miente por dinero, engaña por dinero, roba por dinero y mata por dinero. Se matan a sí mismos y a los demás por presidentes muertos impresos en hojas de papel. El dinero es lo que hace que el mundo se mueva. Mientras agonizas en tu lecho de muerte puedes ser demandado por la empresa con la que trabajaste, por la forma en que trataste a tu familia o por lo que aquellos a los que amabas pensaban de ti, pero en realidad todo se trata de pasta. Cuanto más dinero tienes, mejor te trata tu familia. El dinero te permite darles las cosas que necesitan. También el número de amigos que se tienen depende de tu cuenta corriente. ¿Crees que Donald Trump sale por ahí con yonquis y mendigos? Al final, lo que importa es el verde. Parafraseando a los Beatles: «...and in the end, the love you make is equal to the cash you make».

¿Quieres un techo sobre la cabeza? Necesitas pasta. ¿Quieres comer? Pasta. Para conseguir el dinero tienes que currar, pero hasta para eso necesitas dinero. ¿Cómo vas a trabajar todos los días? ¿Conduciendo? El coche implica gastos: gasolina, seguro, reparaciones. ¿Transporte público?

Los billetes no son gratis. ¿Bici? La mayoría de las gasolineras te cobra algo por hinchar las ruedas.

Es muy simple. En nuestra sociedad no puedes vivir sin dinero. No es que yo fuera a vivir mucho tiempo más, pero sí Michelle y T. J. Estaba harto y cansado de ver llevar a Michelle medias con carreras y vestidos que estuvieron de moda hará cinco años. Cansado de comprar juguetes a T. J. en los mercadillos que la gente organiza para deshacerse de las cosas que sobran en casa. Cansado de comprar marcas de segunda que saben a cartón. Cansado de reciclar las latas de aluminio para conseguir dinero para la cerveza. Cansado de vivir de cheque en cheque y no poder ahorrar algo para el futuro. Cansado de que fuéramos pobres solo por vivir donde vivíamos.

Mi esposa y mi hijo se merecían vidas mejores de las que yo había tenido. Se lo merecían. Quería que T. J. fuera a la universidad y que tuviera un buen trabajo, no que malgastara su vida en una sucia fundición como su viejo y su abuelo habían hecho. Quería que fueran felices.

Felices.

La felicidad requería dinero. El dinero daba la felicidad. Era puta aritmética.

Cuando le daba vueltas, no me decidía. ¿Hubiera ocurrido todo esto de no haberme estado muriendo? Lo más probable es que no. Hubiera seguido moviendo el culo cinco días a la semana para que me dieran una paga de mierda, hasta que un ataque al corazón a los cuarenta hubiera acabado conmigo, tal vez mientras pescaba con John y Sherm, o sentado en las gradas, saludando a T. J. después de que hubiera logrado el *touchdown* de la victoria para la escuela (porque no tenía duda alguna de

que sería *quarterback* cuando fuera al instituto). Incluso un ataque al corazón sería mejor que el cáncer. Pero de todas formas, ¿qué oportunidades tenía de dar una vida mejor a mi familia? Ese tío, el viejo que era un perdedor y estaba a punto de morir, nunca les habría dado las oportunidades que pretendía. Y esas oportunidades, una vida mejor, solo se podían pagar con dinero.

El cáncer me estaba matando, estaba comiéndose mis entrañas. En pocas semanas no sería más que una cáscara, como las que los saltamontes dejan atrás en los árboles, una cáscara vacía que antes era Tommy O'Brien. Pero mientras eso ocurría, mientras me devoraba, también me liberaba, me impulsaba a correr riesgos que jamás hubiera asumido. Hasta que decidí hacer algo para que nuestras vidas fueran mejores.

Conduje de vuelta a casa. Era noche de bingo, por lo que Michelle se habría llevado a T. J. hasta la casa de su madre y yo estaría solo en la caravana. Me desvestí y me miré con detenimiento en el espejo. Estaba hecho una piltrafa. Dos círculos negros e hinchados me bordeaban los ojos por debajo. Estaba pálido, con aspecto febril. Tenía la mandíbula y el cuello inflamados. También las mejillas. Parecía que tenía las paperas. Me dolían los dientes, pero no estaba seguro de si era por el cáncer o porque no había ido a un dentista en cinco años. Había perdido peso; tanto como una anoréxica que siguiera la dieta Atkins.

Y, ante todo, tenía pinta de cansado. Derrotado.

Bueno, no del todo, pero sí estaba cansado. Cansado de esta caravana, de comprar ropa barata a mi esposa, de comprar juguetes de saldo a mi hijo. Cansado de esta vida. Estaba asqueado por todo ello, y pensaba hacer algo al respecto.

Me metí en la ducha, y dejé que el agua corriera por mi cuerpo. Dio la impresión de mejorarme el dolor de cabeza, así que me apoyé contra la alcachofa de la ducha, para que el agua masajeara la frente y las sienes. La piel se me había vuelto mucho más sensible durante la semana pasada y el chorro de agua se me antojaba como un papel de lija, como si estuviera desbastando al viejo Tommy para revelar lo que había debajo. Una especie de bautismo.

Pensé en el banco.

Iba a hacer algo. ¿Qué era lo peor que me harían si me pillaban? ¿Cadena perpetua? ¿Inyección letal?

De todas formas, la sentencia tardaría como poco un mes...

Sherm sonrió, se tomó otro trago de cerveza, y encendió un cigarro.

—Cago en la puta. ¡Nos han despedido, tíos!

En la cascada máquina de música de la esquina, *Ramblin Man* de los Allma Brothers había seguido a *Inner City Blues* de Marvin Gaye. Me encendí un cigarrillo yo también y me uní mentalmente a los lamentos de Marvin. Quería vocear y levantar las manos al mismo ritmo que la inflación crecía y las facturas se acumulaban. Marvin Gaye sabía de qué iba la vida. Murió joven.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer, tíos? —John contemplaba el fondo de su vaso, como si la respuesta estuviera inscrita allí. En cierta forma, creo que así era.

—Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos en la cola de la oficina de desempleo y apuntarnos en esa mierda. ¡Joder, capullo, tenemos el verano entero libre! ¡Podemos dormir todo el día, irnos de juerga toda la noche y esperar un cheque gordo cortesía del Gobierno cada dos semanas!

—Serás tú, Sherm —se burló John—, pero yo tengo putas facturas que pagar. Apenas te dan pasta por estar en el paro. Bobby Ray Hall estuvo seis meses sin curro y tan solo le daban un cuarto de su sueldo.

—Bobby Ray Hall barría el suelo y fregaba váteres para vivir, y recibía el puto sueldo mínimo. Nuestro caso es diferente. Al menos nos darán más que a él.

No dije nada. En vez de eso, encendí otro cigarro y pedí a Angie que nos trajera otra ronda. Angie era una camarera de la hostia, lo mejor que Murphy's Place tenía que ofrecer..., y todavía nos cuidaba bien a pesar de que Sherm se la follara unas pocas veces y luego la dejara. Demonios, no había muchas mujeres en la ciudad a las que Sherm no se hubiera tirado, excepto Michelle... y tal vez la madre de John. Y para ser francos, no estoy muy seguro de esta última.

No es que fuera guapo. No lo era. Bueno, no es que fuera un cardo, pero tampoco era el puto Brad Pitt ni nada parecido. La nariz parecía demasiado grande para la cara, y estaba algo fondón. Siempre llevaba una gorra de Ford con la visera hacia atrás, y el pelo se le escapaba por debajo. Casi siempre llevaba las uñas negras a causa del polvo y de la grasa de la fundición. Aun así, a las mujeres les gustaba. Creo que era su actitud... Esa conducta de chico malo. Las mujeres con las que se acostaba se podían clasificar en dos: las que pensaban que podían cambiarlo y las tías raras.

Las tías raras iban y venían cada semana... sin repetir dos semanas seguidas. A Sherm le gustaba follar sin mariconadas, y esto era justo lo que les ofrecía a las tías estas. Una vez, cuando estaba muy borracho, la chica del videoclub le clavó las uñas en la espalda, y se la rastrilló mientras se corría. Las clavó con tanta fuerza que le dejó cicatrices, justo en uno de sus tatuajes. Sherm, llevado por el calor del momento, la golpeó en la mandíbula. No quería hacerlo, aseguró después, y se sintió una mierda

justo después, pero aun así no estuvo bien. Cualquier mujer con dos dedos de frente hubiera armado un follón de escándalo. Pero no ésta. No. No solo le gustó, sino que le rogó que lo hiciera de nuevo. Así que lo hizo. La golpeó de nuevo. Después nos confesó que fue el mejor polvo de su vida.

A las mujeres que pensaban que lo podrían cambiar les solía ir peor que a las raras, al menos desde una perspectiva emocional. Las relaciones serias de Sherm tenían una duración máxima de un mes, y siempre acababan de la misma forma. Chica conoce a Sherm. Chica es atraída por el pequeño niño herido que cree que se esconde bajo la imagen de chico malo, el corazoncito que yace sepultado por el exterior «no-me-importa-una-mierda». Chica trata de curar al pobre niño. Chica sale escaldada tras invertir todo su amor y emociones y descubrir que, en algún momento, una mujer puteó tanto a Sherm que este ya no confía en nadie con tetas. Chica resulta destruida. Chica resulta devastada. Chica queda hundida de por vida. Chica lo deja entre lágrimas y Sherm se lía con otra tía rara hasta la siguiente relación.

¿Lo hace a propósito? No lo sé. Lo más probable es que no. Pero sí sé que el colega consigue coños con facilidad, y esa es una de las razones por las que estamos con él. Si eres un tío, me entenderás.

Las mujeres piensan que Sherm está herido y pretenden curarlo. Y tal vez estén en lo cierto. Quizá sí esté herido. Pero lo que no entienden es que Sherm quiere seguir así. Le gusta ser así.

Se retorció en el asiento. Nunca se quedaba quieto y hablaba un poco alto, como si se esforzara para pasarlo bien. Siempre tuve la impresión de que bajo ese exterior había un tío a punto de estallar. Pero me hacía reír. Creo que por eso lo queríamos tanto. Sherm podía hacer reír a los demás como nadie. Así es como John y yo lo conocimos. Se mudó aquí hace cuatro años, desde Portland. Nunca nos contó la historia completa, pero me da en la nariz que se metió en líos; sabía un montón sobre armas y esas mierdas. Tal vez huyera de algo. Pilló un curro en la fundición, y la primera vez que lo vimos estaba detrás de nosotros en el lugar donde la gente ficha, y se dedicaba a hacer comentarios sarcásticos por lo bajini sobre todo el que pasaba por allí. Nos hizo reír tanto que se nos saltaron las lágrimas. Nos presentamos, lo invitamos a una *birra* y ahí empezó todo.

Sherm era capaz de hacerte reír, pero también de tocarte las bolas igual de rápido. Te podía reducir a jirones con sus palabras; tenía una cuchilla por lengua, y sabía cómo usarla. Un comentario de Sherm te podía cortar la yugular como si nada. Era bueno en despedazar cualquier cosa. Cosas que te importaban. Te pedía prestado dinero y nunca lo devolvía. Le gustaba meterse en peleas cuando estaba muy borracho. Siempre tenía razón en todo, aunque fuera evidente que estaba equivocado. Y a veces, solo a veces, te daba la impresión de que dormiría con tu mujer si supiera que podría irse de rositas.

La mitad de la ciudad quería abrazarlo, y la otra mitad estrangularlo. Con la excepción de John y mi familia, siento más afecto por Sherm que por cualquier otro tío en el mundo, aunque lo cierto es que yo he querido hacerle ambas cosas. Pero esa es la línea. Puede haber perdido la cabeza, puede ser inmaduro y arrogante, y a veces me ha tocado tanto las pelotas que me hubiera gustado dispararle, pero al final del día sigue siendo mi amigo, y eso es lo único que me importa. Él y John. Mis mejores amigos, tíos por los que recibiría un balazo.

Tenía que decírselo.

Angie apareció con otra ronda y nos sirvió las cervezas y los chupitos. Comenzó a hablar, pero entonces se sobresaltó, como si le hubieran dado una palmada en el trasero. Sin soltar la bandeja, alargó la mano y agarró la de Sherm a la altura de la muñeca.

—Hey —gritó al bar—, ¿alguien ha perdido una mano? ¡Porque he encontrado esta de camino a mi entrepierna!

Levantó la mano para que todos pudieran verla. El local entero se echó a reír y Sherm gruñó algo entre dientes. Luego todo el mundo volvió a sus conversaciones, a su partida de dardos, a la mesa de billar, a averiguar quién se iba a casa con quién esa noche. Le pedí a Angie que sirviera una ronda de mi parte a Juan y sus colegas para suavizar la situación después de lo de la pelea. Alguien metió otro dólar en la máquina de música y empezó a sonar algo de Method Man, tras el *I Walk the Line* de Johnny Cash. Como ya he dicho antes, esa era la clase de ciudad y de bar.

John se rió sin dejar de mirar la cerveza.

—¡Te ha jodido bien, Sherm! ¡Te ha pillado!

—Cierra la boca, Polla de Peluche.

John. Bendito John. Nadie, aparte de mí, lo había tratado con tanto respeto. Ni su familia. Ni sus profesores. Ni los otros chicos. ¿Cuántas veces lo habían llamado estúpido? Demasiadas para contarlas. Pero se lo llamaban porque lo era. Conozco a John desde niño y nunca lo he visto comportarse de manera astuta. Cuando éramos niños, siempre estaba sacándolo de los líos en los que se metía. Recuerdo aquella vez en que lanzó piedras contra la caravana del señor Nelson y le rompió todas las ventanas delanteras. Confesé que había sido yo para ahorrarle el follón a John, y el viejo Nelson marchó hasta mi casa echando espumarajos por la boca, y exigió que mi madre pagara los daños. Mi madre se echó a reír y, tras ponerme a parir, me dio la paliza de mi vida. Después, cuando pude volver a sentarme sin ver las estrellas, le pregunté a John por qué lo había hecho.

«No lo sé, Tommy. Supongo que es porque me gusta el sonido de los cristales rotos».

Así era John. El viejo Nelson no le había hecho nada. Y él no lo había hecho por malicia. Solo le gustaba el ruido de los cristales rotos. No sabía la razón por la que

hacía las cosas, solo las hacía. Pero lo apreciaba de todas formas. Sherm, lo suficientemente loco como para beber gasolina y mear fuego; y John, tonto como un maldito palo. Los apreciaba a ambos, aunque nunca se lo había dicho.

Pero tenía que contarles lo del cáncer. Tenía que decírselo a alguien. No solo la enfermedad me devoraba por dentro, también el secreto.

Tragué un sorbo de birra y algo descendió por mi nariz. Me limpié, y entonces mi dedo índice quedó recubierto por una película brillante y rojiza. John y Sherm se callaron y me di cuenta de que me estaban mirando.

—Hey, tío —apuntó Sherm—, te sangra la nariz.

—¡Coño! Vuelvo en un momento. No se os ocurra beberos mi cerveza.

Coloqué un trocito de servilleta apelmazado en la nariz para detener el flujo, me levanté de la mesa y me dirigí al baño. Juan me pilló a medio camino, me echó el brazo por encima del hombro y me soltó una alcohólica disculpa con una mezcla de español e inglés. Le dije que no pasaba nada, me deshice de él y me puse a la cola para el baño. Al final se abrió la puerta y un patán gordo y borracho con una camisa de franela manchada de cerveza se tambaleó hacia fuera. Me deslicé dentro, con cuidado de no pisar el meado del suelo.

Me miré en el espejo, y lo que vi no me gustó mucho.

—Hijo de puta...

Puse unas cuantas toallitas de papel bajo el agua fría, hice un pegote y lo apreté contra mi nariz. Eché la cabeza hacia atrás, lo que me recompensó con una panorámica del sucio techo del baño. Alguien se las había apañado para garabatear pintadas allí, y entre la bombilla y las telas de araña se leía: «El suicidio mola» e «Idiota de cojones», así como el clásico «Evelyn es una zorra», junto a su número de teléfono para que no hubiera problemas si querías pasar un buen rato con ella.

Después de un par de minutos, la hemorragia empezó a ceder y acabó por detenerse del todo. Me limpié la cara y me lavé las manos, luego quité las manchas de sangre del lavabo y la papelera. Si tenemos en cuenta la situación asquerosa del baño, era del todo inútil, pero aun así lo hice.

Las náuseas me asaltaron sin advertencia previa justo cuando había acabado. Corrí hacia el baño y expulsé aquella bilis caliente, que salió disparada entre los dedos, salpicó las paredes y me manchó el antebrazo. Algo sólido se abrió paso por la garganta. Caí de rodillas y el hedor del baño me hizo volver a vomitar. La taza estaba decorada con manchas amarillas y marrones, y fue entonces cuando me percaté de que me había arrodillado sobre algo que aún seguía húmedo. Pero lo que expulsé fue aún peor.

A menos que me equivoque, vomité mis propias heces. Parecía imposible, pero eso es lo que parecía y a lo que olía.

Solo la mera visión (el mero pensamiento) me hizo vomitar por tercera vez. En

esta ocasión, la fuerza del vómito hizo que el agua del váter salpicara y me humedeciera el rostro: la nariz, los ojos, las mejillas. Me quedé allí respirando entrecortadamente, llorando, boqueando hasta que estuve seguro de que no iba a echar nada más. El estómago se contraía a causa de los espasmos y la garganta me ardía, como si hubiera bebido ácido de batería. Sabía que aquello empeoraría con el paso de los días. Esto solo era una muestra de lo que el cáncer me tenía reservado.

Por segunda vez desde que había entrado en el baño, me limpié lo mejor que pude. La boca me sabía a mierda (y hablo de forma literal) y me encendí un cigarro para arreglarlo.

Luego volví a la mesa. John y Sherm habían pedido otra ronda mientras yo no estaba, y ahora tenía dos cervezas esperándome. El frío me suavizó la garganta. Me las pimplé una detrás de otra y pedí a Angie que me trajera otra. La camarera enarcó la ceja, pero fue a por ella.

—¿Coca? —preguntó Sherm.

—No, otra birra.

—No, tío, me refiero a tu nariz. ¿Le has estado dando a la coca?

—Paso de esa mierda. Ya lo sabes. Lo mío es el costo.

—¿Estás enfermo?

—Sí. Será un resfriado. Solo he echado algo de sangre por la nariz. No es nada.

—Deberías ir a que te lo miraran, capullo —musitó John—. Una vez oí que un tipo se desangró por la nariz.

—Eso solo es una leyenda urbana.

—¿Y eso qué significa?

—¿Una leyenda urbana? Ya sabes, como lo de los cocodrilos en las alcantarillas y el asesino del garfio del pasaje del amor. Mierda de esa.

John pareció sorprenderse.

—¿El tío del gancho no es real?

Suspiré y me tomé un trago de su cerveza.

—¡Hey, que esa es mía!

—Gracias.

Sherm contemplaba a dos chicas que se meneaban al lado de la máquina de música. —Yo estoy casi convencido de que es coca.

—¡No es coca, hostia!

—Claro, claro. A otro con ese cuento, Tommy.

—Dejémoslo, ¿vale?

—No deberías jugar con el polvo blanco, colega. Te encoge la polla.

—¡Te he dicho que no es coca, gilipollas!

—¿Y entonces qué es?

—No es coca. ¡Es puto cáncer!

John se atragantó con la cerveza. Sherm siguió mirando el culo de la chica durante un momento más y luego se volvió hacia mí muy despacio.

—¿Qué?

Bajé la voz.

—Tengo cáncer. ¿Satisfecho?

—No se hacen bromas con eso, Tommy.

—¿Te parece que estoy bromeando, Sherm?

Las palabras quedaron colgando del aire, pero al menos me sentí liberado. En cierta medida, era como haberse liberado. Aunque me invadió la culpa. Había mentido a Michelle sobre esto, y sin embargo se lo había contado a mis mejores amigos.

De fondo, alguien había puesto otra canción de esas de «alguien la caga con alguien». John se sentó sin decir ni mu, como si le hubieran golpeado en el estómago. Sherm jugueteó con el Zippo, encendió otro cigarro, cerró el mechero con fuerza y negó con la cabeza.

—¿Tienes cáncer? —repitió—. ¿Desde cuándo?

—Me lo dijeron ayer.

John dejó la cerveza sobre la mesa y se apartó del humo del cigarro de Sherm.

—¿Es por el tabaco? Seguro que sí.

—Puede. ¿Quién sabe? No sé de dónde viene, John. Pero no es nada bueno.

—¿Y qué van a hacer?

—El doctor me ha dicho que no hay nada que hacer.

Sherm se removió en su asiento.

—¿Quieres decir que la mierda esa es terminal?

Asentí.

—Putra mierda —silbó Sherm a modo de resumen—. Menuda puta mierda.

La boca de John seguía funcionando, pero ninguna palabra salió de ella. Angie nos trajo seis cervezas más (además de lo que había pedido yo, Juan y sus amigos nos habían pagado otra ronda) y nos las bebimos despacio. Alguien coló la bola ocho. Sus exabruptos de borracho y las coñas de los que rodeaban la mesa nos sonaron mucho más alto de lo normal. Una chica anunció a todo el bar que estaba cachonda. En la máquina de música, la canción había vuelto a cambiar. John Mellencamp cantaba que había nacido en un pequeño pueblo y que moriría en un pueblo pequeño. Yo sabía con exactitud cómo se sentía.

—Pero... Pero tienes cáncer, Tommy —concluyó John al final—. ¡Solo tienes veinticinco! ¡El cáncer es de gente mayor!

Me incliné hacia delante y bajé la voz.

—Tengo cáncer, John. Y no solo le da a los viejos, tío. Los niños lo pillan, niños pequeños... Y tipos de nuestra edad, también.

—Seguro que es por fumar. Tiene que ser eso, ¿verdad?

Sherm exhaló una nube de humo hacia él y miró su cigarrillo menguar.

—No es por cambiar de tema, pero, ¿habéis oído eso de que quieren hacer una ley estatal para prohibir que se fume en los bares?

—Sí —asentí—, y es una de las cosas de las que me alegro no tener que ver.

—Y que lo digas. —Aplastó el cigarrillo contra el cenicero—. ¿Cuánto tiempo te han dado? ¿De qué estamos hablando? ¿Un año?

—Lo más probable es que un mes. No más de tres.

—¿Solo un mes? Joder...

—Sí.

—¿Se... se lo has dicho a Michelle y T. J.? —preguntó John. Negué con la cabeza.

—No puedo, colega. No sé cómo decírselo. T. J. solo es un niño. No lo entenderá. Y Michelle...

El nudo que se me formó en la garganta me impidió continuar. Bebí cerveza para volver a tragar la emoción y me retrepé en la silla.

—No se lo puedo decir a Michelle. Imposible.

—¡Tienes que decírselo!

—Cuando vuelva a casa y le diga que me han echado del trabajo, ¿no crees que ya tendrá suficientes preocupaciones? No tenemos un centavo y los cobradores se nos echan encima. Lllaman a todas horas. Ya tiene suficiente con todo eso.

—¡Tío, que les den por el culo a los cobradores!

—No necesita más presión ahora, John.

—Pero tarde o temprano se lo dirás, ¿no? Vas a decírselo.

—No, John. No se lo voy a decir. La quiero, tío.

—Cojonuda forma de demostrárselo, colega.

Sin decir nada, Sherm sacó otro cigarrillo del paquete y nos miró en silencio.

—¿Qué? —estallé—. ¿Tienes algún puto problema conmigo, John?

John levantó las manos en gesto conciliatorio.

—Lo siento, tío. Me cuesta encajar esto. Tienes cáncer. Menuda mierda.

—Sí. —Me acaricié las sienes—. Sí, eso es. Lo siento. Lo cierto es que no sé qué coño hacer. Estoy acojonado.

Sherm encendió el cigarro y comenzó a dar vueltas al mechero sobre la mesa.

—La vida es una mierda y luego te mueres.

Me reí con amargura.

—Eso, justo eso fue lo que pensé el otro día. Pensé lo mismo el otro día.

Me miró a los ojos.

—Bueno, entonces haz que tu vida no sea una mierda, tío. Joder, Tommy, sabes lo que va a pasar, ¿no? El doctor dijo que era terminal. ¡Vas a morir, capullo! Así que

vive tu vida a tope. Deberías irte a casa ahora mismo, con Michelle y T. J., o hacer algún viaje o alguna mierda de esas. ¿Por qué malgastar lo que te queda en esta puta basura de bar?

Elegí mis palabras con cuidado y después me decidí a hablar.

—Porque sois mis amigos. Y quién sabe. Quizá sea la última vez que estemos juntos aquí.

John palideció.

—No hables así.

—¿Por qué no? Es la verdad.

Comenzó a replicar, pero enseguida rompió a llorar. Me sorprendió; de hecho, me asustó. En todos los años que había estado con él, nunca lo había visto llorar. Ni una vez, ni siquiera en quinto curso, cuando Seymour Peters lo golpeó por haber hecho coñas con su nombre. Pero ahora lo estaba haciendo. John, grande, patán, de buen corazón y tonto como un mazo, estaba allí, sentado, llorando como un niño.

—Hey... —Lo cogí del brazo—. Vamos.

—¡No es justo, Tommy, joder! ¿Por qué tienes que ser tú? ¿Por qué? ¡No es justo!

Se levantó de un salto y apartó de un golpe la silla. Chocó contra la mesa que estaba a nuestro lado; las botellas de cerveza cayeron al suelo y se derramaron sobre el regazo de los tipos que las bebían.

—¡Estúpido hijo de puta! ¡Mira lo que has hecho!

El tío que estaba más cerca de John se puso en pie. Era enorme, me dio la impresión de que tardó una eternidad en levantarse del todo. Golpeó con su largo dedo índice el pecho de John y lo miró con ira.

—¿Qué cojones te pasa, gilipollas? ¿Tienes algún problema?

Balbuciendo y cegado por las lágrimas, John comenzó a disculparse y se ofreció a pagar la próxima ronda. Pero antes de terminar con su frase, los otros amigos del tipo se pusieron de pie. Estaban buscando una pelea, así de claro, y yo estaba convencido de que, aunque los invitáramos a una ronda, no les bastaría. Ellos eran siete y nosotros tres. No era una buena proporción.

Sherm me miró.

—Te diré una cosa: tenías razón cuando dijiste que sería nuestra última noche juntos en el Murphy's Place.

—¿Por?

—Porque no nos van a dejar entrar de nuevo.

—Sherm, no...

Se levantó como un resorte y su mano voló en dirección a una botella de cerveza vacía; luego la golpeó contra el borde de la mesa. Mis reticencias a luchar se disiparon de inmediato. La sonrisa de su cara era contagiosa y yo esboqué una similar. Una oleada de valentía impulsada por la adrenalina, la nicotina y el alcohol me

recorrió de los pies a la cabeza, y me sentí de muerte.

No existen las luchas limpias. Si creces en el mismo sitio que yo, eso es lo primero que aprendes, mucho antes que el abecedario o las tablas de multiplicar. Y no lo aprendes de boca de un dinosaurio púrpura o unas marionetas. Lo aprendes en la práctica. Si vas a luchar, lucha para ganar. Y si quieres ganar, gana por cualquier medio posible. Patada. Arañazo. Mordisco. Puñetazo. Repetir si es necesario. Ganar. Y eso es justo lo que quería: ganar.

Por desgracia, Angie nos detuvo antes de que fuera a mayores.

—¡Idos a la calle, chicos! ¡Ahora! Murphy va a llamar a la poli.

—Ellos empezaron —aseguró Sherm sin despegar los ojos de su objetivo.

—Unos cojones, fueron estos hijos de la gran puta los que empezaron. Nos tiraron las cervezas por encima. ¡Puñado de maricones!

Murphy saltó por encima de la barra, ciento cincuenta kilos de espeso pelo negro y sebo, con un bate de aluminio sujeto con ambas manos.

—No me importa un carajo quién empezó. Si continuáis con esto aquí o en mi aparcamiento, tendré a los maderos aquí tan rápido que vuestras malditas cabezas darán vueltas. Eso os incluye a vosotros. Tommy, John, Sherm, vosotros primero. Montaos en vuestro coche y largaos. Si os veo fuera esperando a estos, llamaré a los polis. ¿He sido claro?

—Pero Murph... —protestó Sherm—. Somos clientes habituales.

—No me importa una mierda. No os dejaré liarla en mi bar. ¡Fuera!

—Menuda jodienda.

Murphy señaló con la cabeza a los otros.

—Lo mismo os digo a vosotros. Si intentáis seguir a estos y comenzar alguna mierda, pasaréis la noche en la cárcel. Os lo garantizo.

Ahora que había decidido lo que iba a hacer con mis últimos días, y cómo me iba a asegurar de que le fuera bien a mi familia, no quería tener contacto con la policía. Quería mantenerme al margen, por lo pronto. Miré a los ojos de Sherm, indiqué con la cabeza la puerta y sonreí a Angie. Ella me apretó el hombro sin decir nada.

—Gracias, Angie. —Le alargué mi último billete de diez pavos mientras me preguntaba qué demonios iba a hacer para llenar el depósito—. Gracias por todo.

—Tranquilo, Tommy. No te preocupes. Ahora idos antes de que lleguen los polis. Murphy está un poco molesto, pero olvidará todo esto en un tiempo. De ser tú no volvería en unos días, solo por si acaso.

Asentí.

—Confía en mí, Angie. No volverás a verme nunca más.

—No exageres. Bastará con unas pocas semanas, Tommy. Nos volveremos a ver. En lugar de replicar, le ofrecí una sonrisa triste.

Los otros tipos se apartaron y Murphy reclutó a unos cuantos parroquianos que

sirvieran de *seguratas*. Caminamos hacia la puerta sin dar a nadie una excusa para iniciar una pelea. La última cosa que oí según salíamos del bar fue la gramola reproduciendo *Don't Fear The Reaper*^[1], de Blue Oyster Cult.

Pero yo sí que lo temía. Ese hijo de puta me tenía acojonado, y sabía que me las vería con él dentro de poco.

Empecé a sangrar por la nariz otra vez en el aparcamiento, así que traté de taponarla de camino al coche de John.

—Qué divertido —reí entre dientes—. Una buena forma de pasar la noche del viernes.

—Gracias por salvarme el culo, chicos —murmuró John a modo de disculpa—. No tenía muy claro qué hacer si se me hubieran echado encima los siete.

—Deberías haber pensado en eso antes de comenzar a lloriquear como un bebé.

—Que te jodan, Sherm.

—Jódete tú, Polla de Peluche.

Los tres empezamos a reírnos; nos reímos a carcajada limpia, hasta que casi nos quedamos sin aliento. Luego nos montamos en el coche: John al volante, Sherm tirado en el asiento de atrás y yo de copiloto.

—Vayamos a comer —sugirió John—. Tengo hambre.

—De acuerdo. —Sherm se encogió de hombros—. Me apetece un café.

Me miraron en busca de mi aprobación.

—Claro. Buena idea. Tenemos que seguir hablando.

—Jesús. —Sherm se ajustó la gorra de Ford—. ¿Hay más malas noticias?

Agité la cabeza en gesto negativo.

—No. Pero me habéis preguntado qué voy a hacer. Y os lo voy a contar. Os debo mucho.

Eran mis mejores amigos y los quería. En serio. Pero no confiaba en ellos para esto. No confiaba en John porque era estúpido y no confiaba en Sherm porque estaba como un cencerro. Pero se lo diría de todos modos. Tal vez fuera a causa del alcohol, o porque nos acababan de echar a los tres, pero justo en ese momento decidí contárselo todo.

John arrancó el coche y salimos del aparcamiento.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? —preguntó Sherm—. No irás a pegarte un tiro o algo así, ¿verdad?

—No, el suicidio es para maricas.

—¿Entonces qué? ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Voy a robar un banco.

—¡Estás como una puta cabra, Tommy! Robar un banco. Por un segundo casi me lo creo. ¿Por qué nos vacilas?

Cuando no contesté, John apretó el volante aún con más fuerza de lo que lo hacía ya, y Sherm empezó a removerse en su asiento.

—¿Estás loco? —continuó John—. ¡El cáncer te está comiendo los sesos, capullo! ¡No vas a robar ningún banco!

Sonreí.

—Ya has oído lo que ha dicho Sherm en el bar: vivir como si no hubiera mañana. La vida es una mierda y luego te mueres. Lo que pretendo es agarrar a la vida por las pelotas antes de irme.

—Y que lo digas. —Sherm asintió—. Eso es justo lo que haría yo.

—¡Pero es una estupidez! ¿Qué pasa con Michelle y T. J.? Piensa en ellos.

—¡Lo hago por ellos, tío! Se merecen una vida mejor, mejor que la que yo les puedo dar. ¿Qué crees que les pasará cuando yo no esté? No tenemos ningún seguro de vida. ¿Crees que saldrán adelante con lo que Michelle cobra en el Minit-Mart?

—Si vas a la cárcel pasará lo mismo, Tommy. ¿Cómo los vas a ayudar encerrado? ¿Piensas ir al trullo? ¿Sabes lo que ocurre allí? ¿Has visto Oz? Querrán darte por culo y convertirte en su putita, y acabarás del lado de los cabezas rapadas para salvar la vida.

Le puse la mano encima del hombro.

—¿Y qué si me cogen y me meten en el trullo, John? ¿Qué es lo peor que me puede pasar? ¿La cárcel? Estupendo. Tampoco me queda mucho por vivir. Estaré en la cárcel un mes. Piensa en ello. Estoy a punto de palmar, tío. Mierda, lo más seguro es que la diñe antes del juicio.

John, que no dejaba de morderse el labio, redujo la velocidad para virar hacia el restaurante.

—Sigue adelante —dijo Sherm.

—¿No querías café?

—Sí, pero eso era antes de que Tommy soltara el bombazo del robo. Un restaurante no es lugar para hablar de toda esta mierda. Usa la cabeza. «¿Policía? Hemos visto lo del robo del banco en las noticias esta noche, y la semana pasada mi marido y yo, que estábamos comiendo pastel de manzana en el restaurante, oímos a Tommy O'Brien y a sus dos amigos hablar sobre eso mismo». ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Entonces, ¿adónde vamos? —John dejó de mascarse el labio y empezó con la cutícula del dedo gordo.

—¿Qué tal el lago? —sugerí.

—Está bien —accedió Sherm—, pero paremos primero. Necesito cigarrillos y café pero ya, tío.

Nos detuvimos en una tienda veinticuatro horas, la clase de lugar donde tienen los parches de nicotina al lado de los cigarrillos, y Sherm se metió. John estaba callado, pegado al volante y con la mirada fija hacia delante, mientras esperábamos.

No fui capaz de soportar tanto silencio.

—¿Qué pasa, John? ¿Algo va mal?

Continuó mirando hacia delante. Su voz no era más que un susurro.

—No quiero que mueras, Tommy. Estoy asustado.

—No quiero morir, John. Yo también estoy asustado.

Se relajó un poco más, se hundió en el asiento y miró a través de la ventana. Tenía la impresión de que estaba contemplando algo muy lejano y fuera de la vista.

—¿Recuerdas cuando íbamos en bici por la carretera Bowman? Nos bañábamos en el río y después parábamos en el quiosco y tú te comprabas tebeos y yo cromos de béisbol.

Asentí, sonriendo.

—Me gustaría haber conservado los de *G. I. Joe* y los de los *Transformers*, y aquel donde Spiderman conseguía su traje negro. Ahora costarían un montón de pasta. Y aunque no los vendiera, seguro que le encantarían a T. J.

—Mi madre me tiró las cartas de béisbol. Aún estoy molesto. ¿Recuerdas a los Miller, los que vivían en la carretera Bowman? Tenían ese dóberman... ¿Cómo se llamaba?

—*Catcher* —respondí—. Dios, cómo odiaba a ese puto perro.

—Yo también. A veces *Catcher* estaba fuera y salía corriendo detrás de nosotros cuando pasábamos al lado en las bicis. ¿Te acuerdas cuando mordió a Rich Wagaman?

—¡Joder, claro que sí! Le dieron once puntos en la pierna y no pudo hacer nada en todo el verano.

—Nunca dejé de tenerle miedo... Pero tú, Tommy, tú no tenías miedo de nada. Nunca olvidaré aquel día en el que íbamos de camino al río y yo reduje la velocidad para escuchar si venía o no el perro. De repente, salió corriendo hacia nosotros y me asusté tanto que me caí de la bici. Casi me cago en los pantalones. Entonces, cuando estaba a punto de morderme, sacaste tu pistola de agua cargada con zumo de limón y le disparaste a los ojos. ¡Justo en los ojos! Gañó y salió a toda leche de allí. *Catcher* nunca nos volvió a joder.

—Le dimos bien por el culo. —Sonreí al recordarlo—. Y cuatro años después lo atropelló un tractor. Precioso.

—Siempre has estado a mi lado, Tommy. Con lo de *Catcher* y muchas cosas más, ¿sabes? Eres más listo que yo y no te da miedo nada ni nadie, y siempre me has

cubierto las espaldas. No... no sé qué haré sin... —Se aturulló ante la frustración.

—Mira —le dije con suavidad—, no estarás solo. Tienes a Sherm.

—No es lo mismo, Tommy. Sherm no me conoce desde pequeño. Y además...

La puerta de la tienda se abrió y Sherm salió con tres cafés enormes, un paquete de cigarros, tres porciones de *pizza* y una botella de refresco de dos litros. Esbozó una sonrisa mientras iba hacia nosotros.

—¿Además qué? —pregunté.

—A veces... A veces Sherm me asusta —susurró—. A veces pienso que está loco.

—Yo también.

Sherm abrió la puerta y me alargó el café, luego se sentó atrás.

—¿Tú también qué?

—Estábamos diciendo que necesitábamos un café.

—No trates de timar a un profesional.

—De acuerdo. Decíamos que eres un gilipollas.

—Ahora sí te creo. —Me pasó la *pizza* y reanudamos la marcha sin decir una palabra. John puso algo de la vieja escuela: *Home Invasion*, de Ice-T. Comimos, bebimos, fumamos y meneamos la cabeza al ritmo de la canción. El silencio y la percusión solo se veían rotos de vez en cuando por mis ataques de tos.

—Así que tienes cáncer de verdad. ¿No nos estás vacilando? ¿No se trata de una broma? —preguntó Sherm al fin.

—Es cierto, tío. No bromearía con algo como esto.

—¿Y tampoco bromeas con lo del atraco al banco?

Negué con la cabeza.

—¿Y piensas en serio que es lo mejor para Michelle y T. J.? ¿Estás seguro?

—Sí. Lo estoy. No se me ocurre ninguna opción más, y créeme cuando te digo que lo he intentado.

—De acuerdo. Tendremos que ir dando vueltas a algunas cosas.

—Espera un momento —interrumpió John—. ¿Desde cuándo eres un experto en robos de bancos?

—Cierra el pico y conduce, John. —Se giró hacia mí de nuevo—. ¿Dónde piensas hacerlo?

—En mi banco. Estuve echándole un ojo cuando fui a ingresar el cheque.

—Tu banco. Vale. ¿Entonces te pondrás una máscara?

—No había pensado en ello.

—Claro que no. Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta de que es una idea de mierda robar tu puto banco sin cubrirte el culo. ¿No vas a ese banco todos los viernes?

Asentí.

—Como poco. A veces más.

—Eso no es nada bueno, tío. Te reconocerán. Mierda, es mejor no hacerlo en ninguno de los bancos de la ciudad. ¿Y si el cajero fue a la escuela contigo, o conoce a Michelle, o algo así?

—Supongo que entonces lo mismo se aplica a York o Gettysburg —agregué—. Este condado es tan pequeño que todo el mundo se conoce.

—Seis grados entre Tommy O'Brien y mierda.

—¿Qué significa eso? —preguntó John.

—Es un juego —le aclaró Sherm—, como con el actor, Kevin Bacon.

—¿El tipo de *Línea mortal*? No recuerdo que robara un banco.

Fruncí el ceño y Sherm le echó una nube de humo en la cara.

—Así que tienes que taparte la cara —continuó—. Es la única forma de estar seguro.

—¿Y no podría utilizar otro método?

—Claro, ¿pero qué coño quieres hacer?

—No lo sé. Calarme un sombrero. Ponerme una barba o mostacho falsos. Tal vez teñirme el pelo; así parecería Eminem.

—Ya te pareces a Eminem. No es una buena idea. La gente podría reconocerte aun así; las cámaras de vigilancia te grabarían y saldrías en las noticias de las diez. Alguien acabaría por saber quién eres.

Pensé en ello y me di cuenta de que tenía razón.

—¿Y de payaso? —preguntó John—. Lo vi en una peli. Imaginaos: «¿Qué aspecto tenía, señora?» «Bueno, oficial, tenía una gran nariz roja, pelo rizado rojo y enormes zapatos». ¿Qué te parece, Sherm?

—Tampoco es una buena idea. Ya se ha hecho muchas veces. Además, ir vestido de payaso en una ciudad tan pequeña como esta atraerá la atención mucho antes de llegar al banco. Te verán salir del coche y empezarán: «¡Mira, mami! ¡Un payaso!», y mierda como esa. Cantará demasiado.

—Cierto, tienes razón. —Me pregunté si Sherm ya había dado vueltas antes al mismo asunto. Parecía saber de lo que hablaba.

—¿Y no es mejor idea asaltar un furgón blindado en lugar de un banco? —preguntó John—. Se ven por la calle a todas horas, y paran en tiendas de alimentación y sitios similares.

—No es una buena idea. Olvídate de los furgones. ¿Has visto los agujeros que tienen a los lados? Por ahí es por donde sacan las escopetas. Necesitas un pequeño ejército y un montón de tiempo para preparar bien el golpe. Y seguro que alguien sale herido, seguro como que estoy vivo. Digamos que les tiendes una emboscada mientras descargan en un cajero automático o algo así. El procedimiento habitual implica que el conductor arranque y salga de allí echando hostias en cuanto se

produzca un ataque; mientras, el tipo de dentro comenzará a volaros el culo mientras los que están fuera hacen lo mismo... Uno o dos tipos más.

Echó la ceniza del cigarro fuera del coche, tomó un sorbo de café, se encendió otro cigarro y continuó.

—Así que lo del furgón es mejor descartarlo. Tiene que ser un banco. Ahora tienes que decidir si optas por un mero trabajillo o si vas a lo grande.

—¿A qué te refieres?

—En el primer caso es mucho más fácil. Le pasas al cajero una nota y una bolsa para que ponga la pasta dentro, te vacía el cajón en la bolsa y te largas. Si vas a lo grande, vacías el lugar. Con un trabajillo te harías con unos tres de los grandes a lo sumo, y lo más seguro es que no sea así, a menos que se trate de un día de paga. De la otra forma, sacarías mucho más dinero.

—Tres mil boniatos. —Golpeé el salpicadero, frustrado—. Con eso no tengo para una mierda. Debemos mucho más solo con la tarjeta de crédito.

—Si piensas hacerlo, te diría que optes por ir a por todas. Si te pones una máscara y entras en el banco, la gente se acojonará antes de que llegues al cajero. No creo que tres de los grandes merezcan tanto follón. Los bancos, y en especial los que hay por aquí, no guardan mucha pasta en las cajas de las ventanillos. Si quieres dinero de verdad tendrás que ir a por las cajas de la cámara acorazada. Teniendo en cuenta que hablamos de bancos de ciudades pequeñas, creo que podrías hacerte con unos cuarenta o cincuenta mil. Tal vez más si te decides por Baltimore o Filadelfia.

—Joder, ¿y cómo sabes tanto de esto? —preguntó John, materializando mis propios pensamientos.

—Sencillo, Polla de Peluche: me encanta Court TV.

—Sherm, te agradecería que no me llamas «Polla de Peluche».

Sopesé la última opción.

—Así que... solo tengo que ponerme una máscara y pedir la pasta. ¿No me reconocerán la voz?

—Coño, claro que lo harán si vas a tu banco. Si fuera tú, me inclinaría por el banco de la pequeña zona comercial situada en las afueras.

—¿La que está entre McSherrystown y Hanover?

—Exacto. Está en la carretera 116, así que en unos minutos tienes acceso a todas las carreteras secundarias, bosques y demás mierda. Lo que es más importante, estarás a solo unos minutos de la carretera 30 y la frontera con Maryland, y no demasiado lejos de la interestatal 83. Hay decenas de modos de salir de allí y desvanecerse con la rapidez de un puto rayo. Por otro lado, el banco es pequeño y se encuentra en una posición vulnerable.

—¿Qué quieres decir?

—Mira. —Sonrió y el contorno de su cara, recortado por el brillo de su cigarro,

me recordó una calavera—. Acaban de ser comprados por un banco más grande, ¿verdad? No tienen barrera antiatracos, cristales antibalas ni nada parecido. Solo las viejas cámaras y el sistema de alarma de siempre. Los cajeros no estarán muy alerta, porque seguro que andan quemados de explicar las nuevas regulaciones del banco a los antiguos clientes, molestos a su vez por el cambio. ¡Es perfecto, capullo! En esa zona no hay mucho tráfico. No hay ningún Wal-Mart ni Target. Todo lo que tienen es tintorerías y un restaurante chino. Entrás y sales rápido, y en unos segundos te has evaporado.

—Genial. —Tenía que admitir que me iba haciendo a la idea. Sherm tenía razón en casi todo lo que decía, y me aclaraba cosas sobre las que ni me había parado a pensar.

—Así que entras allí como un maldito gánster y los acojonas hasta que se caguen de miedo. Gritas, sueltas tacos y das comienzo a la fiesta. Consigue una bolsa o algo así para echar la pasta. Vacía las cajas y la cámara, y sal de allí a toda hostia.

—Y asegúrate de que no te cuelen un paquete con tintura —apuntó John, de repente un experto en la materia—. Lo vi una vez en la tele. Una vez fuera, esos hijos de puta tardan diez segundos en explotar. Te manchan de rojo brillante para que puedan encontrarte con más facilidad, y encima queman los billetes.

—No puedo creer lo que estoy diciendo, pero John tiene razón —asintió Sherm—. Aunque no debes preocuparte de esa mierda. Este banco no deja que sus cajeros cuelen cargas en el dinero.

—¿Por qué no?

—Los demandaron hace pocos años. Un cajero de Buffalo metió una carga en la bolsa de un ladrón. El ladrón salió por la puerta, la carga se disparó y la explosión hirió a una viejecita que iba a cobrar su cheque de la Seguridad Social. Demandó al banco y nunca tuvo que volver a preocuparse por su cheque de la Seguridad Social. Sin embargo, lo que sí hacen es colocar un dispositivo rastreador: un pequeño trozo de plástico, lo suficientemente pequeño como para pasar inadvertido entre los billetes. Funciona igual que el localizador que se pone en los coches, y los polis te pueden seguir la pista con él. Así que asegúrate de que no te cuelan uno. Y si quieres ser cuidadoso, compruébalo todo una vez que estés en la carretera.

Contemplé la noche a través de la ventanilla del pasajero. Sherm me había dado mucho en lo que pensar, y cuanto más lo hacía más absurdo me parecía todo. Yo no era un ladrón de bancos. No era uno de los idiotas de *Los más buscados de América*. Solo era un perdedor que trataba de alimentar a su esposa y a su hijo, darles lo que se merecían en lugar de lo que tenían.

Pero me estaba muriendo.

—Es un lío de cojones —suspiré—. ¿Cómo voy a llevar a cabo esto yo solo?

—Porque no vas a hacerlo solo. —Sherm sonrió—. Te voy a ayudar.

—Joder.

—Admítelo, Tommy. Tú mismo lo has dicho. No puedes hacerlo tú solo.

—Yo también me apunto —aseguró John.

—Que os jodan —escupí—. No voy a dejar que os metáis en esta mierda. Cuento con que vosotros cuidéis de Michelle y T. J. después... después de que yo me haya ido.

—Por eso quiero ayudar —rebatí John—. No te puedes encargar de esto tú solo, Tommy. Sherm lo ha dicho. Si te ayudamos, entonces es más probable que lo consigas. Y eso redundará en su beneficio.

—¡Que no, John! Ni de coña. Y no hay más que hablar.

—Tommy, quiero a Michelle y T. J. tanto como tú. Fui el padrino en tu maldita boda. Estuve contigo cuando nació T. J. Quiero ayudarles, y la mejor forma de hacerlo es ayudarte a ti.

—¡Olvídalo!

—Que te den por el culo.

—Tiene razón, John —apostilló Sherm—. ¿Sabes a lo que te arriesgas si te pillan? Como no tienes antecedentes, te caerán de cuarenta y uno a cincuenta y un meses. Estamos hablando de un golpe de más de diez mil dólares, así que añade un agravante. Lo robamos, así que suma dos. Utilizamos un arma o simplemente la enseñamos, añade un puñado. Podrías pasar en la trena el resto de tu vida, y a diferencia de Tommy, tienes todo el puto tiempo del mundo.

—No me importa. —Se mordió el labio como muestra de su obstinación—. Quiero hacerlo.

—Déjalo ya.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces te voy a quitar la idea de la cabeza a hostias.

Redujo la velocidad, agarró el volante con fuerza y me miró.

—Si no me dejas ayudarte, se lo diré a Michelle —amenazó, despacio, de manera calculada.

Abrí la boca pero no me dejó hablar.

—Y lo digo en serio, Tommy. Eres mi amigo. Necesito hacer esto. Y si no me dejas, juro por Dios que se lo contaré todo. El cáncer. El robo. Todo.

Lo miré a los ojos y comprobé que decía la verdad.

—Por favor.

—De acuerdo —suspiré, resignado—. De acuerdo, contamos contigo. Pero Sherm, no entiendo por qué quieres ayudar.

—Hey, tío —esbozó una sonrisa—, somos amigos. Además, creo que podemos lograrlo, y estoy aburrido de esta ciudad. Hanover es una puta mierda, tío. Esta será la primera cosa divertida que haga desde que dejé Portland.

—Estás como una puta cabra.

—Como un zorro, tío. Loco como un puto zorro.

John aparcó al lado del lago y contemplamos el agua en silencio. La luna se reflejaba sobre las pequeñas ondulaciones de la superficie. En algún lugar sumido por las tinieblas, cantó un chotacabras. John quitó el CD de Ice-T y puso *War and Peace*, de Ice Cube, en su lugar. De repente me sentí muy viejo y cansado, y me pregunté si debería planear ya mi funeral, o dejarlo en manos de Michelle.

Algo tenía claro: si continuábamos con esto, el precio no sería un problema para ella.

—¿Y dónde pillamos las armas? —pregunté—. No podemos esperar los siete días de rigor.

—Conozco a un colega. —Sherm se inclinó hacia delante—. Vive en York, en la calle South Queen. Una para ti y otra para mí. Nos costarían unos doscientos. Voy a darle un toque a ver si está por la zona.

—¿Y qué pasa conmigo? —John frunció el ceño—. ¿No me daréis una pistola?

—No —respondió Sherm—. Tú serás el conductor.

—¡Genial! Tú sí que sabes.

—¿Doscientos pavos? Sherm, todo lo que tengo es el último cheque, y lo ingresé esta tarde.

—¿Y? ¿No tienes tarjeta?

—Sí, pero necesitamos ese dinero para pagar las cuentas. ¿Qué cojones voy a decirle a Michelle si se da cuenta de que lo he gastado?

—Colega, piensa por un momento. En menos de una semana tendrás todo el dinero que necesites para pagar las cuentas. Todo el puto dinero que te haga falta...

Sacó el móvil e hizo una llamada. John estaba comiéndose su trozo de *pizza* y yo fumaba. *Until We Rich*, de Ice Cube, sonaba de fondo, y la letra casaba a la perfección con lo que Sherm acababa de decir.

Cerró el móvil y le dio un golpecito en la nuca a John.

—Vamos, chicos. Hagamos un viajecito hasta York. Tiene lo que necesitamos.

A medio camino de York nos paramos en un cajero automático. Me sentía como si el mundo entero estuviera sobre mis hombros; tosí sangre, la escupí e hice una mueca al reparar en lo seca que tenía la garganta. Parecía que me la habían lijado.

Mientras Sherm y John aguardaban impacientes en el coche, saqué la cartera del bolsillo. Los dedos no me respondían bien. Los notaba hinchados, abultados. Cogí la tarjeta y la metí en la ranura. La máquina me pidió el número secreto y me dio dos intentos para insertarlo correctamente.

Tecleé la cantidad a retirar. Doscientos dólares.

Me preguntó si era la cantidad correcta. Presioné «Sí».

Me pidió que esperara hasta que expulsara los billetes.

Mientras los billetes, todos de veinte, salían de la máquina, supe que no había vuelta atrás. Había mentido a mi mujer acerca del cáncer y ahora dejaba la cuenta seca a sus espaldas. Claro que, a largo plazo, redundaría en beneficio de ella y T. J., pero aun así se trataba de una buena jodienda. Y encima este dinero lo íbamos a invertir en pistolas. Como los gánsteres de verdad.

Puse el dinero en la cartera y luego la guardé en el bolsillo de atrás. Me dio la sensación de pesar mucho, como si estuviera hecha de plomo.

No había vuelta atrás.

La enormidad de tal certeza me envolvió, y durante unos pocos minutos olvidé por completo que estaba muriéndome.

Miré la luna, pálida, fría, inerte, y aprecié mi rostro en su reflejo.

—No hay vuelta atrás... —me susurró.

Volví dentro del coche y cerré de un portazo. Sonó como un disparo, y John y Sherm pegaron un brinco. Como un disparo... o como un ataúd al cerrarse.

Sherm encendió un pitillo y me lo pasó. Aspiré y procuré no ahogarme. También procuré ignorar el mal presentimiento que anidaba en mis tripas. Algo que no tenía nada que ver con el cáncer.

—¿Cómo se llama ese tío? —pregunté a Sherm mientras íbamos de camino.

—Wallace.

—¿Su nombre o su apellido?

Sherm se encogió de hombros.

—Ni idea. Nunca se lo he preguntado. Lo conozco por Wallace. Así es como su gente lo llama.

Giramos por la calle West Market, pasamos al lado de edificios semiderruidos de ladrillo rojizo y fumaderos de *crack*, fábricas abandonadas y apartamentos incendiados, locales de tatuaje y antros de copas. York es una ciudad pequeña, pero tiene la misma tasa de criminalidad que una gran ciudad. Si miras un mapa, está justo en el medio de todo, a una hora o así de Baltimore y Harrisburg, y a unas pocas horas en coche de Filadelfia, Washington D.C., Pittsburg y Nueva York. Esto la convierte en un lugar ideal para los traficantes, la mayoría de Nueva York y Filadelfia norte, aunque hay también algunas bandas de Chicago y Detroit. Hace tiempo, la mafia griega controlaba casi por completo el crimen de York, pero esos días pasaron y ya han quedado atrás, como los hombres que los forjaron, hombres que ahora están cumpliendo la perpetua en el norte del estado. Sus hijos han vuelto la espalda al crimen organizado y las familias han muerto, y han sido reemplazadas por las bandas.

Nos metimos por la calle South Queen. Una mujer hispana se cruzó por delante del coche y John tuvo que maniobrar para evitar atropellarla. La mujer le enseñó el dedo índice, farfulló algo en español y siguió su camino haciendo eses. John se hundió en el asiento y apagó la radio, donde había estado sonando el disco de Cypress Hill que había puesto antes.

—Sherm —susurró—, somos los únicos blancos del lugar.

—Tranquilo, John. No jodas a nadie y nadie te joderá a ti.

—¿Qué pasa, John? —pregunté—. Has estado en el centro de York otras veces.

—Sí, pero no tan tarde. Podrían robarnos el coche. Acojona un poco, ¿no?

Sherm resopló.

—Nadie te va a robar este pedazo de mierda.

Nos paramos en un semáforo. Las radios de los coches que nos rodeaban pugnaban por imponerse al resto, hasta que se combinaban en lo que sonaba como un bajo enorme. En la esquina, unos cuantos niños jugaban en un charco a horas en las que tenían que haber estado durmiendo. Mujeres de aspecto castigado (lo más seguro es que fueran sus madres) se apoyaban en las ventanas del coche, enseñaban escote y discutían sobre el precio de las mamadas. Echaba de menos a Michelle y T. J. y quería estar en casa con ellos, no conduciendo en el gueto, en busca de pistolas. Me sentía cansado y enfermo. Tenía sangre en la garganta y el sabor resultaba

nauseabundo.

John volvió a mirar a Sherm.

—¿Adónde vamos?

—Cuarenta y dos. Pasados dos edificios a la derecha. Pero no es ahí donde hace los negocios. Se supone que nos veremos en el callejón de atrás.

—¿Y eso? —quise saber.

—Tiene hijos y esas cosas, tío. No mezcla los negocios con la familia.

—Oh, un camello con principios...

—¿Con qué frecuencia fumas costo, Tommy?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Una o dos veces a la semana. Esta noche. Cuando traes.

—Cierto. ¿Y de dónde cojones crees que lo saco? ¿Crees que voy a la panadería?

—De acuerdo, lo capto.

—Hey —indicó John—, como tienes cáncer, ahora puedes fumar toda la hierba que quieras, ¿no? Creo que es legal si tienes cáncer. ¿No se supone que es beneficioso?

—¡Cállate, Polla de Peluche! —gritamos Sherm y yo a la vez.

John aparcó el coche bajo una farola rota y salimos. Recipientes de *crack* y cristales rotos sonaron bajo nuestros pies. Di una patada a un pañal sucio para apartarlo del camino. Las pintadas al lado de la casa rezaban: «Prosper C. Johnson & Tha' Gangsta Disciples», «Roosevelt Cru» y «NSB putos amos». También deseaban que alguien llamado Donny B. descansara en paz. El aire olía a leche cortada. Alguien murmuraba algo ininteligible. A lo lejos lloró un bebé, y la única respuesta era el plañido de una sirena de policía. Un gato salvaje nos estudió desde detrás de un contenedor.

Sherm señaló a John.

—Escúchame bien: mantente callado, Polla de Peluche. ¡No bromeo! Estos tipos no se andan con gilipolleces.

John levantó los dos pulgares y se agarró los cojones cuando Sherm se dio la vuelta. Miré hacia arriba y le indiqué que nos siguiera.

Salimos de la acera y cruzamos la calle. A medio camino, la luz se puso verde y los coches comenzaron a venir hacia nosotros desde ambas direcciones. John se quedó congelado como un ciervo ante las luces de los coches que se aproximaban. Sonó un claxon, luego otro, y alguien agitó el puño por la ventanilla del pasajero.

—¡Sal de la carretera, estúpido blanco hijo de puta!

John hizo el amago de enseñarle el dedo corazón, pero corrí a sujetarlo, lo agarré de la muñeca y lo arrastré fuera de allí.

—Este es el terreno de Sherm. No la cagues. Limítate a guardar silencio, ¿de acuerdo?

Asintió.

Seguimos a Sherm y nos acercamos al callejón. Dos tíos negros, ambos algo más jóvenes que nosotros, flanqueaban la entrada como si se tratara de una cueva de piratas.

—Sé frío —le recordé a John.

—Como el hielo.

Sherm saludó a los dos tipos y sonrió.

—¿Qué pasa, Markus? ¿Cómo va eso, Kelvin?

Se encogieron de hombros.

—¿Qué tal estás, Sherm? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Maderos?

Sherm se rió.

—No, tío. Este es Tommy y este es John, mis amigos de Hanover. Son gente de confianza. Vienen para negociar con el hombre. Ya lo he avisado. Le di un toque antes.

—Sí —asintió Kelvin—. Dijo que venías. No creía que tuvieras compañía. Sueles moverte en solitario.

—No esta noche. Estos tipos son los que pagan. Yo solo hago de intermediario.

—Hola. —John ofreció la mano, pero la única respuesta que recibió fueron sendas miradas frías.

Sherm encendió un cigarro.

—Entonces... ¿está Wallace por aquí?

—Está en casa viendo la tele con su hija —respondió Markus—. Le diré que estás aquí.

Se metió en la casa. Kelvin nos indicó que lo siguiéramos al callejón. Estaba muy oscuro y me llevó un rato acostumbrarme. El callejón olía a pis rancio y basura podrida; algo pegajoso se me adhirió a la suela del zapato, como si se tratase de pegamento. No quería ni imaginarme lo que era, así que me esforcé por no mirar hacia abajo. Según andábamos, John trató de entablar una conversación con Kelvin, pero este lo ignoró sin más.

Se oyó un portazo, y entonces la luz del final del callejón quedó bloqueada al entrar dos figuras más: Markus y un tipo que asumí que sería Wallace. Era enorme; medía casi dos metros y pesaría unos ciento y pico kilos, todo puro músculo. Su cabeza afeitada brillaba en la oscuridad, y de cada una de sus orejas colgaba un aro de oro. Llevaba una caja de cartón bajo el brazo. Nos evaluó en silencio.

—¿Los habéis registrado? —preguntó a Kelvin, a la vez que nos señalaba a John y a mí.

—No todavía.

—¿A qué coño juegas, negro? ¡No te quedes ahí de pie! ¡Cachéalos!

—Tranquilo, Wallace. Van con Sherm. Responde por ellos. Sherm no nos jodería.

—Como si estuvieran con el puto Papa. ¡Cachéalos ahora!

Unas manos toscas nos registraron.

—Hey... —John comenzó a protestar, pero una mirada de advertencia de Sherm lo cortó en seco.

Markus se echó atrás.

—Están limpios.

—¿Eres un madero? —me preguntó Wallace a centímetros de la cara.

—No, no soy un puto policía. Trabajo... trabajo en la fundición, en Hanover. Hago moldes. Bueno, digamos más bien que los hacía.

Sonrió, luego empezó a reírse, y por último a carcajearse, alto y con fuerza. Después de un momento, Markus y Kelvin se rieron también, y luego se les unieron Sherm y John, que decidió seguir la corriente. Yo no le pillé la gracia.

Wallace se limpió las lágrimas.

—La fundición, ¿eh? Tío, esa mierda mataría a un negro. No podría trabajar ahí. ¿Sabes a lo que me refiero?

—A mí tampoco me entusiasma —dije—, pero tengo que alimentar a mi esposa y a mi hijo.

Su pétreo rostro se suavizó.

—Y que lo digas. Sé lo que es eso, tío. Estoy en tu misma situación. Tienes que ocuparte de los críos. Son lo más importante. ¿Cómo te llamas, colega?

—Tommy.

—De acuerdo, Tommy. Me caes bien. Irlandés como tu amigo Sherm, ¿no?

Asentí.

Se volvió hacia Markus y Kelvin.

—Los irlandeses son los negros blancos. También fueron esclavos. El hombre blanco los llamaba siervos contratados, pero era la misma mierda. Si hubierais ido a la escuela, lo sabríais. ¿Queréis montar una revolución? Los irlandeses siempre han estado en ello. Aún lo están, con ese ejército republicano y toda esa mierda.

No dije nada. Wallace se relajó.

—Sherm me ha dicho que queréis unas pipas.

Me removí en el sitio, aún dubitativo. Ahora que me lo habían planteado, no quería reconocerlo. Daba la impresión de que eran para otra cosa.

—Sí, necesito dos. Son para...

—No —levantó la mano—, no me digas para qué son, tío. Cuanto menos sepa, mejor. Así no podré joderte, ni tu mierda acabará jodiéndome a mí.

Asentí.

—Bonitas deportivas —le dijo John a Markus—. Tengo que comprarme unas así. ¿Dónde las pillaste?

—Se las quité a un blanquito en el centro comercial —replicó Markus—. Se

parecía a ti. Mierda, podría haber sido tu hermano.

—Oh... No tengo hermanos.

—Cierra la boca, John... —le advirtió Sherm.

Wallace abrió la caja de zapatos. Había dos pistolas dentro.

—Dos Smith & Wesson del .357. Las puedes cargar con el .38 especial o con .357 de mágnium. Depende de para qué las vayas a usar, aunque yo apostaría por el .357. Si le disparas en la nuca a un tío con eso, la columna del pobre hijo de puta le saldría por las narices. No tienen seguro; son revólveres, así que ten cuidado y no te vuelas las bolas al caminar. El percutor queda expuesto, así que lo puedes echar para atrás en un momento para disparar de inmediato. Doscientos. En efectivo. No se admiten cheques ni tarjetas de crédito.

—¿Y la munición? —inquirí.

—¿Te parezco un Wal-Mart, capullo? Cualquier tienda de ese estilo tendrá munición. ¿No tenéis tiendas de caza en Hanover? A esos catetos del sur les encanta correr por ahí disparando a los ciervos, conejos y mierdas así.

—Chillan como cerdos, chaval —dijo Kelvin arrastrando las palabras.

—Sí, claro que vamos de caza. Tenemos un montón de lugares donde conseguir munición. Solo que ahora ando un poco escaso de efectivo, eso es todo.

—Venga, Wallace —imploró Sherm—, échanos un cable, hombre. Después de todos los negocios que hemos hecho... ¡Joder, si casi te he pagado el alquiler del último año!

Wallace sonrió, lo consideró y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero solo porque eres un buen cliente, Sherm, y porque me cae bien tu colega Tommy. Son pistolas de seis tiros. Están cargadas. Podéis quedaros el juego. Si quieres más, tendrás que pagar.

—No, con doce balas habrá más que suficiente —respondí—. Espero no tener que dispararlas.

—Son solo para protección —explicó Sherm.

—Lo que sea, tío. Como te acabo de decir, no quiero saber nada. Cuanto menos sepa, mejor. Solo asegúrate de captarlo. Nunca hemos hecho negocios y nunca he oído hablar de vosotros. Los números de serie han sido borrados y he limpiado las huellas antes de meterlas en la caja. Ahora son vuestras.

Le alargué el dinero y él hizo lo propio con la caja. Durante un instante se me pasó por la cabeza quitarle la pasta, decirle que había cambiado de idea y que todo era un terrible error. Pero no lo hice. Acepté la caja. Pesaba más de lo que pensaba.

Wallace contó los billetes, los dobló y se los metió en el bolsillo.

—Un placer hacer negocios con vosotros.

—Okis, Wallace, nos largamos. —Sherm chocó los puños con él y se dio la vuelta para salir—. Te veré la próxima semana.

—Nos vemos, Sherm.

Wallace se volvió hacia mí, alzó el puño, y lo chocó con el mío.

—Eres legal, Tommy. En serio. Un placer hacer negocios contigo. Vuelve un día de estos y haremos algo más relajado. Tal vez jugar al ajedrez o algo. ¿Juegas al ajedrez?

—Sí..., un poco. Aprendí cuando pasé un fin de semana en la cárcel del condado por no pagar multas de tráfico.

—Cojonudo. Ajedrez carcelario, el mismo que yo juego. Estupendo. Nos vemos, tío.

—Gracias.

Seguí los pasos de Sherm. Por el rabillo del ojo vi que John se paraba. Vi que se giraba hacia los tres hombres. Lo vi sonreír. Lo vi levantar la mano despacio. Vi cómo se abría su boca y decía...

—Nos vemos, negros. Paz.

Me quedé congelado, asustado.

Sherm se sobresaltó y se dio la vuelta como un resorte. John, que aún sonreía, se volvió hacia nosotros, vio la expresión de horror de nuestras caras y se paró.

—¿Qué? ¿Qué miráis? ¿Qué he hecho mal?

—¿Qué has dicho? —escupió Markus. Su cara se había vuelto cenicienta—. ¿Qué hostias has dicho?

Wallace dio un paso adelante.

—Que alguien me diga que este hijo de la gran puta no ha soltado la bomba N.

—Puedes estar seguro de que lo ha hecho —gruñó Kelvin. Enseguida metió la mano en el bolsillo de sus pantalones anchos y vi cómo agarraba algo. Sabía lo que era antes de que lo sacara. Sin pensar, abrí la caja y metí la mano.

—¡Alto! —Sherm se colocó entre nosotros, con las manos arriba—. Esperad un minuto, hostia. No hagamos una gilipollez.

—¿Una gilipollez? ¡¿Una gilipollez?! —Wallace sacó su propia pistola—. ¿Has oído lo que ha dicho este maldito racista cabrón? ¿Cómo te sentirías si te llamara *honky* o *wigger*^[2]? ¡Saca de en medio tu culito irlandés, Sherm!

John estaba asustadísimo.

—¡Lo... lo siento, chicos! No creí que fuera tan ofensivo. Os llamáis así todo el rato entre vosotros por la radio. Solo quería ser amistoso.

—¿Ahora te crees Eminem, hijo puta? —Kelvin se fue hacia él con la pistola en la mano. No tenía ni idea del modelo, pero sí sabía que era mucho más grande que la que yo sostenía.

—Wallace... —Sherm colocó la mano sobre el pecho del gigante—. Es retrasado, tío. Lento. No sabe lo que dice. Tiene el nivel de lectura de un niño de cuarto. Pásalo por alto, ¿vale? Tú y yo somos legales, y has visto que Tommy también, ¿a que sí?

¿De verdad crees que traeríamos aquí un miembro del KKK?

Aún bullendo de furia, Wallace miró a Markus y Kelvin, que apuntaban las pistolas contra John y contra mí, y luego me miró a mí, que apuntaba la pistola contra Kelvin. Después fijó la vista en la mano de Sherm, que este retiró de inmediato. Poco a poco, dejó de fruncir el ceño para acabar sonriendo.

—Parece que esto es un empate mexicano, gente. Calmaos.

Kelvin no se movió.

—Ya has oído lo que este blanquito hijo de puta chupapollas ha dicho.

—Y yo he dicho que os calméis, hostia. Baja esa cosa o te la meteré por el culo. No te olvides de quién es el jefe. Soy el dueño de la calle. Trabajas para mí.

Los ojos de Kelvin no se apartaban de los de John. Las fosas nasales se le crisparon y brillaron bajo la tenue luz. Parecía congelado por la rabia.

Wallace miró a Sherm.

—No traigas a este gilipollas de nuevo, Sherm —le advirtió—. Jamás. Si Kelvin o Markus no lo matan, no dudes ni por un puto momento que lo haré yo. No quiero verlo en mi callejón. Ni tampoco por la zona.

—Claro, tío, como tú digas. No te preocupes, Wallace. No lo volverás a ver, te lo juro. Sabes que tengo palabra, ¿a que sí? ¿Todo bien?

—Sí —asintió y escupió sobre el pavimento levantado—. Todo bien.

Al fin bajaron las pistolas. Los tres hombres hervían de ira. Bajé mi arma, y fue entonces cuando me di cuenta de que no había armado el percutor.

—¡Ay! ¡Para ya, Sherm!

John separó una de las manos del volante y se frotó la cabeza.

—¿Por qué demonios me has atizado?

—¡Porque eres un imbécil! —gritó Sherm, que se volvió a inclinar para seguir golpeándolo.

—¡Aay! Pégale a tu madre, Sherm. Vas a hacer que nos choquemos.

Me había sentado en silencio, pero ya no pude seguir sin decir nada.

—¿John?

—¿Sí?

—¿Qué coño te pasa? ¿«Nos vemos, negros»? ¿Qué coño es eso? ¡Dijiste esa puta mierda! ¿En qué cojones pensabas? ¿Por qué no fuiste allí vestido con una sábana blanca y quemaste una cruz en su patio?

—Sabes que no soy así, Tommy. No soy racista. Dije «negros», y ellos lo usan en las canciones a todas horas. No creí que les fuera a ofender.

Estaba tan enfadado que ni le respondí.

Sherm lo volvió a golpear.

—Te dijimos que mantuvieras cerrado el puto buzón. ¿Por qué no lo hiciste?

John hizo pucheros.

—Solo quería ser amistoso. Eso es todo. Me caen bien los negros y me parecen tíos guays con los que ir por ahí. ¿Recuerdas cuando estuve con Rhonda? Era negra, y nunca le dije nada racista. No quería ofender a nadie. En serio.

Y lo era. En realidad no quería ofender a nadie. Solo había pretendido ser amistoso. John no era racista ni por asomo. Solo John. Grande, simple y estúpido.

Y estaba a punto de conducir el coche en la huida... Me eché hacia atrás en el asiento y me masajee las sienes.

La cabeza me estaba matando. Lo cierto es que el cáncer era lo que me estaba matando, pero el dolor de cabeza ayudaba lo suyo. Suspiré y me pregunté si mis amigos acabarían venciendo a la enfermedad y haciendo el trabajo del cáncer. A juzgar por lo visto, no se trataba de una posibilidad disparatada.

Nos quedamos callados durante un rato. John aún estaba enfurruñado, Sherm fumaba y yo seguía frotándome la cabeza. Los párpados se me caían. Había sido una noche muy larga y estaba reventado. Faltaba poco para que amaneciera y Michelle se estaría preguntando dónde estaba. No tenía muy claro lo que le iba a contar.

Tras un momento, volví a hablar.

—¿Queréis oír algo raro? En el callejón, cuando las cosas se pusieron tensas, me sentí vivo. Por unos pocos segundos me olvidé de la enfermedad. Olvidé que me estaba muriendo.

—Si pudiera elegir —replicó Sherm—, así es como me gustaría morir. Entre palmarla en la desvencijada cama de un hospital o ser tiroteado en un destello de gloria... elegiría siempre el tiroteo. Y me llevaría algunos cabrones conmigo. Mataría a todo tipo a la vista...

Siguió hablando, pero me quedé dormido a la mitad. Ahora que ha terminado todo, desearía haber estado despierto.

A posteriori, todo es más fácil.

Asistí al funeral. No sabía de quién. Debía de ser de alguien importante porque el cortejo era impresionante. Por alguna razón, no tenía lugar dentro de la iglesia. En vez de eso, nos habíamos reunido en el viejo cine abandonado del centro, en el que la pequeña Kaitlin Roberts había sido asesinada hará unos diez años. Tenía quince cuando sucedió. Encontraron el cuerpo junto con los cadáveres de un mendigo y un cartero dentro del cine, que había cerrado un año antes, cuando los multicines llegaron a la ciudad. Nunca se atrapó al asesino, y aquellas muertes pesaban sobre la ciudad hasta el día de hoy.

Así fue como supe que se trataba de un sueño. ¿Quién en su sano juicio celebraría un funeral en un lugar donde se habían cometido tantos asesinatos?

Carecía de cuerpo, así que floté sobre los congregados mientras observaba cómo la multitud desfilaba ante un ataúd de oro puro. La tapa estaba cerrada y no sabía quién estaba dentro. Escuchaba los murmullos y susurros del gentío, pero era incapaz de captar otra cosa que sollozos. Solo con desearlo, me acerqué para conseguir una perspectiva mejor.

Michelle y T. J. también asistían, lo que me sorprendió. Michelle estaba preciosa, vestida con un traje negro. Y no era uno de esos que se compra en Wal-Mart, Target o Goodwill. No, este vestido es el que ves en la tele, el traje de noche con que Julia Roberts iría a una entrega de premios. Un enorme diamante brillaba en su dedo, y otros tres iguales le colgaban de las orejas y del cuello. T. J. tenía el pelo echado hacia atrás y llevaba un pequeño traje negro con corbata, a juego con los zapatos negros. También el conjunto era nuevo. Su ropa de domingo (cuando la madre de Michelle lo llevaba a la iglesia) consistía en un par de OshKosh tostados y un jersey raído. No me creía el aspecto tan fenomenal que mostraban. Era la clase de ropa que siempre se habían merecido, la clase de ropa que nunca les podría proporcionar. Cara. De marca. Imaginé que ahora sí serían felices.

Pero, cuando me aproximé, comprobé que lloraban. El rímel corría por la cara de Michelle, lo que le daba un vago parecido con un mapache. La pequeña nuez de T. J. subía y bajaba sin descanso a la vez que trataba de contener los sollozos que le sobrevenían. La pena que destilaba parecía demasiado grande para su diminuta figura. Se me rompió el corazón al verlos así, sumidos en el dolor cuando debieran estar felices. A juzgar por su aspecto, tenían todo lo que querían. ¿Por qué aquella tristeza? ¿Quién había muerto? ¿Quién yacía en el ataúd? ¿La madre de Michelle? No, la entreví en la multitud, dirigiéndose hacia T. J. Lo cogió entre sus brazos y lo apretó con fuerza.

Comencé a moverme hacia Michelle, pero Sherm y John se me adelantaron... pasando a través de mí. Un temblor me recorrió el cuerpo. Sherm estaba cubierto de

cadenas de oro y unos cuantos anillos gigantescos de oro le adornaban los dedos. John vestía un esmoquin, algo que no se había podido permitir desde la promoción en el instituto. John también lloraba, tanto como Michelle, y Sherm los abrazaba a ambos. Pero me di cuenta de que apretaba a Michelle un poco más de la cuenta y de que ella tampoco se lo impedía; por un momento me puse muy celoso.

Ninguno de ellos parecía haber advertido mi presencia.

Entonces me di cuenta. La ropa. El ataúd de oro. Incluso el dinero que debía haber costado alquilar el viejo cine. Lo habíamos hecho. Habíamos robado el banco, y ahora mi esposa y mi hijo estaban bien atendidos. Estaban tristes, pero la pena pasa; pasa con rapidez si hay dinero con el que pagar las facturas. Terminarían por sobrellevarlo.

Sonreí, y un sentimiento de paz me envolvió.

Una cinta de color plata y rojo dorado colgaba sobre el ataúd.

*«He salido para encontrarme a mí mismo.
Si no estoy aquí cuando me necesites,
aguarda hasta que regrese».*

Floté hacia el ataúd con la idea de presentarme mis respetos. Al fin y al cabo, se trataba de un sueño. No tenía ni idea de qué pasaría cuándo llegara el momento de verdad. Tal vez no hubiera una luz brillante o una oportunidad de mirar a mis seres queridos desde arriba. Mejor hacerlo ahora que se presentaba la ocasión. Además, ¿quién tiene la posibilidad de asistir a su propio funeral?

El ataúd impresionaba. El tenue brillo de las velas se reflejaba en la superficie. Mi nombre había sido grabado encima, «Thomas William O'Brien», seguido de mi fecha de nacimiento y la de mi muerte. Por debajo rezaba: «Amado esposo y padre». Coloqué las manos sobre la tapa, y aunque me había convertido en un fantasma no tuve problemas para palparlo; su tacto resultaba frío. Lo abrí, gruñendo a causa del esfuerzo... y miré abajo.

Grité.

Porque la cosa que descansaba en el ataúd, lo que yacía en aquella caja con mi nombre inscrito en ella... esa cosa no era yo. Era imposible. De ninguna manera. No era yo. Ni siquiera tenía aspecto humano. Grité de nuevo, pero si alguien me escuchó no dio muestra de ello.

Una masa putrescente y oscura de gelatina protoplasmática. Un desecho similar a un cuerpo; una cosa abultada, reducida a pulpa que tal vez hubiera sido en algún momento una cabeza... en caso de no tener el tamaño de una sandía; dos frágiles y rechonchas ramas por brazos y un par de piernas a juego. Pero en el medio se adivinaba lo peor. Algo podrido y vil barbotaba desde la cavidad pectoral,

salpicando pequeñas gotas de fluido, de igual forma que un volcán expulsa lava antes de entrar en erupción; tumores del tamaño de una naranja se agitaban como gelatina. Un líquido marrón rezumaba del cuerpo y llenaba el ataúd con un fango pútrido. Esa es la única forma que tengo para describirlo. Sonaba como un tazón de Krispies al echar la leche.

Son células cancerígenas, pensé. Y están creciendo a un ritmo alarmante.

Invadido por las náuseas, me eché hacia atrás y la cosa abrió aquellos ojos abotargados. Se parecían más a tumores que a ojos, y las venas de su interior no eran negras: tenían el color de la puta obsidiana. Volvieron hacia mí, y entonces la cosa habló. Cuando lo hizo, varios dientes cayeron en el interior del ataúd. Su voz se me antojaba un eructo.

—Hola, Tommy —chirrió—. ¿Me haces un favor? He salido para encontrarme a mí mismo. Si no estoy aquí cuando me necesites, aguarda hasta que regrese.

—¿Qué coño...? ¿Qué cojones eres? —La bilis me quemaba la garganta, y me pregunté cómo aquello era posible en un sueño.

—Soy el cáncer. Me tienes dentro. En un estado muy avanzado.

Cerré los ojos, pero la cosa se abalanzó hacia mí y me agarró la muñeca con un brazo casi líquido. Algo que me dio la impresión de ser harina de avena templada discurrió por mi palma y cayó al suelo.

—Terminal Tommy ¡Vive como si no hubiera mañana! ¡La vida es una mierda y luego te mueres!

Abrí los ojos de nuevo y aparté el brazo. El limo lo recubría. La cosa me sonreía entre encías sangrantes.

—Mira esto.

Exhaló algo que olía como el fondo de una fosa séptica. Diminutos filamentos similares a telas de araña se enrollaron alrededor de la gente y reptaron hacia Michelle y T. J., Sherm y John. Cuando los tentáculos los tocaron, algo negro y siniestro comenzó a abrirse paso a través de sus venas, bajo su piel. De inmediato, en los puntos infectados la piel se marchitó y se volvió quebradiza; grandes trozos se despegaban y caían al suelo.

—¿Qué haces? —dije medio ahogado.

—Soy tú y tú eres yo, y ellos son nosotros —cantó—. Infectas a los que amas, Tommy. Eres una enfermedad. Eres el veneno en sus venas. ¿Qué otra cosa se podía esperar de un perdedor como tú?

—¡Que te jodan!

—No eres bueno, no eres bueno, no eres bueno —cantó de nuevo—. ¡Tommy, no eres bueno! ¡Vamos, ríndete a la enfermedad! Abre tus venas y déjame entrar...

Alcancé a Michelle y T. J. y se deshicieron en mis brazos. Casi asfixiado, inspiré y los aspiré a ambos. Retrocedí, horrorizado. Fui hacia Sherm, pero ocurrió lo

misma. Luego John se desintegró también. Lo único que quedaba eran pilas de cenizas.

Comencé a gritar por tercera vez, pero el hedor de la cosa se hacía más fuerte, y me abrumaba. Continuó abultándose y palpitando. Me di la vuelta, asqueado.

Detrás de mí, la cosa del ataúd explotó, y pintó la habitación con sus entrañas. Algo húmedo, apestoso y de un rojo grisáceo me aterrizó en la cabeza.

Me doblé sobre mí y vomité en los zapatos. El grito quedó atrapado en mi garganta...

...Y aún trataba de hacer ambas cosas cuando me desperté en mi dormitorio. Oí boquear a Michelle a la vez que frente a mi cara aparecía una papelerera.

—¡Aquí, cariño! ¡En la papelerera! ¡En la papelerera, Tommy!

Tuve una convulsión antes de poder salir de la cama y vomité una vez más.

—¡Dios! ¡Tommy... la papelerera! ¡La papelerera!

—Gaaaaahhhhh... —repliqué. Parecía que el revestimiento de mi garganta trataba de reptar por la boca. Apreté con fuerza los ojos mientras los espasmos se adueñaban de mí. Oí a Michelle correr al armario del pasillo y agarrar una toalla. Abrí los ojos y vi sangre en la papelerera. Antes de que Michelle volviera y lo viera, utilicé unos cuantos pañuelos de papel para cubrir el desastre.

—¿Qué le pasa a papi, mamá?

—Está enfermo, cariño. Vuelve al salón y ponte a ver los dibujos. Mami irá en un rato.

—¿Papi tiene la gripe? ¿Se va a poner bien?

—¡Ve al salón, T. J.!

Traté de hablar para hacerle ver que no pasaba nada, pero las palabras se enredaron con otra náusea. Caliente y mefítico; cerveza, tequila y los restos de lo poco que había comido en las últimas veinticuatro horas. Todo se esparció por la papelerera con un sonido húmedo; ahora Michelle también tenía arcadas. Sin mirar, me lanzó la toalla y, tapándose la boca con la mano, corrió hacia el baño.

Siguieron sangre, moco, bilis y más partes de mi interior. Entonces vino la gran náusea. Mi estómago se agitó y se contrajo, se contrajo y se agitó, pero no salió nada más. Cuando pasó, me eché sobre la cama y traté de tomar algo de aire. El hedor resultaba inaguantable, y me vi obligado a darme la vuelta cuando me sacudió un último estertor.

Eché más pañuelos en la papelerera. Oí tirar de la cadena en el baño y correr el agua. Michelle salió del servicio un minuto después, limpiándose la boca.

—¿Una noche larga? —frunció el ceño.

—Estoy enfermo.

—Y una mierda, Tommy. ¿Cuánto bebiste ayer?

No gritaba, pero como si lo estuviera haciendo. Su voz sonaba estridente y me perforaba la cabeza como una sierra mecánica. Gruñendo, me alejé de ella y enterré la cabeza entre las almohadas.

—¿Cuánto? —exigió saber.

—No mucho. Unas pocas cervezas y un par de chupitos de tequila.

—No volviste a la casa hasta las seis. Imagino que tomaríais algo más.

—Que no. En serio, eso fue todo.

—Entonces, ¿dónde cojones estuviste?

Bueno, cariño, John, Sherm y yo estuvimos a punto de meternos en una pelea en el Murphy's Place. Luego hicimos planes para robar un banco y nos fuimos hasta York, donde visitamos al jefe de una banda. Gasté nuestros últimos ahorros en comprar dos pistolas, y unos hermanos casi nos vuelan el culo gracias a John, que decidió demostrar su afinidad con la Asociación Arco Iris.

—Fuimos al bar. —No era mentira—. Y dimos una vuelta. Estuvimos un rato en el lago. —Seguía sin mentir—. Sherm había roto con la chica con la que salía y estaba algo deprimido. —Esta sí era una mentira enorme y descarada, por lo que no coló.

—No te lo crees ni tú, Tommy. Sherm va de flor en flor. Seguro que tenía en mente alguna diablura y pretendía arrastraros a los dos.

Me encogí de hombros.

Ella puso los brazos en jarras e irguió la cabeza.

—¿Pasó algo ayer en el trabajo?

No me gustaba la forma en que me miraba.

—No —dudé—. ¿Por qué?

—He oído que en la fundición están echando a gente. Salió en las noticias. Jenny Orosel me dijo que están largando a los que llevan entre cuatro y seis años trabajando en la planta.

—Sí, se me olvidó contártelo. Es una putada, ¿verdad? Y el resto tendremos el doble de curro.

—¿Pero a ti no te han echado? ¿No perteneces a ese grupo? Llevas con ellos cinco años.

—No —mentí—. Estaba preocupado al respecto, pero me salvé por los pelos. Supongo que tuve coña.

—¿Tommy?

—¿Qué?

—No me mentirías, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Michelle. ¿Por qué?

—Porque Jenny dijo que tú eras uno de los que habían echado. Tú, John, y Sherm.

Sacudí la cabeza.

—No sé dónde demonios ha oído eso. Aún conservamos el trabajo.

—Estoy preocupada. El dinero nos llega siempre justo. Si te echaran...

—No te preocupes. Me voy a ocupar de todo. De todo.

—¿A qué te refieres?

Antes de mentirle otra vez volví a eructar, y una mueca se dibujó en mi cara ante el sabor. Michelle hizo un gesto de desagrado y se abanicó por debajo de la nariz.

—Dios, Tommy, apestas. Apestas, pero aun así te quiero.

—Yo también te quiero. —Me incliné para besarla y ella se echó atrás entre protestas, lo que agradecí, porque mi cabeza empezaba a zozobrar y tuve que regresar a la cama antes de caerme redondo. No se dio cuenta, pero sí se percató de la palidez de mi rostro.

—Estás hecho una mierda, cariño. Deja que te toque la frente, a ver si tienes fiebre.

—Estoy bien. Solo es resaca.

Insistió y al final me rendí. Sentí su mano fría y seca contra mi frente, y cerré los ojos.

—Creo que tienes fiebre. —La preocupación en su voz había subido un par de enteros—. Estás ardiendo.

—Estoy bien. ¿Me puedes dar unas aspirinas, mis cigarrillos y algo de café?

—De acuerdo. ¿Quieres una bolsa de hielo?

—Vale. Me voy a meter en la ducha un rato. Necesito despejarme.

Dudó, me acarició la frente y sonrió.

Conseguí devolverle la sonrisa, pero tenía la sensación de que se me iban a caer los dientes, como le había pasado a la cosa de mi sueño. Una vez se hubo ido, me obligué a salir de la cama. Me incorporé muy despacio, aún dolorido, y puse un pie en el suelo, luego otro. Me dolían las articulaciones y me sentía como si alguien me hubiera pateado las costillas. Quería volver a dormir, cerrar los ojos y olvidar todo, limitarme a seguir muriendo allí, tumbado en la cama. Pero no podía. Para empezar, necesitaba limpiar la papelera antes de que Michelle viera la sangre... La sangre y lo demás, aquella cosa negra que había salido de dentro de mí. Después quería disfrutar del día. No nos quedaban muchos más, y deseaba disfrutar con ellos todos y cada uno.

Con no poco esfuerzo me puse unos pantalones, cogí la papelera y me metí en el baño. Abrí el grifo y llené la papelera para luego vaciarla y mirar esas pequeñas partes de mí irse por el desagüe. Después rocié la zona con desinfectante.

Al darme la vuelta, capté mi imagen en el espejo por un segundo, y lo que vi no me gustó un pelo. Todavía no me había convertido en la cosa del sueño, pero Michelle estaba en lo cierto: estaba hecho una mierda. Parecía mucho más viejo. No

aparentaba veinticinco ni treinta y cinco. Cuarenta. La piel del cuello y de la barbilla se había hinchado e inflamado, y los ojos se habían vuelto dos círculos hundidos de color marrón. Los pelos de la incipiente barba, ásperos e irregulares, como si el cáncer estuviera acabando con los folículos en determinadas zonas, como si alguien hubiera recubierto mi cara con parches de crema depilatoria de Michelle. Lo mismo me ocurría en el pecho. El pelo que quedaba se volvía gris. Seguí el rastro plateado hasta el ombligo y entonces me percaté de lo sueltos que me quedaban los pantalones. Michelle no se equivocaba. Perdía peso a ojos vista.

Dentro de poco sería incapaz de ocultar lo que pasaba. Michelle era lista, y no tardaría en darse cuenta de que mi afección poco tenía que ver con la gripe. Y cuando lo hiciera, sabría que le había mentido. Entonces la verdad saldría a la luz, con todas sus consecuencias. Me odiaba a mí mismo por haberle mentido. No era solo el amor de mi vida. También era mi mejor amiga. Confiaba en ella, y permanecía fiel en una ciudad repleta de esposos infieles. La respetaba, y ella me respetaba a mí. Aquello no era correcto, y me dolía casi más que el cáncer.

Me duché y me afeité; para cuando terminé, Michelle me había preparado el café y el primer cigarrillo del día me estaba esperando. La combinación del agua caliente, la nicotina y la cafeína me calmó los dolores de la espalda y los costados, y la jaqueca se redujo a un murmullo.

—Pareces mejor —dijo Michelle mientras me sentaba en el suelo con T. J., que estaba viendo *Yu-Gi-Oh*—. ¿Quieres desayunar algo?

—No, será mejor que no. Mi estómago está aún un poco rebelde.

—De acuerdo.

Traté de concentrarme en los dibujos, pero fui incapaz. De repente, apareció un anuncio sobre la pérdida del cabello y me pregunté por qué demonios lo ponían en la franja horaria en que los críos veían la tele. T. J. se revolvió a mi lado.

—Papi, ¿podemos ir al parque hoy?

—Creo que hoy no, cariño —reconoció Michelle—. Papi no está bien.

—Me siento mejor —insistí—. La ducha me ha dejado nuevo. Solo me molesta el estómago. Vamos a hacer una cosa: me tomo unas cuantas tazas más de café y luego nos pasamos por el parque. ¿Te gusta el plan?

T. J. se puso contentísimo, pero entonces los dibujos volvieron a salir en la pantalla y se quedó absorto. Me levanté, fui a la cocina y me serví otra taza de café. Michelle me abrazó por detrás y me acarició el cuello con la nariz. Yo inhalé su olor: azúcar de vainilla y champú. Limpia. Saludable. Se me puso la piel de gallina.

—¿Seguro que vas a salir? Puedo llevarle yo. Acuéstate un rato...

—No. —Me volví para besarla en la frente—. En serio, estoy bien. Me irá bien darme una vuelta. Es primavera. No quiero quedarme aquí todo el día viendo la tele. Sobre todo si se trata de dibujos japoneses. Son todos iguales.

—Te quiero, Tommy O'Brien.

—Yo también, cariño. Y mucho, mucho.

Se echó atrás un poco y me miró de manera directa a los ojos. Arrugó la frente, preocupada.

Quería decírselo, la culpa por no hacerlo me abrumaba, pero fui incapaz.

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata?

—Nada. No pasa nada. Solo... —Traté de encontrar las palabras, algo que nunca le hubiera dicho durante todos los años que habíamos estado juntos—. Abrázame, ¿vale? Solo abrázame y no me sueltes. —Ella lo hizo, y me amaba lo suficiente como para no preguntarme la razón.

Fuimos al parque, llevé a T. J. a los columpios, lo mecí, jugué con él a tirar las herraduras y le dije a Michelle que dejara de preocuparse por si se caía por los castillos. Compramos helado (gracias a Dios, Michelle tenía dinero en efectivo y no tuvimos que usar la tarjeta) y refrescos, y luego compramos un trozo de pan para alimentar a los patos. Lo partimos en trocitos y los patos vinieron a toda prisa en cuanto nos vieron echarlo en el estanque. T. J. y Michelle se echaron a reír cuando un cisne muy valiente se atrevió a coger los pedazos directamente de entre los dedos. Luego, T. J. jugó con unos niños de la guardería mientras Michelle y yo nos acomodábamos en la manta. No hablamos; no había necesidad. Éramos felices solo con estar juntos. Sentía la luz del sol templada en la cara, luz que incidía en el pelo de Michelle y que hacía que le brillara como hebras de hilo de oro.

Después de que sus amigos se fueran con sus padres, T. J. vino corriendo hacia nosotros.

—Papi, ¿estás mejor?

—Sí, me siento mucho mejor.

—¿Juegas conmigo?

—Claro, hombrecito. ¿A qué quieres jugar?

—¡Polis y ladrones! ¡Polis y ladrones! —No dejaba de pegar botes.

—De acuerdo. —Me levanté y me crujieron las articulaciones; conseguí disimular el dolor—. ¿Quién soy yo?

—Tú eres el ladrón y yo el poli. Tienes que robar un banco, y yo te meteré en la cárcel. —Señaló el castillo, indicando que eran el remedo de prisión.

—¿Robar un banco? —Me detuve cuando algo se retorció muy dentro de mí—. ¿Y si secuestro a mami y le doy un par de azotes en el culo?

—Noooooo —se quejó—. Si vas a ser un ladrón, tienes que robar un banco. Así es como se juega.

Miré a Michelle en busca de ayuda, pero lo único que hizo fue sonreírme desde la manta.

—Tiene razón, Tommy. Los tipos malos no ayudan a las viejecitas a cruzar la calle. Roban bancos.

La desazón creció.

—Tal vez mami haga mejor de malo —sugerí.

—Las chicas no hacen de malo —apuntó T. J. furioso—. Solo los chicos. Por eso se los llama malos, papi.

—Vale —claudiqué—. Seré el ladrón de bancos.

Las palabras parecieron colgar del aire después de salir de mi boca, pero T. J. estaba radiante, y comenzó a darme instrucciones. Sacudí la cabeza y me esforcé en concentrarme.

—Este árbol es el banco. Mami será la persona que trabaja en el banco. Cuando lo robes tienes que decir «manos arriba», porque eso es lo que hacen en la tele.

—Te dije que ve demasiada televisión —me susurró Michelle al ponerse en pie.

—Vale —gritó T. J. impaciente—, ¡ya!

Michelle se apoyó contra el árbol.

—Bienvenido a la Caja de Ahorros O'Brien. Mi nombre es Michelle. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ummm, manos arriba —murmuré—. Dame todo el dinero.

—¡No, papi! Tienes que gritarlo, y tienes que apuntarle con el dedo así. —Extendió el dedo índice y levantó el pulgar.

—¿En qué puedo ayudarte, señor? —preguntó Michelle de nuevo, entre risas.

—Manos arriba —repetí sin mucha convicción. Respiraba con dificultad y me volvía a doler la cabeza.

—¡Más alto, papi! ¡Y haz la pistola!

—Vamos, Tommy —siseó Michelle—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no pones algo más de ganas? Hazlo feliz y juega bien.

Mi corazón se desbocaba y me palpitaban las sienes.

—¡Manos arriba! —Coloqué mi pistola dedo bajo la nariz de Michelle—. ¡Pon el dinero en la bolsa y nadie saldrá herido!

—Mejor así —susurró. Luego alzó la voz y se puso a gritar—. ¡Oh no! ¡Nos roban! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Policía!

Esa era la entrada de T. J., y no tardó en ponerse en acción. Corrió hacia nosotros por la hierba, sin dejar de gritar «niño niño niño» a imitación de la sirena de un coche de policía. Se paró detrás de nosotros y me apuntó con su dedo pistola.

—¡Muy bien, ladrón! ¡Quieto ahí mismo!

—¡No dispare! —grité mientras entraba en calor—. Dejo el arma en el suelo. No dispare.

Pero lo hizo de todos modos. Gritó un *bang*, se paró y me miró frustrado.

—¿Qué? —pregunté, perplejo.

—Se supone que tienes que caerte, papi. Eso es lo que se hace cuando te disparan.

—Oh. —Me agarré el estómago y gruñí—. Parece que me ha pillado, poli. Soy hombre muerto.

—Irás a la cárcel —me informó T. J.—. ¡Levántate, ladrón!

—¿No me lleva primero al hospital?

—No. —Comenzó a reírse.

—Mi héroe —gritó Michelle y lo abrazó—. Gracias, oficial. ¿Le gustaría quedarse para tomar unas galletas y algo de ponche?

—Gracias pero no, señora —se negó T. J. arrastrando las palabras—. Tengo que llevar a este malo a la cárcel.

Me agarró por el brazo y me puse de pie, para dejar que me condujera hasta la prisión. Me agaché y me introduje entre las barras, para lo que tuve que reptar sobre la arena.

—¿Cuándo saldré de aquí, señor policía?

—Nunca. Los ladrones de bancos se quedan en la cárcel para siempre.

—Pero tengo una familia, señor. Una esposa, tres hijos y un perro.

T. J. se paró y su cara adquirió un matiz serio.

—¿Papi?

—¿Qué pasa, campeón?

—¿Es verdad que los ladrones de bancos tienen familia?

De repente me faltó el aire. Luché por decir algo, lo que fuera.

—A veces, supongo. No todos los ladrones de bancos son malos desde siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez sean pobres y no tengan otra forma de conseguir dinero. O quizá tengan a su hijo enfermo en casa y necesiten darle medicinas, o una mamá que tenga que ver a un doctor especial que es muy caro.

—¿Pero robar bancos está mal?

—Claro, hombrecito —dije dando palos de ciego—, está mal. Es algo malo.

Confuso, la frente se le arrugó.

—Entonces, ¿por qué no todos los ladrones son malos?

—Seguro que casi todos, T. J. Pero algunos son solo gente normal... Gente como el tío John o el tío Sherm. Como yo. Solo se han metido en un lío del que no pueden salir.

Pensó sobre eso, y luego planteó la pregunta que me había estado temiendo.

—Papi... ¿Tú robarías un banco?

—No, T. J., claro que no. Nunca lo haría.

—¿Nunca, nunca?

—Nunca.

Había mentido a Michelle y ahora acababa de mentir a mi hijo. En ese momento,

la muerte por cáncer no me pareció tan mala: era justo lo que me merecía.

—¿Ni siquiera si estuviéramos enfermos? ¿Ni si necesitáramos el dinero?

—No. Ni siquiera. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque iría a la cárcel y entonces no os vería ni a ti ni a mami.

—Eso sería una mierda.

Lo abrupto de su afirmación me hizo reír, lo que agradecí, ya que la risa me impidió gritar. Me conservó cuerdo.

—Sí, estás en lo cierto, hombrecito. Eso sería una mierda. Hey, tengo una idea. ¿Y si jugamos a otra cosa?

—De acuerdo, papi. ¿A qué quieres jugar?

—¿Al escondite?

—Genial. —Salió disparado a esconderse.

—Hey —le grité—, ¿puedo salir de la cárcel ya?

—No —chilló mirando hacia atrás—. Tienes que contar desde allí.

Agarré los barrotes que me separaban de mi familia, cerré los ojos y empecé a contar.

Los escalofríos casi habían cesado para cuando terminé.

Después volvimos a casa, freí algunos filetes y preparé patatas asadas y mazorcas de maíz para cenar, mientras Michelle le daba un baño a T. J. Comimos y, cuando terminamos, los tres nos tiramos en el sofá con un cuenco de palomitas de microondas y vimos *El rey león* por enésima vez. Era tan buena como la recordaba... salvo por la parte en la que muere el padre. Siempre me había impactado, y ahora resultaba mucho peor. T. J. se quedó dormido entre nosotros en la última media hora, y al acabar lo llevé en brazos hasta la cama. Se removió, murmuró algo y se quedó sopa. Lo besé en la frente, lo peiné con la mano y cerré la puerta, aunque dejé una rendija para protegerlo contra los monstruos, como a él le gustaba.

Michelle y yo nos comimos las palomitas que quedaban; luego hicimos el amor, allí mismo, en el sofá. Olía tan bien como por la mañana... el aroma a azúcar de vainilla pendía del aire. Cuando terminamos nos abrazamos, aún desnudos, y fumamos mientras disfrutábamos el momento. No dijimos nada. No hacía falta.

Después de un rato se quedó dormida. La llevé a la cama, la arropé, la besé en la frente y la peiné, igual que con T. J. Luego me arrebujé contra ella bajo las sábanas.

No dormí.

Me gustaría decir que fue un buen día, pero no lo fue. Salvo por el pánico y la culpa que experimenté durante el juego de polis y ladrones, y mi batalla contra las náuseas

por la mañana, debería haber sido un día perfecto. Parece que lo fue, ¿verdad? No estuviste allí. No vives dentro de mi cabeza. Debería estar agradecido, debería haber disfrutado cada minuto, cada segundo. Pero no lo hice. ¿Cómo podía? ¿Cómo cojones se supone que lo iba a hacer? Mi esposa y mi hijo habían disfrutado de un delicioso día de primavera como una familia, y en sus corazones pensaban que habría miles de días como ese.

Pero yo sabía la verdad. Sabía que este sería el último. Y saberlo me estaba jodiendo. Me devoraba de forma diferente al cáncer. Si compartía lo que sabía, los destruiría. Y si no lo hacía, destruiría lo que teníamos.

Me quedé allí, en la oscuridad, escuchando la respiración de mi mujer y los suaves ronquidos de mi hijo al final del pasillo. La ira me invadió. En silencio, maldije a Dios y a Satán, a las compañías tabacaleras, al doctor, a mi padre, a la puta de mi madre, a los dueños de la fábrica y a todo aquel que se me ocurrió. Sobre todo, me maldije a mí mismo.

Pensé que quizá hubiera sido mejor suicidarme. Firmar un seguro de vida con una gran prima, coger una pistola y volarme los sesos. Pero no funcionaría. La mayoría de las compañías de seguro solicita un informe médico, con lo que encontrarían el cáncer. Además, no creo que te paguen si tú mismo te matas.

Aun así, sería una forma sencilla, una manera de parar con las mentiras, el dolor y la enfermedad, una manera de parar el miedo que atenazaba mis tripas, el miedo que me consumía, que me roía como si fuera un gusano.

Me revolví y me di la vuelta. Las sábanas se me pegaron. Después de un rato me levanté y anduve de puntillas hasta la puerta principal. La abrí despacio, con la certeza de que si Michelle se despertaba ahora no tendría otra elección que decir la verdad. Me deslicé fuera, llegué hasta la camioneta, abrí la puerta, apagué la luz y busqué bajo el asiento. Durante un horroroso momento no encontré la caja, y todo tipo de cosas pasaron por mi cabeza. Michelle la había encontrado o un vecino la había robado, o tal vez los polis se hubieran enterado de la compra. Pero entonces los dedos tropezaron con ella y la saqué, aliviado.

Levanté la tapa y las pistolas me miraron a la luz de la luna y me susurraron lo que me ofrecían. Robo. Suicidio. Paz. Sea lo que sea que quisiera, me lo proporcionarían. Se trataba de aparatos brillantes, felices, llenos de promesas y liberación.

Tras considerar mis opciones, puse la tapa de nuevo y llevé la caja hasta mi cuarto de herramientas. Introduje la combinación, entré y cerré la puerta. Di la luz y un terrorífico ratón salió corriendo hacia un rincón oscuro. Uno de los amigos de mi madre me regaló una vez un espejo de bar, y aún lo tenía, colgado sobre la pared, al lado de mi banco de trabajo. Abrí la caja, saqué una de las .357 y la alcé, mientras contemplaba mi reflejo.

Coloqué el cañón contra mi sien. La pistola parecía grande..., más grande que en la tele. Abrí la boca y la metí dentro, hasta hacer presión contra el fondo de la garganta; saboreé el gusto metálico del aceite. Boqueeé. No. No sería capaz. No sería capaz de disparar y acabar con todo.

Seguí contemplando mi reflejo, me saqué la pistola de la boca y apunté al espejo.

—¡Esto es un atraco, hijo de puta! ¡Pon el dinero en la maldita bolsa y nadie saldrá herido!

Sonreí. Eso era mucho más fácil.

Lo repetí una vez. Y otra. Se convirtió en un mantra que repetí hasta que sonó a la perfección.

Sin dejar de sonreír, cerré el almacén y coloqué las pistolas bajo el asiento de la camioneta. Había unas cuantas cosas más que tenía que hacer. Pero las palabras que había dicho ante el espejo seguían en mi cabeza. Me deslicé de nuevo dentro de la caravana y me acosté al lado de Michelle.

Dormí como un lirón.

El día siguiente era domingo. En domingo se supone que Dios descansó, pero yo me estaba muriendo, así que créeme cuando te digo que es una putada tan gorda que te vuelve a la cabeza en cuanto te levantas. Me quedé en la cama desorientado, apenas consciente de nada salvo del sonido de mis células al mutar y agruparse contra mí. Imaginé que las oía recorrer mi cuerpo como si fueran hormigas. Al menos no estaba vomitando... aún. Palpé la mesita de noche en busca de los cigarrillos, encendí uno y traté de expulsar los pensamientos que me acosaban.

Pensé en cualquier otra cosa, en cualquier cosa no relacionada con la muerte. La vez que Michelle y yo hicimos pellas y nos fuimos al aeropuerto de Baltimore-Washington para ver los aviones desde el observatorio. Lo bella que estaba el día de la boda. Cuando nos mudamos a la caravana y Michelle y Sherm discutieron porque Sherm arañó la mesa del salón mientras la descargaba, y lo que nos reímos John y yo cuando ella lo calló con una mirada. El día que ella vino a casa después de la visita con el médico y me confirmó que la prueba había sido positiva y que estaba embarazada. El nacimiento de T. J., y la primera vez que lo vi; recuerdo que pensé que le pasaba algo malo porque su cabeza tenía forma de cono. El alivio que sentí cuando el médico me aseguró que era lo normal. Las primeras navidades que T. J. abrió sus regalos, y lo contento que estaba. Cuando John, Sherm y yo lo llevamos a pescar a Three Mile Island, y ninguno pescó nada excepto T. J., que llegó a casa con una colección nueva de insultos. El primer día de T. J. en la guardería y cómo había llorado y gritado para no ir..., para luego volver contento y sonriente por la tarde y contarnos lo bien que se lo había pasado.

La primera vez que dijo «te quiero, papi». Esa vez, ese recuerdo, fue el que más tiempo alejó la idea de la muerte de mi cabeza. Pero la vuelta a la realidad también fue mucho más dura.

Di la vuelta y planté la cara sobre la almohada de Michelle; luego respiré el aroma que había dejado. Aun la podía oler, pero no tan fuerte como unos meses antes. Al caer en la cuenta y volver al presente, me percaté de que la almohada estaba empapada, como mi cara.

Al fin, los sonidos de los dibujos animados me llegaron desde el salón, y escuché el siseo del bacón al chisporrotear en la sartén. No podía olerlo por más que lo intentara. Me soné la nariz para despejarla de los mocos cubiertos de sangre y probé de nuevo, pero fue inútil. Me quedé en la cama fumándome el cigarrillo hasta el filtro, sumido en mi tristeza.

En ese instante, lo mejor del mundo para mí hubiera sido tirar de las sábanas hasta cubrirme la cabeza, acurrucarme en posición fetal y quedarme ahí, en la vigilia de la conciencia hasta que el cáncer terminara por destruirme. A ser posible, cuando

estuviera durmiendo. Yo siempre había sido el tipo de persona que no cree en las depresiones crónicas y esas tonterías de la Psicología, como los libros de autoayuda y los programas de gente como el doctor Phil u Oprah. Michelle pensaba que el doctor Phil y Oprah cagaban ladrillos de oro cuando iban al baño. Yo, que eran gilipollas. Quiero decir, si los dos eran buenos de la hostia aconsejando a los demás cómo controlar sus vidas, ¿entonces por qué cojones no controlaban su puto peso? No eran más que farsantes, gente rica que se forraba a costa de contar a los demás cómo arreglar su vida cuando la suya era un completo desastre. Nunca tomaría Prozac, Paxil ni ningún tipo de antidepresivo similar, que, de acuerdo con la letra pequeña de los anuncios, producían efectos secundarios como hemorragias oculares, verrugas en la nariz y combustión espontánea. Basura; nada más que medicación producida en masa para enfermedades que existían para hacer más ricas a las compañías farmacéuticas. Que no contaran conmigo.

Escucha: ¿estás deprimido, tú o algún ser querido? Tengo buenas noticias. Aquí está el plan de Tommy O'Brien para curarte: cierra la puta boca. Eso es todo. Cierra la puta boca y sigue adelante. La vida es una mierda y luego te mueres. Así de simple. ¿Deprimido? Cierra la puta boca. Vete a la maldita Calcuta, o a Bagdad o a Compton; luego vuelve y me cuentas.

Pero la depresión me embargaba. Deprimido y enfadado. No era justo. ¿Por qué tenía que morir ahora? ¿Por qué tenía que ser yo? Era demasiado joven como para que me ocurriera. Pero daba igual, no podía hacer una puta mierda para arreglarlo. Parte de mí quería tenderse en la cama y otra parte quería correr por las calles gritando «¡jódete!» a Dios y a las compañías tabacaleras y a la fundición y a mis padres y al Gobierno y a nuestro presidente y a los ricos y a esta puta ciudad y a todo el mundo que vivía en ella. Quería dejar libre mi rabia, desencadenar mi ira. Quería aplastar cosas, romper cosas... Destruir todo lo que se me pusiera por delante y quemarlo para luego reírme en medio de las cenizas.

Pero no hice nada de eso. No fui corriendo por la calle. Lo que pasó fue que las náuseas me asaltaron de nuevo, hice la habitual carrera de la cama al baño y vomité. Luego encendí el ventilador para que Michelle no me escuchara, vomité otra vez, me duché y vomité de nuevo. Me cepillé los dientes y parpadeé. Tenía blandas las encías y comenzaban a sangrarme. El colutorio me las abrasaba, así que apreté los ojos y aguanté el dolor como pude. Después de limpiarme la boca y vestirme, me encendí otro pitillo y caminé por el pasillo para unirme a mi familia.

T. J. estaba tirado en el suelo, todavía con el pijama puesto y con un tazón a medio vaciar de Cheerios con moras flotando sobre la leche. Sus ojos no se apartaban de la pantalla. Parecía que se le había pegado algo de sol durante nuestra visita al parque el día anterior. A Michelle también. Rompió un par de huevos y los dejó caer en la sartén. Ellos se habían puesto morenos, pero yo seguía tan blanco como los

huevos.

—Buenas, cariño. —Me pellizcó la mejilla cuando me apoyé contra su espalda para oler su pelo y darle un achuchón.

—Buenos días. —Traté de sonar lo más feliz y despejado posible—. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco —ronroneó—. Sobre todo después de..., bueno, ya sabes. ¿Y tú qué tal?

—Bien, supongo. —Me serví una taza de café—. Sí que os levantáis temprano.

—Sí, prometí a mi madre que iríamos a la iglesia con ella. Se ha estado quejando de que T. J. y yo llevábamos mucho sin acompañarla. Creo que le gusta que nos vean sus amigas. ¿Te vienes?

Negué con la cabeza.

—Creo que no, cari. La iglesia me produce delírium trémens.

—¿Seguro que no tiene nada que ver con el hecho de pasar un rato con tu suegra?

—Bueno, sí, ahora que lo mencionas... Tu madre también me produce delírium trémens.

—¡Tommy!

Riendo, me golpeó en el culo con la paleta grasienta. Chillé, sorprendido.

—Toma eso, señor O'Brien.

—¿Qué significa «delírium trémens»? —quiso saber T. J.

—Es un regalo que tu abuela me dio —le respondí, y Michelle se dio la vuelta entre risas contenidas—. ¿Qué estás viendo, hombrecito?

—Las aventuras de la Liga de la Justicia. Son mis nuevos dibujos preferidos de los domingos.

—¿Y quién es ese tipo enorme y verde? ¿La Masa?

—No, papi, es Jonn Jonzz, el cazarrecompensas marciano. Está a punto de pelearse con Vandal Savage, pero...

Ya lo sabía, por supuesto. Me crié con Marvel y DC. Pero había servido para desviar la conversación sobre el efecto de su abuela sobre mí, así que fingí escucharlo con atención, asentí cuando debía y expresé consternación ante los avatares del personaje cuando se requería. Mientras tanto, buscaba una aspirina. Las encontré al fin, me tragué cuatro con el café y tomé aire justo para cuando T. J. estaba terminando.

—... ¡puede superar corriendo a Superman porque Flash es el hombre más rápido de la Tierra!

—¡Qué chulo! —respondí.

Michelle me miraba. El bacón se estaba secando sobre un plato cubierto de papel de cocina. Los huevos parecían hechos.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Cuántas aspirinas te has tomado?

Me encogí de hombros.

—No sé. ¿Por?

—¿Cuántas?

—Cuatro.

—¿Podrías, por favor, comprar las medicinas que necesitas de una vez? En serio, Tommy. Esto es ridículo.

—Es domingo, Michelle. La farmacia no abre en domingo.

—Sí que abre. Y lo sabes. Estás hecho una mierda, Tommy. Tal vez tengas que pedir una segunda opinión, mientras estés a tiempo. Sea lo que sea que tengas, no va a mejor.

Eso es porque está creciendo, pensé. Creciendo a un ritmo alarmante. De hecho, cariño, me temo que es terminal. Y pronto... ¡nos vemos, negros, y paz!

—Vale, vale. —Levanté las manos en signo de rendición—. Iré a la farmacia. Esta misma mañana.

—¿Prometido?

—Prometido.

—Bien. —Me dio un beso en la mejilla y un apretón en la mano y sirvió los huevos en un plato—. Ahora come algo, venga.

Miré los huevos y el bacón y me entraron ganas de vomitar. Sentí la bilis subir por la garganta, quemar a su paso, pero luché contra el impulso y sonreí.

—Tiene buen aspecto. —Me lamí los labios y me senté a la mesa.

Casi le conté la verdad en ese momento. Las palabras me colgaban de la punta de la lengua. Las tragué, y el sabor fue amargo.

—Tenemos que prepararnos para ir a la iglesia —explicó Michelle—. Vamos, T. J., apaga esa cosa y vístete.

—Cinco minutos más —negoció—. Está acabando.

—Ahora —replicó Michelle—, o no habrá helado después de la iglesia. Además, ya lo has visto.

—Nunca me dejan hacer nada...

A regañadientes, recorrió el pasillo hacia su cuarto. Michelle lo siguió mientras discutía con él. En cuanto se marcharon me levanté, tiré la comida en la basura, lo cubrí con papel de cocina y luego cambié la bolsa. Para cuando terminaron, lavaba los platos y Michelle ni siquiera se lo podía imaginar.

—¿Qué tal el desayuno? —preguntó Michelle.

—Estupendo —sonreí—. El bacón estaba crujiente, como a mí me gusta. Los huevos, deliciosos. Gracias.

—Sí que estaba bueno. Lo has devorado en segundos.

Asentí y forcé otra sonrisa.

—Bueno, pues nos vamos ya. Llegamos tarde, y a mamá va a darle un soponcio. ¿Estarás aquí para cuando volvamos?

—Pues la verdad es que no creo. Prometí a John que lo ayudaría a cambiar su correa de distribución, y luego me pasaré por la farmacia. Estaré aquí a las dos o a las tres como muy tarde.

—De acuerdo. —Me dio otro besito; yo abracé a T. J. y le dije que se lo pasara bien. Michelle se enfurruñó porque le había salpicado con jabón, y T. J. se rió. Luego Michelle lo urgió para que fuera hacia la puerta.

Me quedé delante de la ventana de la cocina y los vi caminar por la acera a ambos, cogidos de la mano.

Lloré. Lloré sin consuelo durante un buen rato y utilicé un paño de secar los platos para limpiarme la cara y las manos.

Entonces marché al baño para tener otra lucha con mi estómago. La cosa empeoró, porque había sangre en el vómito y en las heces. Después de otros veinte minutos, cuando me sentí una bolsa de piel vacía y seca, me levanté y continué con mi muerte.

La camioneta no quería arrancar. Su salud parecía tan buena como la mía. Cuando al fin accedió, me paré en el gran supermercado de la calle Carlisle, que tenía una farmacia. Había mentido a Michelle sobre mis planes. No le pasaba nada a la correa de John, y de hecho no tenía pensado verlo en todo el día. La última cosa que quería era pasar el día con John y Sherm. Había otras cosas de las que ocuparme.

Tenía pendiente una lista de cosas por hacer...

Caminé por la sección de productos, pasé la prensa y los pasillos de refrescos, patatas y alimentos para mascotas antes de encontrar la farmacia. Había un tipo enorme al otro lado del mostrador, vestido con una bata blanca y un identificador que indicaba «Casey». Tenía más aspecto de portero que de farmacéutico.

—Buenos días. —Me sonrió—. ¿Te puedo ayudar?

—Sí. Tengo por aquí una receta. No estaba seguro de si abríais en domingo, para serte sincero.

—Sí, da la casualidad de que abrimos los domingos. Por eso estoy aquí, en lugar de en casa viendo el partido. La gente se pone enferma siete días a la semana. Echemos un ojo a esa receta.

Le alargué el trozo arrugado de papel. Lo desenvolvió, lo alisó y descifró la letra del doctor.

—Hmmm, ochenta miligramos de OxyContin, dos veces al día. Sin problemas. Lo tendré listo en quince o veinte minutos.

—Vale.

—Necesito que me dejes tu tarjeta del seguro y que me digas tu fecha de

nacimiento.

Me miré los pies.

—No tengo seguro.

—No pasa nada. Mucha gente de por aquí no tiene seguro médico. —Su voz seguía siendo amistosa, pero su sonrisa no era tan radiante como antes—. ¿Pagarás con tarjeta de crédito, de débito, o con efectivo?

—Um, con nada ahora mismo —le dije—. Me preguntaba si me podrías decir el precio. Así sabré cuánto traerte la próxima semana.

Se detuvo y me estudió.

—Bien, ochenta miligramos por día, dos veces al día... Seiscientos cincuenta dólares al mes.

La mandíbula se me desencajó.

—¡Hostia puta! ¿Seiscientos cincuenta pavos? Debes de estar de coña.

—Tienes suerte, tío. Alégrate de que el doctor no te haya recetado ciento sesenta miligramos. Eso sería mucho más caro. En la calle llaman al OxyContin la heroína de los pobres, pero lo cierto es que los pobres no se la pueden permitir.

—¿Qué quieres decir con «en la calle»?

—OxyContin, si se toma de la forma adecuada, se absorbe despacio por el cuerpo. Es una cápsula que se degrada poco a poco. Pero los adictos acortan el tiempo aplastando las píldoras e inhalando o inyectándose el polvo. Les da un chute parecido al de la heroína, o eso se supone. Los polis lo culpan del incremento de la criminalidad por aquí en los últimos tiempos. Entre eso y que no hay versión genérica, los precios siguen por las nubes.

—Menuda putada, tío. No me lo puedo permitir.

Su sonrisa se desvaneció.

—Mira, colega, no fijo los precios. Si no te lo puedes permitir, habla con tu médico. Hay versiones genéricas de otros calmantes.

—¿Son más baratas?

Se encogió de hombros.

—Entre trescientos y quinientos al mes.

—¿Nada más barato?

—No, a menos que quieras ir a la fila seis y pillar un bote de aspirina o ibuprofeno.

—Bueno, supongo que entonces no queda más remedio.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No te preocupes. Mira, no es nada personal, ¿vale? Siento molestarte. Solo estaba pensando qué hacer, y esto puede haberme ayudado a decidir. Gracias por la ayuda, Casey.

—Pues vale. Nos vemos.

Sin decir nada más, me di la vuelta y abandoné el mostrador. Le había prometido a Michelle que compraría las medicinas. Y lo había intentado. Ahora no tenía ninguna duda sobre lo que tenía que hacer. El robo del banco era la única opción, aunque solo fuera para pagar mis calmantes.

Antes de salir de la tienda, recordé que me quedaban tres cigarrillos. Fui hasta la sección de atención al cliente y le mostré a la chica de detrás del mostrador mi mejor sonrisa de coqueteo.

—¿Lo puedo ayudar, señor?

—Espero que sí. He metido un billete de cinco dólares en la máquina de refrescos de afuera y no solo no me ha dado un refresco, sino que no me ha devuelto mi dinero. Creo que debe de estar rota o algo.

—Vaya.

—¿Me podrías dar uno de esos documentos para que el proveedor me devuelva el dinero?

Por supuesto que no tenía, y yo lo sabía. La tienda se ocupaba de devolverte el dinero, y luego eran ellos quienes se lo pedían a su vez al distribuidor de la máquina. Pero me hice el tonto.

—Me ocuparé yo misma, señor.

—¿Sí? ¡Impresionante! Genial. No te molestaría, pero cinco pavos son cinco pavos, ¿verdad?

Asintió con simpatía, rellenó un papelito, me lo hizo firmar y me dio un nuevo y crujiente billete de cinco dólares. Dinero fácil. Y pronto habría mucho más.

Me subí a la camioneta, conduje por la calle hasta el estanco y compré un paquete de cigarrillos. Me devolvieron un dólar, lo justo para un refresco después. Y entonces fui a la biblioteca, el segundo lugar que figuraba en mi lista.

La biblioteca estaba abierta solo unas cuantas horas el domingo, y tendría que esperar a que alguien me abriera las puertas. A pesar de que era un día de primavera precioso y templado, estaba temblando en la acera. Al final, me metí en la camioneta y encendí la calefacción. Me froté las manos delante de los respiraderos del salpicadero para ver si así activaba la circulación de mis dedos dormidos. Para cuando llegó el bibliotecario, casi había entrado en calor.

Entregué al hombre mi permiso de conducir, firmé para tener acceso a un ordenador y me conecté a Internet. Tecleé «Tratamientos alternativos contra el cáncer» en el buscador, esperé un momento y se mostraron setecientos noventa y nueve mil resultados. Tanta información me desanimó. Había referencias de hierbas, suplementos y vitaminas que supuestamente te ayudaban a impedir el desarrollo del cáncer (aunque ya era demasiado tarde para mí), y otros que supuestamente ayudaban a combatirlo, ya fueran tomados por tu cuenta o prescritos por un doctor. Pinché en

unos cuantos enlaces, pero las hierbas eran tan caras como los calmantes que el doctor me había recetado. Lo siguiente, terapia del calor. A juzgar por lo que ponía allí, se trataba de matar las células cancerígenas desde dentro. Una semana de terapia intensiva costaba diecisiete mil dólares, y el tratamiento recomendado era de dos semanas. Un poco por encima de mis posibilidades. Otras curas y tratamientos iban desde la acupuntura hasta la quinesiología aplicada, pasando por vitamina A emulsionada, cloruro de cesio, meditación integral, vitamina E, té essiac, ácido elágico, setas (no sonaba del todo mal), ingestión de marihuana (que tampoco sonaba mal), extracto de aloe vera, tecnología Rife, tratamiento de infrarrojos, pastillas de muérdago, hipotermia (lo que iba en contra de los fundamentos del tratamiento por calor y costaba lo mismo), terapia basada en el peróxido, aparatos hiperbáricos, aceite de lino, altas dosis de vitamina C, cartílago de tiburón y miles más. Cada uno más raro y caro que el anterior. Basura.

Había médicos y clínicas fuera de los Estados Unidos que podía visitar en busca de ayuda, pero si no me podía permitir la gasolina necesaria para ir a York, no digamos un vuelo a Argentina o Suiza.

Golpeé el teclado, frustrado, y el bibliotecario me echó una mirada reprobatoria. Un nuevo dolor de cabeza me aporreó por detrás de los ojos. Más frustrado y enfadado que nunca, salí de la Red y me marché como un vendaval de la biblioteca. Tenía dos cosas más que hacer en lo que quedaba de día.

Vale, definitivamente iba a morir. Había abandonado toda esperanza de una salvación de última hora. El doctor no me iba a llamar y decirme que todo había sido un error, una de esas confusiones de expedientes. La medicina tradicional no tenía nada que hacer, y las putas curas alternativas no servían de alternativa.

Mi vida era una putada y luego me moriría. Fin de la historia. Tiempo de cerrar la puta boca y seguir adelante. Aceptar que iba a morir. Hora de continuar con mis planes para cubrir mi culo y el de mi familia. El trabajo del banco solo era una parte de esa política.

Lo siguiente en mi lista: la funeraria. Me paré y pensé en ello un minuto. ¿Cuánta gente planeaba su propio funeral? No tanta como crees. Me aprovecharía de la oportunidad.

Había pasado por la funeraria Myers mil veces, pero nunca había estado dentro. Supongo que como la mayoría de la gente. Una funeraria no es el lugar por donde sales un viernes por la noche. No vas a menos que tengas una razón muy concreta.

Había solo otros dos coches en el aparcamiento, un coche fúnebre negro y un BMW también negro. Salí de la camioneta y contemplé el edificio. El funeral de mi madre lo había llevado la funeraria del otro lado de la ciudad, así que era la primera

vez que me acercaba a esta. Resultaba un poco inquietante: paredes de granito frío y gris, enormes sauces llorones que mantenían el lugar oculto bajo su sombra irregular. Altas columnas y un arco de piedra coronaban unas escaleras de mármol rojo que conducían a las puertas principales.

Tragué saliva y subí por ellas. Las hojas muertas crujían bajo mis pies. Me paré un momento y luego entré. Silencio. Incluso más silencioso que en la biblioteca, y olía como en un hospital. ¿Recuerdas el olor ese antiséptico, químico? No sé lo que esperaba. Flores, quizá, formaldehído, pero no había nada de eso en el aire.

Un anciano con el pelo negro y un traje del mismo color me recibió y me sonrió con educación. Olía como el resto del lugar. Cuando me dio la mano, su piel se me antojó un cubito de hielo.

—Buenas tardes, señor. Me llamo Anthony Myers. Bienvenido a la funeraria Myers. Encantado de servirlo.

—Qué tal —murmuré, a la par que soltaba su mano—. Soy Tommy. Tommy O'Brien.

—¿Cómo está usted, señor O'Brien?

Su utilización de «señor» por delante de mi apellido me recordaba al doctor. Aparté la idea.

—¿En qué puedo servirlo? —preguntó.

—Bueno —traté de encontrar las palabras adecuadas—. Me gustaría ver precios de funerales y cosas así.

Me ofreció una sonrisa triste y comprensiva y asintió.

—Entiendo. Entiendo. Bien, señor O'Brien, permítame asegurarle que tanto mis dos hijos como nuestro personal al completo están listos y capacitados para asistirlo. Este es un negocio familiar, así que comprendemos bien a las familias. Queremos asegurarle que sus necesidades inmediatas, así como las futuras, serán satisfechas a la perfección.

—Ajá —asentí. Sonó como si estuviera leyendo una tarjeta.

—Por regla general disponemos de asesores familiares a mano para responder sus cuestiones, pero puesto que hoy es domingo, tienen el día libre. Es una de las ventajas de ser el dueño. Sin embargo, estaré más que encantado de ayudarlo yo mismo. Si me permite la indiscreción, ¿tiene usted seguro contra incendios, señor O'Brien?

La cuestión me cogió desprevenido.

—No. ¿Por?

—Mucha gente lo tiene, aunque las posibilidades de un incendio son de una entre mil trescientas. ¿Tiene contratado seguro de automóvil?

En lugar de decirle que la póliza estaba a punto de expirar por impago, asentí.

—Por supuesto que sí. Todos los conductores del estado tienen la obligación de contratarlo. A pesar de que las posibilidades de un accidente son de una entre

doscientas cincuenta.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Myers?

—A que en este caso las posibilidades son de una entre una. Es un servicio que todo el mundo necesita. Y mi familia lo ha proporcionado desde hace ya medio siglo. En pocas palabras, podemos ayudarlo.

—De acuerdo, vale. Lo capto. Mire, iré al grano. No estoy interesado en bonitas palabras ni el rollo de vendedor. Quiero datos y cifras objetivos, no un folleto.

—Comprendo, y me disculpo si me he excedido. No lo consideramos una venta, señor O'Brien. Facilitar un momento complicado es nuestro objetivo. No ofrecemos otra cosa que no sea la total perfección, y nos exigimos eso mismo. Se puede preguntar cómo lo hacemos. Bueno, en ningún momento dejamos de sentir compasión por las familias a las que atendemos. ¿Quién es el finado, si me permite?

—Yo. Yo soy... el finado. O mejor dicho, lo seré pronto. Tengo... tengo cáncer. En un estado muy, muy avanzado. —Casi añadí «está creciendo a un ritmo alarmante», pero no lo hice.

Se detuvo, rodeó el obstáculo y vuelta al rollo de vendedor.

—Ya veo. Qué triste. Qué trágico. Tiene mis condolencias, señor O'Brien. No será la primera persona que hemos asistido en iguales circunstancias, pero siempre me entristece profundamente. Por supuesto que preparar su funeral es algo en lo que también lo podemos ayudar. La gente se suele sentir incómoda al hablar sobre ello. Muchos piensan que esta preparación previa implica algún tipo de obsesión con la muerte, pero no es cierto. Más bien se trata de una herramienta personal para la preparación emocional y económica de la familia. Muchos de nuestros clientes lo dejan todo preparado de antemano. En su caso, creo que es justo lo que debe hacer. ¿Lo ha hablado con el resto de su familia?

—No. Más tarde o más temprano tendré que hacerlo, pero aún no. Es muy duro.

—Comprendo. Bien, el primer paso es reunirse con su familia. Hacerlos partícipes de sus pensamientos y también escuchar los suyos. Le recomendaría que siguiera ese curso de acción antes de continuar. Si lo considera durante un momento, señor O'Brien, se dará cuenta de que su funeral afecta de manera directa a su familia, así que resulta esencial incluir sus sugerencias en sus planes. ¿Cuándo tiene pensado hablar del tema con ellos? ¿Lo acompañarán aquí en otra ocasión, o prefiere que nos reunamos todos en su casa?

—Para ser sinceros, pretendía hacerme una idea de cuánto iba a costarme y esas cosas, ¿sabe? Averiguar cómo iba todo esto.

—Excelente. —Me dedicó un asentimiento cortés y continuó—. El siguiente paso, como yo digo, debería ser preparar un encuentro entre sus familiares y yo. Durante esa reunión discutiremos las opciones del funeral, que ayudarán a conformar un homenaje apropiado y lleno de significado para usted.

—¿Y eso cuánto cuesta?

Se aclaró la garganta y continuó.

—Es parte del proceso. Disponer un servicio con antelación amortigua la carga económica sobre la familia. Permite la provisión de los fondos suficientes para el posterior pago. No obstante, en un caso como el suyo se puede hacer una excepción. Si no le importa que se lo pregunte, imagino que un plan de financiación a cinco años no es algo en lo que esté interesado, ¿me equivoco?

—Más bien no. Dentro de cinco años la cosa no tendrá demasiado sentido.

—Entiendo. ¿Y cómo piensa pagar nuestros servicios?

—En dinero contante y sonante.

Se le iluminó la cara.

—¿Ha pensado ya en el tipo de servicio que desea?

—No lo sé. Soy irlandés, así que un velatorio estaría bien. Podría ver a mis amigos estar por allí y emborracharse al lado del ataúd. Poner algunas canciones, subir el refuerzo de graves. Eso estaría bien.

—Siento decirle que no se nos permite servir bebidas alcohólicas en el local, señor O'Brien. Necesita contar con la licencia pertinente en el estado de Pensilvania para ello.

—Oh. Bueno, no pasa nada. A mi esposa se la llevarían los diablos si hiciéramos algo así.

Parpadeó y preguntó de nuevo.

—Aparte del velatorio, ¿tiene alguna otra preferencia?

—¿Qué me recomienda? He de reconocer que no he estado en muchos funerales. Mi padre murió cuando era joven y apenas recuerdo el servicio. Mi madre se fue hace unos pocos años, pero no fue nada grandioso. No se lo tome como algo personal. Mamá no tenía mucho dinero. La competencia se hizo cargo de su funeral. Han acabado cerrando, ¿no?

Rió entre dientes de forma educada.

—Sí. Dejaron el negocio.

—Ah, bueno.

Hubo un momento de silencio incómodo durante el cual sentí cómo se iba formando en su cabeza la charla de vendedor.

—Hey, señor Meyers. ¿Ha visto la peli de terror esa donde el enterrador encoge los cadáveres de la gente y los transforma en enanos? Salían unas bolas de plata voladoras, y un chaval y el heladero luchaban contra ellas. Se llamaba *Phantasm*, ¿no?

Frunció el ceño.

—No, creo que no he tenido el gusto de ver esa película en concreto. ¿Por qué lo pregunta?

—En la película, el enterrador clava una larga aguja en el cuerpo de un tipo y le reemplaza la sangre por una cosa amarilla. La máquina me recordaba a dos licuadoras unidas, o algo parecido. Me preguntaba si eso ocurre en la realidad.

—Le puedo asegurar, señor O'Brien, que los utensilios de la cocina no se utilizan en el proceso de embalsamamiento.

—Oh. De todas formas, la peli era la leche.

—Creo que deberíamos centrarnos en discutir su servicio.

—Claro. —Podría decir que me estaba quedando con aquel pomposo, y que me gustaba.

—Tenga en cuenta que su servicio representa una oportunidad para que sus amigos y familia resuman su vida y honren su memoria. No hay por supuesto, un único estilo de funerales. Ni un estándar. Por eso es por lo que insisto en conocer su opinión. Le puedo ofrecer algunas sugerencias. Hay mucho en lo que pensar, señor O'Brien. Aun a riesgo de sonar algo morbosos, mi personal ayudará a notificarlo a sus seres queridos, prepararlo todo, ocuparse del certificado de defunción y los permisos necesarios...

—¿Permisos? ¿Quiere decir que necesitas un permiso para enterrarte en este estado?

—Sí.

Sacudí la cabeza, incrédulo.

—¿Qué más hacen?

—También coordinamos los detalles del servicio junto con el sacerdote. Si me permite la pregunta, ¿es usted una persona creyente? Y si lo es, ¿cuál es la religión que profesa?

—No lo sé —reconocí—, pero intento averiguarlo para antes de que termine el día. Es la siguiente cosa de la que ocuparme en mi lista.

—Entiendo —dijo, aunque resultaba evidente que mentía—. Bien, sea cual sea su orientación religiosa, señor O'Brien, lo dispondremos todo de acuerdo con ella.

—¿Y qué pasa... con mi cuerpo y eso? ¿Qué ocurrirá conmigo cuando muera?

—Nos ocuparemos de su cuerpo y lo prepararemos para la cremación o el enterramiento. ¿Tiene alguna preferencia respecto a estas dos opciones?

—No lo sé. Supongo que no importa mucho una vez la has palmado, ¿no? Quiero decir que no duele ni nada de eso. ¿Qué es lo más barato?

—Depende de muchas variables. Por ejemplo, aunque me ha dicho que va a pagar en efectivo, ¿no dispone de asignaciones para el entierro de veteranos o de beneficios de la Seguridad Social?

—No. Ni siquiera tengo trabajo ahora mismo. Me echaron el viernes.

—Hmmm. De nuevo, mis condolencias. Y a pesar de su preferencia por el abono en efectivo, he de informarle de que disponemos de un amplio abanico de fórmulas

de pago y de financiación.

Tenía que reconocerle el mérito al señor Myers. El tipo era un auténtico vendedor. Había ido allí pensando en comprarme un Kia y él trataba de encasquetarme un Porsche.

—Sin importar si decide ser enterrado o incinerado, o sepultado en un mausoleo, le sugeriría un funeral, así como un velatorio. Si piensa mostrar el ataúd, imagino que querrá uno que, digamos, sea agradable a la vista. Muchas otras funerarias del condado se esforzarían en convencerlo para que adquiriese un ataúd más caro de lo que usted desea. En mi opinión, creo que tenemos algo que se ajusta a sus necesidades. Por ejemplo, tenemos ataúdes de acero por cantidades que van desde los ochocientos hasta los novecientos noventa y cinco dólares.

—¿Acero? ¿Tiene que ser de acero? Me vale una caja de pino. En serio. Una vez muerto, ¿qué más da?

Recordé el ataúd de oro macizo de mi pesadilla y me eché a temblar.

—Cierto. Pero aunque no le importe a usted, tal vez sí le importe mucho a alguno de sus seres queridos. Le puedo asegurar, señor O'Brien, que aunque tenemos ataúdes que se acomodan a todos los bolsillos, no disponemos de cajas de pino.

—Vale. ¿Y lo de la cremación?

—Si desea ser incinerado, tiene dos opciones. La cremación inmediata del cuerpo sería la primera, y la menos cara. La segunda, un velatorio y funeral, tras el cual se creman los restos. Esta es la que yo recomiendo.

—¿Pero la cremación es lo más barato?

—Sí, señor O'Brien, la cremación cuesta menos que el enterramiento o la sepultura. Sin embargo, para tener un cálculo más preciso, tendríamos que incluir los servicios que elija para el funeral. Sea lo que sea lo que decida, en la funeraria Myers lo guiaremos a través de todo el proceso, incluso después de la muerte.

Sonriendo, se aproximó a mí y exhibió su perfecta sonrisa de dentista. Se acercó tanto que fui capaz de apreciar las raíces plateadas en su cabello negro. Volví a temblar.

—¿Se encuentra bien, señor O'Brien? —Me alargó una mano pálida y hepática y me alejé de ella.

—Sí, estoy bien. Solo tengo un poco de frío, nada más. Es por la enfermedad. El cáncer.

—Una auténtica pena. ¿Puedo preguntarle cuánto...?

—Tal vez tres semanas. Un mes. Puede que más. Nadie parece saberlo con certeza.

—Entonces el tiempo apremia.

—Y que lo diga.

Me quedé allí un rato más. Hablamos sobre el coste adicional de un nicho y de la

cremación, y me apuntó unos cuantos precios, ninguno de los cuales me podía permitir. Tenía que hablar con Sherm y John para que le dieran a Michelle algo de mi parte de lo del banco, para ayudar a pagar el servicio. Como ya he dicho, el tipo era un buen vendedor. La muerte era su negocio, y se trataba de un negocio muy bueno. No importa quién esté al frente de la Casa Blanca o lo que pase en el mundo, la gente se muere todos los días. Era un profesional de eso. Pero me sentí muy desazonado cuando terminamos. Mientras charlábamos, la temperatura del edificio siguió cayendo. O tal vez fuera solo yo. No lo sé. Lo que sí sé es que cuando salí me estaba congelando, y me llevó diez minutos recuperar el calor bajo el sol.

Me pregunté si mi cuerpo estaría así de frío una vez muerto y tumbado sobre la mesa de ese lugar, en una de las habitaciones que el señor Myers no me había enseñado. Se dice que en el infierno hace un calor de muerte, repleto de fuego y azufre, pero ahora dudaba de si en realidad no sería frío, un páramo helado cubierto de hielo, con granizos del tamaño de pelotas de béisbol.

Consulté mi lista de cosas que hacer. Confiaba en que en mi próxima existencia fuera capaz de obtener respuestas a ese tipo de preguntas.

Iba a la iglesia. Era hora de que Dios y yo tuviéramos una pequeña conversación.

La misa había terminado hacía unas cuantas horas y la iglesia estaba vacía cuando entré. Eché un vistazo a través de la puerta del vestíbulo, ayudado por la tenue luz interior. Las velas se reflejaban en las ventanas de cristales tintados y en el aire flotaba un aroma a perfume, cera de zapatos y chicle, una mezcla dejada en las anteriores celebraciones. Pensé en que mi esposa, mi hijo y mi suegra habían estado allí pocas horas antes. ¿Qué diría Michelle si me hubiera visto allí esa tarde?

Las puertas se cerraron cuando entré. Caminé despacio hacia la nave lateral, tocando el respaldo de los bancos a mi paso. El anillo de casado golpeaba la madera, lo que producía un ruido que sonaba muy alto en medio del silencio. Allí arriba, por encima del altar, un Cristo de casi tres metros me miraba desde su cruz. Muy inquietante. Nunca había comprendido el que aquella imagen aportara paz y consuelo. No había nada reconfortante en un hombre clavado a una cruz.

Lo contemplé. Sus ojos tenían una mirada fija, su cara se contorsionaba en agonía, los regueros de sangre de la corona de espinas de su frente estaban congelados en su frente para siempre. Lo volví a mirar. No parecía una estatua de madera. Parecía vivo, como si en cualquier momento fuera a descender de la cruz y ponerse a hablar conmigo.

Háblame, pensé. Pruébate. Si eres real como dicen que eres, ¿dime algo, hostia!

—¿Puedo ayudarlo, hijo?

Grité. Me volví, asustado, y mi cadera chocó contra el banco. Grité de nuevo, aunque esta vez de dolor.

El sacerdote, algo conmovido, levantó las manos.

—Lo siento, joven. Lo siento mucho. No pretendía asustarlo.

—No pasa nada, reverendo. —El corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—Padre.

—Padre. Lo siento. Padre... está bien. Es genial... —Boqueé en busca de aire, y me obligué a tranquilizarme antes de morir de un ataque al corazón, con o sin cáncer.

—¿Está bien, hijo?

—Sí. —Me limpié las palmas sudadas en los vaqueros—. Sí, estoy bien, padre. Un poco nervioso, nada más. Me dio un susto de muerte.

Comenzó a disculparse otra vez y entonces se paró; su mirada indicaba que me había reconocido.

—Usted... Tú eres el yerno de Susan Stambaugh, ¿no? ¿Tommy, Tommy O'Brien?

—Um... Yo...

—Sí, claro que sí. Te casaste con su hija, Michelle. Nos conocimos en la misa del gallo del año pasado. Siento no haberte reconocido antes. Es estupendo volver a verte. Tu esposa y tu hijo han estado aquí esta mañana.

Pegué un respingo. Lo último que necesitaba era que este tipo supiera quién era. Si le decía a la madre de Michelle que había estado allí, que había estado en la iglesia, se lo contaría a Michelle, y eso implicaría un buen montón de preguntas. Preguntas que solo me ocasionarían problemas, preguntas para las que no tendría respuestas porque no paraba de mentir.

Así que mentí de nuevo.

—Lo siento, reverendo..., quiero decir, padre, pero debe de haberme confundido con alguien. Me acabo de mudar aquí. Vengo de Lancaster. Mi nombre es John. John... Sherman.

Tuve que luchar para no reírme ante tal seudónimo, pero el sacerdote no dio muestras de darse cuenta.

—Oh. Entiendo. Bueno, debo haberme equivocado. Es curioso. Se parece mucho a él. Qué extraño.

—Lo siento. Tipo equivocado. —Algo avergonzado, me encogí de hombros.

Se sucedió un incómodo silencio y empecé a pensar que no me creía. Pero entonces volvió a hablar.

—¿Quiere confesarse, señor Sherman?

—Eh, no. No por el momento. Si le soy sincero, padre, había venido con la intención de pasar un par de minutos a solas con Dios. No he hablado con Él en mucho tiempo, y creo que lo necesito.

—Nos pasa a todos, me temo. No es nada de lo que avergonzarse, créame. ¿Pero está seguro de que no puedo ayudarle? ¿No quiere hablar conmigo? Tal vez le sirva

de guía, como confidente amistoso o simplemente para ofrecerle algo de comprensión. Al fin y al cabo, soy un representante de Dios.

—No, no... Creo que es mejor que hable con Él de manera directa, si no le importa, claro.

—Por supuesto que no. Esta es la casa de Dios. Yo solo soy su siervo. Lo dejaré a solas. Sin embargo, si me requiere estaré en la sacristía, justo en esa puerta de ahí. Piense en ello, ¿de acuerdo? Quizá pueda ayudarlo, hijo. Me gustaría intentarlo. Es mi trabajo. Piense en ello.

—Gracias, padre. Se lo agradezco. Quizá después. Pero en este momento, necesito rezar.

—Comprendo. —Sonrió, realizó una mezcla entre reverencia y asentimiento, y luego se marchó.

Me quedé a solas con Jesús. No se había movido; seguía ahí mismo, contemplándome.

Me acerqué despacio a la figura; mis vaqueros anchos rozaban contra la alfombra, produciendo un sonido inconfundible. Hínqué la rodilla en el suelo, agarré la barandilla, miré a Jesús y comencé a rezar en voz alta.

—Querido Dios... —dije, para después detenerme en seco y buscar las palabras apropiadas. Después de un instante de silencio, las encontré—: ¿Qué cojones te pasa, hijo de puta? ¿Solo porque no me he dirigido a ti desde que era un niño pequeño me has regalado un cáncer? ¿Es por eso? ¿Dónde estabas tú, eh? Si tenías tantas ganas de que hablara contigo me lo podías haber dicho. Nunca escribiste, ni llamaste, ni me enviaste ni una puta postal. ¿Qué se supone que tenía que pensar? Crecí en un agujero apestoso, tío. ¿Tienes idea de cómo lo pasé? ¿La tienes? Se supone que eres omnipotente, así que tal vez sí. Me tendía en la cama y rezaba para que me ayudaras, pero nunca lo hiciste. No levantaste ni un dedo. ¿Dónde estabas? ¿Te puedes imaginar siquiera lo que fue vivir con mi padre? Me alegré de que muriera. Me alegré. ¿Es un pecado? ¿Por eso me has hecho esto? ¿Es porque te odié cuando murió mamá? La odiaba a ella también, pero aun así... ¿Por qué se tuvo que marchar de ese modo? Fue una putada, tío. ¿Me estás castigando por algo?

»Eres un hijo de puta con pintas. Dejé de creer en tu mierda hace mucho tiempo, ¿y sabes por qué? Porque no me diste una razón para creer. Eso es lo único que necesitaba. Solo una razón. Pero no me diste ni una sola. A veces pensaba en ello. Cuando Michelle y yo nos casamos y pronunciamos nuestros votos, pensé en ello. Y cuando vino T. J. pensé en ello. Tío, pensé largo y tendido sobre ello. Son las mejores cosas que me han pasado en la vida. Las únicas cosas buenas en esta vida de mierda. Creí que me habías recompensado con ello... Que tal vez sí existías. Lo creí, pero solo por un tiempo. Así que, ¿dónde te has metido? ¿Quién coño eres tú? ¿No basta con que seamos pobres y esté criando a mi familia en una caravana, como pasó

conmigo? ¿No basta con que los niños pijos con los que mi hijo va a la guardería lo llamen perdedor a todas horas? Además de toda esa puta mierda, ¿me tienes que mandar un cáncer? ¿Cómo te atreves? Y aunque estuvieras molesto conmigo, ¿qué te han hecho ellos? ¿Por qué se merecen esto? ¿Es esta tu idea de justicia divina? "Tommy no cree en mí, así que convertiré a su esposa en viuda y a su hijo en huérfano, para que así sean más pobres que nunca".

»¿Por qué yo? ¿Eh? Dime... ¿por qué a mí? ¿Por qué no a uno de esos gilipollas millonarios que secan a sus empresas y empleados y luego pasan dos meses en una cárcel de mínima seguridad con campos de golf? ¿Por qué no a ellos? ¿O por qué no a un traficante de drogas o a un chulo de York o Baltimore? ¿No soy mejor que ellos? ¿Por qué no a un terrorista, o algo así?

»Mira, soy demasiado joven para morir, Dios. Quiero estar con mi familia. Quiero ver cómo crece mi hijo. Quiero verlo jugar al fútbol, ir al colegio y poder disfrutar de todo lo que yo no he disfrutado. Quiero envejecer junto a mi mujer. Los amo tanto que no quiero separarme de ellos. Solo deseo algo más de tiempo. Eso es lo único que pido. Solo un poco más de tiempo con ellos. Vivir un poco más. ¡Por favor! No quiero morir. Estoy acojonado. Por favor...

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que las primeras lágrimas cayeron contra la madera.

—¡Por favor! Respóndeme. No lo entiendo. ¿Por qué? Nos has regalado este bonito planeta y la gente va y lo jode, y tú les dejas. No te importa. Nos das la guerra, la hambruna, la pobreza, la enfermedad, el racismo y los asesinos en serie. Tus seguidores chocan aviones contra edificios y envían a sus hijos a que hagan saltar por los aires centros comerciales donde van otros de tus seguidores, y tampoco haces nada. Podrías pararlo. Podrías hacerlo con facilidad, pero no lo haces. ¿Por qué? ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué? ¿Por qué nos envías toda esta mierda? ¿Por qué este cáncer? ¿He roto las reglas? ¿Te sientas ahí en tu nube con una balanza y pesas nuestros actos buenos y malos? ¿De eso va todo esto? ¿O es más sencillo? Tal vez tuviera razón antes. Tal vez estés cabreado porque no creo en ti. Tal vez de ahí es de donde extraes tu poder: de la fe. Y si muchos dejamos de creer en ti... desapareces, como ocurrió con los viejos dioses. ¿Es eso lo que les ocurrió a Zeus y Odín, y a los demás? ¿Dejas de existir si no creemos en ti? Y si no creo, ¿piensas parar esto?

»Si quieres que crea en ti deberías haber estado conmigo antes. ¡Deberías haberme dado una razón para creer! Mostrarme que existes en realidad.

Las lágrimas se convirtieron en un torrente, y el nudo de mi garganta estranguló las palabras. Junto con las lágrimas llegó la sangre, sangre que goteaba por la nariz. Limpié el pasamanos pulido y levanté la cabeza para mirar a Jesús directamente a los ojos.

—Ayúdame. Demuéstrame que existes. Sálvame y te prometo que nunca volveré

a dudar de ti. Iré a la iglesia.

Comenzaré a portarme bien. Dejaré de pasarme por Murphy's Place, de fumar hierba y de ver porno. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Lo que sea. Solo cúrame. Aparta este dolor de mí. Demuéstramelo. No entiendo qué es lo que quieres de mí. ¿Cómo se supone que lo voy a saber si no me lo dices?

La figura de la cruz no respondió. Se limitó a mirarme desde las alturas.

—Dame alguna prueba. Solo te pido eso. Dame una señal... una señal sencilla.

Silencio.

—Cúrame —susurré—. Elimina este cáncer y déjame vivir.

Aún me sentía enfermo. Seguía muriendo. Me había convertido en lo que siempre había odiado al abandonarme a la cultura de culpar a otros. Era tiempo de pasar página. Me levanté y me limpié la nariz sangrante con el dorso de la mano.

—Que te jodan. Sabía que no me ibas a ayudar. No me puedes ayudar porque no existes. No eres real. Solo eres otro mito, como el conejo de Pascua o Santa Claus. No me puedes ayudar. Así que lo haré a mi manera.

No hubo rayos ni ángel con una espada flamígera. Dios no se aparecería y me condenaría por mi sacrilegio. Jesús no iba a descender de la pared y a golpearme en la cabeza con la cruz. El sacerdote diría que la razón es que Él era un Dios bondadoso, un Dios misericordioso, pero la realidad es que no existía. Le había dado la oportunidad de demostrarme lo contrario, de que estaba allí conmigo, con todos nosotros.

Tenía las manos vacías. Dios me había ignorado. El gobierno me había ignorado. El doctor me había ignorado, y también las instituciones médicas y mi jefe.

La única persona en la que podía confiar para que se ocupara de mi familia era yo mismo.

Y no tardaría mucho en marcharme.

Era tiempo de seguir adelante.

Llovía cuando salí. Durante mi estancia en la iglesia, el agradable clima se había visto reemplazado por nubes oscuras y ominosas. Lo agradecí. El agua que caía sobre mí me limpió como si fuera un bautismo. A pesar de estar muriendo, renací.

Volví a la camioneta y conduje a casa, más solo y deprimido que nunca. Pero también comenzaba a sentir algo más. Algo nuevo. Determinación. Una sensación de paz pendía sobre mí, y me gustaba.

Entonces, el miedo se acomodó de nuevo y desalojó todo lo demás.

Estuve muy ocupado durante los tres días siguientes. Dimos vueltas y más vueltas al plan, inspeccionamos el banco y el centro comercial donde estaba ubicado, robamos matrículas para el coche de John, trazamos rutas de escape y tratamos de planear todo hasta el último detalle para que nada saliera mal. Seguía mintiendo a Michelle... y me levantaba todas las mañanas para ir a «trabajar», aunque luego pasaba el día en el sucio apartamento de soltero de John. Allí jugábamos a la consola, veíamos porno y nos colocábamos cuando no estábamos con el tema del robo (mi consumo de marihuana se incrementaba a ojos vista. Es cierto lo que dicen: ayuda a que las náuseas remitan). Para conseguir un toque de realismo, Sherm se pasaba por la fundición de tanto en tanto y se traía algo de suciedad para que nos la refregáramos por las ropas, manos, cara y demás, y así dar la impresión de haber estado trabajando. La única cosa que no tenía que simular era el cansancio. Ya lo hacía el cáncer por mí.

Por fin llegó el jueves, y con él, el momento.

La mañana del robo, Michelle tenía que irse a trabajar muy temprano. Cuando me desperté, ella y T. J. se habían marchado ya. Me había dejado una nota en el frigorífico:

Tommy... se me olvidó decírtelo ayer. Traté de usar la tarjeta de débito la noche pasada después de recoger a T. J. pero fue rechazada. ¡Hay un cargo de doscientos dólares! ¿Puedes pasarte por el maldito banco y averiguar qué pasa? ¿Tiene esto algo que ver con los despidos? Por esto es por lo que me gustaría que me dejaras ayudarte con las facturas. Te quiero, Michelle.

Resultó un alivio que se hubiera largado tan pronto, ya que no paraba de vomitar. Parte de ello se debía a la enfermedad, pero los nervios tenían mucha más culpa. No había dejado de pensar en el atraco ni un solo minuto y, ahora que había llegado el día, estaba cagado.

John también estaba asustado, lo vi en su cara cuando llegó a recogerme. Ninguno habló del asunto. No dijimos ni una palabra. Nos limitamos a escuchar Outkast y cantar a coro, quizá un tanto alto. Nos paramos en casa de Sherm y se montó atrás, con una taza de café en una mano y un cigarrillo encendido en la otra.

—¿Estás seguro, Tommy?

Asentí.

—Entonces vamos.

John dejó escapar un suspiro ahogado y condujimos hacia el extrarradio de la ciudad.

—Polla de Peluche, dime que revisaste ayer el coche como te dije. Intermitentes,

luz de freno, ¿todo funciona a la perfección? ¿Llenaste el depósito, comprobaste el aceite y toda esa mierda?

—Sí, todo está bien.

—Entonces repasemos esta mierda una vez más —sugirió Sherm—. Y reduce un poco, anda. Lo último que necesitamos ahora mismo es que nos paren por exceso de velocidad.

—Lo siento.

—De acuerdo, este es el plan: cuando lleguemos al centro, John aparca detrás del restaurante chino, al lado del contenedor. No habrá mucho tráfico allí porque la recogida de basuras no se hace hasta el próximo lunes, y los chinos no salen a echarse un cigarro hasta el descanso de mediodía, así que nadie nos verá. Después de eso, Tommy, tú y yo iremos hasta el lugar, nos pondremos los pasamontañas y entraremos en el banco. Ni un puto nombre. Dentro no me llames Sherm y yo no te llamaré Tommy. Y recuerda, y hablo en serio, Tommy: tienes que ponerte duro. Eso significa gritar, maldecir, chillar e intimidar a la gente. Tenemos que atraer su atención con rapidez. Es la única forma de que funcione esto. Hemos de dejar claro quién está al mando. Igual hay que romper unas cuantas narices o golpear la boca de algún hijo de puta para dejarlo claro. Habrá violencia. Estate preparado para ello.

—¡Pero nada de disparos! —Quería asegurarme de que eso quedaba cristalino.

—Claro, tío, nada de disparos. Las pistolas son solo de adorno. En el peor de los casos, dispararé al techo.

Agité la cabeza.

—No, Sherm. Nada de disparos. Estuvimos de acuerdo en eso desde el principio.

—Tranqui. Como ya te he dicho, eso sería en el peor de los casos. Y esto va a estar tirado. Te preocupas por nada, capullo. Ya verás.

—¿Y si os oigo disparar? —preguntó John—. ¿Qué hago entonces?

—Hostia puta. ¿Qué cojones acabo de decir, John? ¿Hablo en chino o algo? No va a haber disparos. Quédate en el coche y mantente apartado de la vista.

Sherm trago lentamente un sorbo de café, se tranquilizó y continuó.

—Cuando captemos la atención de todo el mundo, vaciaremos las cajas. Con John en el coche, no habrá ninguna persona que vigile la puerta y se asegure de que los rehenes no tratan de escapar. Así que, cuando vayamos al tema, cambia el cartelito de la puerta de «Abierto» a «Cerrado». Nos aseguraremos de que todos estén tirados en el suelo, lejos de la salida. Eso hará que sea más sencillo vigilarlos. La puerta está a la vista, así que sabremos si viene alguien. Tú vacías las cajas mientras yo me encargo de la cámara acorazada. Como ya os he dicho, no tenemos que preocuparnos de las cargas de pintura. Solo haz tu trabajo y asegúrate de que no te metan uno de esos cacharros rastreadores. Cuando tengamos la pasta dentro de las bolsas, salimos echando hostias de allí, nos subimos al coche y nos piramos antes de

que los maderos lleguen.

—Ahí es cuando yo intervengo. —John se enderezó en el asiento.

—Sí, John, ahí es cuando intervienes. Veamos si has estado prestando atención. ¿Qué ruta tomamos?

—La carretera de York y la 116 en dirección a Codorus, si los polis no nos pisan los talones —recitó de memoria—. Después, iremos por la vieja carretera de Glen Rock en dirección a Jefferson, pasamos LeHorn Hollow, seguimos por Shrewsbury y continuaremos hasta la frontera de Maryland.

—Estupendo. Lo has recordado. ¿Y si seguimos el plan B y nos dirigimos a Littlestown?

—Si vamos hacia Littlestown, entonces tiraremos hacia Westminster y pillaremos la 140 en dirección a la 795.

—¿Y qué es lo que haremos cuando por fin estemos en Maryland?

—Cockeysville. Plan A, seguimos por la senda Susquehanna hacia la interestatal 83, y luego tomamos el desvío hacia Cockeysville. Una vez allí, cogemos la carretera Cranberry en dirección a los bosques, continuamos por la carretera de servicio que pasa por detrás de la línea de alta tensión, aparcamos fuera de la vista, detrás de los árboles, cambiamos las matrículas del coche, nos separamos y, si nadie encuentra el coche, nos reunimos allí cuando anochezca.

—Entonces contaremos el dinero —terminó Sherm— y empezaremos a vivir a lo grande.

—¿De verdad crees que pillaremos tanto? —pregunté.

—Ya te digo; un banco como este, en una ciudad del tamaño de Hanover... No será muy complicado que salgamos de allí con cuarenta o cincuenta mil. La mayor parte te la quedas tú, pero incluso con lo poquito que Polla de Peluche y yo saquemos, seguirá estando de puta madre.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que nos han echado —apuntó John.

Traté de imaginarlo, traté de imaginarme con tanto dinero en las manos, oliéndolo, sintiendo el tacto del papel entre los dedos, pero fui incapaz. Daba igual. En menos de una hora no habría lugar para la imaginación. Todo eso sería una realidad.

El apartamento de Sherm estaba cerca de Hanover, junto al lago. El centro comercial y el banco estaban al otro lado, a la derecha del límite con McSherrystown. En un día normal, llevaba veinte minutos conducir de un lado al otro. Pero aquel día parecieron segundos, como si viajáramos a la velocidad de la luz.

John viró y se encaminó hacia el aparcamiento. Agarró con fuerza el volante y los nudillos le crujieron. Me percaté de que estaban blancos. Sin dejar de mirar al frente, condujo por detrás del centro y aparcó al lado del contenedor de basura del restaurante chino, justo como habíamos planeado. La resolución se apreciaba en su

mirada. Su mano se dirigió a las llaves, pero Sherm lo detuvo.

—No, déjalo en marcha. Imagina que apagas ahora, salimos con la pasta y no arranca.

John se encogió de hombros.

—¿Hay moros en la costa? —preguntó Sherm, a la par que miraba en derredor.

—No se ve a nadie. —La voz de John sonaba hueca, sombría—. Hay un camión Drovers Water de reparto allí, pero está vacío. Parece que solo estamos nosotros por aquí. ¿Vosotros veis a alguien?

Negué con la cabeza.

—Genial. Yo tampoco. —Sherm me puso la mano sobre el hombro—. ¿Estás bien?

—No del todo. —Tosí.

—¿Qué te pasa? No me digas que te estás acojonando ahora.

—Durante la semana pasada he estado vomitando sin parar, y esta mañana no ha sido diferente. Incluso aunque no esté vomitando, me siento como si fuera a hacerlo en cualquier momento. Tengo a Puff Daddy remezclando mierda en mi cabeza junto con los tambores de un ejército, unos pocos obuses y unos científicos que se dedican a realizar pruebas nucleares, por no hablar de que me duele cada milímetro del cuerpo. Tengo dolores donde ni siquiera creí que se pudieran tener. A veces la fiebre es tan alta que podría freír un huevo en la frente y otras solo me hace sudar un poco, aunque nunca me deja en paz. He estado puteando a mi mujer. Está a punto de averiguar que le he mentado sobre el dinero, y una vez la mierda me salpique, es solo cuestión de tiempo que se entere de lo demás. Como el despido, o que me estoy muriendo. Dios no va a curarme porque he constatado que no existe. Oh, y antes de que se me olvide, en dos minutos voy a robar un puto banco. Así que no, Sherm, no estoy bien. No lo estoy ni por asomo. Pero gracias por preguntar, colega. Muchas gracias. Significa mucho para mí.

—Hey, para con ese sarcasmo de mierda. ¿Quieres abandonar? Es nuestra última posibilidad, Tommy. Cuando salgamos del coche y entremos en el banco, no habrá vuelta atrás.

Lo miré, miré a John, cerré los ojos y abrí la puerta. Sus palabras resonaron en mi cabeza.

No habrá vuelta atrás...

Ya lo sabía.

—Hagámoslo.

Hay ciertos momentos en la vida en los que, cuando piensas en ellos después, pasan a cámara lenta. En realidad, no nos llevaría más de treinta segundos. Pero sentado aquí ahora, cuando lo recuerdo, parecen horas. Todo se ve en «tiempo bala», como en

Matrix. Soy capaz de salir de mi cuerpo y ver todo desde el punto de vista de otro, de igual forma que si fuera una peli y pudiera cambiar los ángulos de cámara y añadir una pista de sonido.

Sherm y yo salimos del coche. Nos pusimos los pasamontañas. Bajo la chaqueta sujetábamos la pistola. Llevábamos una gran mochila cargada a la espalda. El olor a arroz frito y a basura colgaba en el aire, tan denso que incluso mi sentido del olfato, bastante disminuido, lo captó. Durante un segundo pensé que había escuchado el sonido de un coche que avanzaba por el callejón de detrás del centro, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Ya estábamos en marcha. Y la inercia nos impedía detenernos.

No dudamos. No miramos atrás. Sin decir una palabra, pasamos el restaurante, volvimos y allí estaba el banco.

En cuanto Sherm llegó a la puerta, la abrió. Una viejecita, de pelo cano y permanentado se apartó de nuestro paso. Llevaba un recibo de depósito en una mano y rebuscaba en su bolso con la otra. Se quedó quieta, nos echó una mirada de soslayo y entonces boqueó. El recibo se le cayó de la mano temblorosa. En lugar de aterrizar en el suelo pareció colgar del aire, suspendido en el tiempo.

—Oh, Dios...

Sherm le gruñó (a cámara lenta).

—¡Vuelve... al... banco... puta...!

La empujó hacia el recibidor mientras ella seguía murmurando «oh Dios, oh Dios...» a modo de mantra. Se agarró a un crucifijo de plata que pendía de su cuello. Otra persona reparó en nosotros: era un viejo barbudo que vestía vaqueros azules desteñidos y una camisa de trabajo de cambray. Estaba al final de la cola. En sus ojos percibí una mezcla de sorpresa e incredulidad. Abrió la boca para decir algo pero Sherm lo cortó en seco.

—¡Está bien, hijos de puta! ¡Todo el mundo al puto suelo! ¡Ahora! ¡Ahora mismo cabrones! ¡Vamos!

—¡Ya lo habéis oído gilipollas! —grité—. ¡Al suelo! ¡Al puto suelo! ¡Vamos!

Entonces, todos los clientes de la cola se dieron la vuelta, y mientras el tiempo parecía ir más despacio todavía, los examiné a conciencia. Una bonita mujer, de nuestra edad, agarraba la mano de un chaval. Cuando lo miré me acordé de T. J. y tuve que obligarme a apartar esa idea de la cabeza. El chico tenía un cierto parecido con la madre: el pelo del color de la miel, pómulos marcados, una nariz chata y hasta la misma complexión. Ambos hacían gala de unos ojos enormes... y atemorizados. Ella atrajo al chico hacia sí para escudarlo de la mejor manera posible. No tenía anillo. Divorciada o madre soltera. Enfrente de ellos había un hombre viejo y calvo que llevaba gafas y un bastón. Se impresionó tanto que sus dos rodillas chocaron entre sí, y creí por un momento que iba a derrumbarse. También había un tipo gordo

con una camiseta de Hellboy, la típica víctima de demasiadas noches de lectura de tebeos y una dieta basada en las chucherías y las patatas fritas. Delante de él, un tipo fuerte, corpulento, en las puertas de los cuarenta, que llevaba una chaqueta de cuero y unas botas negras relucientes. Pensé que sería un matón. En sus ojos no había miedo, solo una frialdad agresiva, por lo que supe de inmediato que habría que vigilarlo con cuidado. Luego estaban las dos cajeras: una joven y rubia, y la otra de mediana edad y teñida de rubio; por último, un tipo relamido vestido con traje que tenía que ser el encargado. En su identificador se leía «Keith», y debajo «Director de sucursal». Sonreía, como si estuviera siendo víctima de una cámara oculta.

—¡He dicho que todos al puto suelo! —gritó Sherm, y esta vez a nadie le quedaron dudas.

Gritaron como si fueran una sola persona, con la salvedad del tipo de cuero, que se quedó quieto, y Keith, el director de sucursal, que siguió sonriendo. La vieja no paraba de repetir su «oh Dios...» cuando Sherm la empujó. Golpeó el duro suelo y entonces se calló. El contenido del bolso se desparramó en todas direcciones y agarró el crucifijo con más fuerza todavía. La madre del chico se agazapó y de nuevo atrajo al chico hacia sí. Los ojos del muchacho fueron de Sherm a mí, y después hacia la vieja y el viejo, y luego susurró algo a su madre. El tipo de la barba se tiró al suelo, lo mismo que el gordo, que en su movimiento arrastró los cordones morados que delimitaban la cola. Los soportes de bronce cayeron al suelo, y entonces advertí una mancha oscura y húmeda en su bragueta. Se estaba extendiendo con rapidez. La cajera más joven se congeló en mitad de la transacción. Un fajo de billetes de veinte se le resbaló de una mano; descendieron hasta el suelo como si fueran mariposas blanquiverdes. Metió la otra mano, muy despacio, debajo del mostrador.

—Si le das a la alarma te rajo tu bonita cara, cariño —le advirtió Sherm—. Deja las malditas manos donde pueda verlas. ¡No lo diré dos veces!

La chica se quedó quieta, se mordió el labio y la otra cajera comenzó a llorar.

—¡Vosotras dos también al suelo! ¡Ahora!

El pandillero se negó a echarse al suelo.

—¡Hagan lo que les decimos y nadie saldrá herido! —chillé, tratando de sonar sincero pero duro al mismo tiempo—. ¡Solo queremos el dinero!

Me acerqué a la puerta y cambié el cartel de «Abierto» a «Cerrado».

—¡Hey! —Sherm se giró hacia el matón—. ¿Te faltan las putas orejas? ¡Al puto suelo, gilipollas! ¡Ahora!

El pandillero mantuvo las manos por encima de la cabeza y poco a poco se fue arrodillando.

—Tú —Sherm apuntó con la pistola a Keith, el encargado—, ven aquí.

—V-vamos a cooperar con ustedes... c-caballeros. No necesitan ponerse violentos.

—Si quiero tu puta opinión, ya te la sacaré a golpes.

Movió otra vez el arma y Keith hizo lo que se le había ordenado. Sherm tenía la atención puesta en él y no se dio cuenta de que el pandillero clavaba una rodilla en tierra y rebuscaba en su chaqueta. La cámara lenta se convirtió en pausa cuando agarró algo y lo extrajo. Capté el destello de una cartuchera y las luces fluorescentes del banco se reflejaron sobre algo metálico. Abrí la boca para advertir al encargado y a Sherm, pero no pude.

—Venga —le dijo Sherm a Keith de nuevo—. ¡Vamos, o te dejo seco ahí mismo, tío!

El matón tenía la culata de una pistola en la mano, no tan grande como las nuestras, pero daba la impresión de hacer su trabajo igual de bien. Tras la culata vino el resto de la pistola. Parpadeé para deshacerme del sudor que me caía sobre los ojos, y en esa fracción de segundo ya estaba apuntando a Sherm.

El tiempo volvió a su normalidad y el caos lo acompañó. Mi parálisis cesó.

—¡Sherm! ¡Cuidado! ¡Tiene una pistola!

El pandillero se volvió hacia mí y de repente hubo una explosión. Me eché hacia atrás, seguro de que no tardaría en sentir la bala atravesándome. En su lugar, el pelo del pandillero se levantó como si lo revolviere la brisa, y en ese mismo momento sus sesos y pequeños fragmentos de hueso salieron despedidos por su frente y se desparramaron por toda la alfombra. Al principio pensé que me había quedado sordo, pero poco después los oídos comenzaron a pitarme, con los gritos de los clientes de fondo. Aún en estado de choque, sin comprender lo que había ocurrido, me volví hacia Sherm. El humo brotaba del tambor de su .357 y el hedor inundaba el recibidor.

—Sherm —voceé—, ¿qué cojones haces?

—Te dije que nada de nombres, maldita sea.

—También aseguraste que nada de disparos. ¿Qué cojones has hecho?

Sherm agarró a Keith por la manga del traje y lo sacudió con fuerza, pero el encargado no pareció darse cuenta. Solo contemplaba, horrorizado, el cuerpo muerto sobre el suelo.

Tosí, y luego volví a mirar al matón. La sangre manaba de su cabeza como el agua de una fuente. No se asemejaba mucho a lo que pasaba en las pelis. El frente de su cabeza había desaparecido por completo... para repartirse por todo el suelo y la alfombra. Me costó no vomitar. El viejo del bastón, el *friki* y la cajera más joven, los tres a la vez, lo hicieron por mí. El chaval miró aquel desastre, cerró los ojos y enterró la cara temblorosa en su madre. La mujer se limitaba a mirar el cuerpo, su cara cerúlea a causa de la impresión.

—¡Dijiste que nada de disparos! —volví a gritar.

—Limítate a mantenerlos contra el suelo, y coge la pasta de los cajones —ordenó Sherm—. Keith, tú y yo vamos a abrir la cámara acorazada, ¿alguna pregunta?

—No... no puedo abrir...

Sherm lo golpeó en la boca. Con lágrimas en la cara, el encargado retrocedió unos pocos pasos, con las rodillas medio dobladas, pero al fin recuperó el equilibrio. La sangre se derramaba por su labio partido.

—Seamos claros, claros de la hostia: miénteme otra vez y te tragas el cañón del .357 en lugar de mi puño. ¡La cámara acorazada! ¡Abierta! ¡Ahora! ¿Alguna pregunta?

Tras limpiarse la sangre de la boca con su corbata, Keith condujo a Sherm por un pasillo hasta la parte de atrás. Yo pasé por encima del cadáver y me dirigí a los cajones. La sangre no dejaba de fluir de la cabeza y el *friki*, tras acabar de vomitar, volvía a tener problemas de incontinencia. El aroma de todo ello, combinado con el humo de la pistola, el sudor y el miedo que se respiraba en la habitación, me provocaba náuseas. Me sentía enfermo.

—No puedo respirar... —farfulló el viejo.

—Que todo el mundo mantenga la calma —ordené a la vez que trataba de tomar algo de aire—. Esto acabará en un momento. Solo queremos el dinero. —Sonó vacío y estúpido.

La madre susurró algo al hijo. Este se adelantó unos centímetros.

—Benjy, quédate quieto.

—Pero mami, está enfermo. Los dos. Uno de la cabeza y el otro aquí, aquí y aquí. El niño se tocó la mandíbula, la garganta y el pecho, y me pregunté si hablaba de mí. Pero no había manera posible de que el chico supiera lo de mi cáncer.

—Y también el hombre viejo —continuó el chaval—. Va a morir.

Me dirigí hacia ellos y el chico se quedó congelado, observándome.

—Por favor... —imploró la madre—. Solo tiene cinco años. Por favor, no le haga daño.

Tragué saliva.

—Quédate quieto, ¿vale?

Los volví a mirar. El *friki* seguía meándose y continuaba bocabajo contra la alfombra. El tipo de la barba y las cajeras también estaban contra el suelo, aunque conservaban algo más de dignidad. El hombre barbudo agarraba a la cajera de más edad por el hombro, sin dejar de repetirle que todo saldría bien. La mujer mayor dejó escapar otro «oh Dios» y apretó la cruz. Rezaba a Dios, a Jesús y a todos los santos para que la salvaran. El viejo calvo yacía sobre la espalda, con el rostro pálido y recubierto de sudor. Tenía el bastón a un lado, se le habían doblado las gafas y respiraba con dificultad.

Pobre, pensé. Debe de estar cagado de miedo.

Como yo.

Eché un vistazo a la puerta. No había moros en la costa. El primer cajón, con el

que estaba trabajando la cajera rubia, había sido usado y estaba abierto. A pesar de lo ocurrido, he de admitir que sonreí bajo el pasamontañas cuando vi tanta pasta junta. Presidentes muertos me devolvieron la sonrisa. Ignoré el cambio y metí los fajos de billetes en la mochila. Luego pasé al siguiente cajón e hice lo mismo. Pronto la mochila empezó a pesar; me pregunté cuánto dinero llevaría encima. La excitación me recorrió el cuerpo, pero entonces recordé el tipo al que Sherm había disparado y volví a sentirme mal. Pasé al tercer cajón, pero estaba cerrado.

Me situé por detrás del mostrador, comprobé la puerta y señalé a la rubia con la punta del pie.

—Dame las llaves de los cajones.

—Están en el mostrador.

—Dime dónde.

Se puso a cuatro patas y señaló. Al mismo tiempo el niño, Benjy, comenzó a reptar hacia el viejo.

—¡Hey! ¡Chaval! Vuelve con tu madre.

—¡Benjy! —La mujer se puso en pie, con las manos arriba, para dejar claras sus intenciones—. Por favor, por favor, no le dispare. ¡Benjy, vuelve aquí ahora mismo!

—Pero mami, el hombre viejo va a morir si no lo ayudamos. Su corazón está malo.

—Hey —le grité de nuevo, y me di cuenta de que había levantado la pistola sin siquiera pensar en ello. La bajé a medio camino—. En serio. Pégate al suelo.

La madre agarró del brazo al chaval, pero este se soltó de su presa y se acercó al hombre viejo. La mujer se puso a llorar y se le corrió el rímel.

—Por favor, señor. Por favor, no dispare a mi hijo.

Me puse a su lado en un par de zancadas. El viejo mantenía los ojos entrecerrados y su piel había comenzado a tornarse de un color irregular.

—Mi... corazón...

—¡Oh, mierda! —Me froté la cabeza sobre el pasamontañas. Estaba sufriendo un ataque. Por un lado quería practicarle una reanimación cardiopulmonar, y por otro quería terminar cuanto antes para salir de allí.

—No puedo... respirar... Duele... —El sudor se escurría por su piel como la lluvia.

Mientras trataba de decidir qué hacer, Benjy tocó el pecho del hombre. En ese momento escuché los disparos.

En un primer momento pensé que Sherm había matado a Keith. Entonces sonó otro disparo y me di cuenta de que provenían del exterior. Los clientes comenzaron a gritar otra vez, de manera más y más salvaje, y entonces Sherm salió corriendo de la cámara mientras empujaba a Keith frente a él, como si fuera su escudo humano.

—¿Qué hostias pasa, Tommy? —La regla de «sin nombres» se había olvidado por completo. Yo la había cagado antes cuando lo llamé por su nombre, después de que hubiera disparado a chaqueta de cuero. Ahora también sabían mi nombre.

—No lo sé, tío. Alguien está disparando fuera.

—¿Los maderos?

—Ni puta idea, Sherm. Aún no he ido a ver.

Otro disparo resonó por el aparcamiento. En ese instante, una figura macilenta y manchada de sangre atravesó la puerta principal. Sherm y yo elevamos las pistolas al unísono.

John se encogió.

—¡No disparéis! ¡No disparéis, tíos! Soy yo... ¡John!

Cayó de rodillas y se agarró el estómago con las manos. La sangre se escurrió entre los dedos..., una sangre oscura, casi negra. Le empapaba la camisa y la chaqueta, y pequeñas manchas le salpicaban el cuello, las mejillas y la frente. Lo habían tiroteado, y yo había visto las suficientes pelis como para saber que aquello no era nada bueno. Imágenes de Tim Roth en *Reservoir Dogs* me cruzaron por la cabeza. Fui hacia él y casi me caigo encima del viejo y del niño.

—Tommy —rogó John—, ¡ayúdame, tío! ¡Por favor! El estómago me arde... me quema. Está ardiendo. ¡Duele! El cabrón me disparó...

Decidí que el viejo y su ataque al corazón tenían que esperar, así que corrí en dirección a John y lo atrapé justo cuando iba a golpear el suelo. Deslicé las manos bajo sus antebrazos y lo arrastré dentro del recibidor, lejos de la puerta. Se estremeció, aunque no tengo ni idea de si fue por el miedo o por el dolor. Su aliento hedía y hablaba entre dientes, con palabras entrecortadas.

—No puedo creer que ese hijo de puta me disparara...

—Shhh —le chisté—. Todo va a ir bien. Vas a salir de esta, John.

Su mano se soltó del estómago y aprecié por el rabillo del ojo la herida que tenía bajo la tela quemada. No ofrecía un buen aspecto. Me senté, me crucé de piernas y le coloqué la cabeza sobre mi regazo. Luego le limpié las manchas de sangre de la cara con la manga de mi camisa. Las lágrimas le discurrían por las mejillas, y el pánico que se filtraba en su voz pareció hacerse mayor.

—¡Oh... duele! ¡Tommy, voy a morir! El estómago me... me arde. Quema, y es como si alguien me hubiera golpeado. ¡Voy a morir!

—No vas a morir, John. ¿Me escuchas? ¡No vas morir!

—Estoy asustado, Tommy. No quiero morir. No quiero ir al infierno. El infierno me da miedo. No me dejes morir. ¡No dejes que vaya al infierno!

Tosió sangre. Un montón de sangre. El rojo carmesí le cubrió los dientes y cayó por su mejilla en hebras largas y pegajosas. Me pregunté si ese mismo aspecto era el que tenía yo cuando me ponía malo.

—El infierno no existe, John. Todo va a salir bien. Tranquilízate, capullo.

—No... No quiero morir. No quiero morir. Por favor... Me asusta el infierno...

—¡Para ya, John!

—No puedo respirar. No p... No puedo... Me disparó, tío. —Su voz se debilitaba a cada momento que pasaba, y acabó siendo poco más que un susurro—. Ahora tengo frío en la tripa. Igual es... es porque comí algo en mal estado.

—¿Quién, John? ¿Quién te hizo esto, colega?

—Kelvin... Estaba nervio... nervioso... —Mientras luchaba por respirar hiperventilaba como un pez fuera del agua.

Kelvin. Me sonaba el nombre, pero no pude recordar. Antes de poder preguntarle algo más, Sherm nos interrumpió.

—¡Vuelve allí con el resto, pégate al suelo y estate quieto! —Sherm empujó a Keith contra el grupo y el encargado hizo justo lo que se le había pedido. Keith tenía un ojo a la virulé, además del labio roto: un regalo de Sherm de cuando habían estado en la cámara. Sherm cruzó el recibidor con rapidez y se arrodilló delante de nosotros. Agarró a John por los hombros y lo sacudió.

—John, mírame. ¿Kelvin te ha hecho esto?

Boqueando, John asintió.

—¡Hey, Sherm! ¿Dónde estabas? Frío... Tengo frío. El estómago... congelado. No siento las piernas. De... déjame aquí un rato. Necesito t... tomar aire...

Miré a Sherm.

—¿Kelvin? ¿El tipo que estaba con Wallace cuando compramos las pistolas? — Tiene que ser. Al que John llamó negro.

—Hostia puta. —Me quité la chaqueta, la hice un ovillo y se la puse debajo a John. Luego me quité el pasamontañas y lo coloqué encima de la herida. John gritó y trató de apartarme las manos cuando empecé a apretar.

—Tranquilo, John. Aguanta, tío. Tenemos que parar la hemorragia. —Me pasé la mano por la cara y me di cuenta, muy tarde, de que estaba cubierta con la sangre de John.

—Me... me voy a quedar un ratito aquí...

—¿Qué cojones haces, Tommy? —gritó Sherm—. ¡Vuelve a ponerte el pasamontañas!

—¡Que te jodan! Tenemos dos cadáveres, Sherm. Dos personas han muerto.

¡Dos! —Bajé mi voz hasta convertirla en un susurro—. Y lo más probable es que John no lo consiga. Tenemos que salir de aquí a toda hostia, tío.

—¿Qué quieres decir con dos? Yo solo he disparado a uno.

—El viejo —señalé— está sufriendo un ataque al corazón. Seguro que ya está muerto.

—Está bien, señor.

Volvimos la cabeza al mismo tiempo. Era el chaval, Benjy. Nos sonreía, pegado otra vez a su madre. Miré al viejo, y era cierto que estaba bien. De hecho, tenía mejor aspecto que cuando entramos en el banco. Como para verificarlo, tragó aire, se ajustó las gafas y habló.

—Estoy bien. Debió de ser mi angina. Si nos dejáis marchar ahora diremos que no hemos visto nada. ¿Verdad, gente?

—Cierra el pico y sigue contra el suelo —advirtió Sherm.

Yo estaba demasiado atónito para hablar. Había visto al tipo con mis propios ojos y sabía que aquello no había sido una angina. Se estaba muriendo. Su corazón se había quedado sin fuerzas. Pero ahora hacía gala de un aspecto inmejorable. Volvía a estar... saludable.

Antes de poder mencionarle esto a Sherm, el cristal de la puerta principal saltó por los aires. Un segundo después, escuché el disparo.

—¡Al suelo! —Sherm tiró de mí.

—Quieto ahí, hijo de puta. —Kelvin anduvo hacia la puerta y levantó su pistola con toda la calma del mundo. La sonrisa de su cara resultaba aterradora. Se desvaneció cuando nos vio.

—Kelvin, ¿qué cojones es esto? —gritó Sherm.

Kelvin se detuvo, confuso ante la figura con el pasamontañas negro que conocía su nombre. Estaba nervioso y alterado, tal vez temblara. Se había metido la droga con la que se suponía tenía que traficar y ahora estaba tan colocado que apenas era capaz de estar de pie. *Crack* o cristal, lo que sea que fuera, le había hecho perder el control.

—¿Sherm? ¿Eres tú, colega?

—Claro que sí, tío. Baja esa cosa.

—Sherm, estás como una puta cabra. Atracar bancos y tal... En menudas mierdas te metes. —Se echó a reír a la vez que sacudía la cabeza, incrédulo.

—N... no quiero... no quiero mo... morir —gimió John—. N... no dejes... no dejes que...

—Calla —susurré—. Parece que está fuera de sus casillas. Ten cuidado.

—Ya lo veo —siseó Sherm—. Tú preocúpate de ti.

Hicimos corro alrededor de John y Kelvin nos miró a los dos, mientras movía la pistola de atrás adelante. Pensé en sacar la mía, pero si lo hacía tendría que dejar de hacer presión contra la herida de John. La sangre ya había empapado el pasamontañas

y este se había convertido en un revoltijo de tela y sangre.

—Déjame que te cuente —continuó Kelvin, como si estuviera charlando en un bar—. Acababa de terminar un negocio en el callejón tras el restaurante chino. Dos kilos por mucha pasta, un trato de puta madre. Lo celebré un poco antes de venir para aquí... solo para ponerme a tono, aunque creo que me pasé de la raya, ¿sabes a lo que me refiero? Y entonces... la guinda del puto helado. Vi a tu chico ahí, sentado en el coche, esperando algo. El hijo de puta parecía nervioso y yo lo tenía a tiro. Le dije lo que le pasaría si lo volvía a ver por la calle. Sesos de capullo a la plancha. Y eso es todo.

—Por el amor de Dios, Kelvin. Wallace te ordenó que pasaras de eso. John no quería ofenderos.

—¡Que le jodan a Wallace! Ese negro no lo sabe todo. Pero tú sí, Sherm. Sabes cómo es esto. Los negocios...

Sherm disparó, rodó y volvió a disparar. El primer disparo falló, pero fue suficiente para aturdir a Kelvin. Se echó hacia atrás, sorprendido, y buscó cobertura con desesperación. El segundo disparo lo alcanzó entre las piernas. Encogido, Kelvin vació el cargador. Las balas impactaron contra el suelo y rebotaron a nuestro alrededor, agujereando la madera y destrozando el ladrillo. La sangre le manaba de la ingle.

Sin pararse ni un momento, Sherm se puso en pie, corrió hacia él y le disparó en la garganta. Las manos de Kelvin fueron de su polla a su cuello. Una mirada sorprendida asomó en sus ojos mientras se desplomaba, se retorció y luego quedaba inerte. Sherm se situó sobre él, le colocó el cañón contra la frente y apretó el gatillo una vez más. Aparté la vista en el último segundo.

Los clientes se habían sumido en el más absoluto de los pánicos: gritaban, lloraban, rezaban y se agarraban a la alfombra. Pero tengo que decir algo en defensa de Sherm: tenía razón. A pesar de estar en medio de un tiroteo, hicieron justo lo que les había dicho. No corrieron ni se levantaron.

Como estaba planeado, nos plantamos allí por las malas, aclaramos quién estaba al mando y ellos obedecieron.

Entonces, además de los gritos y el pitido de los oídos, escuchamos otro sonido. Sirenas. Sirenas de policía. Y se acercaban.

—Más... más frío... —se quejó John. Había cerrado los ojos—. A... ayúdame, Tommy. No... no quiero morir... e... ir al infierno. Tengo muu... cho... miedo... ¡Por favor... no permitas que... muera!

Sherm escrutó el aparcamiento.

—¡Mierda! Levanta, Tommy. Tenemos que irnos. ¡Vamos, tío!

Agarré la pistola de Kelvin, saqué el cargador, comprobé que estaba vacío y lo lancé a un lado. Los restos de la puerta yacían detrás de él, y el cuerpo de Kelvin se

situaba entre estos y el dintel.

Me levanté y luché por ayudar a que John se pusiera en pie. Gruñó, tembló y se desvaneció. Lo agradecí. Tenía la cara cenicienta y el torso empapado en sangre.

—Sherm, tenemos que llevarlo a un hospital. Se está muriendo...

—Y una mierda. Si no puede viajar tendremos que dejarlo aquí. Hemos de salir pitando.

—¡Y un carajo!

—Nada de eso. Si quieres quedarte aquí y que te atrapen, adelante. Yo me piro. Tal vez suene duro, pero así funcionan las cosas, colega. Así es como tienen que ser. Él estaría de acuerdo conmigo si estuviera consciente.

En ese momento lo odié. Era uno de mis dos mejores amigos, pero aun así lo odié.

Sherm buscó las llaves en los bolsillos de John, maldijo y volvió a registrarlo. Se rindió y, frustrado, se golpeó en la cabeza.

—¡Joder, joder, joder! No me lo puedo creer.

—¿Qué?

Las sirenas seguían acercándose, acompañadas del chillido de los neumáticos.

—Estamos jodidos, eso es lo que pasa. Estamos bien jodidos.

—¿De qué coño hablas? ¿Qué pasa, tío?

—Polla de Peluche se ha dejado las llaves en el puto coche.

—Mierda...

Entre jadeos, Sherm corrió rápidamente hacia la puerta. De improviso se paró y continuó la carrera, pero esa vez fue hacia mí.

Teníamos las sirenas encima de nosotros. Los frenos chirriaron. Los neumáticos se detuvieron. Las puertas de los coches se abrieron y se cerraron de golpe.

—Mierda —gruñó—. No puedo llegar al coche.

Se escuchó el zumbido de una radio. Unas voces se llamaron las unas a las otras. Voces de oficiales. Voces que no estaban allí de casualidad.

—Chicos —murmuró el viejo—, creo que se os acaba el tiempo.

Hubo algo en los ojos de Sherm que me recordó a un animal salvaje arrinconado, listo para morder. Se levantó de un salto.

—Todo el mundo a la cámara acorazada. ¡Ahora! —Disparó su última bala al techo para enfatizar su orden. Seguían llorando, pero hicieron lo que se les dijo. Sherm era su pastor y los condujo como si fueran un rebaño de ovejas asustadas que no paraban de balar.

Todos excepto Benjy, que reptó hacia John y hacia mí sobre el cristal roto, con los ojos resplandecientes y vivarachos.

—Tu amigo está malo, señor. Le duele mucho.

—No te asustes —sonreí, en un esfuerzo por calmarlo—. Está bien.

—No, no lo está. Se va a morir. Le sale sangre de la tripa. Si no lo curamos, irá a ver a Jesús o a la gente monstruo, y no volverá. Nunca.

—Vamos, Tommy —rugió Sherm.

Fuera, escuché el inconfundible gañido electrónico de otra radio.

—Puedo curarlo como curé a Sandy —me aseguró Benjy.

—¿Qué? ¿Quién es Sandy? ¿De qué hablas, chaval?

—Benjy, ven aquí... ¡Ahora! —Su madre se quedó a mitad de camino, justo en medio de los otros rehenes y su hijo.

—Señorita, si no consigue que mueva su culo hasta aquí, usted será la próxima. Tommy, si vas a venir, mejor que vengas ya. Agarra al puto niño o a John, o dispara a ambos o lo que sea, pero que sea ya.

Ruido de pasos fuera. Justo fuera de la puerta. Justo fuera de la vista. Cautos y sigilosos, pero también apresurados. Y más sirenas a lo lejos. Muchas más, a juzgar por el ruido.

—¿Te llamas Benjy? —le pregunté.

Asintió; sus grandes y redondos ojos parecían asustados además de confusos, pero también excitados.

—Benjy, voy a hacer algo que igual te asusta un poco. Necesito que te tapes las orejas, ¿vale?

—Vale, señor.

Colocó las manos a ambos lados de la cabeza, y en ese instante me recordó tanto a T. J. que casi lloro. Entonces saqué la pistola, apunté al cristal roto de la puerta principal y lancé un disparo de advertencia. La pistola se sacudió en mi mano y me empujó la muñeca hacia arriba. El sonido resultó ensordecedor. Me retumbó en los oídos. Los cristales que quedaban en la puerta cayeron al suelo y cubrieron el cuerpo de Kelvin de fragmentos. De inmediato, mi disparo fue seguido de gritos sorprendidos. «¡Al suelo! ¡Al suelo!» y «¡pide refuerzos!». Luego escuché el ruido de pasos al retroceder. Tomé aire.

—¡De acuerdo, escuchad atentamente! Si vemos a un puto poli asomar su puta cabeza por esa puta puerta, lo mataremos a él y a todos los que están dentro de este maldito banco. ¿Lo habéis pillado, hijos de puta?

No hubo respuesta, pero tenía bastante claro que no tenían dudas al respecto.

Sonreí. Estilo gánster del bueno. El pitido del oído seguía sonando igual de fuerte que el estallido de la pistola. Era como si lo tuviera tapado con un tapón de cera.

Cuando me acerqué para remover el pelo del chaval, vi la sangre en mis manos y me lo pensé mejor. Me limité a guiñarle el ojo. Él me devolvió el guiño y me sonrió. Comencé a arrastrar el cuerpo inconsciente de John hacia la cámara acorazada, con Benjy a mi lado.

—Todo va a salir bien —le aseguré.

—Lo sé. No estoy asustado.

—Bien, eso es genial.

Según hablábamos, me di cuenta de que me retumbaba el tímpano. Tenía que hacer un esfuerzo para escucharlo cada vez que hablaba, y cuando yo hacía lo propio volvía a retumbar.

—¿Cómo se llama, señor?

—¿Que cómo me llamo?

Me detuve para coger a John de forma más cómoda. La sangre fluía por la herida, dejando un rastro tras nosotros.

—Me llamo Tommy. Vamos, tenemos que darnos prisa. Hay que tumbar a mi amigo en algún sitio.

—¿Cómo sabe que me llamo Benjy, señor Tommy?

—Oí a tu madre llamarte.

—Oh. —Consideró mi respuesta y volvió a mirarme.

—¿Señor Tommy?

—¿Sí?

—Puedo ayudar a su amigo. Voy a ser médico cuando crezca. Curo a la gente para que se pongan mejor.

—Claro —le respondí—, vayamos con los otros y entonces lo ayudaremos.

—Usted también está malo, señor Tommy. Ya lo sabe, ¿no?

Casi dejo caer a John. Fue como si Kelvin me hubiera disparado a mí también.

—¿Qué has dicho?

—Que está usted malo. No su oído, eso se irá en un rato. Pero tiene cosas malas creciendo dentro de usted, como telas de araña. Cosas negras. No pasa nada, señor Tommy. Haré que se sienta mejor.

Bajó la voz.

—Su otro amigo también está enfermo, pero es diferente. Tiene la oscuridad dentro de la cabeza, y está a punto de salirle fuera. Será pronto. La gente monstruo está susurrando.

Tras obligar a los rehenes a meterse en la cámara acorazada a punta de pistola, Sherm asomó la cabeza para estudiar el recibidor, me echó una mirada de advertencia y empezó a recargar su .357 con balas que sacó del bolsillo.

—¿Dónde conseguiste eso?

Su voz sonaba como el zumbido de una abeja.

—En la tienda de deportes. ¿Por?

—Creo que cuando compramos las pistolas a Wallace dijimos que solo necesitaríamos las seis del tambor. Que no nos haría falta nada más. También dijiste que no habría disparos.

Se acercó a mí.

—Supuse que no habría nada malo en prepararse por si acaso. —Apuntó con el pulgar el cadáver de Kelvin—. ¿Y no te alegras de que lo haya hecho?

Se inclinó sobre el cuerpo de su primera víctima, el tipo de la chaqueta de cuero que había sacado una pistola. Su cabeza seguía derramando sangre. Sherm le cogió el arma, comprobó el cargador y se la guardó con una sonrisa.

—Treinta y ocho especial. Cargada. No está mal. Podría ser de utilidad antes de que esta mierda acabe.

Mi oído comenzaba a recuperarse, como Benjy me había prometido. Volví a captar los ruidos y pude escuchar la conmoción que se había creado fuera.

Sherm rebuscó por los bolsillos del muerto. Encontró un paquete de cigarrillos *light* y se lo guardó. Luego dio la vuelta al cadáver y sacó la cartera del bolsillo de atrás. La abrió y miró el carné de conducir. Dio una risotada ahogada.

—¿Qué? —Junto con el oído, el dolor de cabeza había decidido volver. Fuera, los polis habían comenzado a acercarse.

—Aquí pone que el tipo se llamaba Mac Davis.

—¿Como el cantante de los setenta?

—Sí. De puta madre, tío... ¡Me he cargado a Mac Davis!

Lo dijo sin darle importancia, pero había algo más bajo sus palabras. Sherm estaba empezando a perder el control. Mierda, no lo sé. Cuando lo recuerdo, creo que lo había perdido mucho antes de entrar en el banco. Sherm era mi amigo, pero nunca había confiado en él al cien por cien. Ni tampoco John. Nuestra conversación de camino a York para comprar pistolas me pasó por la mente.

«A veces Sherm me asusta», había susurrado John. «A veces creo que está loco».

«Yo también», le repliqué.

Yo también.

Sherm me miró.

—¿Has dicho algo?

—Nada. Tío, tenemos que movernos. Los polis están casi encima. Échame una mano con John. Pesa como un saco de patatas.

—¿Qué es esa cosa del suelo, señor? —preguntó Benjy a Sherm, señalando a sus pies. Algo brillante y reluciente se había caído de la chaqueta de Mac Davis.

Una placa.

—Hostia puta.

Sherm cerró los ojos, se quitó el pasamontañas y se pasó la mano por el cabello grasiento. El tipo de la chaqueta de cuero, conocido como el señor Mac Davis, recientemente fallecido, no era cantante como su tocayo. Era oficial de policía. Más tarde me enteré de que no estaba de servicio: volvía a casa después del turno de noche.

—Sherm —boqueé—, has disparado a un maldito poli.

Y entonces eché hasta la última papilla sobre mis zapatos.

Dejamos a Kelvin y a Mac Davis tirados donde estaban y terminamos de meter a los rehenes en la cámara acorazada. El grupo fue obediente y siguió nuestras órdenes. Se sentaron en el suelo en silencio, con la espalda contra las paredes de acero. Benjy regresó con su madre, y cuando cruzamos las miradas traté de dedicarle una sonrisa esperanzadora. Me devolvió la cortesía y luego apartó la vista. La mujer mayor acunaba su cruz, acariciándola, y de vez en cuando susurraba un ocasional «oh Dios», mientras que el gordo con la camiseta de Hellboy jadeaba como un perro. Las dos cajeras sollozaban; sus lágrimas se habían ido secando a medida que la realidad de la situación se iba imponiendo. El tipo de la barba y la camisa de cambray continuaba tranquilizando a la cajera mayor y le repetía una y otra vez que todo iba a salir bien. La miraba como a veces miraba yo a Michelle. Resultaba evidente lo que pasaba. Me pregunté cuánto tiempo llevaba viniendo a este banco. ¿Cuánto tiempo llevaba enamorado de ella? ¿Lo sabía la mujer?

Sherm buscó dentro de su mochila y sacó un rollo de cinta aislante. Sonrió, y el sudor de su frente refulgió bajo el pelo sucio.

—Vale —anunció—. Esto es lo que vamos a hacer. No queremos matar a ninguno más de vosotros...

—¿Por qué parar ahora? —se burló Keith—. Estáis en racha. ¿Os dan puntos por cada uno, o algo así?

Sherm lo abofeteó; primero en una mejilla, y luego en otra. Después atrapó el lóbulo izquierdo de Keith entre los dedos índice y pulgar y retorció de forma brutal y salvaje. Keith aulló de dolor y el odio ardió con fiereza en sus ojos.

—Di una palabra más, gilipollas. Te reto. Te reto dos veces.

Keith abrió la boca, evaluó a los asustados clientes y empleados, que negaban con la cabeza en silencio para implorarle que se callara, y la volvió a cerrar.

—Ahora —continuó Sherm—, y como iba diciendo antes de ser interrumpido, voy a ataros las manos a la espalda con esto. Si todos os comportáis, os dejaré los pies y la boca libres... Excepto tú, Keith. Mientras lo hago, mi socio, Tommy, va a comprobar que nadie se mueve. Si hacéis alguna tontería os disparará en la puta cara. ¿Está claro?

Dirigió la pregunta a los rehenes, pero me miró a mí mientras la planteaba. Asentí junto con los demás.

—Estupendo.

Me pregunté por qué había traído un rollo de cinta aislante si el plan original era salir pitando, pero no pregunté.

—Mami —susurró Benjy—, tengo pis.

—Háztelo en los pantalones —respondió Sherm, y apuntó con el pulgar al *friki*—.

A él le ha funcionado.

Se arrodilló al lado de la mujer mayor. Estaba temblando, aunque abrió la boca para hablar.

—Oh...

—¿Cómo se llama? —le preguntó Sherm.

—Martha.

—Martha, si vuelve a decir «oh Dios» una vez más, le corto la cabeza y me tiro el muñón. ¿Me entiende?

—N-no...

—Consiste en introducir mi pene en el orificio de la herida y follármelo.

Meneó las caderas adelante y atrás.

—Oh...

—No lo diga. No se atreva a decirlo.

La mujer abrió la boca, pero no salió ningún sonido de ella.

—Una pena. Podría haber echado un buen polvo.

A pesar de sus amenazas, Sherm no ató las manos de Martha a la espalda. Imagino que pensó que no era una amenaza. Simplemente le unió las muñecas con cinta y pasó al hombre calvo.

—Dame tu bastón. No lo vas a necesitar por ahora. No vamos a ningún lado.

El viejo hizo lo que se le ordenó. Sherm lo deslizó por el suelo hasta mí y le ató las manos.

—Estáis en un buen lío, chicos —observó el viejo.

—¡No jodas! —se burló Sherm—. Gracias por informarnos, papi. No me había dado cuenta. ¿Algo más de lo que quieras informarnos?

—¿Por qué empeorarlo reteniendo rehenes? ¿Por qué no nos dejas ir?

—Disculpa, ¿cómo te llamas?

—Roy. Roy Kirby.

—Bueno, Roy, la razón por la que no te voy a dejar marchar es que si los polis entran aquí con gas lacrimógeno, granadas de pimienta, miras láser, protección antibalas y toda esa mierda, te voy a usar como escudo humano, imagino que es por eso por lo que has sobrevivido a tu ataque al corazón... para servirme como carne de cañón. ¿Suenan bien?

—Entonces rétenme a mí —se ofreció Roy— y deja marchar al resto. Al menos al niño.

—Lo siento, pero no.

—Solo es un niño.

—Y tú solo eres un viejo. Pero los dos servís de carne de cañón excelente. ¿Me sigues?

—Rezaré por ti —respondió Roy.

—Seguro que sí, papi. Pero creo que Martha, la de ahí, ya se ocupa de eso.

Pateó el bastón en mi dirección, empujó a Roy contra la pared y pasó al siguiente rehén: el *friki* de los tebeos, cuyo nombre real era Oscar. Después de Oscar le tocó a Dugan, el hombre de barba que estaba por la cajera.

—¿Dugan? ¿Nombre o apellido?

Miró a Sherm como si fuera un insecto aplastado.

—No es de tu incumbencia.

Mientras Sherm fijaba las muñecas de Dugan, comprobé el pulso de John. Tardé un momento en encontrarlo pero estaba allí, débil y lento. Se quejó, parecía que recuperaba la conciencia. Solo fui capaz de imaginar el dolor al que tendría que enfrentarse cuando se despertara. Mi propia dolencia volvía a aquejarme ahora que la adrenalina había abandonado mi cuerpo. La cabeza me pinchaba tanto que la visión se me enturbió. Me puse de pie para evitar caerme y seguí apretando con el pie sobre el torniquete.

—¿Cómo está? —quiso saber Sherm.

—Nada bien. Nada, nada bien. Va a morirse, Sherm. Ya lo sabes, ¿no? Kelvin le disparó en el estómago. Va a morirse, joder.

—No hay nada que podamos hacer, Tommy.

—Es nuestro amigo, tío. Claro que podemos. ¿Qué coño te pasa?

Benjy se removi6, excitado.

—Lo puedo ayudar, señor Tommy. En serio.

—Vuelve a sentarte, chaval —le recomendó Sherm, mientras terminaba con las manos de Dugan.

—¡Benjy! —La ansiedad volvía a hacer presa en la mujer.

—No pasa nada —la tranquilicé, y luego me giré a Benjy—. Siéntate. Hazlo por mí. ¿Vale, campeón?

Se puso a hacer pucheros, pero se volvió a sentar, aunque dejó escapar un suspiro de frustración. Pensé en T. J., que hacía lo mismo cuando Michelle le mandaba dejar de ver *Las aventuras de la Liga de la Justicia* y prepararse para ir a la iglesia.

—¿Cómo te llamas? —pregunté a la madre.

—Sheila.

—Vale. Asegúrate de que se quede quieto.

Asintió.

—Ese hombre va a ver a Jesús en un rato si no lo ayudamos. O tal vez a la gente monstruo. Díselo, mami. A ti te creerán.

Ella lo apretó contra sí y le susurró algo al oído. Benjy se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos, descontento con el devenir de los acontecimientos.

Mientras tanto, Sherm se ocupaba de la cajera mayor, Sharon. Una mueca de dolor

atravesó la cara de la mujer cuando le apretó la cinta alrededor de las muñecas.

—¿Duele? —sonrió.

Asintió, y Sherm apretó un poco más.

—Déjala en paz —gruñó Dugan— o te...

Sherm se giró hacia él y le colocó el cañón de la .357 bajo la nariz. Dugan ni parpadeó. Tenía unas pelotas de acero, eso tenía que reconocérselo.

—¿Que harás qué? ¿Darme una paliza? ¿Matarme? Maldito cabronazo, no estás en posición de amenazarme. Yo estoy al mando. ¿Qué parte de eso no entiendes?

—No me importa lo que me hagas, pero si haces daño a Sharon volveré del cementerio para freírte vivo.

Una luz se iluminó en los ojos de Sherm. Se levantó, me sonrió y los volvió a mirar.

—Ohhhhh, ya lo pillo. Veamos: le estás metiendo a esta el viejo salami. Mierda, ¿por qué no lo has dicho antes, Dugan? Está de puta madre, tío. Tú te inflas a Viagra y Sharon es tu culito, por eso no quieres que nadie más le meta la polla. Joder, respeto eso. Toda para ti, campeón.

La cara de Dugan adoptó el color de la grana.

—Maldito perdedor bocazas... Quítame la cinta de las manos y veremos lo duro que eres.

La sonrisa de Sherm se desvaneció y su voz volvió a ponerse seria.

—Relájate. Es toda tuya, Dugan. Y Tommy ya tiene a Sheila. Las viejas y las *milfs*^[3] no son para mí.

—¿Qué es una *milf*? —susurró Roy.

—Mamá a la que querría follarme —contestó por lo bajo Oscar.

Roy cerró los ojos y agitó la cabeza.

Sherm los ignoró y volvió su atención hacia la cajera rubia y joven.

—Por otro lado, tú... —Cortó otro pedazo de cinta aislante y se acuclilló detrás de ella—. ¿Cómo te llamas, chica?

—K... Kim.

—Kim. —Repitió saboreando el nombre con la punta de la lengua—. Bonito nombre. Hey, Kim, ¿sabes qué? Voy a ser rico en cuanto salga de aquí. Tal vez quieras venirte conmigo. Viviremos en las Bahamas y toda esa mierda, correremos por ahí en bolas y nos colocaremos.

Se inclinó para besarla y ella cerró los ojos, a la vez que se pegaba a la pared. Sherm terminó de atarle las manos, le agarró la cara con una mano y la atrajo contra sí.

—Vamos, cariño, ¿qué dices? ¿Un tipo como yo y una chica como tú? No tienes que ser una estrella para participar en mi espectáculo. Dame esos siete números mágicos para que te haga una llamadita cuando esto acabe.

—Que te jodan, pedazo de mierda. —Los tacos sonaron extraños al salir de su boca, como si no estuviera acostumbrada a decirlos.

Los ojos de Sherm se abrieron de par en par, pero sea lo que sea que fuera a hacer quedó interrumpido por las carcajadas de Keith. Las lágrimas corrían por la cara del encargado. Su labio rotó se curvó mientras se reía.

—Punto para ti, Kim.

Sherm terminó con Kim, se levantó y se giró hacia Keith.

—He dejado lo mejor para el final.

Sherm se acercó a él y Keith dejó de reír. De repente se me antojó muy pequeño y asustado.

—Tommy, asegúrate de que no nos dan problemas. Keith y yo vamos a tener una bonita charla privada.

—¿Pero qué pasa con los polis?

—Los maderos no nos van a molestar en un rato. Todavía estarán tratando de averiguar qué cojones pasa aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—Esos polis no vienen por el robo. De eso estoy seguro. Cuando una alarma silenciosa se activa, la policía pone en marcha los efectivos que estén disponibles. Suena un tono de advertencia en sus coches, y suena aunque la radio esté desactivada. Es como el sistema de emisión de emergencia. En una ciudad como Hanover, al menos deberían responder dos unidades. Una se pone atrás y otra delante, de forma que cada poli esté en un extremo de la diagonal con respecto al otro. Por eso lo sé, tío. Cuando lo hacen, no hay ni luces ni sirenas. Los maderos no quieren alertar a los ladrones de que están de camino.

—Pero hemos oído las sirenas.

—Claro que sí. Hemos oído un cojón de sirenas, lo que nos indica que vienen por el tiroteo del callejón, de cuando Kelvin disparó a John, luego lo siguieron hasta aquí. Si hubieran sabido lo del robo del banco, habrían actuado de forma diferente. Venían por Kelvin. Nos han encontrado a nosotros.

—Sí que eres listo para ser un perdedor —observó Keith. Sherm ignoró el comentario, pero lo vi parpadear. Peor aún, comenzaba a moverse nerviosamente, lo que nunca era una buena señal cuando se trataba de Sherm. Cuando se movía así, pasaban cosas malas.

—¿Y entonces qué? —pregunté—. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

Mi mente trabajaba a toda potencia. En lo único que podía pensar era en Michelle y T. J. Ella estaría trabajando, vendiendo cigarrillos y boletos de lotería, y tal vez pensando en mí. T. J. estaría en la guardería, quizá comiendo algo o dibujándonos a los tres.

—Bien, nos has dado algo de tiempo al disparar contra la puerta y hablarles así a

los polis. Me has sorprendido, tío. Eso ha sido pensar rápido. No saben qué coño pasa aquí excepto que retenemos a un número indeterminado de rehenes y que hay unos cuantos pistoleros dentro. Así que se habrán retirado y habrán informado a la central. En poco tiempo, la central llamará aquí para contactar con el banco y hacer que salgan con una señal elegida de antemano para saber que todo va bien y que era una falsa alarma, o que los chicos malos ya no están.

Se volvió hacia Keith.

—¿Con quién contactan?

—Conmigo.

—Genial —Sherm me sonrió—. Fácil, ¿eh?

—¿Así que lo vamos a enviar fuera cuando llamen? —pregunté.

—Claro que no, joder. Aunque les diera la señal correcta, no habría forma de salir de aquí. Entrarían y se asegurarían. Así que cuando Keith no responda, reforzarán la posición de ahí afuera en un intento por contenernos. Probablemente ya estemos rodeados, así que es mejor alejarse de las ventanas. Hanover no tiene unidad SWAT, así que llamarán al equipo de respuesta rápida del condado de York. Esos tipos tardarán al menos una hora en llegar, tal vez más. Traerán vehículos armados, un helicóptero y toda esa mierda. Se aseguran de que los contribuyentes sepan que su dinero no se desperdicia.

»Mientras tanto, todos los oficiales acudirán aquí, excepto el pobre capullo al que le toque responder las llamadas..., y me apuesto lo que quieras a que incluso él estará por aquí cerca. Es el turno de día, así que estamos hablando de entre cinco y siete coches, cuatro detectives, un supervisor, lo más probable es que un capitán, y el jefe.

Querrá salir en primera plana en el *The Evening Sun* nocturno. Tarde o temprano, un negociador, tratará de contactar con nosotros. Cuando el equipo de respuesta rápida llegue, hará acto de presencia un segundo negociador de ser necesario. Me ocuparé de todo. Pueden tratar de romper las ventanas o disparar gas lacrimógeno o granadas de pimienta... Incluso puede que envíen ese robot que tienen, pero para eso faltan horas.

—¡Coño! ¿Qué cojones vamos a hacer si disparan gas?

—Nos preocuparemos de eso en su momento. Si es necesario, nos meteremos en la cámara y la cerraremos. No creo que el gas entre aquí. Hasta entonces, no haremos nada. Tenemos tiempo de sobra para pensar.

—¿Sentarnos y esperar? ¿Ese es tu plan?

—Por ahora sí.

—Pero...

—Una vez que el negociador venga, conseguiremos salir de aquí, pediremos un coche o un Humvee, o algo así. Nos llevaremos algunos rehenes como seguro y dejaremos a los otros como gesto de buena fe.

—¿Y nos lo darán?

Asintió.

—No sé, Sherm. ¿Por qué no nos largamos ahora? Podemos salir por atrás.

—No es una buena idea, tío. Nos tienen rodeados. Incluso si conseguimos llegar al coche de John, irán por nosotros en cuanto estemos dentro. Tienes que confiar en mí, Tommy.

Se volvió hacia Keith.

—Tu oficina está al otro lado del pasillo, ¿no?

—Sí, pero no hay dinero.

—Ahora mismo me importa una puta mierda el dinero. Lo que sí me importa es si tu oficina tiene ventanas. ¿Tiene ventanas? No me mientas, Keith, porque si voy allí y veo un poli mirando por la ventana, me lo cargo. Luego te daré por culo con mi pipa y después te mataré a ti también.

—No —Keith tragó saliva—, no hay ventanas.

—Bien. De acuerdo, este es el plan. Keith y yo vamos a tener una charla y después esperaremos la llamada de los polis. Tú te quedas aquí, Tommy. Y mantén al puto niño bajo control.

—¿Qué pasa con John, Sherm? ¿Qué hacemos con él?

No respondió. No sé si no me escuchó o si solo me ignoraba. Agarró a Keith del pelo y lo sacó de la cámara acorazada. Luego se dio la vuelta.

—No te vengas abajo ahora, Tommy. Saldremos de aquí, conseguiremos ayuda para John y volverás a ver a Michelle y T. J.

—Es sencillo de decir para ti.

Su sonrisa de siempre destelló en su cara.

—Confía en mí.

Después de que Sherm se marchara, mi dolor de cabeza empeoró; parecía que hubiera explotado justo en medio de los ojos. Me senté de nuevo, sin dejar de hacer presión contra la herida de John. Me sentía como si los dos estuviéramos muriéndonos a la vez. ¿Alguna vez has visto en algún libro o película describir el dolor como cegador? Nunca había pensado que pudiera ser cierto hasta ese momento. Por un segundo estuve ciego del todo. Frustrado, golpeé la cabeza contra la pared de acero, aunque solo sirvió para agravar la situación. La impotencia me abrumó. Pero ya no se trataba del dolor. Intenté respirar, pero me resultó imposible. Algo me subía por dentro..., un sentimiento de pesar, culpa y pena como nunca antes había experimentado. Me dio la impresión de haberme tragado un globo, un globo que se estaba inflando dentro del pecho. Al mismo tiempo, los labios se me empezaron a hinchar, como si me hubieran golpeado en la boca con un bate de béisbol. Los latidos del corazón se aceleraban a la par que la inflamación. Ahí fue cuando empecé a llorar, lágrimas calientes de autocompasión que fui incapaz de detener.

—Oh, Dios —musitó Martha.

—Uau... —susurró Oscar.

—¿Hmmm, estás bien? —se interesó Kim.

Mi intención fue la de responder, pero lo único que logré fue soltar un gañido quejumbroso. La sangre de John me empapaba las manos y los brazos. Hacía mucho tiempo que había perdido su calidez. Ahora estaba fría, fría y pegajosa. Se moría. Yo me estaba muriendo. Mac Davis y Kelvin estaban muertos. Antes de que esto acabara, quizá alguien más se habría unido al club.

—Estamos jodidos. —Apoyé la frente contra la de John y sollocé. Por un momento creí que yo iba a explotar.

—Anímate —me dijo Roy—. ¿No lo entiendes, hijo? Aún hay tiempo para salvar a tu amigo. Después de todo, tú no has participado en el tiroteo. Ha sido tu amigo, Sherm, el que ha matado a dos hombres.

—Tiene razón —apostilló Dugan, que se enderezó un poco—. Nosotros lo atestiguaremos. Podemos marcharnos ahora, mientras está ocupado con el encargado. Entonces tú te rindes y nosotros decimos a la policía que nos ayudaste a escapar.

Negué con la cabeza y me soné la nariz con la manga de la sudadera. Deseé que el dolor y las lágrimas remitieran de una vez. El moco de mi manga era rosado, y ya no estaba seguro de si se trataba de mi sangre o la de John.

—No. No funcionará, tío. Es demasiado tarde. John se está muriendo, como yo, y es por mi culpa. Toda esta mierda es por mi culpa. Mi esposa y mi hijo... Me merezco lo que me pase. Todo se ha jodido.

Roy volvió a la carga.

—Estoy seguro de que tu esposa y tu hijo querrían que hicieras lo correcto. ¿No deseas volver a verlos? Ellos sí.

—Eso no importa, señor Kirby. Ya estoy muerto.

—¿Qué quieres decir? No te van a condenar a muerte. Tal vez a tu amigo, pero no a ti. Tú solo eres cómplice, y si nos ayudas, eso hablará en tu favor.

—No es eso a lo que me refiero. Ya estoy muerto... Muerto antes de que entráramos en este puto banco.

El pasamontañas lleno de sangre parecía una esponja cargada de agua. Deposité la cabeza de John sobre el suelo, dejé sin respuesta la pregunta de Roy y coloqué el brazo inerte de John sobre el torniquete. No me gustaba la idea de apartarme de él, pero no tenía elección. Até a Sheila y a Benjy con rapidez, aunque procuré no hacerles daño. Me sentí mal, pero sabía que Sherm se lo tomaría muy mal si volviera y no estuvieran atados. Luego arranqué la cinta de las muñecas de Oscar. Se encogió y retrocedió, atemorizado.

—Por... por favor, no me mates...

—Dame tu camisa.

—¿Qué... por qué?

—Porque el pasamontañas ya no sirve de nada y necesito algo que pare la hemorragia de mi amigo, y porque Hellboy es para maricones. El Castigador es el que parte la pana.

—No... no creo... que yo...

—Oscar... —suspiré—. He tenido un día muy malo. No tienes ni idea de lo malo que ha sido. Así que no empeores las cosas, ¿vale? Dame la puta camiseta y deja de discutir conmigo.

—Haz lo que dice, hijo —aconsejó Roy a Oscar—. Es él quien está al cargo.

—Pero... no quiero que me vean. —Eché un ojo a Sheila y a Kim—. Estoy gordo. Se van a reír...

—No es el momento de tener vergüenza —lo amonestó Dugan—. Trágetela.

Oscar se quitó la camiseta despacio y me la alargó. Le temblaban las manos, y también la tripa. Parecía un gran cuenco de gelatina. Avergonzado a todas luces, hizo el intento de taparse el pecho con los brazos. Como poco, el tipo utilizaría un ochenta de sujetador.

—Lo siento, Oscar, no es nada personal. Trae aquí esas muñecas.

Para ser un *friki* lector de tebeos se movió bastante rápido.

Me lanzó un puntapié y me golpeó en la barbilla. Se detuvo, y en su cara se advirtió la sorpresa ante el éxito de su ataque, así que me golpeó con su rollizo puño. Lo atrapé, le retorcí el brazo detrás de la espalda, y apreté... fuerte. Algo crujió a la altura del hombro y Oscar aulló.

—Cállate. ¡Cállate, pedazo de mierda, o te daré una razón para gritar de verdad!

¿Me entiendes, hijo de puta? ¿Me entiendes?

Balbució algo y luego dejó de resistirse. Lo ató con la cinta de nuevo, y esta vez no fui amable. Después presioné la camiseta contra la herida de bala de John. Tanto él como Oscar gimieron al unísono. Cuando terminé, Sherm atravesó la puerta a toda prisa; llevaba la pistola desenfundada y preparada.

—¿Qué hostias pasa?

—Nada, tío. El gordo quiso jugar a ser un héroe, nada más. Ya me he ocupado de él. ¿Dónde está el encargado?

Sherm no me contestó y se fue para Oscar. Los ojos de mi compañero relampagueaban. De repente, los teléfonos del banco comenzaron a sonar a la vez. Todos dimos un respingo.

—Son los polis. Ya era hora. Me ocuparé de ellos. Quédate aquí y asegúrate de que estén calladitos. Dispara al gordo si intenta algo.

Salió a toda prisa de la habitación. Los teléfonos volvieron a sonar tres veces más y luego se pararon. La cámara se sumió de nuevo en el silencio. Durante un momento me pregunté dónde se había quedado Keith mientras Sherm estaba en la cámara. ¿No había tenido la oportunidad de escapar? Tal vez Sherm le había atado los pies con cinta.

—Me podíais haber ayudado, gente —acusó Oscar al resto de los rehenes—. Podríamos haberle reducido. Ahora ya no hay nada que hacer.

No respondieron. Oscar se retrepó contra la pared y entrecerró los ojos cuando el hombro contactó con el metal. Lágrimas de vergüenza y de rabia le corrían por la cara. Los demás apartaron la mirada de él y se dedicaron a estudiar el techo, el suelo, el dinero, los compartimentos y las cajas de seguridad. Cualquier cosa menos mirarlo a él. Salvo Benjy y Sheila. Benjy observaba a John, y Sheila a mí.

—Tu amigo, el gilipollas, ¿se llama Sherm? —me preguntó la mujer.

—Sí.

—Mencionó a Michelle y...

—T. J.

—Eso, T. J. ¿Son tu mujer y tu hijo?

Asentí y volqué mi atención en Oscar. —Hueles a meada, colega.

—Déjame en paz. ¿No has tenido suficiente?

Estuve a punto de disculparme, pero no lo hice.

—No... no quiero ofenderte —continuó Sheila—, ¿pero te paraste a pensar en cómo esto afectaría a Michelle y a T. J. antes de hacerlo? ¿No te preocupa lo que pasará si vas a la cárcel? Es evidente lo mucho que los quieres. Llorabas antes...

—Claro, claro que pensé en cómo les afectaría. Estoy haciendo esto por ellos.

—¿Por... por el dinero?

—Sí, el dinero. ¿Por qué iba a ser? No robas bancos para conseguir formularios

de ingreso.

—Pero seguro que sabes que no vale la pena. El dinero no compensará esto.

Resoplé.

—¿Que no lo compensa? ¿Consecuencias, dices? ¿Crees que no lo sé? ¿No compensa el ver a mi mujer y a mi hijo vestir ropa decente y no mierda entregada por la caridad?

¿No compensa el que dejen de comer queso del gobierno y maíz genérico, o el que le compre un juguete a mi hijo por una vez en su vida? ¿El tener calefacción y electricidad al mismo tiempo y no tener que decidir entre ambas? ¿El tener seguro médico y no tener que tragar un frasco de aspirinas cada vez que te duelen las muelas? ¿El tener por fin algo de dinero aparte de la mierda que gano? Sí, lo compensa. No me hables de putas consecuencias. No sabes nada de eso, Sheila.

Apretó los puños y su voz se vio salpicada de ira.

—¿Que no sé nada? Trata de ser una madre soltera. No me hables de queso del gobierno. Yo tuve que comerlo y juré que mi hijo nunca lo haría..., y ahora es lo que Benjy come. ¿Cómo crees que me siento? No tienes ni idea. Y al menos tu hijo tiene un padre. Al menos tienes un trabajo. A mí no me alcanza para nada, ni siquiera para comida basura. ¿Quién quiere contratar a una madre soltera que no puede permitirse ni una canguro?

—¿Podéis dejar de discutir? —rogó Benjy, y ambos paramos.

Sheila me miró con el ceño fruncido y los otros guardaron silencio. Al otro lado del pasillo, escuché a Sherm hablar al teléfono con la policía.

—No, no voy a daros mi puto nombre. Si quieres llamarme de algún modo, llámame Slim Shady... El auténtico Slim Shady.

A pesar de que lo más probable era que estuviera perdiendo la chaveta del todo, era la cosa más graciosa que había escuchado en mucho tiempo y comencé a reír. Resultaba tan grotesco... Dos personas estaban muertas, John iba camino de hacerlo, teníamos retenidos a unos cuantos rehenes, nos enfrentábamos a la cárcel o algo peor... y Sherm estaba de coña. Sheila sonrió después de un momento, y también Kim, incluso Oscar. Los otros no cogieron la broma.

—Lo siento —se disculpó Sheila—. No es de mi incumbencia. Pareces un buen tío. Demasiado como para meterte en un lío de estos.

—Ya sabes lo que dicen acerca de las primeras impresiones —comentó Dugan casi para sí. Pasé de él.

—Yo también lo siento. —Les sonreí y me volví hacia Sheila—. ¿Qué le pasó a su padre? ¿Te dejó tirada o algo así?

—Preferiría no hablar de ello, si no te importa.

—Oh, vamos —insistí—. Me aburro. Cuéntamelo.

No dijo nada al principio, así que pensé que había tocado la fibra sensible. Tal vez

el tío la dejara tirada antes de que el crío naciera, o tal vez la maltratara, o quizá Benjy fuera el resultado del lío de una noche (después de unas cuantas copas). Comencé a retractarme y le aseguré que no tenía que responderme, que no me importaba lo más mínimo y que se podía olvidar del asunto, pero entonces lo soltó.

—Es duro hablar de ello. Él... No sé quién es su padre. Estuve... estuve con muchos tíos cuando era joven. —No bajó la cabeza y clavó sus ojos en los míos, como si me desafiara a que dijera algo. El labio inferior le temblaba.

—¿Estabas con más de un tío cuando diste a luz al niño? —preguntó Sharon. El grupo al completo estaba concentrado en Sheila, todos pendientes de cada palabra.

—Sí. Con cinco o seis. No lo recuerdo con exactitud. Era joven y creía que la única forma de ganar la atención de los demás era el sexo.

—Ramera —escupió Martha, pero al menos fue capaz de salirse del poco original «oh Dios». Apretó el crucifijo con sus manos repletas de manchas y en su mirada leí el más puro disgusto.

—Creo que es genial —apostilló Oscar, que se había olvidado de la vergüenza de enseñar las tetas y de que hacía un rato le había pateado el culo—. Es como una forma de dominación, ¿sabes? Usar el sexo para controlar a los demás.

Dugan y Kim miraron hacia arriba al mismo tiempo.

—No era nada de eso —rebatíó Sheila—. La cosa no iba de dominación. Era patético. Me convertí en una puta.

—No deberías decir eso —la amonestó Oscar.

—Mira... —Sheila frunció el ceño—. Gracias por el cumplido, pero no voy a acostarme contigo aquí en esta maldita cámara acorazada, así que pasa de esa mierda.

—Deberías avergonzarte —croó Martha—. Admites tu promiscuidad. Blasfemas contra el Espíritu Santo... y tomas el nombre de nuestro Dios en vano. Es el peor de los pecados y no se puede perdonar, no importa lo mucho que reces. Te arrepentirás de esto hasta el fin de los días.

—Espera un momento. —Haciendo oídos sordos a Martha, levanté la mano que tenía libre y seguí presionando la herida de John con la otra—. ¿Qué pasó cuando te quedaste preñada? ¿No supiste de quién era?

—No. Para cuando me di cuenta era demasiado tarde. Estaba empezando mi último año. Se me retiró el periodo y me ponía fatal por las mañanas. Vomitaba a todas horas y no sabía qué me pasaba. Al fin fui al médico y me dijo que estaba embarazada. No lo creía, pero era cierto. Mi novio más o menos formal no se lo tomó muy bien. Me llamó puta y me dejó; luego mis padres me dieron la patada. No había manera posible de hacerme una prueba de paternidad, y como las leyes en Pensilvania son diferentes, no podía abortar. Tuve que dejar la escuela. Por eso es por lo que iba a depositar dinero en mi cuenta cuando entrasteis. He estado ahorrando para recibir unas cuantas clases y acabar el bachillerato. Es difícil porque voy muy

despacio, pero sin eso no encontraré trabajo.

Benjy parecía ausente mientras hablábamos. Se movía nervioso, incómodo por tener los brazos atados detrás de sí y no dejaba de mirar a John.

Dudo que ninguno de nosotros supiera cómo responder a la historia de Sheila. Resultaba increíble que fuera capaz de sincerarse y admitir algo así delante de un puñado de extraños, sobre todo dada la situación. Pero lo contó con sinceridad y espontaneidad. Nos quedamos sentados allí, rumiando sus palabras. Me di cuenta de que ninguno de nosotros mirábamos directamente al muchacho o a ella. Por fin, Roy se aclaró la garganta.

—Tu hijo es especial, ¿verdad, Sheila?

—Sí, es especial. Lo es todo para mí. Benjy es todo lo que tengo.

Roy sonrió y asintió.

—Seguro que sí, y resulta evidente que es un chico fabuloso. Pero no es a lo que me refiero. Benjy puede... hacer cosas, ¿no? Cosas especiales, ¿verdad?

Sheila apartó la vista. Una pequeña vena en su garganta se marcó; había algo de lo que estaba asustada. No asustada por ser una rehén. Había algo más. Algo más profundo.

—¿De qué habla, señor Kirby? —preguntó Sharon.

—Antes de que dispararan al amigo de Tommy —señaló con la cabeza a John— me estaba muriendo. Así de claro: me moría. Mentí a Tommy y a Sherm; les dije que era la angina para proteger al chaval, pero lo cierto es que tenía un ataque de corazón en toda regla. El tercero, para concretar, así que te puedes imaginar que sé de lo que hablo. Es inconfundible. Los *bypass* son algo muy serio. Mi esposa Nora, que Dios la guarde en su gloria, murió de cáncer de ovarios hace tres años. Tenía un corazón tan saludable como el de un caballo. Pero el mío..., siempre me ha dado problemas. Es hereditario. Mi padre también estaba enfermo. Y mi abuelo.

—¿Y entonces por qué no te has muerto? —preguntó Dugan—. Estuve mirando. El chico no te practicó ninguna técnica de reanimación ni nada similar. Solo te puso las manos sobre el pecho.

—Sí, eso es lo que hizo. Solo eso. Me puso las manos sobre el pecho. Estaba asustado por lo que pudiera pasarle, ya que se encontraba en mitad del tiroteo, pero me sentía tan débil que fui incapaz de hacer nada. No me quedaba aliento ni para pronunciar un par de palabras. Dejó las manos ahí y mi pecho empezó a adquirir una cierta calidez. Después desapareció el dolor. Para cuando Sherm había disparado al negro con la pistola, el que parecía ir hasta arriba de drogas, ya estaba bien. Mejor que bien, de hecho. A pesar de las circunstancias actuales, no me había sentido así en años.

Dugan resopló.

—No es el nuevo Mesías. Ya has oído la historia de Sheila. No me atrevería a

denominarlo «inmaculada concepción». Sin ofender.

—No estoy diciendo eso —insistió Roy—. Solo digo que Benjy posee un don. Un toque curador.

—No te preocupes —murmuró Sheila.

—Tal vez te equivoques —apuntó Kim—. Tal vez fuera solo estrés. Yo también estaba asustada y pensé que me iba a dar un ataque al corazón.

—No, jovencita, me temo que no. No fue un error. De eso estoy seguro. Este pequeño, Benjy, me ha curado. Es cierto. Por eso me ofrecí a Sherm si dejaba ir a Benjy. Es un hombrecito admirable.

Sonrojada, Sheila sonrió.

—Gracias. Nunca antes nadie había dicho algo así. No sé por qué lo admito ahora.

—Sencillo —gruñó Dugan—. Es un caso de síndrome de Estocolmo.

—¿Qué es eso? —preguntó Kim.

—Se da cuando alguien se vincula desde un punto de vista emocional con su captor, Tommy, en nuestro caso. Es una estrategia de supervivencia que adoptan los rehenes secuestrados. Lo llaman así debido a un secuestro que se produjo en el robo de un banco en Estocolmo, Suecia, en 1973. Cuando terminó, una de las mujeres se lió con uno de los secuestradores, y otro rehén creó un fondo de ayuda para los atracadores.

—Ese tipo de cosas tarda en suceder —puntualizó Oscar—. Nosotros no llevamos aquí más de una hora.

Al otro lado del banco, Sherm gritaba al teléfono.

—Tenemos un montón de C-4 y no dudaremos en utilizarlo. ¡Si vemos que cualquiera asoma la cabezota por esa puerta, volaremos el puto edificio!

Hubo otro sonido..., un golpe amortiguado pero frenético, que reforzó sus palabras. Me pregunté qué había sido, aunque decidí no querer saberlo. Lo más probable es que fuera Sherm atizando a Keith.

Roy siguió hablando.

—No importa el tiempo que haya pasado, creo que es evidente para todos quién es el tipo bueno aquí y quién el malo. Tú no eres de los malos, Tommy. No en el fondo. Eso está claro, a pesar de lo que hayas hecho hoy. Y aún tienes la oportunidad de arreglarlo.

—No sabe nada de mí, señor Kirby.

—Sé que no quieres que nadie más salga herido. Y sé que amas a tu esposa y a tu hijo, y que quieres volver a verlos. Es lo único que necesito saber.

—¿Cree que soy estúpido? ¿Cree que no sé de lo que va esto? Me está dorando la píldora para que lo suelte o no le haga daño.

—No, digo la verdad.

—Ya, claro.

Dugan estiró el pie y tocó el zapato de Sharon con el suyo. Ella sonrió y se acercó un poco más hacia él. Durante un momento deseé que tuvieran libres las manos, para que se echaran el brazo por encima y así pudieran reconfortarse.

—Esto es una mierda —jadeó Oscar—. Se supone que tendría que estar currando ahora. Joder, espero que no me echen. Eso sería una gran putada. Ya me he retrasado con el pago de mi préstamo universitario.

—Yo ya estoy en el trabajo. E imagino que también me perderé las clases nocturnas —musitó Kim.

Al otro lado del pasillo el golpeteo continuó, pero ahora Sherm guardaba silencio. Se hacía más débil, más lento.

Aguardamos.

Al final, el sonido cesó y no volvió a escucharse.

John oscilaba en el filo de la navaja. Traté de pensar en cualquier otra cosa.

—Así que —le dije a Sheila—, recapitulemos. Te quedaste preñada y tuviste a Benjy. No sabes quién es su padre. Y Benjy cura a la gente tocándola. ¿Cierto?

—Te estás burlando de mí.

—No, en serio. No lo hago.

—Es una locura —interrumpió Kim—. Hey, sin acritud, Sheila, pero aquí estamos todos sometidos a un gran estrés. Tal vez sea... no lo sé, tal vez es una forma de afrontar la situación.

—Eso no explicaría la razón de que me haya curado —intervino Roy.

—Es una locura —insistió Kim.

—No es una locura —replicó Oscar—. Hay millones de casos en los que la gente cura a otros mediante la imposición de manos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Sharon.

Se encogió de hombros.

—Leo *Fortean Times* y *Fate*. Los compro en la tienda de tebeos a la que voy.

Benjy cantaba, ausente. Reconocí el soniquete como uno que T. J. había tarareado por la casa, algo de unos dibujos japoneses. Echaba de menos a mi hijo. En ese instante, habría cambiado todo el dinero del banco por tener la oportunidad de darle un abrazo.

—¿Qué más hace? —le pregunté a Sheila.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... ¿Puede convertir el agua en vino, levitar y esas cosas? ¿Andar por las aguas?

Kim siguió la coña.

—¿Y multiplicar un menú infantil de hamburguesería en treinta?

—No. Solo cura a la gente, eso es todo. Sabe cuándo alguien está enfermo y lo sana.

Se me ocurrió una idea.

—¿Y puede... resucitar a los muertos?

—¡No! Claro que no.

—¿Cómo te diste cuenta de sus habilidades? —inquirió Roy.

Se detuvo e hizo memoria.

—Tenía unos tres meses. Vivíamos en un apartamento de una habitación, justo por encima de la vieja tienda de empeños. No había nadie que me ayudara con él. Mis padres me echaron de casa cuando les anuncié que estaba embarazada. Me contestaron que era una zorra y que arruinaría su preciosa vida. Benjy se despertaba a medianoche y quería su leche. Estaba medio despierta, ¿sabes? No cansada, no... Exhausta. Puse un cuenco de cristal con agua en el microondas para calentarla, y luego meter allí el biberón de leche. Benjy seguía llorando y yo no prestaba mucha atención al agua, así que se calentó demasiado, y cuando saqué el cuenco me quemé los dedos. No fue grave, pero dolía mucho. Después de usar el agua para templar la leche se la di a beber, y entonces apretó los dedos en torno a los míos y el dolor se esfumó. Así de simple. —Chasqueó los dedos—. No le di mucha importancia entonces. Me imaginé que era solo una coincidencia, ¿sabes? Pero entonces, cuando Benjy tenía tres años, ahorré algo de dinero y le compré una perra para su cumpleaños. La llamamos *Sandy*, y era el pachón más bonito que jamás hayáis visto. La perra quería mucho a Benjy. El niño le tiraba de las orejas y de la cola, y *Sandy* se quedaba sentada y se dejaba hacer. ¿Querías a la perrita, eh, cariño?

Benjy asintió, más atento ahora que se había convertido en el centro de atención.

—Un año después, me retrasé unos cuantos meses en el pago del alquiler. El casero era un capullo, no me iba a pasar ni uno. Así que una mañana, en pleno invierno, dos policías se presentaron con una orden de desahucio. Nos echaron á la calle mientras nevaba. Recuerdo que hacía mucho frío y que no tenía ni idea de a dónde ir. Me asustaba la idea de volver con mis padres.

Ahí paró de hablar, la voz embargada por la emoción.

—Los agentes nos dieron el tiempo suficiente para hacer las maletas y ya está. Mientras tenían la puerta abierta, *Sandy* salió fuera. Supongo que estaba algo asustada por el revuelo, porque corrió hasta la mitad de la calle, algo que nunca antes había hecho, y un coche la atropello. Fue horrible. El crujido de los frenos del coche, y entonces sonó un horrible golpe y allí se quedó, gañendo y jadeando sobre el pavimento. Recuerdo que pensé: *parece un pez fuera del agua*. El conductor ni siquiera paró. Ese hijo de puta siguió sin mirar atrás. Antes de que pudiera pararlo, Benjy corrió hacia la carretera. Lo seguí de cerca porque temía que le pasara lo mismo.

Sheila lanzó un largo suspiro, molesta.

—Cuando nos acercamos al animal, no tardé en darme cuenta de que no había nada que hacer. Incluso si hubiéramos tenido el dinero para el veterinario, la perra se estaba muriendo y no había remedio alguno. Le salía sangre de la nariz y de la boca, y su vientre... sus tripas...

Se echó a temblar y fue incapaz de terminar la historia.

—La hice sentir mejor. —Benjy continuó donde su madre lo había dejado—. Toqué a *Sandy* y sus tripas volvieron a su sitio y dejó de sangrar. En unos pocos minutos ya estaba bien. Quiero a mi *Sandy*.

Estiró el cuello hacia su madre.

—Mami, ¿cuándo iremos a ver a *Sandy*? ¿Pronto? Está sola en el apartamento y seguro que tiene hambre. Seguro que tiene que hacer pis. Y yo también tengo ganas.

—Pronto, cariño. Pronto...

—No cuentes con ello.

Sherm entró en la cámara acorazada. Me percaté de que Keith no estaba con él y me vino a la mente el golpeteo.

—Nadie se irá a menos que lo haga en una puta bolsa para cadáveres. Y por supuesto, no antes de que los polis nos den un medio para largarnos de aquí. Entonces, unos cuantos de vosotros nos acompañaréis. Si el niño tiene que ir a mear, que se aguante.

Le guiñó a Kim y ella le respondió frunciendo el ceño. Luego Sherm nos miró a todos y cada uno de nosotros.

—¿Qué me he perdido? —me preguntó.

—Pues no mucho. Solo charlábamos, mientras yo trataba de mantener la presión sobre el agujero de bala que tiene John en el estómago con la esperanza de evitar que se desangre hasta morir.

Pasó por alto mi tono sarcástico.

—¿Y qué has hecho tú? —pregunté—. ¿Qué les has dicho a los polis?

—Me he asegurado de que sepan quién coño es el jefe aquí.

—¿Y quién es? —le repliqué.

—Nosotros, capullo. ¿Y ese tono de voz?

—Me da en la nariz que eres tú el único que toma las decisiones. Solo es eso.

—Hey, tío, trato de sacarnos de aquí, Tommy. Cuando quieras te puedes largar tú solo.

—Claro. —Suspiré—. ¿Y qué más les has dicho?

—Se supone que llamarán en media hora para que les comuniquemos nuestra lista de exigencias. Lo único que saben es que somos seis, armados hasta los dientes, y que tenemos una decena de rehenes, más o menos.

—Tú no fuiste a clase de Matemáticas, ¿verdad, hijo? —preguntó Roy.

—Cierra la puta boca, viejo de mierda. ¿Quién te ha preguntado? La falta de información no les va a hacer daño.

—¿Dónde está el encargado? —apunté.

—¿Keith? En la otra habitación. No te preocupes: no va a ir a ninguna parte. Lo tengo atado y bien atado.

Andaba por la cámara como un animal enjaulado.

—Tengo hambre. Kim, ¿tenéis un frigorífico por aquí o algo parecido?

—No. Salimos fuera para comer. Lo único que tenemos es un bidón de agua.

—Mierda. Me lo imaginaba. —Sacó los cigarrillos, extrajo uno del paquete y abrió el encendedor. El restallido reverberó en el silencio. Inhaló mientras movía los pies de manera inquieta. Luego cerró el encendedor de un golpe. Luego lo abrió. Lo volvió a cerrar. Lo repitió una y otra vez, hipnotizado. Durante el proceso, su desazón pareció incrementarse.

—Te aseguro que es la mano de Satán —dijo Martha—. Satán está entre nosotros. Justo como me dijo el pastor de mi iglesia. El demonio está vivo y sus acólitos caminan por las calles. Nos tienen prisioneros. Se acerca el día del juicio.

—Cállate —le reprendió Sharon—. No necesitamos un sermón ahora. No va a hacernos ningún bien, así que guarda silencio.

—¡No me callaré! Estos hombres, este chico... son el mal. Su maligna influencia se extiende entre nosotros. Ya estáis mancillados. Todo acabará cubierto de sangre. Solo la sangre lo lavará, como se dice en el Antiguo Testamento. La sangre de inocentes. La sangre del rebaño.

—Creo que era mejor cuando solo decías «oh Dios» —gruñí.

—¿Por qué carajo dice que el chico es el mal, Tommy? —quiso saber Sherm—. Lo de tú y yo lo entiendo. Somos los chicos malos, los atracadores. Pero, ¿y el chaval? ¿Qué pasa con él?

—Ni puta. Está como una maldita regadera, tío.

Contuve el aliento y esperé a ver si los otros revelaban el secreto de Benjy, pero no lo hicieron. Comprobé que Sheila se sintió aliviada.

—¿Señor? —Benjy miró a Sherm—. Señor, está enfermo. ¿Lo sabe, no? Está en su cabeza, como abejas. La oscuridad. La gente monstruo está dentro y se lo están comiendo.

—El diablo —graznó Martha—. El diablo está en su cabeza. En todos. Su nombre es legión porque se cuentan por millares, y muerden y arañan con sus garras y colmillos afilados y diminutos...

Dugan, Sharon, Sheila, Kim y yo le gritamos que se callara al mismo tiempo. Sherm empezó a agitarse de nuevo.

—¿Cómo se encuentra Polla de Peluche? ¿Y por qué el gordo está medio en pelotas? ¿Y por qué el chico cree que tengo una colmena en la cabeza?

—John... no está bien. Sigue vivo, nada más. Utilicé la camiseta de Oscar para taponar la hemorragia, y creo que ya necesito otra.

—Estupendo. Kim donará la suya.

—Que te jodan —escupió.

—Te has ofrecido voluntaria y no pienso negarme. Además, ¿qué más te da? ¿Llevas sujetador, no? Bueno, la verdad es que también podrías donarlo.

—Tu amigo no tardará en morir —sentenció Dugan—. Un disparo en la tripa duele como el infierno; por eso es por lo que está inconsciente. Pero a menos que entre en choque circulatorio o que haya perdido mucha sangre, aún hay tiempo de llevarlo al hospital. Su propia mierda lo envenenará, pero aún tardará. Si sufre un choque circulatorio o pierde mucha sangre, es probable que entre en coma. Tienes que conseguirle ayuda antes de que ocurra. Unos paramédicos podrían entrar y tratarlo. Si entra en coma, la cosa se pondrá muy fea.

Dejé de presionar la camiseta sanguinolenta. Apreté los puños.

—¿Has pedido a los polis una ambulancia?

—No. ¿Crees que lo harían?

—Dios santo, tío... Le han disparado. Se está muriendo, Sherm. Diles que tenemos un rehén herido o algo así. Se llevarán a John al hospital y tal vez ni siquiera averigüen que iba con nosotros.

—Vuelve a la Tierra, Tommy. ¿Qué mierda has estado fumando? Sabrán que es uno de los atracadores en cuanto despierte. ¿De verdad crees que ese idiota aguantará un interrogatorio? Lo calarán de inmediato y luego cantará como un canario.

—¿Y qué coño nos importa, Sherm? ¿Eh? Ya nos tienen rodeados. Todo el mundo aquí conoce nuestros nombres. Hagamos lo que Dugan ha dicho. Que entren unos sanitarios.

—Sí, claro. ¿Y qué hacemos cuando resulten ser SWAT disfrazados, eh? ¿Qué te parece? Sería como pedir que nos capturen.

—No son tan estúpidos, Sherm. Saben que esto acabaría en un baño de sangre si intentan una cosa así. Tenemos que hacer algo, colega. Es mi puta movida, maldita sea. Yo soy quien manda.

—De acuerdo, tío, tranquilízate de una puta vez. Por amor de Dios... Les pediré que traigan una ambulancia cuando llamen.

Se deslizó por la pared y se sentó en el suelo, al lado de John y de mí. Escupió el cigarro que tenía en la boca y se encendió otro. En ese momento yo necesitaba fumar con desesperación. Ni siquiera cuando el doctor me diagnosticó el cáncer tuve un ansia similar. El humo de segunda mano flotó hasta mí y lo aspiré, paladeándolo.

—Hey ¿me das uno?

—Claro. —Me alargó el paquete y el encendedor. Me di cuenta de que era el encendedor plateado que había robado a Mac Davis. Echó un vistazo en derredor y

suspiró.

—Joder, estoy hambriento. Me comería a Kim ahora mismo.

Sherm miró a Kim. Kim miró a Oscar. Oscar miró al suelo. Dugan y Sharon se miraron el uno al otro. Sheila me miró a mí y yo la miré a ella. Roy nos miraba a todos y Martha tenía los ojos cerrados y apretados con fuerza, mientras susurraba oraciones para que Jesús la salvara de los sirvientes del demonio. Benjy nos miraba a John, a Sherm y a mí, y me pregunté qué es lo que vería.

Nos quedamos sentados y callados durante un buen rato. Sherm terminó de saquear la cámara y vació el contenido en la mochila. Por fin, por mediación de las tímidas súplicas de Sheila y mis argumentos a favor, Sherm accedió a dejarme escoltar a Benjy al baño. Sheila rogó para venir con nosotros, pero Sherm se negó y la obligó a quedarse allí.

Conduje a Benjy por el pasillo. Me sentí nervioso al dejar a John y los rehenes. La oficina de Keith, cuyo nombre colgaba de la puerta, estaba justo al otro lado del pasillo de la cámara acorazada. Había otras cuatro puertas cerradas a la derecha, una salida de incendios y una puertecita al final del pasillo, que imaginé sería la que daba al armario de la limpieza. En la cuarta puerta había un cartel que rezaba «Aseos».

—¿Cómo lo llevas, hombrecito?

—Estoy bien, señor Tommy —me miró y se apretó la bragueta—, pero me estoy meando.

Reprimí una sonrisa.

—Bueno, entonces será mejor que acabemos cuanto antes.

Caminé hasta la puerta y la empujé, luego me aseguré de que no tenía ninguna ventana. No las había, así que suspiré aliviado.

—¿Lo... lo haces tú solo?

—Sí. Como le digo a mami, ya no soy un niño, señor Tommy. Estoy en párvulos, no en la guardería. Ya soy mayor.

—¡En párvulos! Lo sabía. —A pesar de la situación, me reí—. Vale, entonces te esperaré aquí.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Un poco después, escuché el ruido de la cremallera y luego el sonido del pis caer en la taza. Me eché contra la puerta y cerré los ojos. Suspiré. Anhelaba un cigarrillo. Moví el cuello hasta que crujió y después golpeé la puerta con la cabeza.

Dentro, alguien respondió con otro golpe.

Me puse alerta de inmediato, y olvidé la jaqueca. Levanté la pistola y pegué la oreja contra la puerta. Al otro lado repiqueteaba un sonido electrónico, como un teléfono móvil o un videojuego con el volumen puesto muy bajo.

En el baño, Benjy tiró de la cadena. Maldije. El estruendo ahogó cualquier otro sonido.

Con mucho cuidado, cogí el pomo con mano temblorosa. Escuché el discurrir del agua cuando Benjy empezó a lavarse las manos. Cantaba otra canción de dibujos, pero esta no la reconocí.

Conté hasta tres, giré el pomo, abrí la puerta de golpe y adelanté la pistola.

—¡Quieto ahí, hijo de puta! ¡No se te ocurra moverte!

Estaba oscuro dentro, pero distinguí una forma. Era humana y estaba sola.

—¡No dispare! ¡Oh, Dios, no dispare!

—Sal de una puta vez de ahí. ¡Ven aquí ahora mismo!

Un hombre negro de mediana edad con uniforme azul salió a trompicones al pasillo. No dejaba de temblar, y en las manos, que llevaba sobre la cabeza, sostenía un teléfono móvil.

—Señor Tommy —me llamó Benjy desde la puerta—, ¿qué pasa? ¿Algún problema?

—Benjy, quédate ahí, campeón. No pasa nada. Pero no salgas.

Al final del pasillo oí a Sheila gritar dentro de la cámara, y a Sherm ordenarle que se callara.

El labio del hombre negro se torció. Una etiqueta sobre su bolsillo izquierdo rezaba «Lucas», y sobre la derecha había otra que indicaba «Repartidor de agua».

—¿Quién cojones eres tú, tío? ¿Cómo has llegado hasta ahí? ¿Qué hacías dentro? ¡Responde!

—Soy... soy Lucas. El repar... repartidor.

Sherm sacó la pistola por el dintel de la cámara y luego asomó la cabeza.

—¿Qué hostias está pasando ahí, Tommy? ¿Quién coño es ese?

—Dice que se llama Lucas. Por lo que parece, es el repartidor de las botellas de agua. Estaba escondido en el armario del conserje.

—¡Joder! Trae a ese hijo de puta ahora mismo. ¡Ahora!

—Benjy —grité, aunque procuré que mi voz sonara calmada—, ya puedes salir.

Poco a poco entornó la puerta y miró fuera. Sus manitas aún chorreaban jabón. Abrió los ojos de par en par cuando vio a Lucas y volvió a cerrar la puerta.

—No pasa nada, Benjy. Vuelve con tu madre y deja que Sherm te vuelva a atar.

—Pero señor Tommy...

—Atiende, Benjy. Hazlo. Te prometo que no pasará nada.

—Vale, señor Tommy.

El niño trotó hacia la cámara, mientras Sherm no le quitaba el ojo de encima. Moví la pistola para indicar a Lucas que debía hacer lo mismo.

—Mantén las putas manos a la vista.

—Tranquilo, tío. Tranquilo. Tú no dispires, ¿vale? No quería haceros daño. Solo estaba asustado, tío. Cagado de miedo.

—¿A quién has llamado por teléfono? —le pregunté.

Parpadeó.

—¡A nadie!

Con la pistola apuntándole, le quité el móvil de las manos. Las luces del teclado aún estaban iluminadas y la pantalla mostraba el último número marcado.

Nueve uno uno.

—Mierda. ¡Has llamado a los maderos!

—Lo siento. No me dispare, señor.

—¿Qué hacías ahí? ¿Cómo entraste en el banco?

—Solo hacía mi trabajo. Solo eso. Entrego el agua y me llevo las botellas vacías como cada jueves. Había terminado el reparto y estaba en el baño lavándome las manos cuando escuché el tiroteo, así que me escondí en el armario. No sé qué coño pasaba, pero me imaginé que sería un robo.

—Parece que estabas en lo cierto.

Lo seguí por el pasillo y lo empujé hacia la cámara acorazada. Sherm lo aferró con una sonrisa inquietante.

—Bueno, bueno, bueno. Mira quién demonios tenemos aquí. Un invitado que llega tarde a la fiesta.

Entre Lucas, Sharon y Kim hubo miradas de reconocimiento. Sherm y yo nos dimos cuenta de inmediato.

—Oh, por lo que veo ya conoces a las damas. —Sherm sacó la cinta aislante—. Aparca ahí tu culo. Ahora.

—Lo siento, Lucas —dijo Sharon.

—¡Cierra el pico! —Sherm cortó un trozo de cinta y comenzó a atar las manos del conductor tras la espalda. Lucas se estremeció.

—Mira, tengo una esposa y dos niños en casa, y otro en el instituto. No me mates, por favor. Te lo imploro, tío. Haré lo que queráis.

—Lo que quiero es que cierres la maldita boca —restalló Sherm.

Se dio la vuelta para observar a Kim y Sharon, y ambas se aplastaron contra la pared, tensas de súbito.

—¿Cuándo pensabais decirme que este tipo estaba en el banco con nosotros?

El tono amenazador que destilaba la voz de Sherm casi se podía palpar.

—No lo sabíamos —protestó Sharon—. Es la verdad, Sherm. Cuando llegasteis creí que ya estaba fuera. Dejé de prestar atención a los detalles cuando se desencadenó el tiroteo.

—Me estás mintiendo, zorra.

—No. Te lo juro, es la verdad.

—Maldita sea, déjala en paz —gritó Dugan—. Te está diciendo la verdad.

—Calla la boca, tipo duro. Os advertí lo que pasaría si nos la intentabais dar con queso.

Después de atar a Lucas se cernió sobre Sharon.

—En serio que no lo sabíamos, Sherm —intercedió Kim—. No queríamos jugároslo ni nada de eso. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Tú eres quien está al mando. Por favor, tienes que creernos.

—¿Sherm?

—¿Qué pasa, Tommy? —No apartó los ojos ni de Sharon ni de Kim.

—He encontrado esto. —Levanté el móvil—. Ha marcado el nueve uno uno. Imagino que ha estado hablando con los polis. No sé lo que les ha dicho, pero me da que nada bueno.

Sherm se inclinó y agarró la cara de Lucas entre las manos, para luego acercársela.

—¿Qué hostias les has dicho?

—Nada. No les he dicho...

Sherm se movió tan rápido como una piraña. En un instante le había mordido a Lucas la nariz. El repartidor gritó y la sangre fluyó por las comisuras de la boca de Sherm.

—¡Para! —gritó Kim—. Déjalo en paz.

Sherm meneó la cabeza adelante y atrás como un perro y luego se apartó. Sharon y Kim chillaban. La nariz mutilada de Lucas derramaba sangre sobre el uniforme azul. El repartidor lloraba.

—Eso por mentirme. —Sherm se limpió la boca con la manga—. Hazlo otra vez y te arrancaré de un mordisco un puto dedo. O puede que a una de esas mujercitas en tu lugar. Les mordería las tetas o algo así. ¿Te gustaría? O tal vez podría sujetar el clítoris entre los dientes y luego... ¡ñas! Joder, hasta podría mascar una de las tetas del gordo. Si crees que estoy de coña, prueba a ver qué pasa.

—No, señor —resolló Lucas—, no creo que esté de coña. Creo que sí que lo haría.

—Bien. Ahora cuéntamelo todo, desde el principio. Y recuerda, Lucas, sabré si me mientes.

Lucas inhaló. La sangre, de un rojo brillante, seguía manándole de la nariz, y las lágrimas le corrían por la cara.

—Acá... acababa de dejar el suministro semanal de agua y me había llevado las botellas vacías. Mi camión había estado dando problemas con el aceite... Tiene una fuga. Les había dicho a los de mantenimiento que lo arreglaran, pero son incapaces de encontrarse el culo con las dos manos y una linterna. Así que comprobé el nivel de aceite antes de salir hacia el siguiente destino. Me ensucié las manos y decidí volver al banco a lavármelas. El baño es solo para empleados, pero Keith me dejó usarlo. Estaba en el baño cuando escuché el tiroteo. Me asusté; no sabía muy bien lo que pasaba... Luego me escondí en el armario de la limpieza. Lla... llamé a la policía con el móvil, y luego a mi superior del trabajo, y le dije que también contactara con la policía. Traté de llamar a mi mujer, pero no estaba en casa. Acababa de hablar con la policía por segunda vez cuando su amigo me cogió.

—¿Así que has hablado con los maderos dos veces? ¿Qué les has dicho?

—No demasiado. Solo...

El repartidor miró a Sharon y a Kim y tragó saliva, nervioso. La sangre discurría por su cara. Se lamió los labios y continuó.

—Les conté que estaban robando el banco, que había escuchado un tiroteo y que era probable que hubiera gente herida o muerta. No sabía cuántos erais ni cuántas personas había aquí dentro. Eso es todo. Me hicieron un montón de preguntas pero no fui capaz de responderlas porque dentro del armario no veía nada. Así que me recomendaron que me quedara allí sentado. Aseguraron que me sacarían de aquí. La segunda vez que hablé con ellos me comentaron que el equipo de respuesta rápida había partido de York y que todo saldría bien. Seamos razonables. ¿Qué se supone que iba a hacer, dada la situación? Estaba asustado.

Necesitaba otro cigarro. No sabía qué hacer con el móvil, así que me lo guardé en el bolsillo.

—¿Qué crees, Sherm? —pregunté.

Exhaló y movió la cabeza.

—No pasa nada. No importa mucho. Si fueran a entrar a saco para intentar tomar el banco basándose en lo que este gilipollas les ha dicho, ya lo hubieran hecho. Seguiremos con el plan previsto. Por ahora todo va bien.

—John no, Sherm.

—Ya lo sé, colega. Quiero decir aparte de eso. ¿Mejor ahora?

Asentí.

Lucas miró a Sharon.

—¿Dónde está Keith? Hace un rato, cuando estaba en el armario, me pareció escuchar...

—Tú no eres quien formula las malditas preguntas —escupió Sherm—, así que siéntate y cierra la puta boca. No te preocupes por Keith. Me he ocupado de él y no irá a ninguna parte.

Se encendió otro cigarro y tomó una larga bocanada, y cuando volvió a hablar lo hizo con un tono un poco más calmado.

—Dime una cosa, Lucas. ¿Tu camión tiene aceite?

—¿Qué?

—El motor, coño. Esa cosa grande que está en el capó y que hace que el coche se mueva. Has dicho que tenía una fuga. ¿Cuándo lo comprobaste esta mañana iba bien? ¿Funcionaba?

—Sí, claro. Mantenimiento lo había estado mirando. Había quemado casi un cuarto, pero aún quedaba mucho.

—¿Ves? Poco a poco nos vamos entendiendo. ¿Y es ese que está aparcado ahí fuera, al lado del contenedor del restaurante chino?

—Sí.

Recordaba haberlo visto cuando salimos del coche de John. Ahora me parecía que

habían pasado años desde entonces.

—¿Están las llaves en el camión o las tienes tú?

—Las tengo yo. Están en mi bolsillo izquierdo.

—Estupendo. —Sherm sonrió—. Mierda, es genial. Vamos a echar un ojo a ver qué tal va el asunto. Vas a mirar por la ventana trasera y decirme cuántos polis están merodeando cerca de tu camión y de mi coche.

—No hay ninguna ventana —interrumpió Sharon—. La única forma de ver algo es abrir la puerta de incendios. Pero si lo haces, la alarma saltará.

—¿Entonces dónde fumáis? No veo ningún cenicero.

—No, no lo hay. Las chicas... salen fuera.

—Así que la alarma se desconecta durante el día, ¿verdad?

—Sí —admitió reluciente—. Keith la apaga para que Kim y las demás chicas puedan fumar fuera. No quiero que lo hagan enfrente del banco. La compañía que dirige el centro no lo permite, y Keith piensa que pudiera molestar a algunos clientes.

—Bueno, entonces no hay ningún problema, la alarma está apagada. —Cogió a Lucas del brazo y lo levantó—. Vamos, colega. Veamos cómo está tu camión.

Algo confuso, le hablé antes de que saliera.

—Sherm, ¿qué cojones vas a hacer con el camión?

Sherm empujó a Lucas hacia la puerta de la cámara acorazada y se dio la vuelta para responderme.

—Te aseguré que encontraría la manera de sacarnos de aquí, ¿cierto? Pues es esta, tío. Este es nuestro billete para casa. Usamos los rehenes como escudos humanos, salimos por la puerta de atrás y nos largamos. Si no podemos llegar a nuestro coche, usamos su camión. Entonces los polis entran y Polla de peluche recibe ayuda. ¿Te parece un buen plan?

Me encogí de hombros.

—¿Qué más da? Vas a hacer lo que te dé la gana de todas formas.

—¿Alguna pregunta más?

—No.

—Vale. Vigílalos hasta que volvamos.

Según se alejaba por el pasillo, escuché a Sherm preguntar a Lucas cuánto se sacaba un repartidor de agua a la semana. Sus carcajadas retumbaron en las paredes.

En mis brazos, John moría.

Martha dejó de rezar por un momento.

—Oh, Dios.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Martha —suspiré—. No podría estar más de acuerdo contigo.

Y John seguía muriéndose cuando mi bolsillo comenzó a vibrar.

Jadeé a mi pesar y los rehenes hicieron lo mismo, nerviosos porque no sabían lo que ocurría. Los pechos de Oscar temblaron. No me despegaron los ojos de encima mientras metía las manos en el bolsillo. Luego me calmé al recordar que me había guardado el móvil de Lucas en los pantalones.

—No pasa nada —les aseguré—. El móvil del repartidor está vibrando. Debe de haberlo puesto en modo silencioso o algo así. No pasa nada. Solo me asusté por un segundo, nada más.

Dejé escapar una risita nerviosa y ellos se relajaron... tanto como permitían las presentes circunstancias.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el móvil. La pantalla se había iluminado; un verde que brillaba bajo las luces fluorescentes. La llamada entrante había sido identificada como «Vera». Me pregunté quién sería Vera. Lo más seguro es que su mujer. Lucas dijo que había intentado llamarla pero que no había vuelto a casa. Tal vez le estaba devolviendo la llamada, o quizá se debiera a que el robo había trascendido y quería asegurarse de que no estaba allí ya.

Su preocupada mujer lo llamaba para asegurarse de que estaba bien. De algún modo, sabía que era por eso. El banco se hallaba en su ruta y Vera quería cerciorarse de que Lucas estaba bien. Michelle habría hecho lo mismo. Durante un instante, pensé en contestar y decirle a Vera que Lucas estaba bien, que su camión funcionaba y que ahora mismo no podía coger el teléfono, pero que pronto estaría en casa porque Sherm se lo había prometido.

Pero no lo hice. Lo que hice fue preguntarme lo que mi propia esposa estaría haciendo. Si yo hubiera sido Lucas, Michelle habría estado preocupadísima por mí. Por supuesto que Michelle no tenía ninguna razón para pensar que estaba en el banco, sobre todo en este, en el que ni siquiera teníamos cuenta. Se suponía que estaba trabajando. Aun así, pensé en si ya habría sabido del atraco. ¿Cuánto sabrían de nosotros los polis? ¿Qué es lo que estarían diciendo por la tele? Si todavía no lo sabía no tardaría mucho en averiguarlo. Se lo diría un cliente, o pondría la radio, o se enteraría al volver a casa. Le di vueltas y más vueltas, pero por alguna razón fui incapaz de recordar a qué hora salía Michelle del trabajo.

El teléfono dejó de vibrar y la pantalla volvió a sumirse en la oscuridad.

Sin pensar siquiera, presioné el número de casa y pulsé «Llamada». Hubo un zumbido de estática y luego comenzó a sonar.

—¿A quién llamas? —preguntó Sheila.

Ring...

No respondí.

—Llama a la policía —apuntó Roy—. Sé que quieres hacer lo correcto, Tommy. Y nosotros lo dejaremos bien claro. Diremos a todo el mundo que Sherm fue quien mató a esa gente. ¿Verdad?

Ring...

—Claro —accedió Sharon.

Ring...

—¿Tommy? —Sheila me dio unos golpecitos con el pie para atraer mi atención.

Ring...

Y entonces saltó nuestro contestador. Escuché mi propia voz: «somos los O'Brien: Tommy, Michelle y T. J. Por favor deje su mensaje después de oír la señal. Paz».

Tenía la boca seca.

—Michelle, soy yo. ¿Estás ahí, cariño? Cógelo. —Todos me miraban en silencio. No había señal de Sherm ni de Lucas. Fuera del banco se produjo un crujido electrónico amortiguado, como si alguien probara un micrófono o una radio.

—¿Michelle? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Colgué y contemplé el teléfono. Entonces marqué de nuevo, pero esta vez llamé a la tienda donde ella trabajaba. Sonó dos veces y lo cogió.

—Gracias por llamar a Minit-Mart. Soy Michelle. ¿Qué es lo que desea?

Abrí la boca, pero no me salían las palabras. Su voz era lo más bonito que jamás había escuchado, pero en ese momento me llenó de miedo. Tuve que obligarme a hablar.

—¿Hola? —repitió—. ¿Hay alguien ahí?

—Yo...

—Si es una de esas bromas otra vez, volveré a colgar.

—Hey, cariño —croé—. Soy yo.

—¿Tommy? Dios, tu voz suena fatal. No te reconocí al principio. ¿Cómo estás?

—Lo cierto es que he tenido días mejores.

—¿Estás trabajando?

—No —mentí—. Me he vuelto a casa porque me sentía mal.

—Espero que puedas descansar.

—Sí —respondí—, se podría decir que sí lo estoy haciendo. Supongo. Estoy sentado aquí.

—¿Qué te parece este plan? Salgo a las doce y media. Llego a casa, te hago una sopa de pollo, luego nos vemos *Los días de nuestra vida* y después vamos a recoger a T. J. a la guardería.

Tosí un poco de sangre y me la tragué para que los rehenes no la vieran.

—Estupendo, salvo por la parte de ver la serie. Sabes que odio las telenovelas y toda esa mierda.

—Pero si se está poniendo interesante. Stefano ha vuelto de entre los muertos.

—Stefano siempre vuelve de entre los muertos —chirrié—. En cuanto necesitan subir la audiencia, encuentran la forma de volverlo a sacar.

—Espera un momento, cariño.

—De acuerdo.

Oí cómo atendía a un cliente. Mientras trabajaba, deseé tener los poderes de un personaje de telenovela. Engañaban a la muerte todos los días, solo para aumentar la audiencia. Michelle volvió a coger el teléfono.

—Perdona, cariño. Un gilipollas quería pagar los boletos de lotería con cheques de comida. Volveré pronto a casa, si el tráfico no está muy mal.

—¿Tráfico? ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido un accidente?

—¿No lo has oído? Un grupo de tíos ha tratado de robar el banco del pequeño centro comercial, el que está fuera de la ciudad. Sale en todas las noticias. Por lo que parece, la han pifiado y ahora los policías los tienen rodeados. Hay hasta rehenes. Un par de personas han muerto. Supongo que no tienes puesta ni la radio ni la tele.

—No, no he oído nada.

—Espera un momentito, ¿vale, cariño?

Atendió a otro cliente y volvió.

—Tienen controlado el banco y el tráfico está jodido a causa de los bloqueos.

—Guau. ¿Y qué pasa...?

—Tommy, ¿hay algo que va mal? Cuéntamelo. Sé que no solo estás enfermo. Lo noto en tu voz. Mira... Soy tu esposa y quiero que seas sincero conmigo. En eso se basa nuestro matrimonio. Confianza. Nunca antes me has mentado, y no quiero que empieces ahora.

Por fin.

Me callé, no muy seguro de cómo proceder. Entonces fui al grano.

—Michelle... —Di un largo suspiro—. Estoy en el banco.

Hubo un momento de tenso silencio, y luego boqueó.

—¿Qué?

—Estoy en el banco, Michelle. En el que están robando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tommy! Cariño, ¿estás bien? ¿Te han hecho daño? ¿Cómo has conseguido un teléfono? ¿Qué haces en el banco? Ese no es nuestro banco. ¿Qué está pasando?

—Lo... lo siento —me desmoroné—. Me pareció que era lo que tenía que hacer.

—¿Tommy, de qué hablas? ¿Has intentado resistirte? ¿Te tienen como rehén? ¿Estás herido?

—No, pero John sí. John está muy, muy grave. Se muere, Michelle, y es por mi culpa. Esta mierda es todo por mi culpa. Solo por mi culpa.

—¿John está contigo? Tommy, no entiendo nada. ¿Por qué está John ahí? ¿Está bien? ¿Qué sucede ahí?

—Nosotros... —Fui incapaz de terminar. Era consciente de que todos los rehenes me observaban.

—¿Tommy? ¡Dímelo, cariño! ¿Por qué estabais en el banco?

—Michelle —sollocé—. Solo quería que supieras que te quiero y que lo siento. ¿Vale? Te quiero a ti y a T. J., y esto lo he hecho solo por vosotros.

—¡Tommy me estás asustando! ¿Qué sucede?

—Somos los que... Somos los que salimos por la tele. Somos los atracadores.

Se quedó callada.

—¿Dónde está Sherm? —Aprecié la sospecha de su voz.

—Sherm también está aquí, Michelle. Los tres lo estamos. Somos los atracadores. Te mentí sobre el despido. Jenny te dijo la verdad. Nos largaron.

Se volvió a callar y luego explotó.

—Mierda, Tommy, maldito capullo. Esto no es gracioso. ¿Crees que sí? Pues no lo es. ¡Deja de bromear con estas cosas! Me has asustado de lo lindo, hijo de puta. Si te sientes con ganas para gastar bromitas por teléfono, casi mejor que vuelvas a trabajar. ¿Y si T. J. hubiera estado conmigo? Se habría asustado. ¡Hijo de puta! No puedo creer...

—Michelle... Michelle, escúchame. Escúchame con atención. Nunca he hablado tan serio como ahora. John, Sherm y yo decidimos robar el banco. Lo he hecho por ti y por T. J. Para que no os quedéis sin nada cuando yo... cuando yo me vaya. Michelle, tenías razón cuando decías que mi enfermedad iba a peor. Te mentí en eso también, cariño. Te he mentido en todo y lo siento. No solo estoy enfermo. Tengo...

Las palabras se quedaron pegadas a la garganta.

—¿Tommy? —Intuí el miedo en su voz, y el corazón se me partió por la mitad.

Cáncer. Tengo cáncer. Está creciendo a un ritmo alarmante. Me temo que es terminal. La vida es una mierda y luego te mueres. ¡Nos vemos luego, negros! ¡Paz!

Pero no me salieron las palabras. No se lo podía decir. Ni siquiera entonces, cuando le estaba confesando todo. Aún quería protegerla de lo peor.

—¿Tommy? ¿Sigues ahí? ¿Tommy?

—Lo que he hecho, lo he hecho por vosotros. Solo quería que tú y T. J. tuvierais una vida mejor, mejor que la que os he dado. Ambos lo merecéis. Cuando enfermé, ya todo daba igual. Así que robamos el banco. Pero no se supone que iba a salir así, Michelle. Te lo juro por Dios. Se supone que no iba a salir así. Sherm me prometió que no habría disparos. Me lo prometió. Pero todo se nos ha ido de las manos. Tienes que decírselo, ¿vale? Di a la policía que Sherm dijo que no habría disparos. Y dile a T. J. que papi nunca quiso que ocurriera esto. Dile que lo siento y que lo quiero mucho, mucho, mucho, y que me siento orgulloso de él.

—¡Para, Tommy! ¡No tiene gracia! Me estás asustando. No entiendo nada. Por favor, dime que...

Entonces oí pasos por el pasillo. Sherm silbaba una vieja canción de *Public Enemy*.

—Michelle —susurré—, tengo que dejarte. Tengo que irme ahora mismo. Te

quiero, cariño. Necesito que lo sepas. Te quiero muchísimo. Lo siento... por todo.

—¡Tommy! ¡¡Tommy!!

Colgué y devolví el teléfono al bolsillo justo cuando entró Sherm.

—¿Qué tal, tío? ¿Me he perdido algo interesante?

Agité la cabeza. Los demás hicieron lo mismo.

—¿Entonces por qué lloras, Tommy? —preguntó.

—Estoy preocupado por John. Eso es todo. Se está muriendo, hostias. ¿Te lo tengo que recordar a cada minuto?

—¿Crees que no lo sé, Tommy? Coño, deja de repetírmelo.

—Lo siento. Lo siento.

—No te preocupes. Todos estamos un poco alterados.

—La cinta me está haciendo daño en las muñecas —se quejó Kim.

—Acostúmbrate, dulzura. Tal vez si me prometes ser más simpática conmigo, te las suelte un poco luego.

Yo seguí haciendo presión sobre la herida de bala de John. A estas alturas, ni siquiera sabía si servía de algo. Traté de apartármelo de la cabeza, como había hecho mientras hablaba por el móvil. Y Sherm se había negado a seguir apretando cuando me llevé a Benjy al baño. Volví a esforzarme en olvidar.

—¿Qué pasa con Lucas y el camión?

—Lo he atado y lo he dejado en el baño. Ya hay demasiada gente aquí como para vigilarlos a todos a la vez, y no hay manera de que se escape de allí. Encontré pegamento en el armario de la limpieza, así que he pegado la cerradura. La única forma de salir es echar abajo la puerta.

—Estupendo. ¿Y ahora qué hacemos si tenemos que ir a cagar?

—Hacerlo en el suelo.

—Genial. Espero que al menos tengas las llaves del camión.

—Sí, tengo las llaves, pero no estoy seguro de si podremos usarlas.

—¿Por?

—Hay cinco maderos entre nosotros y el camión. Cuando vuelvan a llamar negociaré. Veré si consigo que retrocedan lo suficiente.

—¿De verdad crees que los polis aceptarán las condiciones, Sherm?

—Lo harán si empezamos a matar rehenes y a tirarlos por la puta puerta.

Después de oír eso, los ojos de Oscar y Kim se abrieron de par en par. Sheila se estremeció. Roy se apoyó contra la pared. Dugan empujó el pie de Sharon con el suyo y se dieron ánimos en silencio. Martha rezaba en un hilo de voz.

Benjy me contemplaba.

Yo lo miré, y durante una fracción de segundo me asaltó la imagen de Sherm colocando su pistola en la nuca del niño. Sherm apretaba el gatillo y se oía a Sheila gritar. No. No era posible. Demasiada gente había muerto ya. No quería más muertes

en mi conciencia, y mucho menos la del chaval.

Traté de mantener la voz fría y calmada.

—Deja de bromear, tío. No pienso llegar a eso. ¿Vale?

—Seguro que sí —objetó—. Si los polis no cooperan, si las cosas no van como quiero, entonces no tendré problema alguno en liquidar a unos cuantos de estos capullos para que me hagan caso.

—No lo dices de verdad —replicó Roy—. Te condenarán a pena de muerte por algo tan mezquino.

—Escucha, viejo, ahora mismo ya podrían condenarme a muerte. Así que da igual si añado unos cuantos cadáveres a la lista. De hecho, lo mismo hasta acelera el proceso.

—Sherm —razoné con él—, si empiezas a matar rehenes y lanzarlos por la puerta, los polis entrarán a saco. En cuanto escuchen el primer disparo estarán aquí. Vendrán equipados con gas lacrimógeno y pulverizadores de pimienta, rifles automáticos, chalecos de *kevlar* y miras láser; toda esa mierda. Nos superarán en número. Si matas a más personas, sería como cometer un suicidio.

—¿Porque firmarías nuestras sentencias de muerte?

—¡Exacto!

—¿Y no es eso mejor que sentarse a esperar en el corredor de la muerte, Tommy? Abrí la boca para protestar, pero un gañido electrónico me cortó.

—¡Shady! ¡Shady! ¡Soy el detective Ramírez! ¡Seguimos tratando de cumplir con vuestras peticiones! ¡En quince minutos os llamaré de nuevo al teléfono del banco y os pondré al día! Es vital que cojas el teléfono cuando llame. No hay necesidad alguna de empeorar la situación. Nadie más ha de salir herido, Shady. ¡Coge el teléfono y hablemos de todo esto!

—Oh vaya —sonrió Sherm—, la policía ha tardado en encender su megáfono. Igual es porque tenía las baterías recargándose.

—¿Es Ramírez el mismo tío con el que hablaste antes? —pregunté.

—Sí, es él. Es astuto como una comadreja. Me gustaría meterle un tiro antes de que esto termine. Putos negociadores de la poli...

La voz del megáfono continuó berreando.

—¿Pero quién demonios es Shady? —preguntó Roy, confuso.

—Yo soy —replicó Sherm, orgulloso—. *I'm the real Slim Shady. So won't you please shut up. Please shut up. Please shut up. Please shut up.*

—¿Y eso qué significa?

—Olvídalo —tercié—. No lo entenderías.

—¿Me puede decir alguien quién es Shady? —insistió Roy.

Guardé silencio.

—¿Es el apodo de Sherm o algo así?

—No —le aclaró Oscar—, es el apodo de un rapero.

—Oh. He de admitir que no sé mucho sobre la música rap.

—No te pierdes nada —apostilló Sharon—. En mi opinión, no son más que un puñado de matones adolescentes, masoquistas y onanistas.

—Nadie te ha pedido tu opinión —gruñó Sherm.

—Lo único sobre lo que rapean —contraatacó Sharon— son las drogas, sus coches, sus putitas, sus *bling bling* y quién ha estado más tiempo en la cárcel.

—¿Qué es *bling bling*? —susurró Roy a Sheila.

—Dinero. Joyas. Cosas así. Cosas brillantes.

—Oh.

—El *rap* no solo habla de eso —protesté—. Cuenta historias de la calle. Sobre la vida en la calle desde su perspectiva. Y no todo es negativo.

Roy dobló las piernas y su cara se contrajo de dolor.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sheila.

—La artritis me está dando la lata. Pero mi corazón anda bien.

Le ofreció una cálida sonrisa a Benjy y miró a Sharon.

—Así que lo que dices es que Tommy, John y Sherm robaron el banco en parte debido a la música que escuchan, ¿no?

—Solo digo que es un factor que tener en cuenta.

—Lo siento, Sharon, pero ese argumento es basura —interrumpí—. Sería como culpar de la matanza de Columbine a *Matrix*. No pretendo ofenderte, pero me conozco bastante bien y no encajo con ningún personaje de ninguna canción.

Sherm se dio la vuelta despacio.

—Escuchadme todos. No os conozco y vosotros a mí tampoco, aparte de que soy el hijo de puta que tiene una pistola. Es lo único que necesitáis saber. Ninguno de vosotros me conoce en realidad. Y tampoco lo vais a hacer. Así que dejad de preocuparos y de hacer preguntas.

—Bueno —intervino Roy—, tal vez te conozcamos para antes de que esto acabe.

Al principio pensé que Sherm no iba a responder, pero sí lo hizo.

—Será mejor que no.

—¿Qué creéis que pasa cuando... cuando nos morimos? —preguntó Kim.

Llevábamos sentados mucho tiempo y la pregunta nos pilló por sorpresa a todos. Durante la última media hora, la única conversación que habíamos tenido se había producido cuando Sherm tomó finalmente el relevo y mantuvo la presión contra la herida de John. Había planeado aprovechar el momento para vaciar los cajones del recibidor, pero cuando me dirigía al pasillo me di cuenta de que los polis me verían desde el aparcamiento si me ponía detrás del mostrador. La verdad es que me molestó. Sherm había dejado de planear qué hacer, y cuando al fin yo era quien

decidía algo, no podía hacerlo.

—En serio —insistió Kim—. Hoy podríamos morir todos. ¿Qué creéis que pasa cuando morimos?

Oscar parpadeó.

—Es una pregunta un tanto morbosa, ¿no?

Kim se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que sí. Todo lo que sé es que no puedo dejar de pensar en ello. Echo de menos a mis padres y a mi hermanito. Desearía hablar con ellos una vez más, ¿sabes? No quiero morir. Soy muy joven. Quiero casarme y tener hijos y...

—Nadie va a morir, dulzura —dijo Sherm—, siempre y cuando sigáis mis indicaciones y siempre y cuando esos putos policías no me jodan.

Kim lo ignoró.

—Mi familia y yo íbamos a la iglesia cuando era pequeña, pero hace ya mucho tiempo que no hablo con Dios. Aún creo en él, supongo. Pero me pregunto si iré al cielo si no salimos de aquí.

—No creo que a Dios le importe lo mucho que vayas o no a la iglesia —comentó Roy—. Imagino que le preocupará más el cómo hayas vivido la vida. Eso es lo que te garantiza un lugar en el cielo.

—¡Ja! —escupió Martha.

—¿Qué demonios te pasa, zorra? —Sherm volvía a estar inquieto; golpeaba el tambor de la pistola contra la pierna.

—Los demonios no son mi problema —respondió—. Son tu problema.

—¿Cuántas veces has visto *La Pasión*, Martha? Apostaría lo que fuera a que es la única película que has visto en veinte años.

—Ninguno de vosotros sabe nada de cómo ir al cielo. Como se dice en el Nuevo Testamento, tenéis que nacer de nuevo. Jesucristo es nuestro señor y salvador. Debéis pedirle a él que perdone vuestros pecados y que inunde vuestros corazones. Entonces, y solo entonces, entraréis en el cielo.

—Menuda mierda —se bufó Sherm—. Eso es muy sencillo. No tenía ni idea. Me pondré a ello. Por si acaso, nunca se sabe.

Dejó la pistola en el suelo, se arrodilló, levantó la cabeza hacia el techo y unió las manos.

—Por favor, Dios, por favor, no permitas que vaya al infierno; sobre todo si no tienen cigarrillos. Eso sería una mierda. Con tanto fuego y sin nada que fumar. O peor aún, podrían tener solo *ultra lights*. Pero si decides enviarme allí, ¿me darás una habitación al lado de Tupac y Higgin? Sería genial. O mejor entre Sam Kinison y Bill Hicks. Así al menos tendría alguien que me hiciera reír. Oh, y antes de que se me olvide, Dios, me sentiría honrado si pudieras ser mi salvador y asistente personal, o lo que sea que esta puta loca ha dicho que debía pedirte. Amén.

Comenzó a levantarse y se detuvo.

—Posdata: ¡damos gracias, Señor, por estos alimentos que vamos a recibir!

Agarró de nuevo la pistola y sonrió a Martha.

—¿Qué tal? ¿Crees que me dejarán entrar?

—Mófate del Señor todo lo que quieras —replicó Martha—, pero cuando te llegue la hora tus oraciones sí serán reales. Implorarás. Te azotarás, rechinarás los dientes y te arrancarás los pelos. Pero El no te escuchará porque ya tienes dentro al demonio. Y tampoco escuchará a tu amigo porque ha cometido el pecado más grave. Ha blasfemado contra el Espíritu Santo. ¡Todos lo habéis hecho! Las escrituras nos dicen que no hay perdón para eso. El diablo camina libre sobre la tierra y se burla de los dones sanadores de nuestro Señor Jesucristo. ¡Solo Él puede curar!

—¿De qué mierda habla ahora? —me preguntó Sherm.

Martha estaba a punto de revelar el secreto de Benjy. Levanté las manos, molesto.

—No tengo ni puta idea. ¿Importa? Es basura. Basura para las masas. No hay Dios, así de simple. Dios es un invento para ignorantes. ¿Quieres saber qué pasa cuando nos morimos, Kim? Nada. Eso es lo que pasa. Nada. Nos queman o nos echan en una caja bajo tierra.

—Qué pesimista —dijo Sheila.

—¿Tú crees? No te conozco, Sheila, pero si tengo en cuenta lo bien que me ha ido la vida, tampoco es que suene tan mal. Un buen sueñecito nunca le ha hecho daño a nadie. La muerte será mejor. No tienes que pensar ni sentir más...

Ni siquiera ser. La nada, el vacío. Una eternidad en la que tuvieras que experimentar eso sería una putada.

Aunque lo dije, y aunque lo creía, no quería que fuera cierto. Me había demostrado a mí mismo que Dios no existía (o quizá Él me lo había demostrado a mí), pero aún tenía miedo a la muerte, miedo a respirar por última vez y no volver a hacerlo. Miedo a cerrar los ojos y no volver a abrirlos. Pensé en John, cuando le dispararon y entró tambaleándose en el banco. Me había rogado que lo salvara porque tenía miedo de morir.

«¡Estoy asustado, Tommy!».

—Bueno, aunque no soy tan radical como Martha, también soy creyente —explicó Roy—. Creo en Dios, y también que Jesús murió por nuestros pecados. Trato de ser un buen cristiano, pero nadie es perfecto; todos cometemos errores. Supongo que el quid de la cuestión estriba en expiar tus pecados y esforzarte por vivir una vida justa, de la forma en que Dios querría que la vivieras.

—Yo antes también era creyente —añadió Sharon—, pero ahora no estoy segura. No lo sé. Con todo lo que pasa en el mundo, es difícil creer en un ser supremo que permite que tantas cosas malas ocurran.

—Y que lo digas —convine—. Los árabes creen que solo ellos tienen razón, y por

eso odian a los cristianos y a los judíos. Los judíos piensan lo mismo, así que odian a los árabes y a los cristianos. ¿Los cristianos? Lo mismo. Ellos son los que hacen lo correcto, así que odian a los árabes y a los judíos. ¿Y sabes por qué se odian los unos a los otros? Porque Dios se lo dijo. Se matan entre ellos porque Dios se lo manda. Adoran al mismo tío... aunque lo llaman por nombres diferentes. La religión ha puteado al mundo desde el comienzo.

—Osama bin Laden ordenó a sus acólitos estrellar aviones contra las Torres Gemelas y el Pentágono, ¿no?

—Correcto. Y era un líder religioso.

—Que actuaba así porque Dios se lo había dicho —concluí.

—Alá es solo otro nombre para llamar a Satanás —aclaró Martha—. ¡No adorarás a falsos profetas!

—En realidad —corrigió Oscar—, Tommy y el señor Kirby tienen razón. Los árabes, judíos y cristianos creen en el mismo Dios. Tiene tres nombres diferentes. Solo sus profetas difieren en eso.

Martha le echó una mirada asesina y Oscar volvió a callarse.

Sherm se puso en pie de un salto. Inclínó la cabeza, como si oyera algo.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Creo que he escuchado algo —musitó—. Voces muy bajitas. Comprueba el recibidor y el pasillo.

Abrí la boca para protestar pero Sherm me cortó en seco.

—¿No querías estar al cargo?

Agarré la pistola con manos sudorosas y salí al pasillo. Silencioso y vacío. Estiré la cabeza y escuché. Nada. Fuera seguían sonando las radios de policía y los zumbidos de voces, pero dentro no había nada. Fui al recibidor andando de puntillas y miré por la esquina. Vacío, salvo por Mac Davis y Kelvin. Los ojos del poli muerto me miraron. Una mosca se movía por su cara.

Volví a la cámara acorazada.

—¿Nada? —preguntó Sherm.

—Nada —negué con la cabeza—, salvo Kelvin y el madero. Los cadáveres siguen en el mismo sitio.

Sherm frunció el ceño.

—Juraría haber oído algo.

Volvimos a sumirnos en el silencio. Reemplacé a Sherm en el taponamiento de la herida.

—Así que no crees en la vida después de la muerte, ¿no? —me preguntó Roy.

—No. No hay cielo ni infierno. Cuando morimos nos convertimos en pasto de los gusanos. Nada más. Hasta los gusanos tienen que comer.

—Pienso lo mismo —reconoció Sherm.

—¿Y qué pasa con el alma, Tommy? —continuó Roy—. Tiene que ir a algún sitio.

—El alma no existe, señor Kirby.

Me sorprendió ver a Dugan asentir.

—He visto a muchos hombres morir —confesó despacio—, pero nunca he visto qué les ocurre a sus almas después. Nunca las he visto salir del cuerpo.

—¿Dónde has visto morir tantos hombres? —espetó Sherm.

—Debéis nacer de nuevo —saltó Martha antes de que Dugan contestara—. ¡Debéis ungiros con la sangre del cordero! Solo la sangre es capaz... ¡Sangre y sacrificio! ¡La sangre de los inocentes! ¡La sangre del cordero!

Contempló a Benjy y Sheila me miró a mí, alarmada. Nadie respondió y el silencio se apoderó de la estancia.

«Sangre de los inocentes». No me gustaba cómo sonaba aquello, ni tampoco cómo miraba al niño cuando lo decía.

—¿Y los fantasmas? —inquirió Sharon.

Sherm lanzó una sonrisita despectiva.

—¿Qué pasa con los fantasmas?

—¿No prueban que hay vida después de la muerte?

—¿Alguna vez has visto un fantasma?

—No, pero solo porque no los haya visto no significa que no crea en ellos. Nunca he visto un oso polar pero sé que existen. ¿Por qué no se aplica lo mismo a los fantasmas? Hay muchos testigos y fotografías, hasta vídeos.

Pensé en ello.

—John vio un fantasma una vez cuando éramos críos. O al menos creyó verlo. En la antigua cantera, a medio camino entre Spring Grove y Hanover. Solíamos ir allí a bañarnos. Se dice que en el fondo había una ciudad. Se quemó la presa en los años veinte y la ciudad quedó sumergida cuando las aguas inundaron la mina. Se supone que está encantada. La gente dice que ve sombras humanoides y blancas bajo el agua. Pero yo nunca vi nada.

—¿Así que no crees?

Negué con la cabeza.

—No, supongo que no. Ni en fantasmas ni en dioses. ¿En el fondo no es lo mismo? ¿No lo llaman «espíritu santo»?

Nadie contestó, y me imaginé que allí acababa todo. Me pregunté si serían tan simpáticos conmigo si no tuviera un arma.

Después de un rato, Oscar se estiró. Su pecho tenía la piel de gallina.

—Yo siempre he creído en la reencarnación.

—¿Qué es eso? —quiso saber Sheila.

—¿Reencarnación? Todos hemos pasado por vidas anteriores a esta. Es parte

integrante de muchas religiones. No de la cristiana ni de la judía, pero sí de muchas otras.

—Sí, he oído hablar de eso —dijo Sherm—. Yo mismo podría haber sido Billy el Niño o D. B. Cooper en una vida pasada. ¿No sería la polla?

—Y que lo digas —respondió Oscar con cara granítica. Si Sherm apreció el tono sarcástico de su voz, no hizo nada al respecto.

—Edgar Cayce creía en ello —continuó Oscar—. Era un gran sanador que murió en 1945. Entonces lo denominaban «sanador psíquico», aunque hoy sería considerado un homeópata. Sin importar su clasificación, dejó su marca en el mundo. Decía a la gente qué había sido en otras vidas. Las transcripciones de sus conferencias están archivadas en la Asociación para la Investigación e Iluminación, en Virginia. Debe de haber miles.

—Suenan a típica mierda *new age* —gruñó Dugan—. Nunca me tragaré eso de adorar cristales y cantar a las ballenas.

—Bueno, la verdad es que algunas cosas son bastante chorras —admitió Oscar—, pero otras tantas han sido demostradas, al margen de la comunidad científica.

—¿Y quién eras en tus otras vidas? —preguntó Sherm, burlón—. ¿Una rana, una babosa o algo así?

Las orejas y el cuello de Oscar se volvieron granas.

—Espera —continuó Sherm—. ¡Ya lo sé! ¡Fuiste una puta tenia! ¡Una tenia que colgaba del culo de un perro!

—Os podéis reír todo lo que queráis, pero yo creo en ello. ¿Habéis oído hablar de Joan Grant?

Todos asentimos al unísono.

—Su primer libro, *Faraón alado*, se publicó en 1937. Transcurre en Egipto, y en aquel entonces los críticos lo alabaron como una novela histórica brillante, porque capturó de forma realista cómo había sido la vida de la época. La gente se maravilló ante lo preciso de sus descripciones. Era como si anduvieras por Egipto; las imágenes, los sonidos, los olores. Pero no se trataba de su imaginación. Joan Grant había vivido allí antes como Seeketa, la hija del faraón, y posteriormente como sacerdotisa del faraón. También vivió en Egipto décadas después como un hombre llamado Raab Hotep, y como Ramsés II. Aparte, recordaba vidas previas en Grecia durante el segundo siglo antes de Cristo, en la Inglaterra medieval y en la Italia del siglo XVI. Escribió siete novelas históricas más, aunque ella las llamaba autobiografías póstumas.

—¿Y de verdad te crees todas esas tonterías? —Dugan enarcó la ceja.

—No son tonterías. No se aleja mucho de creer en fantasmas, en Dios o en la Santísima Trinidad, ¿no?

—¡Blasfemo! —Martha le apuntó con un dedo retorcido—. ¿Veis como la

influencia del mal os ha corrompido? Ahora también habéis cometido el pecado más grave. Blasfemáis contra el Espíritu Santo. Oh, las fosas os esperan hambrientas, jovencitos... A todos vosotros. Están llenas de sangre. Repletas. Torrentes y ríos y océanos de sangre. Solo la sangre puede lavar...

Sherm le apuntó con la pistola y tiró del percutor.

—Martha. Te lo diré una sola vez más, así que presta atención. ¡Cierra! ¡La! ¡Putas! ¡Boca!

Ella cerró la boca de golpe e hizo lo que se le había dicho.

—Sé lo que pasa cuando morimos —anunció Benjy.

—Cállate, cariño —lo recriminó Sheila.

—No. —Sherm se encogió de hombros—. Déjale que hable. Joder, todo el mundo ha hecho su pequeña aportación. Veamos qué dice él.

Sheila lo miró pensativa.

—En serio —insistió Sherm—. Quiero oírlo. Seguro que es mejor que las ideas del gordo o las de Martha.

—Adelante, Benjy —lo alenté.

Él asintió.

—Cuando la gente muere, va a un lugar brillante que conduce a otro aún más brillante. El primer sitio te hace sentir seguro, pero no lo es porque está lleno de la gente monstruo. La gente monstruo está hecha de oscuridad pero se puede ocultar en la luz, y cuando lo hace no la ves. Se vuelve invisible con la luz. Solo oyes su voz.

Sherm dio un respingo y me pregunté qué sería lo que le había molestado.

—Si has sido malo —continuó Benjy—, la gente monstruo no te deja continuar hasta el sitio más brillante. Te llevan con ellos a un lugar oscuro y entonces sí que los ves. Y dan miedo. Huelen fatal y...

Benjy se estremeció y cerró los ojos durante un segundo. Luego los abrió y continuó.

—Eso es lo que pasa si has sido malo. Te quedas en las tinieblas con la gente monstruo. Pero si has sido bueno, entonces viene Jesús y te rescata de la gente monstruo, y te lleva con él al lugar brillante. Todo es muy bonito y allí puedes ver a los que han muerto.

Cuando acabó, hubo un amplio abanico de reacciones. Sheila y yo nos sonreímos mutuamente. Roy, Kim, Sharon y hasta Dugan sonrieron también. Sherm dio palmas de manera sarcástica. Martha se quedó mirando a Benjy.

—Sangre de los inocentes —musitó una y otra vez—. Sangre de los inocentes...

—¿Por qué sigues diciendo eso? —restalló Sheila—. ¿Por qué no te callas?

—Lo sigo diciendo porque es la verdad. Solo la sangre lavará nuestra impureza. Sangre inocente. De la misma forma que el Señor instruyó a Abraham para que ofreciera a su hijo, Isaac, así tenemos que obrar. El cordero votivo.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que insinúas?

La palabra brotó de la garganta de Martha como un quejido, y fue aumentando de volumen hasta convertirse en el plañido de una sirena.

—¡Expiación! Expiación es de lo que hablo. Hoy se ha cometido un gran pecado aquí mismo, y solo la expiación nos hará recuperar la gracia de Dios. Debemos ofrecer el cordero.

Sherm descargó el pie y su bota se estampó contra la boca de la anciana. La dentadura postiza voló por toda la cámara y aterrizó cerca del señor Kirby. La sangre comenzó a derramarse por entre sus maltrechos labios. Martha lloraba más por la ira que por el dolor.

—Te dije que cerraras la puta boca —gritó Sherm. Apretó la boca del cañón contra la frente de Martha y echó atrás el percutor. El clic casi inaudible sonó ensordecedor en ese momento.

—Sherm —levanté las manos como gesto de protesta—, tranquilo. ¡Espera un segundo! Piénsalo bien antes de hacer nada.

—Que la jodan. No hay nada que pensar, Tommy. Esta vieja puta ya me ha tocado demasiado los huevos.

—Lo sé, tío. Lo sé. Todos estamos hartos de sus chorradas. Pero piénsalo, tío. Si la disparas ahora, los polis entrarán aquí. Lo sabes. Ya hemos hablado de eso. Se echarán encima de nosotros como langostas hambrientas, de la misma forma que hubieran entrado si hubieras disparado a Keith o a Lucas.

Ante la mención del repartidor y del encargado, pegó un salto. Se le tensaron los músculos como una serpiente lista para saltar sobre su víctima.

—No lo hagas, hijo —intercedió Roy—. Solo empeorarás las cosas.

Antes de que Sherm replicara, un nuevo sonido nos distrajo a todos. Un repiqueteo grave y sonoro que parecía venir de arriba. A la vez que elevábamos los ojos hacia el techo, el ruido se hizo más fuerte; algo se aproximaba con rapidez.

Zunca zunca zunca zunca zunca zunca.

—¿Qué coño es eso? —gritó Oscar. Sus ojos reflejaban miedo e inquietud.

Sonaba justo por encima de nuestras cabezas y daba la impresión de que el techo fuera a derrumbarse en cualquier momento. Parecía que alguien había decidido pasearse con una excavadora por encima del tejado. El banco entero se movía. Las paredes de acero vibraron contra nuestra espalda mientras el estruendo sacudía el edificio hasta los cimientos.

—¡Al fin! —El grito de Dugan fue de alivio y alborozo, pero su cara mostraba preocupación.

—Ya viene —grité, y me puse en pie de un salto, con la pistola apuntada hacia ningún sitio en concreto.

—¿Es un tanque? —gritó Oscar—. ¿Tienen tanques?

—Oh, Dios —lloriqueó Kim, que cerró los ojos—. Ya está. Vamos a morir...

El ruido aumentó en intensidad hasta el punto de tornar casi imposible la conversación entre nosotros.

—Ya está... Ya está... Ya está... Vamos a morir...

Benjy trató de cubrirse los oídos con los hombros para así refugiarse un poco del horrible ruido. Incluso aterrado como me hallaba, deseé que tuviera las manos libres. Solo era un niño. Si yo estaba aterrorizado, ¿cómo se sentiría él?

—Sherm —le grité sobre el rugido—, ¿qué cojones vamos a hacer?

—¿Qué?

—¿Que qué cojones vamos a hacer? ¡Ya están aquí!

—Relájate, tío. Solo es un helicóptero.

—¿Qué? —Ahuequé la mano y la coloqué en torno a mi oreja a la par que apretaba con más fuerza la pistola. Tenía las palmas sudadas.

—¡Un helicóptero! ¡Es un puto helicóptero!

Me quedé con la boca abierta, el corazón se me salía del pecho..., y justo en ese instante el ruido comenzó a remitir.

La velocidad y el ritmo disminuyeron. Por último, todos oímos el lejano y amortiguado sonido de un motor, que también acabó por detenerse.

—Han aterrizado —sonrió Sherm. Su mirada rayaba la felicidad.

—¿Quién ha aterrizado? ¿De qué hostias hablas? Era un puto helicóptero. ¿Quién viene?

—La unidad de respuesta rápida del condado de York —contestó con orgullo—. Por fin han llegado. Parece que han aterrizado en el aparcamiento.

—Genial —suspiré, sarcástico.

—Exacto —replicó—. Ahora las cosas se ponen interesantes.

Su carcajada sonó tan alta como lo habían hecho las aspas, e igual de cortante.

Después de un rato, todos nos relajamos (dentro de lo posible, según la situación). Convencí a Sherm para que trajera una de las grandes botellas de agua del depósito y les dimos a los rehenes un trago. Eché algo en la garganta de John.

Sherm estaba aburrido.

—Cuéntanos, Dugan. ¿Cuánto tiempo llevas tirándote a Sharon?

Los músculos de Dugan se tensaron bajo la camisa al esforzarse por deshacerse de las ataduras.

—Maldito hijo de puta... Será mejor para ti que no consiga soltarme. Voy a estrangularte con las manos desnudas.

Sharon intentó hacerlo callar, pero Dugan la ignoró.

—No permitiré que sigas hablando de esa manera. ¡Ya es suficiente!

Sherm se echó a reír.

—Hey, tío, solo te he hecho una pregunta. Pero si no quieres responder por las buenas...

Cogió la pistola y caminó hacia Dugan.

—Se acabaron las tonterías. No me importa si han llegado los comandos o no. Es hora de que alguien muera.

Mi corazón comenzó a galopar.

—Vamos, Sherm.

—Mantente al margen, Tommy.

—Hey —tartamudeó Roy—. Espera un poco, Sherm. ¡Tranquilo!

—No. No pienso tranquilizarme, Roy. Le he formulado una simple pregunta y ha decidido ponerse brusco conmigo y amenazarme. Nadie me trata así.

Dugan contempló la pistola en las manos de Sherm. Sus ojos seguían conservando un aspecto desafiante y estaban repletos de odio. No pronunció ni una palabra.

Sherm levantó la pistola para apuntarle.

—Nos conocimos cuando estudiábamos en el instituto —interrumpió Sharon—. Éramos novios cuando él estaba en el último curso y yo en el penúltimo.

Sherm la miró, sonrió y volvió a mirar a Dugan.

—¿Ves? Tu novia sí ha respondido de manera educada.

Se volvió a sentar. Dugan echaba humo y Sharon parecía algo avergonzada.

—Así que os hicisteis novios en el instituto. Suena a romance perfecto. Continúa.

Dugan empezó a hablar.

—Me llamaron a filas en el sesenta y nueve, y dos semanas antes de graduarme iba de camino al campo de entrenamiento de Fuerte Bragg. No podía permitirme la universidad y no pensaba renunciar a mis obligaciones, como otros estúpidos de esta

ciudad habían hecho huyendo al Canadá. Serví con el primero de Caballería en Vietnam. Sharon me escribía al principio, pero...

Dejó la frase sin terminar y Sharon continuó en su lugar.

—Pero yo seguía en el instituto, era muy joven, y Vietnam estaba muy lejos.

Su voz sonaba calmada, reflexiva y contrita, todo al mismo tiempo. Me dio la impresión de que hablaba más para él que para nosotros.

—Mientras él estaba allí, mis amigos seguían emparejándose, iban a los bailes de promoción y al autocine los viernes por la noche. Yo, en cambio, me sentaba en casa y esperaba a que me dijeran si seguía vivo o no. Aguardaba la carta de todos los días y lloraba las noches en que no llegaba, hasta que me dormía.

»Y entonces llegó Lee. —Su voz enronqueció. Incluso después de tantos años, el recuerdo aún la disgustaba... quienquiera que fuera Lee.

—Cierto. Y entonces llegó Lee.

—¿Otro novio? —preguntó Kim, y entonces me pregunté si sería la primera vez que sabía de la vida personal de su compañera de trabajo.

—Más o menos. No era como Dugan, y no lo amaba... Pero estaba allí, y Dugan no. Una noche acabamos en el asiento trasero de su Mustang.

—¿Te quedaste embarazada?

—No, nada de eso. Usamos protección. Pero dos de los amigos de Dugan nos vieron y le escribieron para contárselo. Después de eso, dejó de escribirme. Nunca... nunca volvió a casa.

—Tras terminar mi período de servicio me reenganché, solo para quitármelo de la cabeza, pero no sirvió de nada. —Dugan suspiró—. Cuando terminé, volví a un país que ya no reconocía. Volé de Vietnam hasta Hawái, y de allí a San Francisco. Se supone que haría escala en California y viajaría en dirección a Baltimore, para después volar a Hanover. Me asustaba la idea de volver... Estaba lleno de heridas emocionales por todo lo que había visto y hecho, y no me creía capaz de enfrentarme a Sharon. Era joven y estúpido, y aunque la guerra me había envejecido en algunos aspectos, no me ayudó a comprender mejor a las mujeres. No entendía que era joven y que lo que había hecho con Lee era solo debido a eso. Ella me amaba, pero necesitaba a alguien a su lado. No fue justo que terminara el instituto sin saber si su novio estaba vivo o muerto. Desearía haber sabido entonces lo que sé ahora.

»Cuando salí del avión en San Francisco, había una especie de manifestación dentro del aeropuerto. Algunos de los manifestantes me llamaron asesino de niños y basura de ese estilo. ¡Llegaron a escupirme! Me quedé tan impresionado que simplemente me aparté. Me alejé. Creo que aquello me afectó mucho más que la guerra. Y después de lo que me había ocurrido con Sharon, fue la gota que colmó el vaso.

—No me puedo creer que te escupieran —reconoció Oscar—. No hablaban de

eso en la escuela. Pasaron de puntillas por Vietnam. Es como si no hubiera ocurrido, así que no quieren que sepamos nada de ello.

—Cierto —asintió Dugan—, así es.

La sonrisa de su cara era amarga, y me percaté de que las lágrimas discurrían por las mejillas de Sharon.

—¿Y qué es lo que ocurrió? —quiso saber Roy.

Dugan suspiró.

—Bueno, viajé por la costa y trabajé en todo tipo de curros. Pero al final todo se reducía a la misma rutina, así que nunca me quedaba mucho tiempo en el mismo sitio. Me sentía desarraigado, pero tampoco podía volver a casa. No era capaz de enfrentarme a Sharon.

—¿Y su recuerdo te abandonó en algún momento? —preguntó Roy.

Dugan se tragó sus emociones y negó con la cabeza.

Los ojos de Kim se empañaron.

—Es la cosa más bonita que jamás he escuchado.

—Este mes regresé al instituto para la reunión de antiguos alumnos, y cuando caminaba por el Fire Hall la vi cruzar la habitación...

Se paró y miró a Sharon a los ojos. Se querían tanto que podía sentir el amor fluir entre ambos en oleadas. En serio. Las notaba allí dentro, en la cámara. Eso me hizo pensar en Michelle y T. J. ¿Qué es lo que les había hecho? No solo me estaba muriendo de cáncer, sino que tal vez los polis iban a hacer el trabajo de la enfermedad. Incluso si salía de allí vivo, sería cuestión de tiempo. Pasaría el resto de mi vida en una celda, alejado de ellos por barras de acero y cerraduras electrónicas. Los vería a través de una ventana de cristal; hablaría con ellos por teléfono. Moriría con un mono naranja, y al final lo haría solo. No estarían allí para reconfortarme, para que me aseguraran que todo iría bien. Estaría tan solo como ellos.

—Terminé casándome con otro amigo del instituto —continuó Sharon—, pero nos divorciamos hace seis años. Se fue con otra más joven.

—¿Qué le ocurrió a Lee? —Oscar no quería perderse ni un detalle.

—Se largó para no tener que servir en el Ejército —contestó Dugan—. Se marchó a Canadá y murió quince años después en un accidente de coche provocado por un conductor ebrio, cerca de las cataratas del Niágara. No llevaba cinturón.

—He estado en Canadá —divagó Roy—. Es un país precioso.

—¿Por qué fue, señor Kirby? —preguntó Sheila.

—Por trabajo. Era el comercial de la fundición. Viajé por todo el mundo antes de jubilarme.

Sherm y yo nos miramos el uno al otro, y Roy se percató de ello.

—¿Qué? —inquirió.

—Los tres trabajábamos para la fundición —confesé—. Nos despidieron.

—Cállate —siseó Sherm.

—¿Qué más da, tío? Ya saben quiénes somos, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Supongo. Da igual... —Entonces los teléfonos empezaron a sonar, interrumpiéndolo.

—Son los polis, que quieren saber nuestra lista de exigencias. Imagino que los hemos retrasado un poco y hemos conseguido demostrarles quién está al mando aquí. Mejor será darles la lista ya, antes de que otro gilipollas coja el megáfono de nuevo. Lo más seguro es que el negociador del equipo de respuesta rápida esté también en la línea. Será divertido. Jugaré con ellos un rato y veré si logro una ambulancia para Polla de Peluche, de paso. Quédate aquí y haz amiguitos con esta gente tan maja.

Salió a toda prisa de la cámara acorazada y cogió el teléfono de la oficina de Keith.

Sheila enarcó una ceja.

—Hay una cosa que me gustaría saber, Tommy.

—¿El qué?

—¿Por qué lo llama Polla de Peluche?

—Confía en mí, no te gustaría saberlo. —Me volví hacia Roy—. Así que trabajaste para la fundición, ¿eh?

—Sí, cuarenta años. Luego me jubilé, y desde entonces me he aburrido un montón.

—¿Por qué te largaste a Hanover?

—Ya tenía el mundo muy visto —explicó—, y mi esposa tiene familia en la ciudad. No tenemos hijos, pero nuestras hermanas viven aquí, y tenemos sobrinos a los que malcriar. Después de que mi esposa muriera... Bueno, no lo sé. Supongo que no había ningún sitio adonde ir. Es gracioso. Gracioso de manera trágica. Esta ciudad era un buen lugar, la clase de sitio al que te vas cuando te jubilas. Hasta que los trabajos empezaron a escasear y la gente de Baltimore se trasladó aquí de manera gradual. Ahora es deprimente. Es como si la ciudad tuviera cáncer. Se muere. Supongo que moriré con ella.

Me estremecí. John permanecía inmóvil entre mis brazos, y su piel había adquirido la tonalidad del alabastro. Necesitaba otro cigarro. Tenía los brazos cansados de hacer presión contra la herida. Las manos se me habían quedado dormidas y la sangre, ya pegajosa, las recubría. Parecía pegamento.

Cambié de posición y rebusqué en mi bolsillo con una mano. Saqué el móvil de Lucas, lo puse a un lado y volví a intentarlo, hasta que di con un paquete arrugado de cigarrillos. Extraje uno. Solo quedaban tres, y lo encendí. De inmediato sentí la nicotina recorrer mis venas.

—No deberías fumar. —Sheila enarcó una ceja.

Exhalé una bocanada de humo y le dediqué una sonrisa con los labios apretados.

—¿Crees que a estas alturas importa mucho?

—No, supongo que no. Pero igual haces saltar las alarmas, o algo así.

Si tú supieras, pensé. Hacer saltar las alarmas de humo no es lo peor de los cigarrillos. ¿Has visto esas etiquetas que salen en las cajetillas? De eso es de lo que has de preocuparte. Te lleva directo al hospital.

—La alarma de incendios está apagada —recordó Sharon—. Si no, habría saltado cuando Sherm obligó a Lucas a echar un vistazo fuera.

—¿Me puedes dar uno de esos, Tommy, por favor? —preguntó Kim—. Bueno, si a nadie le importa que fume.

—A mí también me vendría bien uno —terció Oscar—. Sería estupendo poder fumarse uno ahora mismo.

Me encogí de hombros, saqué los dos últimos cigarrillos, los encendí y se los metí en la boca.

—Gracias.

Kim inhaló con fuerza y su cara adquirió una expresión placentera. Sus inocentes labios se cernieron de manera experta en torno al filtro. Estaba muy buena.

—Me resulta raro fumar en el trabajo. Siempre nos obligan a hacerlo fuera. —Rió, nerviosa, y el cigarrillo bailó entre las comisuras de los labios.

—No te preocupes, cariño —le dijo Sharon—. No se lo diré a Keith si tú tampoco lo haces.

—Dios, espero que esté bien. —Kim tomó otra calada y el cigarro se balanceó—. No sabemos nada de él desde que fue con Sherm a la oficina.

—No os preocupéis —las tranquilicé—. Sherm no lo mataría. Vivo le sirve de más contra la policía. Keith y Lucas... Los dos están bien.

—¿En serio? —preguntó ella.

—Seguro. —Pero no me creyeron. Era lógico. Yo tampoco me lo creía. Si había mentido a mi esposa y a mi hijo, ¿por qué no a un puñado de extraños? Cambié de conversación.

—¿Y los demás? ¿No nos contáis nada? ¿Oscar?

—Mi vida no tiene nada de especial. Voy a la universidad en York y vivo con mis padres aquí en Hanover, porque es mucho más barato.

—¿Tienes novia?

Frunció el ceño.

—¿Tú qué crees?

En la oficina de Keith, Sherm ladraba al teléfono.

—Te haremos esperar otra puta hora más si no te callas y atiendes. ¿Te enteras, hijo de puta? Bien. Ahora toma nota.

—¿Qué estudias? —le preguntó Sharon a Oscar, elevando la voz por encima de la

de Sherm.

—Arte. Quiero ser el nuevo Todd McFarland.

—¿Y quién es ese?

—Un famoso dibujante de tebeos. El que creó *Spawn*. Es multimillonario.

—Nunca he comprendido por qué los hombres crecidos siguen leyendo tebeos —apuntó Kim.

—Lo cierto —la corrigió Roy— es que el lector medio de tebeos es un adulto de treinta años.

Oscar se rió, sorprendido.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Yo también los leo, de vez en cuando. Me permiten estar al día de la cultura pop. Los personajes como Superman, Batman y el Capitán América son los mitos de hoy en día, como Hércules y Zeus lo fueron para los griegos. Puedes aprender muchas cosas sobre la sociedad estudiando su folclore.

—¡Eso está mejor! —gritó Sherm—. ¡Y más vale que tenga el depósito lleno!

—Yo también leo tebeos —confesó Benjy.

Roy sonrió.

—¿Cuáles son tus favoritos, Benjy?

—*El laboratorio de Dexter* y *Scooby Doo*. Son los únicos que mami me deja leer. Dice que los otros dan miedo.

—Cuando seas mayor —le dijo Sheila, a la vez que le besaba la cabeza. Deseé que tuviera las manos libres para alisarle el pelo, como hacía Michelle con T. J. Seguro que los hacía sentirse mejor. Más seguros.

—¿Y tú? —le espetó a Kim.

—¿Yo? No tengo vida. Trabajo aquí. Voy a casa con mi gata, Tessa. Me leo algún libro de Karen Taylor o Nora Roberts, veo *Will & Grace* hasta que llega la hora de irme a la cama y entonces me acuesto. Dos veces por semana voy a clases nocturnas. Y ya. ¿Aburrido, eh?

—¿No tienes novio?

—No. Los hombres son unos cerdos..., al menos los de esta ciudad. Mis amigas y yo salimos los fines de semana por York, pero los hombres no son mucho mejores. O son unos aprovechados o unos perdedores. O están casados.

—O las tres cosas —se rió Sheila.

—Cierto —convino Kim.

—Los salones de baile —chirrió Martha— no son más que antros de iniquidad, lugares de obscenidad. ¿Disfrutas de la perversidad, de la suciedad? ¿No sientes un picotazo en las caderas cuando vas? ¿Cuando un hombre yace contigo? Tu cuerpo es el templo de Cristo y tú lo corrompes comportándote así. ¡Putas! ¡Rameras! Entonces Sansón marchó a Gaza y allí conocieron una ramera, y su nombre era Dalila...

—Maldita sea, Martha, déjala en paz —exclamó Sharon.

—No la dejaré en paz. Diré lo que tengo que decir. Es su alma de lo que hablamos. Solo si conoce a Jesús...

—Martha —interrumpí—, si no cierras la maldita boca te pegaré un tiro. Justo en la puta cabeza. Me importa una mierda el que antes detuviera a Sherm. Lo haré.

—Oh, Dios...

Se volvió a callar, y la habitación entera suspiró aliviada. Sheila me guiñó y yo le sonreí. Cuando los cigarrillos de Oscar y Kim estaban a punto de acabarse, se los quité de la boca y los apagué. Luego volví a centrarme en John.

Mi dolor de cabeza era asfixiante y la nicotina no había ayudado mucho. Parpadeé, me pasé una mano por la frente y con la otra seguí presionando contra la herida. Tenía calambres en ambas. Había que cambiar el torniquete, aunque no estaba muy seguro de qué utilizar. Pensé en usar la camisa de Dugan, pero luego decidí que no importaba. Ya no salía mucha sangre de la herida, así que relajé un poco la presión. Resultaba complicado concentrarse en la situación de John. Resultaba complicado concentrarse. No me había sentido más exhausto en toda mi vida.

—Le duele la cabeza, ¿verdad que sí, señor Tommy? —observó Benjy.

—Sí. Es cierto, colega. Mucho.

—Tengo aspirinas en mi bolso —ofreció Kim.

—Gracias.

—No necesita aspirinas —insistió Benjy—. Puedo curarle la cabeza... y también lo demás.

—Ojalá, Benjy. Ojalá.

Lo deseaba más que cualquier otra cosa. Pero no creía. Recordé mi visita a la iglesia y mi rapapolvo a Dios. Si de verdad existía, si nos pudiera ayudar a través de Benjy, ¿por qué no me había respondido cuando se lo pedí? ¿Por qué me había enviado un cáncer? Tal vez Benjy sí pudiera ayudarme, pero mi falta de fe y mi preocupación por la reacción de Sherm reprimían mi deseo de probar. Y en el fondo, creo que más que de esas dos cosas tenía miedo de volver a desengañarme. No quería que Dios ganara otra vez.

Enganché el bolso de Kim con el pie y lo arrastré hacia mí. Busqué el bote de aspirinas y saqué cuatro. Me esforcé por ignorar el resto de los objetos: píldoras anticonceptivas, móvil, barra de labios, llaves del coche, caramelos de menta, calderilla y demás. Me hizo sentir como un espía, como si estuviera registrando el cajón de su ropa interior. Cerré el bolso y se lo pateé de vuelta.

—¿Y tú qué, Tommy? —preguntó Sheila—. Si Dugan y Roy no se equivocan y esto es el síndrome de Estocolmo, entonces podrías contarnos algo de ti.

—No hay mucho que decir —insistí—. Ya sabéis lo de Michelle y T. J.

—Querías decirle algo a tu mujer cuando hablabas con ella por teléfono. Y Benjy

afirma que estás enfermo, y por ahora no se ha equivocado. ¿Qué te pasa? ¿Hay algo más aparte del atraco?

—Como si os importara. Os retengo como rehenes.

—A mí sí me importa —susurró Sheila.

La cabeza de Benjy subió y bajó.

—Tiene cosas negras dentro, señor Tommy. Sombras negras. No como la gente monstruo que hay en la cabeza del señor Sherm, pero sí igual de oscuras. Y se están extendiendo.

Suspiré. No sabía muy bien qué hacer.

Entonces abrí la boca y pronuncié las palabras que no había sido capaz de decirle a mi mujer.

—Te... tengo cáncer. —*En un estado muy avanzado*, resonó la voz del médico en mi mente.

—¿Terminal? —preguntó Roy.

—Sí. Es terminal. —La palabra sonó como un disparo—. Se está expandiendo por mi cuerpo a toda hostia. El doctor es de la opinión de que me quedan unas pocas semanas en el mejor de los casos. Como ya he dicho, nos echaron a Sherm, a John y a mí del trabajo, y Michelle y yo siempre hemos estado muy apurados con las facturas. En un principio esto me pareció una buena idea..., una forma de remediarlo. Una solución. La vida no ha hecho más que echarme mierda encima, así que supuse que haciendo esto equilibraría la balanza. Morir de cáncer era la contrapartida, pero con el atraco ayudaría a mi familia de una forma que en otras circunstancias me sería imposible. ¿Qué es lo peor que me puede pasar? Me pillen o no, voy a morir igual. No pensé en cómo iba a afectar esto a Michelle y T. J. hasta que las cosas se empezaron a poner feas. Supongo que fui un poco ingenuo. Sinceramente, no creía que nos fueran a pillar, y desde luego no quería que muriese nadie.

Miré a John y luego a los demás, a los ojos. En cierta medida, me pareció que estaba engañando a Michelle al decir esto al grupo.

—¿Habéis oído la canción *Hard Knock Life*?

Oscar, Sheila y Kim asintieron. Los demás me observaron sin inmutarse.

—Bueno, pues resume muy bien mi vida. Ha sido una vida de mierda.

—La tuya y la mía —apostilló Sheila—. Créeme.

—Y la mía —replicó Kim. Oscar asintió al mismo tiempo.

Lo de Sheila lo podía entender, pero lo de Kim y Oscar no me cuadraba.

—A vosotros no os va tan mal, habéis ido a la universidad y todo eso.

—¿Crees que mi vida no es una mierda? —resopló Kim—. No tengo cáncer, eso sí. Es horrible y lo siento por ti y tu familia. En serio. No comprendo por qué eso te llevó a atracar el banco, pero lo siento por ti. Aunque yo también he tenido mi ración de palos.

—Y yo —añadió Oscar—. Los tipos como tú y Sherm siempre me han estado puteando, desde primer curso. Nunca he salido con una chica. Me pasé la noche de la graduación pajeándome en mi cuarto con el porno de la Red. ¿No es patético?

Una lágrima corrió por su cara.

—Me gustaría tener una vida de verdad. Lo único que hago es leer, ver la tele, jugar al ordenador e ir a la universidad. Me gustaría tener una vida normal, amigos, y una chica a la que le gustara y no creyera que soy un *friki*. No creo que sea mucho pedir.

La expresión de Kim era triste a la vez que comprensiva.

—Sé cómo te sientes.

Oscar se rió, pero el sonido fue cruel y amargo.

—¿Y cómo ibas a saberlo? Eres guapa. Me apuesto a que tenías cita para el baile de graduación.

—Seguro que te sorprenderías, Oscar.

—¿Y qué es lo que le pides a la vida, Kim? —inquirí—. ¿Qué es lo que deseas?

—Me gustaría encontrar un chico majo. Solo eso. Un buen chico que me escuchara y al que le interesara lo que digo. Uno al que le gustara mi gata y me demostrara que le importo. Eso es lo único que necesitaría para ser feliz.

—Te presentaría a John, pero está algo indispuerto. Habrá que esperar a que se despierte. Es un buen hombre.

Me reí, tal vez demasiado, y golpeé con delicadeza la mano de John.

—Tommy. —La voz de Roy era suave, y hablaba despacio.

—¿Sí? ¿Qué pasa, Roy?

—Tommy...

—¿Qué pasa, señor Kirby?

—Tommy... Hijo. Creo que tu amigo está muerto.

—No bromees con esas cosas, Roy. Será mejor que no vuelvas a hacerlo.

—John se ha muerto, Tommy —repitió.

—¿Por qué insistes, tío? ¿Por qué me quieres dar por culo con el tema?

Escuché el tono desesperado de mi voz y me odié por ello. Traté de eliminarlo, pero lo único que logré fue intensificarlo aún más.

—No respira, Tommy. Lleva así un rato. Lo siento, pero es verdad. Tu amigo nos ha dejado. Se ha muerto. Compruébalo por ti mismo, hijo.

—Cierra la puta boca, viejo capullo. ¡Cierra el puto pico ahora mismo!

—Tommy...

—No está muerto. No sabes una mierda, tío. No tienes ni puta idea.

—¡Míralo, Tommy!

—¡No! ¡Para de una vez! —Míralo.

—¡¡He dicho que no!!

Sin siquiera pensar en ello levanté la pistola y le apunté. Todos boquearon y se echaron hacia atrás, aplastándose contra el muro en un intento por esconderse los unos detrás de los otros. Kim sollozó. Sharon y Dugan se encogieron de miedo al mismo tiempo. Oscar dejó escapar un chillido de miedo. Solo Sheila se mantuvo en su sitio. Incluyó la cabeza y escuchó algo que Benjy le susurró al oído. Después me miró con cara seria.

—Tommy, Benjy dice que compruebes su pulso.

—No necesito hacerlo. Está vivo.

—No respira. —Roy probó suerte otra vez—. Se acabó. ¿Cuántas personas más tienen que morir para que nos dejes ir, Tommy? ¿Quién será el siguiente? ¿Yo? ¿Kim? ¿El niño?

—¡No empieces con ese rollo de mierda! ¡Te dije antes que lo dejaras!

—Su pecho no se mueve. ¿Qué crees que significa eso, Tommy? ¿Que duerme? Claro que no. Está muerto.

Ahora fue Sheila quien interrumpió a Roy.

—Cállese un momento, señor Kirby. Tommy, por favor, hazlo.

Antes de poder replicar, un ataque de tos se cebó con mi pecho. Babas y flemas sanguinolentas brotaron de mi boca y cayeron sobre la camisa de John, mezclándose así con la suya. Su brillantez y frescura contrastaba con las manchas secas y oscuras.

—Tommy, tómale el pulso.

Los miré a ambos, madre e hijo. Parecían tan seguros, tan apremiantes...

—Por favor, señor Tommy —rogó Benjy—. No le queda mucho tiempo para ver a Jesús. La luz viene. Ahora es solo un puntito, pero se va haciendo más grande.

Había algo en la voz de Benjy, una honestidad que solo un niño podía transmitir,

que me obligó a calmarme. Si tienes hijos sabrás de lo que hablo. Contemplé aquellos enormes e inocentes ojos marrones, ojos que deberían haber estado mirando dibujos animados y no la cámara acorazada donde lo reteníamos, y mi corazón se partió en dos.

El pecho de John no se movía bajo mi mano. Era probable que llevara así un rato, aunque no me había percatado de ello.

—Es mi mejor amigo —sollocé—. Crecimos juntos, joder. Lo conozco desde que éramos críos. No es justo que termine así. Se supone que las cosas no iban a salir así. Siempre me he preocupado por él y lo he sacado de los líos en que se ha metido. Y ahora lo único que puedo hacer es mirar...

Benjy empujó los pies contra Sheila y se deslizó hasta mí.

—No está muerto aún, señor Tommy.

Me encorvé y apreté los labios contra la fría frente de John. Estaba casi congelada. Un débil hálito de aire, tan ligero que casi resultaba imposible de percibir, escapó de entre los labios. De inmediato puse los dedos contra su garganta.

—Respira. Muy débil... Pero su corazón no se mueve. Aún respira pero no le encuentro el pulso.

Sentí un débil revoloteo bajo los dedos y luego nada. Comprobé si respiraba, pero lo único que le salió de la boca fue un chorrito de sangre.

—¡Dios santo! ¡Vamos John, respira! —Frustrado, le golpeé el pecho—. Respira, tío.

—Señor Tommy, lo puedo ayudar, pero tiene que ser ahora. Casi ha llegado a Jesús. Está de camino. La luz se hace más brillante.

¡Está de camino! ¡Cuidado! ¡Jesucristo, ahí va! ¡Y lo hace a un ritmo imparable!

—¡Señor Tommy!

Sacudí la cabeza en un intento por despejarme.

—No puedo, Benjy. Si Sherm vuelve y estás con las manos desatadas...

—Entonces tendrás que entretenerlo —insistió Sheila—. Benjy solo necesita un par de minutos.

—Haz lo que dice, Tommy —dijo Roy—. Todos sabemos de lo que el chico es capaz. Yo mismo lo he experimentado y sé que tú lo has visto. Lo crees, aunque digas lo contrario. Y aunque no lo hicieras, ¿no vale el intento la vida de tu amigo?

La cara de John había perdido el color. Su piel me recordaba a la nieve.

Me ve...

Un invierno, cuando teníamos diez años, la escuela cerró a causa de una tormenta la noche anterior. John y yo pasamos el día con otros niños y nos dedicamos a deslizarnos ladera abajo por la colina enorme que se elevaba a las afueras de la ciudad, la misma colina a la que fui el mismo día que me diagnosticaron el cáncer. A los pies de la colina había una tira de hierba cubierta con botellas de cerveza y bolsas

de comida rápida, y más allá, la carretera que llevaba desde Hanover a Spring Grove. No se trataba de una carretera principal, pero siempre había tráfico. Los camioneros la utilizaban como atajo entre las ciudades, en lugar de usar la autopista.

La tormenta había cubierto la colina con una capa de nieve de casi cinco centímetros de espesor, así que se había convertido en una gran montaña de hielo sólido. Los niños bajaban por ella a una velocidad de vértigo, y en el último momento desviaban los trineos para evitar ir a parar a la carretera. Todos excepto John...

Lo hizo por una apuesta. Una apuesta estúpida. Richie Wagaman lo había llamado maricón. Le dijo que no tenía las pelotas para cruzar la carretera y pasar al campo del otro lado sin mirar. Rich se apostó una cinta de House of Pain (por aquel entonces, House of Pain eran la leche). John bajó por la colina, echó un vistazo a la carretera, vio que no había tráfico y aceptó la apuesta. Yo traté de razonar con él, pero, a diferencia de lo habitual, esta vez no quiso escucharme. Contempló a Richie y sus amigos, que formaban un corrillo y lo llamaban maricón. No paraban de reírse y le decían a toda chica que pasaba cerca que era un gallina.

Lo siguiente que supe es que John corrió hacia el borde de la cima, lanzó el trineo, saltó sobre él (aterrizó sobre la tripa) y se deslizó por la colina como un tren de mercancías. Los niños vitoreaban y chillaban... y entonces, en ese momento, todos escuchamos el inquietante sonido de la bocina de un camión.

Los vehículos del Departamento de Transporte habían cubierto las carreteras con ceniza y sal, pero lo único que habían conseguido era volver la calzada aún más resbaladiza. Hubo un siseo cuando los frenos trataron de parar el camión, y la parte trasera de este comenzó a deslizarse de un lado a otro de la carretera. Quise gritar, pero el chillido se quedó pegado a la garganta mientras John seguía disparado por la hierba en dirección al camión descontrolado. El tiempo pareció detenerse entonces, como había hecho la mañana del atraco. El camión continuó su camino, John cruzó la carretera como un relámpago y el vehículo patinó y se chocó contra un pequeño montículo de nieve, lo que hizo volar por los aires cenizas, nieve marrón y suciedad. La nube formada lo oscureció todo y un silencio mortal se extendió por la colina.

La nube se aposentó y el camionero salió de la cabina, ileso pero agitando el puño con furia. No había ni rastro de John.

Y entonces lo vimos, cuando se desmontó del trineo y nos saludó con la mano desde el otro lado de la carretera. Nunca olvidaré la forma en que mi pánico se disolvió y lo contento que me puse al verlo en aquel instante. De verlo vivo... allí, en la nieve.

Vivo...

Supe lo que tenía que hacer.

—Benjy, ven aquí.

Se deslizó hacia mí. Su mirada era apremiante.

—¿Cómo puedes... hacer que se sienta bien? ¿Qué necesitas?

—Tocarlo, señor Tommy. Tengo que poner las manos donde el otro hombre le disparó.

El mero pensamiento de las manos de Benjy tocando el amasijo sangriento hizo que el estómago se me revolviera. Sin mencionar la idea de lo que Sherm haría si volvía y nos pillaba.

—¿No le puedes tocar con la cabeza, los pies o algo? ¿Con la frente no te vale?

—No, señor Tommy. Ha de ser con las manos. No sé la razón, pero así es como funciona.

Tomé aire, miré a John y me centré en Benjy.

—De acuerdo. Voy a desatarte las muñecas. Pero Benjy, me tienes que prometer que no intentarás huir. Si lo haces, no sé de lo que Sherm sería capaz. Se enfadaría mucho, mucho, y no queremos que eso pase. Estabas en lo cierto con él. Está enfermo. No quiero que la tome con tu madre ni con ninguno de los que estamos aquí. Así que no te escapes, ¿vale?

—De acuerdo —asintió—. Lo prometo, señor Tommy. Solo quiero ayudar. Se me da bien.

—Muy bien —accedí—. Estate quieto. Te va a doler un poco.

Retiré la cinta de las muñecas con todo el cuidado posible. Apretó los dientes porque le dolía, pero no dijo ni una palabra. T. J. hubiera hecho lo mismo. Se frotó las muñecas y me guiñó el ojo, como si tratara de reconfortarme. Pareció un tanto absurdo: el niño reconfortando al atracador que mantenía a su madre como rehén. Pero lo cierto es que lo consiguió. Tal vez formara parte de su poder, que no solo consistiera en curar a la gente, sino también en hacerlos sentir mejor en general. Entonces se arrodilló sobre John y colocó las manos sobre la herida.

—Haré que se mejore.

—Lo sé —susurré—. Creo en ti.

Y no mentía. Creía en él. Por primera vez en mi vida, creía en algo más aparte que en mi mujer y en mi hijo. Le había exigido a Dios que me lo demostrara. Había esperado que lo hiciera de manera inmediata, pero esto se acercaba más a su estilo.

Mientras que Benjy se ponía manos a la obra, repté hasta la puerta de la cámara acorazada y escuché. No se oía nada. Pensé de nuevo en el extraño golpeteo amortiguado de antes y me pregunté qué es lo que sería. En ese momento caí en la cuenta de que no habíamos tenido noticias ni de Keith ni de Lucas desde que Sherm se los llevara. Keith estaba al otro lado del pasillo. Resultaba raro no haberlo oído ni una sola vez. ¿Y dónde estaba Sherm? Pegué la cabeza contra la esquina con la esperanza de captar algún ruido, pero lo único que percibí fue la sangre zumbándome en los oídos. ¿Qué demonios pasaba?

Como si alguien contestara a mi pregunta, escuché el débil pero inconfundible

sonido del orín caer sobre el agua del retrete, seguido poco después por un largo pedo. Al menos ahora sabía dónde estaba Sherm y lo que estaba haciendo. Pero entonces recordé la conversación de antes. Sherm me había comentado que había encerrado a Lucas en el baño y que había bloqueado la cerradura con pegamento. Entonces, ¿era el repartidor o Sherm el que estaba en el baño? No había forma de asegurarse. ¿Me había mentido Sherm? Y si lo había hecho, ¿por qué?

Miré por encima del hombro. Benjy tenía los ojos cerrados y se mecía de atrás adelante, sin alejar las manos del agujero de entrada de la bala. Los otros tenían la cabeza inclinada hacia delante, centrados en el chico y fascinados por lo que presenciaban.

No sabía muy bien qué esperaban. Tal vez habíamos visto demasiadas pelis o leído demasiadas novelas. No hubo brillos, ni calor, ni un destello cegador de luz blanca. No sonaron trompetas ni aparecieron coros delante de nosotros. Solo ocurrió una cosa: el pecho de John volvió a moverse de forma constante. Su respiración sonaba brusca, pero los pulmones volvían a funcionarle, y eso era lo que importaba.

Tenía la prueba que había exigido. Creía.

Y bajo la luz de esa nueva creencia, me sentía alborozado y aterrorizado al mismo tiempo.

—Jesús... —masculló Oscar.

—Esto... Nunca había visto algo así —susurró Kim.

Al final del pasillo, alguien tiró del agua en el baño. Quienquiera que fuese, Sherm o Lucas, estaba a punto de acabar. Sin perder tiempo, agarré el trozo de cinta con el que Benjy había estado atado antes, formé con él una pelota y me la guardé en el bolsillo.

—Sharon, solo hay un baño en el banco, ¿no?

No despegaba los ojos de Benjy y John.

—Mmmm, sí. El que está al fondo del pasillo. Es la cuarta puerta pasada la oficina de Keith, la que está al lado del armario de la limpieza. Nada más.

—Es lo que pensaba. De acuerdo, escuchadme todos con atención. No podemos dejar que Sherm se entere de esto. Se armará una buena si se entera de que he desatado a Benjy. Y lo que es peor, no sé lo que haría de enterarse de los poderes de Benjy. Bueno, eso si llega a creérselo.

—¿Crees que usaría al chiquillo para negociar con él? —preguntó Roy, sin dejar de mirar el milagro que se había obrado delante de sus ojos.

—Es una posibilidad. Joder, es más que eso. Voy a entretener a Sherm. Le he dejado poner todo esto patas arriba y ya es hora de recuperar la cordura. Estad atentos pero manteneos callados, por lo que más queráis. Si no consigo que se quede en la habitación, empezaré a toser muy alto. Si lo oís, volved a vuestras posiciones. Sheila, si eso ocurriera, tienes que hacer lo posible para mantener las manos de Benjy

ocultas. ¿Alguna pregunta?

Todos negaron a la vez, excepto Benjy.

—¿Qué pasa, colega?

No respondió. Siguió apretando. Capté algo entre los dedos, algo parecido a una gasa de color carne. Era como si la piel de John se estuviera regenerando, tejiéndose a sí misma como si fueran hebras de tela de araña.

—No te puede oír cuando está así —explicó Sheila—. Entra en trance o algo parecido. Pero me aseguraré de hacer lo que has dicho.

—Vale.

La respiración de John era audible para entonces, y también más regular.

Quería quedarme y mirar, lo deseaba más que cualquier otra cosa, pero no podía. Así que inhalé con energía, hasta que mis pulmones se quejaron, y caminé hacia el pasillo. Me sentí indefenso, inerme. La placa de la oficina de Charlie Strauser apareció en mi mente.

—He salido para encontrarme a mí mismo —susurré—. Si no estoy aquí cuando me necesites, aguarda hasta que regrese. —Después, más bajito aún, añadí—: Paz.

La puerta de la oficina de Keith estaba cerrada. Había una ventanita en la puerta; las luces del interior estaban apagadas. Sabía que Sherm las había apagado y que no era la poli quien nos había cortado la luz, porque las luces del recibidor y de la cámara acorazada seguían funcionando. Me volví y miré hacia atrás. A partir de este momento, incluso si Sherm se situaba justo enfrente de la cámara acorazada, John y Benjy quedarían ocultos a la vista, ya que estaban detrás de la esquina.

Me detuve y escuché. En el baño, alguien se lavaba las manos. Fuera, los policías se llamaban los unos a los otros y sus radios crujían con órdenes y nuevos datos. Parte de mí quería volverse a la izquierda, ir hacia el recibidor, atravesar la puerta y encarar los cañones de cien rifles. Igual disparaban, igual no. ¿Importaba? Ya estaba muerto. Había visto el poder de Benjy y sabía que funcionaba. Pero si Benjy me curaba, sin Michelle y T. J. a mi lado estaría muerto por dentro.

La puerta del baño se abrió y Sherm salió por ella con el .357 agarrado en la mano. Pegó un respingo cuando me vio, y me percaté de algo que yacía tirado tras él, en el baño cubierto de sombras. Antes de distinguir lo que era, levantó la pistola y me apuntó. Grité y levanté las manos.

—¡Cálmate, Sherm! Hostia, tío, que soy yo.

—¡Joder, Tommy! —Bajó la pistola, aún nervioso—. Casi te disparo. ¿Qué coño haces?

—Quería ver qué ocurría y charlar.

—Estaba plantando un pino, colega. Mejor será que no entres en un buen rato.

—Gracias por el consejo. No lo haré.

—Habrán sido las judías recalentadas de la noche pasada... O puede que el

tequila.

—¿Dónde anda Lucas?

—¿Quién? —Se agitó de nuevo, aunque trató de ocultar su sorpresa.

—El repartidor. El tío del agua. Antes dijiste que lo habías encerrado en el baño, Sherm. ¿Cómo has entrado tú, entonces?

—Oh, ese. El tío del agua. Sí. Cuando fui a entrar en el baño lo encerré en el armario de la limpieza. Está bien, capullo. Tranqui. No le he hecho daño.

Elegí mis palabras con cuidado.

—Pero me dijiste que habías llenado la cerradura con pegamento después de meterlo aquí. ¿Cómo has abierto la puerta?

—Supongo que no lo hice tan bien como pensé.

—Oh. —Mentía, y lo sabía. Aunque no sabía el porqué.

Avanzó hacia mí. Sus pies no parecían tocar la alfombra. Apestaba. A sudor rancio, a sobaco y a tabaco, junto con un toque de cordita.

—¿Entonces qué pasa? —pregunté.

—Acabo de hablar con el negociador. El mismo soplapollas que jugaba con el megáfono: Ramírez. ¿Por qué son tan simpáticos esos imbéciles? Se comportan como si fueran el mejor colega del mundo y como si tu única posibilidad de sobrevivir fuera la de hacerles caso. Pretenden estar muy interesados en tu puto bienestar, y en realidad lo único que quieren es que dejes escapar a los rehenes para entrar a saco y volarte el culo para luego salir en las noticias de las cinco. Dios, cómo me jode. Por eso es por lo que esperaba que los tíos del equipo de respuesta rápida trajeran otro negociador. Solo por una vez, me gustaría hablar con un negociador honesto.

—¿A qué te refieres con «solo por una vez»?

Me guiñó el ojo.

—Nada. Solo bromeaba. No te preocupes. De todas formas, los polis estarán ocupados por ahora. No vamos a conseguir que se alejen del camión, así que les hice llegar una lista de exigencias que no puedes ni imaginar. Aún piensan que somos más de los que en realidad somos. Así que, mientras siguen indagando, vamos a divertirnos un poco con nuestros invitados.

—Tenemos que hablar primero —dije, y me coloqué enfrente de la puerta de la cámara acorazada—. Sin que ellos nos oigan.

—Entonces vamos ahí dentro —señaló a la oficina de Keith. Luego alzó la voz y les gritó a los otros—. ¡Escuchad! Vamos a la habitación de al lado un rato. Si cualquiera intenta largarse, que recuerde que estamos al final del pasillo. Moriríais antes de dar el tercer paso.

—Sí, señor —respondió Roy—. Es usted el que está al mando.

—Exacto. Y mejor que lo recuerdes, viejo.

—No intentaremos nada —le aseguró Sharon.

Hubo un murmullo de asentimientos por parte de los demás.

—Después de ti. —Traté de sonreír, pero me salió muy forzado.

—¿Estás bien, tío?

—Sí. Es solo que el cáncer me está comiendo el puto estómago. Duele un montón, es como si hubiera bebido ácido o algo así. Cada vez que eructo me abraso la garganta.

—Menuda putada.

Abrió la puerta de la oficina y encendió la luz. Detrás de nosotros, oculto a la vista en la cámara acorazada, John tosió.

—¿Cómo está? —preguntó Sherm mientras entraba en la oficina.

—Aún está helado. Dugan dice que puede que no despierte.

En la cámara acorazada, oí de repente la voz de John murmurar: «¿Qué... qué pasa? ¿Dónde están Tommy y Sherm? ¿Quién eres tú?».

Sherm se dio la vuelta.

—¿Decías?

—Nada. —Sacudí la cabeza. El corazón me latía a mil por hora—. Habrá sido Martha. No dejaba de hablar de Dios y toda esa mierda. Es una fanática plasta.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Lo seguí dentro de la oficina y dejé la puerta entreabierta, por si acaso alguno de ellos intentara correr. La habitación era pequeña y carecía de ventanas. Había una percha, una palmera anoréxica en una maceta y unos cuantos cuadros de flores en la pared. Una enorme mesa de despacho dominaba uno de los lados de la oficina, y la silla de cuero de detrás de ella yacía tirada en el suelo. Las ruedas metálicas sobresalían por encima de la esquina de la mesa. Al otro lado de la misma había una silla más. Ni rastro de Keith, solo una foto suya delante del monumento a Washington, encima de la mesa. Le echaba por encima el brazo a una mujer sonriente y los acompañaban dos niños. El .38 que Sherm le había quitado a Mac Davis descansaba en la mesa, al lado de la foto.

—¿Qué es lo que pasa? ¿De qué quieres hablar?

—Dímelo tú, Sherm. John no está nada bien, tío. ¿Te han dicho algo de la ambulancia?

—Sí, pero nada que quieras oír. No enviarán ninguna. Se lo he pedido pero se niegan. Putos polis.

—¿Les dijiste que John era uno de nosotros o que se trataba de un rehén herido?

—Un rehén, colega. Pero ni aun así.

—¿Por qué? —le solté de sopetón. Sabía que no importaba, sabía que justo en ese momento se estaba poniendo bien. Pero tenía que distraer a Sherm.

Se encogió de hombros, sin responder.

—Vamos, Sherm. ¿Qué es lo que te han dicho?

Se volvió a encoger de hombros, parpadeó y supe que mentía de nuevo. Ni siquiera se lo había dicho a los policías.

—Sherm...

—¿Qué hostias haces, Tommy?

Lo empujé a un lado, rodeé la mesa y alcancé el teléfono. Sherm me agarró del bazo y trató de tirar de mí. El teléfono se me escurrió de la mano y empujé a Sherm para cogerlo.

Entonces encontré a Keith.

Tiras de cinta aislante le cubrían la nariz y la boca. Tenía la cara morada y los ojos se le salían de las órbitas. Las diminutas venas que los surcaban habían reventado, y los globos oculares aparecían inyectados en sangre. Los pies habían dejado marcas de las esposas en la pared y la mesa, allí donde habían golpeado en lo que habían sido los estertores de muerte. Recordé aquel sonido amortiguado y jadeé, horrorizado.

—Este hijo de puta trató de gritar a los polis mientras hablaba con ellos por teléfono —explicó—. Le pasé el aparato para que verificara lo que había dicho pero lo que hizo fue empezar a cantarlo todo. Estuvo a punto de revelarles el auténtico número de atracadores, y que John estaba herido. Así que le puse un trozo de cinta aislante en la boca, para mantenerlo callado. Pero ni así cerró el pico. Así que le tapé la nariz con más cinta. Me imaginé que así aprendería la lección... se lo haría pasar mal un par de minutos y luego le quitaría la cinta. Pero el hijo de perra se murió antes. Deberías haberlo visto, colega. Pateaba y se resistía como un cabrón. Por un momento pensé que la cabeza le iba a explotar.

—¿Por eso lo mataste?

—Era la única forma, Tommy. No podía dispararle. Como tú mismo dijiste antes, si los polis oían otro disparo, no tardarían en entrar a saco.

—Joder... Esto es una putada bien gorda, Sherm.

—No es culpa mía, tío. Ni con este ni con el otro.

—¿Ni con el otro? ¿De quién hablas? ¿De Lucas?

—Sí, Lucas, el repartidor. El tipo quiso largarse cuando le echábamos un ojo a su camión. Intentó deshacerse de mí a pesar de que le apuntaba a la nuca. No podía permitirlo, aunque la solución tampoco consistía en dispararle.

—Me aseguraste que estaba encerrado en el baño, Sherm. Dijiste que ya no sería un problema. ¿También me mentiste? ¿Lo mataste y no me comentaste nada?

—No te mentí. Solo no te conté toda la verdad. No quería que el resto de los rehenes se volviera loco.

—¿Y qué es lo que le ocurrió?

—Lo ahogué en el baño.

Me pasé la mano por la cara y suspiré.

—Lo mataste también. —No era una pregunta.

—Igual que a Keith. Tenía que hacerlo, tío. Pero hey, no te mentí. Te aseguré que no sería un problema y no lo fue. No me quedó otro remedio.

—No es a eso a lo que me refiero, Sherm.

Frunció el ceño. Se encogió de hombros y se encendió otro cigarro.

—No lo capto, colega. Entonces, ¿dónde cojones está el problema? Acordamos ser tipos duros desde el principio. ¿Por qué me puteas con esto?

—¿Por qué matarlo, Sherm? Hostia puta, tío. ¿Se te ha ido la pinza? ¿No puedes dejar de matar gente? ¿No se han puesto ya bastante mal las cosas de por sí como para empeorarlas?

Se encogió de hombros otra vez.

—Sí, claro. Pero podrían empeorar, Tommy. Y mucho. Empiezo a pensar que no saldremos vivos de aquí, tío.

No conseguí mantener el tono neutro de mi voz y salté.

—Desde luego que no si sigues cargándote a gente. ¡Me cago en la madre que te parió, Sherm! ¿Cuánta gente ha de morir para que te tranquilices? Kelvin. El poli, Mac Davis.

Lucas. Keith. Puede que John. ¿Cuántos? ¿Cuántos tienes que matar? Necesitamos un puto plan, tío. ¿Qué coño vamos a hacer?

—¿En serio? Ya he estado pensando en ello.

—Claro que hablo en serio. ¿Cuál es el plan?

—Creo que deberíamos pasar un buen rato. Ya sabes. Aprovechar el tiempo que nos quede. Mira la chica esa, Kim. ¿Has visto el culo que tiene? Dios, me encantaría darle por detrás. ¿Y esas tetas? Me dan ganas de mordisqueárselas.

Se lamió los labios y se acarició el paquete.

Agité la cabeza, disgustado.

—¿Ese es tu plan? ¿Petarte a Kim?

—¿Y qué vamos a hacer, si no?

—Nos rendiremos —sugerí—. Les diremos que John y tú solo erais cómplices. Yo me llevaré la peor parte. —Suenas estúpido ahora, pero en aquel momento creí que sería la opción más sencilla, creía que dejarían libres a Sherm y John con solo un azote en el culo y un «no lo volváis a hacer».

—Que te jodan. Piensa que John y yo no vamos a morir de cáncer. ¿Crees que nos dejarán libres solo por eso? ¿Qué mierda te has estado fumando, Tommy? Lo más probable es que me condenen a la pena de muerte. Me meterán la inyección letal y luego me sentarán en la silla eléctrica para asegurarse. Y como ya te dije antes, incluso si Polla de Peluche sale vivo, le caerán al menos cuarenta y un meses. Saben que hay muertos. Ven a Kelvin y al madero muerto desde donde están. No nos quedan muchas opciones. No saldremos silbando de aquí.

—Vale. Entonces John y yo nos rendimos, y tú te quedas aquí y negocias lo que quieras.

Levantó la .357 y me apuntó.

—No, Tommy. Tienes que entenderme. Intentémoslo una vez más. No vamos a salir silbando de aquí.

Mi estómago se congeló y se revolvió. De manera automática, mi mano se fue en busca de mi propia arma. Solo entonces me di cuenta de que la había dejado en el suelo, al lado de John y Benjy. No la veía, pero sabía que en la mesa estaba la .38 del policía muerto. Pero si iba en su busca me dispararía antes de cogerla.

—Joder, Sherm...

—Recuerda quién ha planeado esta jodienda —me advirtió—. No podrías haber sacado esto adelante sin mí. ¿Y ahora quieres ir por tu cuenta?

—¿Qué vas a hacer, Sherm? ¿Vas a dispararme?

Acarició el gatillo, sonrió y luego se relajó.

—No, tío, no voy a dispararte. Estaba de coña. Pero quiero que te des cuenta de que no pensabas con claridad. Eso es justo lo que te hubiera estado esperando de haber salido sin más. Una bala. Una puta tormenta de plomo.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo.

—Mira —continuó—, sabemos los riesgos que corríamos cuando lo planeamos. Vas a morir de todas formas, eso es lo que dijiste. Y en cuanto a John... Hey, Polla de Peluche fue tan tonto como para unirse, a pesar de que le insistimos para que no lo hiciera. Así que no es culpa de nadie lo que le ha pasado, estas movidas ocurren. La vida es una mierda y luego te mueres. Esa es la regla, tío. No puedes hacer nada. Él tomó su decisión.

—¿Y qué pasa contigo, Sherm? ¿Qué es lo que te impulsó a unirme si sabías que podíamos acabar tan jodidos como lo estamos?

—Ya te lo conté antes, colega. Somos tíos. Estaba aburrido de Hanover. No he hecho nada divertido desde que estuve en Portland.

—O sea, que esto ya lo has hecho antes. ¿Y te parece divertido?

Su cara se tornó seria.

—Tommy, no tienes ni idea de lo que he hecho. Ni de las movidas en las que me he metido.

Me estremecí.

Sonrió.

—Y sí, esto es divertido. Y todo gira en torno a divertirse.

—No tiene ni puta gracia. Sherm.

—Tampoco la tiene rendirse. Al menos no para mí. ¿No estás de acuerdo?

Miré el cadáver ya rígido de Keith, y luego a la pistola que Sherm sostenía en la mano.

—Sí, claro, tío. Estoy de acuerdo.

—Vale. Pues vamos a empezar con la fiesta.

Salió por la puerta. Tosí, alto y fuerte, y esperé que los demás lo hubieran oído.

—¿Estás bien?

Me acaricié la garganta, actuando lo mejor que pude.

—Sí. Algo sediento, nada más. Tengo la garganta seca. Me encantaría beber algo.

—Hay refrescos en la oficina del fondo, aunque están calientes. ¿Quieres que te pille uno?

—Genial, tío. Gracias.

—De nada.

Antes de que nos moviéramos, los teléfonos comenzaron a sonar.

—Hostia —se quejó Sherm—. ¿Qué coño querrán ahora?

Sonaron otra vez. Y otra más.

—¿No lo vas a coger? —le pregunté.

—No, es el soplapollas de Ramírez, que quiere darme por culo un rato más.

Tres tonos más.

—No lo sé, Sherm. Igual es algo importante.

Cuatro más.

—Que les jodan.

Hubo un graznido proveniente del exterior, y entonces la voz del detective Ramírez se impuso por encima del molesto sonido de los teléfonos.

—¡Shady! ¡Shady, soy el detective Ramírez! Shady tienes que coger el teléfono. Tengo que hablar contigo sobre tus peticiones. Es importante. ¡Por favor, coge el teléfono!

Dos tonos más.

—¡Shady!

Sherm apretó los dientes.

—Joder, tío, espero tener la oportunidad de meterle un tiro a ese hijo de puta en la cara antes de que esto termine.

Agarró el teléfono y se lo acercó a la oreja.

—Soy Shady. ¿Qué coño quieres, Ramírez?

Sherm escuchó con atención.

—No sé de qué hablas, colega. ¿Te has estado fumando el *crack* del almacén de pruebas, o algo?

Otra pausa.

—No, tío. Ya te he dicho cuál es mi nombre.

Una tercera pausa.

—No.

Poco a poco, los ojos de Sherm se abrieron de par en par.

—¿O'Brien? No lo he oído en mi vida.

Mi corazón estuvo a punto de salirseme.

—Ya te lo he dicho, Ramírez. No conozco a ningún Tommy O'Brien ni a su colega John. Claro que estoy siendo sincero contigo.

Comenzó a moverse. Primero se le marcó una vena en el cuello. Palpitaba y se agitaba como una serpiente que se retorciera. Luego su ojo parpadeó. Se sentó en la esquina de la mesa y empezó a mover la pierna de adelante atrás.

—Bueno, tal vez la puta esa esté loca. ¿Has llegado a pensarlo, detective?

Oh, no...

Sherm me miró de nuevo. Me señaló la silla y me la empujó con el pie.

—Seré sincero, Ramírez. Esa puta loca llama al nueve uno uno, le dice al telefonista que su marido y dos de sus amigos son los que han ido a robar el banco y que uno de sus amigos está herido, y que eso lo sabe porque su marido la ha llamado desde dentro. ¿Eso es lo que me estás contando? Suena como una puta trola. ¿Quién va llamar si tenéis las líneas controladas? ¿A qué juegas?

Michelle. Michelle había llamado a la policía después de que yo colgara el teléfono. Se había puesto nerviosa, histérica. Y en tal estado lo había contado todo, había dado nuestros nombres, les había rogado que le dijeran que no era cierto porque su marido nunca antes le había mentado y no había forma alguna de que se hubiera visto involucrado en una cosa así.

Sin siquiera darse cuenta, mi propia esposa había dejado caer la espada de Damocles sobre nosotros.

Y ahora estaba jodido. Todos lo estábamos. Porque Sherm estaba jodido, y eso significaba que iba a joder a los demás.

—¿Portland? —ladró Sherm al teléfono—. ¿Qué es lo que le pasa? Nunca he vivido allí. Yo soy de la costa Este de toda la vida, tío.

Una pausa. Sherm comenzó a dar golpecitos con la pistola contra la pierna.

—¿Tampa? No, tampoco he ido a Tampa. Te lo aseguro, Ramírez, das palos de ciego, capullo. *Bowwow, yippee-yo*, ¿sabes?

Una pausa aún más larga.

—¡Me importa una mierda los faxes que te estén enviando! *Faxea* esto, hijo de puta...

Una pausa mucho más larga. El tiempo pareció ir a cámara lenta.

—¿San Francisco? Mierda. Te diré una cosa, Ramírez: estoy impresionado. ¿Cómo habéis encontrado eso? Creí que nadie lo sabía.

»Sí. Ajá. Mira, dame quince minutos, necesito hablar esto con Tommy y John. No, no voy a intentar joderte, tío. ¿No he sido franco contigo hasta ahora? Bueno, vale, no sobre los nombres y esas mierdas, pero no he matado a nadie. Los rehenes siguen vivos y coleando. Danos otros quince minutos. Eso es lo único que te pido.

Déjanos decidir cómo nos vamos a rendir y esas cosas. Luego nos puedes poner las esposas y hacerte el héroe. Ya sabes, hacerte la foto para el periódico y las noticias.

Mis ojos se abrieron de par en par. Sherm giró la pistola hacia sí y observó el cañón.

—¡No, no, no, no, no! Ningún puto gesto de buena fe. No voy a soltar a ningún rehén antes. Quince minutos. Voy a colgar. Tú verás si sigues con tus paranoias o me llamas antes de que el tiempo se acabe. ¿Me entiendes? Hasta que nos rindamos, sigo al mando en el banco, hijo de puta. ¿Sí o sí?

Colgó el teléfono con un golpe y contempló el arma.

Cerré los ojos y suspiré.

—Sherm. Yo...

—Cierra la boca, Tommy. Cierra la puta boca.

Su voz sonaba cansada, plana. Vencida. Nunca antes la había oído así, y creo que eso fue lo que más me asustó.

Sacudió la cabeza con tristeza.

—Mierda, Tommy. Tenías que llamar a Michelle.

—Sí —admití. No tenía sentido negarlo—. Tenía que hacerlo.

—¿Cómo lo hiciste?

—Guardé el teléfono de Lucas en el bolsillo porque no sabía qué hacer con él. Cuando te marchaste, la llamé.

Colocó la pistola sobre la mesa, pero la mantuvo en la mano. El cañón me apuntaba. El agujero me pareció enorme, mayor de lo que recordaba. La .38 del poli muerto estaba al lado. Ambas fuera de mi alcance.

—¿Por qué? Es lo único que quiero saber, tío. ¿Por qué hiciste algo tan estúpido como eso?

—Porque es mi esposa, tío. Porque la quiero. Se lo debo, ¿sabes?

—No, no lo sé. Lo que sé es que ha sido una acción tan estúpida que ni al mismo Polla de Peluche se le hubiera ocurrido.

Vi en su rostro que era cierto que no lo sabía, y que nunca lo haría. Sherm nunca lo comprendería. ¿Cómo explicarle el amor a un hombre como él? ¿Recuerdas cuando te dije que todas las mujeres querían curarlo porque pensaban que estaba herido, pero que él quería que lo dejaran en paz? Bueno, pues eso estaba en su naturaleza.

—¿Quieres... quieres decirme por qué has sido tan estúpido?

Su voz siguió sin transmitir emoción alguna.

—Porque ahora lo saben todo, Tommy. Ahora lo saben. Saben que solo somos tres. Saben que Polla de Peluche está herido. Saben nuestros nombres, nuestros historiales, nuestros... Lo saben todo. Les da ventaja. Estamos jodidos.

—Lo siento, Sherm. No soportaba tener que mentirle, tío. Lo siento de verdad.

—Lo sé —se encogió de hombros—, pero no es que eso ayude mucho ahora ¿no crees?

—No, supongo que no.

El silencio pendió sobre la sala un instante, y luego volví a probar suerte.

—¿De qué hablaba el negociador? ¿De Tampa y San Francisco? ¿Qué pasó allí?

—Nada. Todo. Como ya te he dicho, ahora lo saben. Pero ya no importa. ¿Sigues teniendo el teléfono?

—Sí. Lo guardo en el bolsillo.

—Genial. Dámelo.

Extendió la mano que tenía libre. La otra siguió sujetando la pistola.

Lo busqué dentro del bolsillo y se lo alargué. Las manos me resbalaban a causa del sudor.

—Gracias. —Lo estudió con detenimiento—. Bonito teléfono. ¿Es uno de los caros?

Con un súbito arranque de rabia, lo lanzó por los aires. Impactó contra la pared y cayó al suelo; la carcasa se rompió. Di un respingo, pero conseguí no levantarme del todo del asiento.

—Solo quiero saber una cosa, Tommy.

—¿Qué?

—¿Ha valido la pena, hablar con Michelle? ¿Oír su voz? ¿Ha valido la puta pena? No dudé ni por un segundo, pero mi voz fue poco más que un susurro.

—Sí. Sí, Sherm, valió la pena.

—Vale.

Levantó la cabeza, me miró a los ojos y sonrió.

—¿Qué... qué pasa?

Su sonrisa se agrandó.

—Tratarán de hacerse una idea más precisa de lo que pasa aquí, comprobar cuál es la situación. Quizá traten de meter una cámara dentro, tal vez una de esas unidades robóticas que cuentan con una pértiga telescópica o algo así. Nos quedan quince minutos. Luego, la suerte estará echada.

—¿Y entonces qué hacemos?

Su conducta volvió a cambiar. Una vez más su tono volvía a sonar animado y amistoso..., como mi colega Sherm, que nunca me apuntaría con una pistola ni tampoco tenía una vida secreta de la que yo no sabía nada.

—Seguiremos mi plan, capullo. Nos divertiremos. ¿Aún tienes sed?

—En, claro. Sí, me tomaría algo.

—Te pillaré un refresco, echaré un ojo y me aseguraré de que todo está bien. Luego empezaremos.

—¿Empezar el qué?

—La fiesta, tío. Empezaremos con la fiesta.

Con un guiño, agarró la pistola y saltó de la mesa. Me dio la espalda, salió de la oficina y volvió a la izquierda en el pasillo.

Quince minutos. Pero si Sherm averiguaba lo de Benjy, John y demás, íbamos a estar jodidos mucho antes.

La .38 del poli muerto me miró con ojos ansiosos.

La cogí, la metí debajo de la camisa y me apresuré hacia la cámara acorazada.

John estaba sentado y miraba a Benjy sorprendido. Ambos me sonrieron cuando entré. Los otros mostraban un aspecto tenso, excepto Martha, que mantenía los ojos entrecerrados y la cabeza inclinada en oración. Me pregunté qué era lo que me había perdido. Las cosas habían cambiado, aunque fuera de forma sutil. Algo había pasado, algo más que la recuperación milagrosa de John. Imaginé que habían escuchado la conversación entre Sherm y yo.

—¡Tommy! ¡No te vas a creer lo que ha pasado, copón! Es increíble —jadeó.

—Lo sé todo —respondí para lograr que se calmara un poco—. Pero ahora mismo hay cosas más importantes de las que preocuparse.

Capté la atención de todos.

—Escuchadme con atención. Sherm volverá en cualquier momento. Los polis saben quiénes somos. Saben que solo somos tres. Mi... mi esposa los llamó, como le dije.

—¿Michelle? —John se sorprendió—. ¿Nos ha delatado?

—No, tío. Solo estaba preocupada. De todas formas, Sherm está actuando de forma rara. Dice que se va a rendir y que os va a dejar marchar, pero no sé si lo dice en serio. Yo le he estado dando vueltas al asunto... y he decidido sacaros de aquí, pero tengo que encontrar una manera de hablar con la policía y hacerles saber que quiero rendirme. ¿Alguna idea?

—Podría simular otro ataque al corazón —sugirió Roy, que miró al resto con cierta inquietud, sobre todo a Dugan. En aquel momento lo achiqué al estrés. Si hubiera sabido la verdadera razón...

—No —negué con la cabeza—. No funcionará. Sherm te dejaría morir aquí. Si no permitió que viniera una ambulancia a recoger a John, dudo mucho que lo hiciera por ti.

Benjy se deslizó hacia atrás mientras se secaba la sangre de John de los pantalones.

—Mierda, casi lo olvido. Benjy, ven aquí. He de volverte a atar.

Sin decir una palabra, el niño se cubrió con su madre.

—Venga, Benjy, no me hagas esto. Sabes que no te voy a hacer daño, colega. —Miré en derredor—. ¿Dónde demonios está la cinta aislante?

—Tommy... —John podía abrir los ojos de par en par—. No podemos rendirnos. Nos meterán en la cárcel.

Me arrodillé a su lado y le di un abrazo. Al principio se sorprendió, pero luego me devolvió el apretón con no menos fuerza.

—Me alegro de que estés vivo, tío. No tienes ni idea... —La voz se me quebró.

—No llores, Tommy. No pasa nada. Este niño me ha salvado. ¿No es la leche?

—Sí, desde luego. Pero tenemos que evitar que Sherm se entere, John. Sherm no ha de saber nada sobre esto, ¿vale?

—¿Por qué no?

Suspiré.

—Algo raro le pasa, John. Algo malo. ¿Recuerdas cuando me dijiste que a veces te daba miedo?

—Sí.

—Bueno, creo que empiezo a entender tus razones. Tienes que confiar en mí, tío. Hay muchas cosas sobre Sherm que ignoramos. Cosas que le ocurrieron antes de que nos conociera, antes de que viniera a la ciudad.

—¿Qué clase de cosas?

—No te preocupes ahora sobre eso. Te lo diré después.

John se palpó el estómago, justo donde antes le había agujerado la bala.

—Escúchame, John. Les voy a decir a los polis que no estabas involucrado en el robo. Nos trajiste hasta aquí en coche y no sabías lo que estábamos planeando. Solo te convencimos para que te quedaras en el vehículo y esperaras. Lo único que recuerdas después es que Kelvin trató de robarte el coche. Te disparó y tú corriste al banco en busca de ayuda. Así es como llegaste aquí.

—Pero Tommy...

—¡No me jodas, John! Cierra la puta boca y escúchame. Eso es lo que le voy a decir a la policía y lo que tú vas a decir. ¿Te queda claro? Suficientes vidas han sido destruidas hoy. Casi te pierdo, tío. Casi te mueres. No voy a dejar que te pase nada más.

—Muy noble —apostilló Dugan. Advertí algo de sarcasmo en su voz, pero lo ignoré.

John asintió, luego se levantó y me agarró de la camisa con los puños sangrientos.

—No hay nada más que decir. —Le aparté la mano.

—No es eso, Tommy. Quiero decirte otra cosa. Espera hasta que oigas esto.

—¿El qué? —Solo le prestaba atención en parte. Recordé que había dejado aquí la pistola y la busqué con la mirada, pero allí ya no estaba. Había desaparecido... como la cinta aislante. Tuve un mal presentimiento.

—Tommy... Había una luz.

Eso me hizo quedarme frío.

—¿Qué? ¿De qué hablas, tío?

—Había una luz, una luz brillante. Recuerdo cuando me dispararon, y también que corrí para encontraros, pero no mucho más a partir de ahí. Solo fragmentos dispersos, como si fueran imágenes sueltas de un DVD. Disparos. Sherm gritándole a alguien. Sirenas. Supongo que estuve dormido un rato. Recuerdo tener frío, un frío de pelotas. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Pero cuando me desperté y miré

abajo, estabas inclinado sobre mí, me apretabas el pecho y me decías que respirara. Te dije que me sentía bien, pero no me oías. Así es cuando me di cuenta de que miraba desde arriba mi propio cuerpo, como en las pelis. Estaba en la cámara acorazada pero flotaba sobre vosotros.

La imagen me hizo pensar en mi pesadilla. Seguí buscando la pistola al mismo tiempo que escuchaba la historia de John y estaba atento al regreso de Sherm.

—Había una luz fuera, en el pasillo, y también voces. Traté de ir hacia la luz, pero las voces me detuvieron antes de poder llegar. No veía a nadie, pero me rodeaban.

Parecía que Dios me enviaba más pruebas. De hecho, me daba la impresión de que me estaba pateando el culo para que me quedara bien claro.

Pide y te será dado...

—¿Quién? ¿A quién sentías?

—Las voces. Me dijeron que no podía ir hacia la luz y que tenía que ir con ellos. Tenía miedo, Tommy, estaba cagado de miedo. Y entonces desaparecisteis. Tú y los demás. Me quedé solo en la cámara acorazada con las voces. Seguían insistiéndome para que fuera con ellos.

—No iba a ver a Jesús —murmuró Benjy—, sino a los otros. La gente monstruo. Los que viven en la cabeza del señor Sherm.

—No sé si era Jesús —replicó John—, pero sí que había algo.

El pánico hizo mella en mí. Las manos de Benjy seguían sueltas, la cinta y la pistola habían desaparecido, mi mejor amigo, que no era capaz de sumar dos y dos, me recordaba a uno de esos profetas de *new age*, y de acuerdo con un niño sanador de seis años, Sherm tenía monstruos que vivían en su cabeza.

—La luz desapareció —continuó John— como si alguien la hubiera apagado. Aún no los veía, pero notaba su aliento sobre mí. Apestaba como los lavabos del estadio de béisbol, tío. Me gritaban, me llamaban y me maldecían. Comenzaron a empujarme. Traté de abrirme paso, pero no hubo manera. Se movían con mucha rapidez. Uno me mordió y grité. Vaya dientes, tío... ¿Sabes lo que duelen los tatuajes? ¿Esa sensación de pinchazos? Pues a eso me recordaron, y además son mucho más afilados. Por más que lo intentaba, solo golpeaba al aire.

Me di la vuelta, pero la pistola no aparecía. Dugan me miró con suspicacia.

—Entonces, de súbito, sentí algo cálido en el pecho. Era como un par de manos..., pero no pertenecían a las cosas de la oscuridad. La luz volvió, primero como un pequeño destello, pero me alegró un montón verla. Luego se hizo más y más brillante hasta que se metió en mi interior. Sé que suena estúpido, pero así fue. Vi un hombre, pero no distinguí mucho más. Me tocó y me sentí mejor. Y ya. Después me desperté y el niño tenía las manos encima de mi estómago.

—Estupendo, tío.

—¿Y sabes qué más, Tommy?

Sherm volvería en cualquier momento, así que me importaba una mierda conocer más detalles acerca de su experiencia cercana a la muerte..., sobre todo si teníamos en cuenta mi situación actual.

—John, escúchame, ¿has visto mi pistola? La dejé a tu lado. Tengo este .38, pero tengo que encontrar la .357 antes de que Sherm lo haga. Se lo van a llevar los demonios si se entera de que la he perdido.

—No. Cuando desperté, el niño me dijo que cerrara los ojos un par de minutos y descansara. Luego me mandó volver a abrirlos. Justo cuando tú entraste. No he visto ninguna pistola.

—¿Y vosotros? ¿Alguien ha visto mi .357? ¿Y la cinta?

Benjy parecía estar a punto de llorar y Sheila no se atrevía a mirarme. Ni tampoco Sharon, Kim u Oscar. Roy tenía fija la vista en algún interesante punto del suelo y Martha no paraba de rezar. Solo Dugan me miraba, y el desdén en sus ojos me desazonaba.

—¡Hey, Tommy! Ven aquí un momento.

Era Sherm, que, a juzgar por el sonido de su voz, se encontraba al otro lado de la puerta. Me quedé de piedra. ¿Cuánto habría oído de la conversación? Con un gesto, le indiqué a Benjy que pusiera las manos detrás de la espalda.

—¿Qué pasa, tío? —gritó.

—Mira esto. Los polis tienen... ¡Joder! Bueno, no importa. Se acaba de largar.

Ruido de pasos, y luego entró en la cámara acorazada.

De inmediato, Benjy se puso las manos atrás. Si Sherm se dio cuenta, no lo demostró. Lo único que hizo fue darle un trago al refresco que me traía, ponerlo en un armario y luego abrillantar su arma con la camisa. Se apoyó contra la puerta de acero con una pierna doblada tras de sí, y sonrió.

—Hey, qué pasa. Joder, es genial verte despierto. Te debe de doler la hostia. ¿Cómo te encuentras, Polla de Peluche?

John trató de sonreír.

—Estoy bien, Sherm. ¿Y tú?

—Listo para la fiesta. Listo para menear la pelvis. ¿Verdad, Tommy?

—Lo que tú digas, Sherm.

Su carcajada me recordó al ladrido de un perro.

—¿Lo que yo diga? Joder, eso nos da un montón de posibilidades, ¿no? ¿Has oído eso, Kim, cariño mío? Lo que yo diga.

Kim no replicó. Solo miré con ansiedad a Dugan, y el mal presentimiento que me había asaltado antes volvió de nuevo.

—Algunos necesitamos usar el baño —exclamó Roy—, y a menos que quieras que lo hagamos aquí, deberías buscarnos un sitio donde aliviarnos.

—Permanece sentado —ordenó Sherm—. Nadie saldrá de la habitación por

ahora. Los polis han tratado de enviar un robot pequeño por la puerta principal... uno de esos que se parecen a los que tienen los hijos de puta de la NASA, con miras telescópicas y toda la pesca. Eso es lo que quería que vieras, Tommy. Se largó corriendo antes de que le pudiera meter una hostia. Pasó por encima de Kelvin.

—Imagino que querrán asegurarse de que mantenemos nuestra parte del trato — dije.

—¿Qué trato? —preguntó Roy.

Miré directamente a Sherm cuando le respondí.

—Sherm les ha asegurado que en quince minutos seréis libres. ¿Verdad, Sherm?

—Sí, pero el puto robot me ha tocado las pelotas. Les exigí que no hicieran nada de eso. ¿Qué habrán visto con la cámara espía? ¿Qué te parece, Kim? ¿Hacemos una peli porno para que vean algo interesante?

Kim abrió la boca para replicar, pero se lo pensó mejor y abandonó la idea. Lanzó una fugaz mirada a Dugan, y luego se echó hacia atrás.

—Ahora —la increpó Sherm— será mejor que te portes bien. Estoy a punto de soltaros a todos. Os prometo que en quince minutos todo esto acabará por fin. Os lo garantizo.

Entonces, con fatalismo desesperanzador, me di cuenta de que no los iba a dejar a salir de allí bajo ningún concepto.

Las piezas empezaron a encajar en mi cabeza. Benjy le había dicho a John que cerrara los ojos. Benjy tenía miedo de mí cuando volví, como si pensara que me iba a enfurecer con él. La actitud de Dugan había cambiado. La cinta y la pistola se habían perdido.

La pistola se había perdido.

La pistola...

—Empecemos contigo, Kim. Y no trates de resistirte.

Sherm cruzó la habitación, se inclinó y acarició el largo y rubio pelo de Kim con sus dedos sucios. Ella cerró los ojos y se estremeció, asqueada. Al mismo tiempo, Dugan extendió los brazos. Alguien le había quitado la cinta de las muñecas y tenía mi .357 en la mano.

—¡No se te ocurra moverte, asqueroso perdedor! —escupió.

Saqué la .38 de debajo de mi camisa y apunté a Dugan. Sherm se volvió y alzó su propia arma. Con la mano que le quedaba libre, agarró el pelo de Kim y tiró con fuerza. Kim levantó la cabeza y gimió.

—Tira la pistola —ordenó Dugan— y suéltala o te dispararé, hijo de puta. ¡Y no estoy de coña!

—Podrías —respondió Sherm con calma—, pero te garantizo que yo también te iba a disparar. Y si me queda tiempo antes de morir, le meteré una puta bala a Sharon en el cuerpo.

Como para dejar claras sus intenciones, apuntó la pistola en dirección a Sharon, sin despegar los ojos de Dugan y con el pelo de Kim sujeto con fuerza en la mano.

Me acerqué un poco hacia ellos. John respiraba con dificultad a mi lado.

—Tírala, Dugan —le grité—. Vamos, tío. Es un dos contra uno. No tienes posibilidades, y lo sabes.

No apartó la mirada de Sherm mientras me hablaba a mí.

—No vas a disparar a nadie, Tommy. No tienes lo que hace falta. Créeme, lo sé. Ya he matado antes, en Vietnam.

—Ponme a prueba, hijo de puta. Vamos, Dugan. Tira la pistola, ahora.

Los ojos de Dugan fueron de Sherm a mí y luego de vuelta a Sherm. Las manos le temblaban y la pistola oscilaba de arriba abajo.

—Va a ser complicado acertar así —comentó John.

—¡Cierra el pico! —siseó Dugan, aunque la inseguridad en su voz se hizo patente.

—Tú decides, Dugan. —Sherm mantenía la pistola apuntada hacia Sharon—. Venga, dispara. Tal vez me des a mí, o tal vez a Kim, o tal vez le des a la pared, rebote y acabes matando a otro cualquiera. No importa lo que pase, porque antes de morir me aseguraré de llenarte de plomo.

—Dispárale —gimió Sharon—. Te quiero Dugan. Dispárale.

—¡Calla, puta!

—Mierda... —susurró Oscar.

—El Señor es mi pastor, nada me falta... —recitaba Martha una y otra vez, con los ojos cerrados.

—Yo... —el dedo de Dugan se cernió sobre el gatillo.

Tenía las palmas sudadas y el .38 se me resbalaba. Traté de asirlo con más fuerza. El sudor me caía por los ojos y hacia que me escocieran, por lo me costaba ver con claridad.

—Dugan, en serio. No estoy de coña, y tampoco lo está Sherm. Piensa en Sharon, colega. ¿De verdad quieres que le disparen? Sherm ya ha dicho que os dejará marchar.

Mientras lo decía, parte de mí deseaba que Dugan disparara, que apretara el gatillo y que todo terminara con la muerte de Sherm. Pero la amistad ganó. No sé la razón, pero lo hizo. Tal vez fuera porque me sentía como si Dugan me hubiera traicionado, como si se hubiera burlado de mis buenas intenciones. Quizá lo hubieran hecho todos. Pretendían ser simpáticos conmigo y preocuparse por mí, pero solo me doraban la píldora.

—Dugan, no bromeo. —Le di un ultimátum—. Suelta la pistola o disparo.

—No les escuches, cariño —rogó Sharon, que cerró los ojos—. Tommy no lo hará. Y no te preocupes por mí. Hazlo.

—Te ordené que cerraras la boca, puta. —Sherm apretó la pistola con más fuerza.

Me acerqué un poquito más, sin dejar de apuntar la .38 del poli hacia Dugan. El corazón me latía con tanta violencia que creí que me daría un ataque. Tenía la garganta agarrotada y necesitaba toser, pero sabía que si lo hacía me quedaría vendido. Luché contra el impulso y me esforcé en ignorar la flema sanguinolenta que se estaba creando en el fondo de la boca.

—Última oportunidad. Esta mierda no tiene seguro, así que... —Sherm sonrió y el nudillo le crujió cuando fue a apretar el gatillo.

—¡No! —gritó Dugan—. ¡No! Tiraré la pistola. No dispaes a Sharon. Mira, la dejo en el suelo. La dejo en el suelo, hijo de puta.

Depositó el arma delante de él. Sherm soltó el pelo de Kim y pateó la pistola fuera del alcance de Dugan. Luego le dijo a John que la cogiera. John se levantó y obedeció sin rechistar.

—Tírate al suelo, Dugan. Quiero que le des un puto beso. ¿Me entiendes? Vas a lamer ese suelo como lames el coño de Sharon.

Dugan se quejó, pero ahora ya había perdido toda presencia. Volvía a ser un viejo asustado.

Sherm se acuclilló a su lado y le puso la pistola en la nuca. Sharon rogó a Sherm que no le hiciera daño. Oscar cerró los ojos y se unió a Martha en sus oraciones.

—Tommy... —Sherm seguía mirando a Dugan—. ¿Cómo cojones tenía tu pistola?

Su voz no era más que un frío susurro. John se lamió los labios y me echó una mirada nerviosa.

—No lo sé, tío. Supongo que debí haberla olvidado cuando fuimos a la oficina...

—¿Y por qué tenía las manos desatadas? Te dije que se las ataras.

—Lo estaban, Sherm.

—Y una puta mierda.

—Se las debe de haber quitado.

Se levantó y empujó a Dugan con el pie.

—Levántate, gilipollas. Y si se te ocurre parpadear, John le volará la cabeza a tu novia, aunque esté herido. Vigílala, Polla de Peluche.

Con no mucha firmeza, John apuntó con la pistola a Sharon.

—John —susurró Roy—, no tienes que hacerle caso, hijo. Ninguno. Ya sabéis lo que hay después de esto. Tenéis otra oportunidad. No la desaprovechéis.

—¿De qué cojones habla? —Sherm empujó a Dugan hacia delante.

Me guardé el .38 en el cinturón y dejé colgando los brazos a los costados.

—Está asustado. Nada más. Todos lo estamos. Tranquilízate, Sherm.

—Que te jodan. Están asustados. Yo estoy asustado. Te daré algo de lo que asustarte. ¡Muévete, tipo duro!

Empujó a Dugan de nuevo y el viejo se tambaleó. Por un segundo pensé que Sherm le dispararía allí mismo. Veía la ira crecer en su interior. Relumbraba en su rostro, se reflejaba en los ojos. Sherm estaba a punto de saltar. Los monstruos de la cabeza... Eso era lo que Benjy dijo. Sherm tenía monstruos en la cabeza.

—Tommy, llévate a Dugan a la oficina de Keith. Y si se vuelve a soltar te volaré el culo a ti. Polla de peluche, quédate aquí y vigila al resto.

Hasta ese momento, Sherm había estado distraído por el motín de Dugan, pero ahora se quedó de piedra. Se había dado cuenta por fin de que John no solo se mantenía despierto y alerta. Estaba curado.

—¿Qué...? ¿Qué? —tartamudeó John—. ¿Qué pasa, Sherm? ¿Por qué me miras así?

—Te habían disparado en la tripa... —La voz de Sherm mostraba su absoluto asombro—. Agonizabas, John.

—Mmmm...

—¿Qué hostias te ha pasado, polla de peluche? ¿De qué va esta mierda?

—Me... me encuentro mejor. Supongo que no era tan grave como parecía.

—¿Que no era tan grave? Kelvin te disparó en el puto estómago, John. Tenías la camisa, los brazos y la cara manchados de sangre. ¿Dónde demonios está el agujero de bala?

—Mmmm...

Aterrorizado, John me miró en busca de ayuda.

—¿Tommy?

La cabeza de Sherm se volvió hacia mí, acompañada por el cañón de la .357.

—¿Qué coño pasa, Tommy? ¿Dónde está el agujero de bala? ¿Cómo puede estar mejor? Creí que acababa de recuperar la conciencia..., no la puta salud.

—No lo sé, tío. No tengo ni idea...

—¡No me toques las pelotas, joder! Quiero saber qué coño ha pasado. Las heridas de bala no desaparecen por arte de magia. ¿Qué coño pasa aquí?

Abrí la boca para hablar, pero no emití sonido alguno.

—Disculpad —interrumpió Roy—. Siento ser el portador de malas noticias, pero si he oído correctamente, le habéis dado a la policía un ultimátum de quince minutos. El tiempo ya ha pasado. ¿No deberíais llamarlos?

Sheila contenía la respiración y me miraba con ojos abiertos. Los otros también guardaban silencio. Después, en medio de ese terrible silencio, escuché algo que me hizo quedarme clavado en el sitio: el sonido del cristal roto bajo los pies en el recibidor. Oscar se retorció; imaginé que también lo habría oído. Un segundo después escuché otro crujido. Antes de que Sherm se percatara de lo que pasaba, Martha habló:

—Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro

padre. —Se puso en pie, débil pero decidida.

—¿Cuál es tu puto problema, zorra?

—San Juan, capítulo ocho, versículo cuarenta y cuatro. Sois legión y vuestro tiempo ha llegado. Vuestro padre os aguarda. Te lamentarás en el infierno durante toda la eternidad.

—¿Legión qué?

Sherm se movió despacio y habló con calma. Y entonces fue cuando la oscuridad dentro de él se hizo erupción. Los monstruos quedaron libres.

—Que te jodan.

Apretó el gatillo y le voló la tapa de los sesos a Martha, que perdió la parte de la cabeza que quedaba por encima de la nariz. Los restos salpicaron la pared por detrás de ella. Y el techo. Y el suelo. Y a Roy. Se balanceó adelante y atrás. Se le movieron los labios, recubiertos de sangre.

—Oh, Dios...

Se agitó una vez más y luego se desplomó sobre el suelo. Los gritos y la confusión fueron instantáneos. Sharon, Kim y Oscar se encogieron. Roy gritó que se había quedado ciego, sin comprender que eran los sesos de Martha lo que le impedía ver. Benjy se apretó contra su madre, gritando y chillando que no podía ayudar a la señora mayor; que ya se había ido con Jesús. John gritó también... pero no entendí lo que dijo. Mis oídos estaban concentrados en los sonidos del recibidor. Había más que antes. Y se acercaban. Rápido. Sin dudar. Sonido de botas y de voces ásperas. Hubo más cristales rotos cuando las granadas lacrimógenas rompieron las ventanas.

Con el cañón de la pistola aún humeante, Sherm giró sobre sí y me apuntó con la pistola.

—Que os jodan —gruñó—. Que os jodan a todos.

Le apunté con el .38, pero antes de que pudiera apretar el gatillo Dugan se puso delante de mí. Sherm le disparó en el pecho. Dugan siguió adelante, a pesar del dolor. Impacto contra Sherm justo cuando este volvió a disparar. La explosión resultó amortiguada por la cercanía de su objetivo. La parte trasera de su camisa se tiñó de rojo. Dugan se estremeció y gritó. No dejó de hacer fuerza contra Sherm y consiguió tirarlo, con lo que lo inmovilizó bajo su cuerpo herido y sangrante.

El gas comenzó a inundar la cámara. Los ojos me ardían y el olor acre parecía detenerme los pulmones cuando lo respiraba.

—Vamos —rugió Dugan—. Sharon, sal de aquí. Roy, llévatelos.

—No voy a dejarte solo —gritó Sharon, pero los demás sí le hicieron caso. Kim y Oscar pasaron corriendo a mi lado mientras yo aún buscaba aire. Gritando, salieron por la puerta.

—Esperad —grité, y entonces me asaltó un ataque de tos. Entre el gas y el cáncer me veía incapaz de respirar.

—Tommy, se han largado. —Sin parar de llorar, John salió en su persecución, pero luego se dirigió a Sherm, que luchaba para deshacerse del aplastante peso de Dugan. Este le agarró de la muñeca y la golpeó una y otra vez contra el suelo, para tratar de que soltara la pistola.

En el pasillo se escucharon voces cortantes.

—¡Policía! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

—Tommy —gritó John de nuevo, frenético.

No podía responderle. La tos con la que había estado luchando me golpeó en el pecho. Los pulmones y la garganta me explotaron, recorridos por un dolor insoportable. Muy dentro de mí algo se movió, algo que se separó de mi cuerpo. Mientras se liberaba, largas hebras de saliva sanguinolenta me resbalaron por los labios. El trozo que se había soltado subió hacia arriba y luego se paró. Boqueé, pero el aire no entraba en los pulmones. Me estaba ahogando con un pedazo de mi cuerpo.

Medio cegado por el gas, John corrió a mi lado en busca de Kim y Oscar. Aún tenía la pistola en la mano. Traté de gritarle, traté de advertirle que no saliera fuera, que la policía estaba allí, pero me ahogaba. Me pitaban los oídos y el corazón y la cabeza me martillaban... Necesitaban oxígeno y amenazaba con colapsarme. Tiré la pistola y levanté un brazo hacia él, pero no me vio.

—¡Policía! ¡Suelte la pistola y tírese al suelo, ahora!

Se quedó justo en el umbral y el rugido de los rifles reverberó en la cámara acorazada. Un segundo después escuché el golpe de su cuerpo al caer al suelo. En mi cabeza grité su nombre.

—To... Tommy —resolló.

El pitido de mis oídos fue a más. Unos puntos blancos aparecieron en mi campo de visión.

—Señor Tommy... —gritó Benjy.

Traté de alejarlo, de decirle que se tirara al suelo. Me vine abajo; arañé y golpeé el suelo en busca de aliento.

—Benjy —gritó Sheila, con la cara roja por el gas—. ¡Vuelve aquí!

—Se muere, mami. Jesús viene a buscarlo.

Jesús viene y el chico está molesto, pensé. Nos vemos, negros. Paz. Voy a salir a encontrarme...

Dugan sujetaba con una mano la muñeca de Sherm, y con la otra le agarró de la cabeza y la golpeó contra el suelo. Enrabietado, Sherm bramó de dolor y trató de morderle la oreja. Cuando apartó la cabeza, se había llevado un trozo de carne en la boca. Dugan gritó. La sangre de cada uno cubría al otro. En medio del forcejeo, Sherm giró sobre sí y aterrizó sobre Dugan. Liberó la mano de la pistola y la levantó.

Entonces mi visión se emborronó por completo. No podía respirar, ni ver, ni oler nada. Pero aún oía. Oí voces. Sherm y Dugan. Los polis. Los rehenes. Y otras voces.

Voces chillonas, afiladas y crueles. Se acercaban.

De repente, unas manos sobre mí, unas manos diminutas. Volví a ver. Benjy me observaba, con los ojos llenos de miedo y tristeza.

—Lo siento, señor Tommy. El señor Dugan me obligó a hacerlo. Me dijo que lo desatara para poder coger su pistola. No quería. Traté de convencerlo de que usted es un buen hombre, pero no me creyeron. Me aseguraron que era la única forma de escapar.

Mi garganta atorada se hinchó cuando traté de responderle.

—Quédese quieto, señor Tommy. Quédese quieto. Tenemos que darnos prisa.

Sentí enrollarse los dedos en torno a mi garganta. Eran cálidos... muy cálidos. El pánico y el miedo se desvanecieron, como si una ola de calma me invadiera. Los gritos, las luchas, los disparos y las voces... sonaban distantes ahora, amortiguados. Incluso la voz de Benjy parecía provenir del final de un largo túnel. La única cosa que oía con claridad eran las otras voces, las que no podía ver. Sabía de quiénes eran y les tenía miedo.

Entonces, de improvisto, pude respirar y las voces cesaron. La calidez continuó esparciéndose por mi cuerpo como si fuera agua. La sentía navegar dentro de mí, cazando las células cancerígenas y destruyéndolas cuando las encontraba. Fluyó por la cabeza, por el pecho, por los pulmones y la garganta. La tensión de la mandíbula desapareció y la garganta se me suavizó. El dolor de cabeza, persistente e incómodo, con el que había convivido los últimos meses se evaporó. La calidez me inundó, me restauró.

Y entonces una luz...

—Ya está mejor, señor Tommy.

Mirándome desde arriba, con aquellos fluorescentes sobre su cabeza, me pareció un ángel.

Y estaba mucho mejor. Lo supe de forma instintiva, dentro de mí. El cáncer había desaparecido, como el agujero de bala de John y el ataque al corazón de Roy y las heridas de la perra *Sandy* y las de todos aquellos a los que Benjy había ayudado en su vida.

Mi cáncer había estado creciendo. Creciendo a un ritmo alarmante. Me estaba muriendo. Pero ya no. Eso significaba que ahora tendría que afrontar las consecuencias de lo que había ocurrido desde el momento en que decidí robar el banco. Todas las mentiras y engaños. Todo el dolor que había causado a Michelle y T. J., y el dolor que había causado a esta gente. John. Keith. Martha. Lucas. Mac Davis. Incluso Kelvin. Tanta gente. Tanto dolor. Tanta muerte. Por mi culpa. No habían hecho nada para merecerlo. Solo vivían la vida. Y por mi culpa habían abandonado este mundo. El peso de la culpabilidad me agobió.

—Lo siento —musité a Benjy y él sonrió.

—No pasa nada, señor Tommy.

Entonces Benjy levantó las manos y la algarabía se impuso. Hubo un disparo, tan cerca que apreté los dientes. Sherm había conseguido colocar la pistola bajo la barbilla de Dugan y había disparado.

El grito de Sharon retumbó en mis oídos. Se arañó la cara, desesperada, mientras Roy y Sheila se apretaban contra la esquina.

Puse a Benjy detrás de mí, me agazapé para protegerlo y saqué el .38. Sherm se desembarazó del amasijo que antes era Dugan y se puso en pie. Se movía sin parar, agitaba la cabeza y abría y cerraba la boca. Mocos y sangre le corrían por la cara.

—¡Salid de mi cabeza! —gritó.

Tuve la sensación de que no hablaba con nosotros.

—¿Sherm? Tira la pistola, Sherm.

Enfocó los ojos empañados y apuntó la pistola hacia mí y Benjy.

—No me jodas. ¿Qué cojones haces, Tommy? ¿Usar al niño de escudo humano? ¿Crees que no te dispararé porque tienes a esa pequeña mierda a tu lado? ¿Crees que los maderos no te matarán? Te equivocas, colega. Te equivocas del todo.

—Atención —gritó una voz desde el exterior—. A todos los que estáis en la cámara acorazada: tirad las armas y salid despacio, con las manos sobre la cabeza.

—Se acabó, capullo. Los polis han llegado. Están al otro lado de la puerta. No tenemos otra salida. Déjalos marchar. Nadie más tiene que morir —rogué a Sherm.

—Que se jodan. No se acabará hasta que lo diga yo.

—Es nuestra última advertencia —gritó la policía Tiren sus armas y salgan con las manos sobre la cabeza muy despacio. No lo repetiremos.

—¿Me vas a disparar, Sherm? ¿Vas a disparar al niño?

—La vida es una mierda y luego te mueres. ¿Recuerdas, Tommy?

Me quedé sin habla.

—¡Vamos, Tommy! ¿No es lo que dijimos? La vida es una mierda y luego te mueres, así que, ¿por qué no agarrar al toro por los cuernos? Bueno, lo cierto es que esto es lo más divertido que he hecho desde que estuve en Portland. Ha sido un día de puta madre.

—Sherm...

—Un buen día para morir.

—Sherm... ¡No!

—Prepárate, Tommy Aquí llega la traca final.

Sonrió con su sonrisa típica, y por primera vez en mi vida vi más allá del tipo fiestero con el exterior de cemento, más allá del niño vulnerable que todas las chicas querían ayudar. Era como si hubiera mirado por una ventana todo este tiempo y ahora alguien hubiera abierto las cortinas y me hubiera permitido ver con claridad. La sonrisa de Sherm era un destello de lo que había dentro de su cabeza, y había

monstruos. Montones de monstruos.

Y entonces la sonrisa se agrandó hasta estirar la piel de su cara, hasta convertirse en una mueca. Sin dejar de sonreír, miró detrás de mí y abrió los ojos, sorprendido. No movió ni un músculo, solo se limitó a seguir sonriendo, una sonrisa que partía su rostro por la mitad. El dedo del gatillo se agitó.

Apreté el gatillo más rápido que él. Sherm lo hizo un segundo más tarde.

Todo explotó.

Los polis de detrás de nosotros gritaron algo, pero fui incapaz de oírlo con el estallido de la pistola de Sherm y la respuesta de las suyas. Aterrorizado, Benjy gritó y Sheila corrió hacia nosotros. Algo me golpeó en la espalda, justo en los riñones. La bota de un poli, tal vez, o una porra. De repente volví a tener problemas para respirar.

Las pistolas dispararon otra vez y la sonrisa de Sherm se hizo más grande, más ancha que su cara. Dientes, carne y hebras de líquido encefálico cayeron al suelo mientras su cabeza se partía en dos. Luego se desintegró en una nube carmesí, pero juraría que por un segundo vi la sonrisa sobrepuesta en ella. La nube sonreía. Su cuerpo quedó allí, determinado a no caer, con la pistola aún agarrada, mientras los disparos retumbaban en la cámara. Cuando terminó por derrumbarse, quedé convencido de ver su sonrisa en la pared de detrás.

Sherm había muerto, pero no pasaba nada porque Benjy estaba bien. Benjy estaba tranquilo. Ya no lloraba. Le dije a Sheila que dejara de gritar, traté de calmarla, pero yo no podía respirar, y mucho menos hablar. Algo afilado se removía en mi interior, pero no sabía lo que era. La habitación se volvió fría.

Una sombra cayó sobre nosotros y una bota me pisó la mano. Grité cuando los huesos de la muñeca y los dedos se partieron. Solté la pistola. Roy le chilló a alguien que fueran más compasivos conmigo, pero lo ignoraron. Sharon yacía sobre el cuerpo de Dugan, sin poder parar de sollozar. Aún tenía las manos atadas. Sheila se había liberado de sus ataduras y me clavaba las uñas, gritando el nombre de Benjy una y otra vez. Una vez más traté de consolarla, pero unos cuantos pares de bruscas manos me dieron la vuelta. Boqueé cuando la cosa afilada me volvió a apretar, y entonces fue cuando me di cuenta de que estaba sangrando. Había un montón de sangre.

Pero no toda era mía.

Y entonces me di cuenta de por qué Benjy estaba tan callado y tranquilo, y por qué Sheila gritaba.

La sonrisa de Sherm, impresa en la mancha de sangre, se rió de mí.

Empecé a perder la conciencia. La habitación daba vueltas. Apenas me di cuenta de que me habían puesto en pie. Sheila me abofeteaba y me clavaba las uñas, hasta que uno de los polis la apartó de mí.

Había caras que me miraban. Caras de poli. No eran amistosas.

La sangre brotó de entre los labios cuando les susurré:

—He salido para encontrarme a mí mismo...

—No se te ocurra moverte, pedazo de mierda. Los sanitarios están de camino, aunque no sé por qué tenemos que salvarle la vida a un saco de basura como tú.

—Si no estoy aquí cuando me necesites —continué—, aguarda hasta que regrese...

—¿Qué dice?

Abrí la boca para repetirlo y en su lugar salió un chillido. Grité durante mucho tiempo, hasta que algo se rasgó en mi garganta.

Luego cerré los ojos.

Dame otro cigarro.

Gracias. Seguro que has oído que el tabaco es aquí como el oro, pero no es cierto. Esta es una institución sin humos. Ni los guardias fuman. Así que los cigarrillos no son oro. Son el puto Santo Grial.

Cuando todo acabó, los polis encontraron a Lucas en el baño y a Keith en la oficina. Sherm había conseguido todo un récord: Keith, Lucas, Mac Davis, Kelvin, Martha y Dugan. Seis asesinatos. Pero las cosas no acabaron ahí.

¿Qué más quieres saber? Lo he contado todo. Te lo dije antes y te lo diré de nuevo. La vida es una mierda y luego te mueres. Esa, en esencia, es mi filosofía, y se ha ido confirmando día tras día.

Excepto porque no te mueres. La vida sigue siendo una mierda, la mayor de las mierdas, de hecho. Pero no te mueres. Son los de tu alrededor los que lo hacen. Los que amas. Los inocentes. Los que no lo merecen. Y esa es la mayor mierda de todas.

Jesús no vino a recogerme, ni tampoco la gente monstruo, y no dudo ni por un instante que las voces *que* oí eran tuyas. El cáncer tampoco me mató. Benjy se encargó de él. Aún no sé cómo lo hizo o cuál era el poder que tenía. Podía haber sido Dios o Satán o algo que le hubiera dado a Fox Mulder un buen expediente X que investigar. Tal vez fue magia. Tal vez no. Lo que sé es que fue real. Soy la prueba viviente. El cáncer no acabó conmigo porque Benjy lo curó.

La bala del equipo SWAT tampoco me mató. Perdí un riñón y un montón de sangre, y ahora tengo una cicatriz en la espalda que parece un mordisco de tiburón, pero no morí. En la mesa de la sala de urgencias, cuando me extirparon la metralla y lo que quedaba del riñón, no encontraron nada de mi cáncer. Después de que Michelle llamara a los polis, mi nombre y mi cara aparecieron en las noticias. Mi doctor, Casey el farmacéutico y hasta el señor Anthony Myers, el director de la funeraria, llamaron a las autoridades y les contaron lo que sabían. Mientras me recuperaba en el hospital (querían cerciorarse de que recuperaba las fuerzas suficientes para aguantar el proceso judicial), los doctores hablaron con mi médico y comprobaron y recomprobaron el diagnóstico. La conclusión final es que no quedaba ni rastro del cáncer. Si no hubiera sido por los análisis de mi médico, habrían pensado que me lo había inventado todo. Aunque creo que la mayoría lo pensó igual.

La bala que me quitó un riñón también le quitó la vida a Benjy. Me atravesó y le dio a él. El comando de la policía no lo había visto debido a la confusión. Solo mi pistola. Hubo una vista, y un grupo de expertos determinó que el disparo fue justificado y que el oficial había actuado con corrección. Los medios de comunicación se cebaron con el oficial, que al final dejó la policía.

Vi en las noticias que Sheila iba a demandar al departamento de policía, pero

antes de eso murió. Se suicidó un mes después del atraco. Los testigos afirman que se echó delante de un autobús durante la hora punta. Se bajó del bordillo justo en el momento en que pasaba. El conductor no pudo evitarlo. Los periódicos hablaron de que la muerte de su hijo la había perturbado.

¿Perturbar? Sí, joder, claro que sí. Cuando recuerdo el aspecto de Benjy... Su pecho estaba... abierto, y...

No quiero hablar de eso.

Quizá Martha estuviera en lo cierto. Esa vieja loca con su «oh, Dios». Tal vez un sacrificio de sangre fuera la única cosa capaz de limpiar los pecados que cometimos, la sangre inocente de un cordero. Tal vez Benjy fuera la expiación que Dios requería. Yo era un pecador y pedí ser salvado. El Señor me concedió mi deseo pero tomó la vida de Benjy a cambio. Así es como lo veo. Le he dado vueltas y más vueltas al asunto. ¿Por qué recibió ese don tan especial para luego morir tan pronto? La expiación tiene sentido, aunque al principio odié a Dios por ello. Lo odiaba y lo temía.

Nos procesaron a John y a mí por separado. Nos dieron abogados de oficio. Ninguno tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo o no les importaba, puede que ambas cosas. A John le cayeron entre diez y quince años y tendrá la condicional en ocho. Yo fui condenado a no menos de cincuenta siempre que no excedan mi vida natural. Vida natural... ¿Qué cojones es eso? Tendré la condicional en cincuenta años, con suerte. Tanto John como yo testificamos que Sherm lo había planeado todo cuando supo que yo tenía cáncer, y que solo éramos cómplices. Las cámaras del banco lo confirmaron en gran medida, pero eso solo me sirvió para evitarme la pena de muerte.

Pena de muerte... Pienso en ello a menudo, sobre todo por la noche. Sentarme en la silla eléctrica... ¿Cómo me sentiría con toda esa electricidad recorriéndome el cuerpo? O ser atado a una camilla y sentir el húmedo frío del algodón con alcohol sobre el brazo, para así evitar la infección, seguido del aguijonazo final cuando me administraran la inyección letal.

Pienso mucho en la muerte.

Michelle. Bueno, me acompañó durante el proceso. Iba cada día tan guapa y preciosa como el primer día que la conocí. A veces se traía a T. J. y otras veces venía sola (su madre hacía de canguro). El proceso le resultó muy duro, pero yo lo pasé peor. Se sentó detrás de mí y me sostuvo la mano cuando se dictó el veredicto. No lloró. Fue fuerte.

Roy Oscar, Kim y Sharon testificaron en el juicio. Ninguno de ellos habló de las habilidades de Benjy. Oscar lo intentó, pero el fiscal consiguió que su declaración no constara en acta. No sé lo que le ocurrió al resto salvo a Roy.

Te voy a contar una cosa rara: las cámaras de seguridad del banco grabaron el

atraco, pero cuando Benjy utilizaba sus poderes se pierde la imagen. Lo llamaron un fallo electrónico. Mi abogado lo usó en mi defensa, pero no funcionó.

Durante el juicio fui huésped de la prisión del condado de York. Después de la sentencia me trasladaron al bloque D de la prisión estatal de Cresson. No se está mal aquí. Mejor que en la cárcel del condado. Nadie ha tratado de violarme o convertirme en su putita. Tenemos televisión por cable en las celdas y acceso vigilado a Internet una vez a la semana. Veo *Howard Stern* y *Comedy Central*, y cualquier cosa en la que salgan tías en biquini. Trabajo en la biblioteca, mucho mejor que el coñazo de la cocina. Voy al gimnasio, algo para lo que nunca tuve tiempo, y leo un montón. Elmore Leonard. Richard Laymon. Novelas del Oeste de Ed Gorman. La Biblia. Como ya he dicho antes, supongo que la visión de John y los poderes de Benjy me han convertido en un creyente. De hecho, no me asusta creer. Le pedí pruebas a Dios y me las dio, al estilo del Antiguo Testamento.

Además de libros, también leo el periódico. Me dan el *Hanover Evening Sun*, aunque aquí llega un día más tarde. Es raro leer sobre mi viejo hogar y saber que continúa su vida, que la gente que conozco sigue adelante aunque yo no esté allí con ellos.

Solo tengo un compañero de celda, un hombre llamado Edgar que está aquí por matar a su novia conduciendo bebido. Salió despedida por el parabrisas, voló veinte metros y se golpeó la cabeza contra un muro de contención. Murió por el impacto. Edgar fue acusado de homicidio, aunque Edgar insiste en que no conducía. Pero no puede probarlo.

Lo mismo en mi caso, si lo piensas. No maté a nadie en el banco. Pero no puedo probarlo.

Aquí dentro todos somos inocentes. Excepto en nuestros corazones. Nuestros corazones nos condenan, y en mi cabeza soy culpable como el pecado. Maté a esa gente. Su sangre está en mis manos. Sangre inocente. Sangre del cordero. Expiación.

Michelle me visita una vez al mes, puesto que estoy a una hora y media en coche de Hanover. Trajo una vez a T. J. a la prisión, en la primera visita, pero no fue bien. No entendía por qué tenía que hablar con papi por un teléfono y por qué no podía pasar adonde estaba yo y darme un abrazo. Nunca lo había visto llorar tanto.

No dormí esa noche, y unos días después Michelle y yo acordamos que sería mejor no traerlo. No los llamo porque el teléfono es de pago y no tengo dinero.

Su última visita fue hace dos meses, y la última carta me la envió ayer. Ni siquiera era de Michelle. Era de su abogado, que me avisaba de que había iniciado el proceso de divorcio. No me lo esperaba, pero supongo que no puedo culparla. Aunque me gustaría saber de dónde coño ha sacado el dinero para eso. No me puedo imaginar ni a ella ni a T. J. con otro hombre, o a T. J. llamando papi a otro. Hace que me duela el estómago mucho más que con el cáncer. Es un dolor sordo, desquiciante.

Eso es todo. No hay más que contar.

Bueno, sí, otra cosa.

Dije que, salvo en el caso de Roy, no tenía ni idea de lo que les había pasado a los rehenes. Pero sí sé lo que le ocurrió a Roy después del proceso. Y sé lo que le ocurrió a *Sandy*, la perra de Sheila y Benjy. Y a John. Sobre todo a John.

Sandy fue la primera, aunque salió en las noticias de refilón. «Un final trágico para esta valiente perra». Hablaban de la muerte de Benjy en el banco por una bala perdida y del suicidio de Sheila, que se había arrojado delante de un autobús un mes después. Por lo que parece, llevaron a *Sandy* a uno de esos refugios para animales después de la muerte de Sheila, y una nueva familia la adoptó. Llevaba una semana con ellos cuando la atropelló un coche. La encontraron muerta en el patio. No hubo testigos. De hecho, nadie escuchó ruido de frenos o neumáticos, ni siquiera un ladrido. Un minuto antes estaba jugando en el patio. Un minuto después, la habían atropellado.

Eso fue hace dos semanas. El obituario de Roy apareció en el periódico la semana pasada. Murió de un súbito ataque al corazón. El periódico menciona que era un comercial de la fundición ya jubilado y que le sobrevivían varios sobrinos y sobrinas, como nos dijo en la cámara acorazada. Un artículo al margen reseñaba que fue rehén en el atraco.

John murió anoche.

Aunque estábamos en la misma prisión no lo había vuelto a ver. No lo había vuelto a ver desde el atraco. Me hubiera gustado, pero él estaba en el bloque A y yo en el D. No había forma de contactar y a los presos no se les permite enviarse correos electrónicos con otros presos, aunque estén en la misma prisión. Estaba aquí. Mi mejor amigo ha estado aquí todo este tiempo, prisionero en este puto edificio, y no pude verlo porque nos habían encerrado en bloques diferentes.

Cada bloque come y sale al patio a horas diferentes. Confié en que algún día entrara en la biblioteca, pero nunca lo hizo. John no era de los que leen mucho.

Uno de los oficiales me lo contó en el desayuno. Lo encontraron en su celda, a medianoche. Estaba muerto. El juez de instrucción no había redactado aún el informe oficial, pero la causa de la muerte parecía haber sido un disparo en el estómago. Y eso era imposible, porque ninguno de los reos, guardias o incluso su compañero de celda escuchó ningún disparo. Además, es muy poco probable que alguien pudiera haber metido una pistola en la prisión. Buscaron restos de pólvora en su compañero, ya que los dos estaban encerrados en la celda a la misma hora. Nada de nada. Ahora el bloque A está cerrado e interrogan a todo el mundo. Quieren hablar conmigo luego. Interrogatorio rutinario, me dijeron. Pero no tiene nada de rutinario. ¿Qué se supone que les voy a decir? ¿Que el agujero de John en su estómago se lo hizo Kelvin? ¿Qué Benjy lo curó y que ahora que ha muerto el agujero ha vuelto a su sitio? ¿Que Benjy

podía hacer milagros y que los milagros murieron con él?

Al menos traté de salvarlo. Al menos hice eso. Mira, no sé si al final te lo crees o no. No me importa. Pero lo que sé es que yo sí creo. Quise pruebas y las tuve. Pero nunca quise que Benjy recibiera daño alguno. Eso no es lo que quería.

La vida me quiso echar una mano al cuello. Pero jugué con las cartas que me habían repartido. Sigo sin saber qué nos ocurre cuando morimos, pero sé que traté de hacer lo correcto. Al final, cuando todo se fue a la mierda por mi culpa, traté de hacer lo correcto. Y en el fondo de mi corazón, creo.

Tal vez baste con eso.

A Edgar le quedan seis meses para salir. En la pared tiene un calendario. Todas las mañanas, cuando se levanta, tacha un día con una enorme «X» negra.

Yo también he colgado uno. Empecé después del desayuno, en cuanto oí lo de John. No he llorado a mi amigo porque creo que lo veré pronto. No creo que Jesús venga por mí. Creo que serán las voces, las voces que John aseguró escuchar. Las que oí yo. Esas voces agudas y crueles.

Recuerdo a Sherm, justo después de que matara a Dugan. Le gritaba a algo que se callara y que saliera de su cabeza. Creo que Sherm conocía bien las voces. Creo que llevaban susurrándole desde mucho antes de conocernos.

Ya he tachado un día de mi calendario. No me siento nada bien. Estoy débil y he empezado a perder peso. Me duele la garganta y los dolores de cabeza, además de las náuseas, han vuelto. Anoche me sangró la nariz mientras dormía. Tenía la almohada manchada de sangre seca por la mañana.

Tengo cáncer. En una fase muy avanzada. Está creciendo, y lo hace a un ritmo alarmante.

Es terminal.

El Estado condenó a John a una pena de entre diez y quince años. Tendría la condicional en ocho años, pero ha salido mucho antes. Yo fui condenado a no menos de cincuenta años, siempre y cuando no excedieran mi vida natural. No es mucho tiempo. Nada de tiempo. Es una sentencia de muerte.

Solo hay una cosa que me queda por hacer. En un rato me voy a encontrar a mí mismo. Si no estoy aquí cuando me necesites, aguarda hasta que regrese.

Por favor, espérame hasta que regrese.

Por favor... espérame.



BRIAN KEENE. (Pennsylvania, 1967) es un conocido autor americano de terror, novela negra y cómics, ganador de varios premios Stoker en categorías como Mejor relato o Mejor primera novela.

Tras graduarse en la escuela secundaria, trabajó como operador de radio en la Marina de los EE.UU.. Terminado su alistamiento, trabajó en una variedad de empleos antes de convertirse en escritor a tiempo completo. Entre ellos, en una fundición, de camionero, trabajador portuario, gorila, disc jockey, vendedor, gerente de tienda, etc. Estos antecedentes son la clave de los personajes que pueblan sus libros.

Ha escrito, entre otras: *El alzamiento* (The rising, 2003); *Terminal* (2004); *La ciudad de los muertos* (City of the dead, 2005) y *Mar muerto* (Dead sea, 2007).

Es el único autor de terror nominado a cuatro premios Bram Stoker el mismo año. Sus historias cortas de ficción han aparecido en cientos de revistas y antologías. Keene también es el editor de la sección de ficción de Horrorfind.com y editor de la antología *The Best of Horrorfind*.

Es también un valorado orador y da conferencias en seminarios, cursos, bibliotecas e incluso para agencias estatales como la CIA.

Su novela *El alzamiento* ha sido considerada, tanto para convertirse en película, como

en videojuego. Varios de sus relatos han sido adaptados al cómic.

Notas

[1] «No temas al ángel de la muerte». *N. del T.* <<

[2] Honky: mote peyorativo empleado para referirse a los blancos. *Wigger*: blanco que asimila de forma superficial el estereotipo de la cultura negra o *hip-hop*. *N. del. T.* <<

[3] *Mom I'd like to fuck. N. del T.* <<